UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01617201 7

FELIPE TRIGO

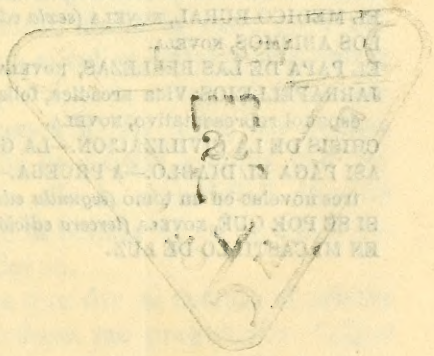
OBRAS COMPLETAS

CUENTOS INGENUOS

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1920

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS,10
ZARAGOZA

CUENTOS INGENUOS



OBRAS DE FELIPE TRIGO

LAS INGENUAS, NOVELA, dos tomos *(novena edición).*
LA SED DE AMAR, NOVELA *(sexta edición).*
ALMA EN LOS LABIOS, NOVELA *(cuarta edición).*
LA ALTISIMA, NOVELA *(cuarta edición).*
DEL FRIO AL FUEGO: Ellas a bordo, NOVELA *(tercera edición).*
LA BRUTA: Héroes de ahora, NOVELA *(cuarta edición).*
LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA.—REVELADORAS.—LO IRREPARABLE, tres novelas en un tomo *(cuarta edición).*
SOR DEMONIO: El honor de un marido hidalgo y metafísico, NOVELA *(sexta edición).*
EN LA CARRERA: Un buen chico estudiante en Madrid, NOVELA *(cuarta edición).*
SOCIALISMO INDIVIDUALISTA, ESTUDIO *(cuarta edición).*
EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, ESTUDIO *(cuarta edición).*
LA CLAVE, NOVELA *(tercera edición).*
LAS EVAS DEL PARAISO, NOVELA *(cuarta edición).*
LAS POSADAS DEL AMOR, NOVELA *(segunda edición).*
CUENTOS INGENUOS *(cuarta edición).*
EL MEDICO RURAL, NOVELA *(sexta edición).*
LOS ABISMOS, NOVELA.
EL PAPA DE LAS BELLEZAS, NOVELA *(segunda edición).*
JARRAPELLEJOS: Vida arcádica, feliz e independiente de un español representativo, NOVELA.
CRISIS DE LA CIVILIZACION.—LA GUERRA EUROPEA.
ASI PAGA EL DIABLO.—A PRUEBA.—EL GRAN SIMPATICO tres novelas en un tomo *(segunda edición).*
SI SÉ POR QUÉ, NOVELA *(tercera edición).*
EN MI CASTILLO DE LUZ.

LA NIÑA MIMOSA

—¿Estás?

—Sí, corriendo.

Y corriendo, corriendo, azotando las puertas con sus vuelos de seda, desde el tocador al gabinete y desde el armario al espejo, siempre en el retoque de última hora; buscando el alfiler o el abanico que perdían su cabecilla de loca, volviéndose desde la calle para ceñir a su garganta el collar, haciéndome entrar todavía por el pañolito de encaje olvidado sobre la silla, salíamos al fin todas las noches con hora y media de retraso, aunque con luz del sol empezara ella la archidifícil obra de poner a nivel de la belleza de su cara la delicadeza de su adorno.

Gracias había que dar si cuando al primer farol, ella, parándose, me preguntaba: "¿Qué tal voy?", no le contestaba yo: "Bien, muy guapa", con absoluto convencimiento; porque capaz era la niña de volverse en última instancia al tribunal supremo del espejo, y en-

tonces, ¡adiós, teatro!..., llegábamos a la salida. Como ocurría muchas veces.

Ella muy de prisa, yo a su lado, un poco detrás, no muy cerca, con mezcla del respeto galante del caballero a la dama y del respeto grave del *groom* a la duquesita. Cuando en la vuelta de una esquina rozaban mi brazo sus cintas, yo le pedía perdón. Mirábala sin querer a la luz de los escaparates, y cuando alguna mujer del pueblo quedábase parada floreándola, yo la decía: "Mira, ¿oyes?", y sonreía ella triunfante como una reina.

No hablábamos. Todo el tiempo perdido en casa procuraba, desalada, ganarlo por el camino. Llegaba al teatro sin aliento. Y allí, por última vez, en el pórtico vacío, analizándose rápida en las grandes lunas del vestíbulo, mientras yo entregaba los billetes:—"¿Estoy bien, de veras?"—me interrogaba para que contestase yo indefectiblemente y un mucho orgulloso de su gentileza:—"¡Admirable!"

Porque, eso sí, ella confiaba en mi rigor. Le hubiera dicho la verdad, al menor detalle que artísticamente no juzgase digno de su figurilla aristocrática, aunque nos hubiera costado renunciar a la función.

. . . . . .

Los gemelos la buscaban.

¿Quién es? debían preguntarse unos a otros en las butacas, en los palcos. Algunos amigos

míos se acercaban a saludarla en los entreactos esperando inútilmente la presentación. Ni ella la quería ni me agradaba a mí, no sé por qué causa. Y los que en el Círculo por la tarde me habían preguntado con reticencias o descaradamente quién era la señorita que la noche antes me acompañaba, una evasiva obtenían incapaz de disiparles la curiosidad. ¿Mi hermana?... Nada se parecía a mí. ¿Mi mujer?... Era muy joven. ¿Mi querida?... Jamás, la pureza de la virgen resplandecía en aquel semblante de colegiala tímida y curiosa.

Y ¿qué le importaba a nadie?

La verdad es que no sé por qué ella tenía afición al teatro. Miraba al público de reojo; ignoro si por cobardía de sus diez y siete años o por desdén nativo en su alma. De la escena, única cosa que le interesaba, el chiste que a todos hacía reir conseguía de su boca apenas una dilatación placentera; y como lloraba en los dramas, de propósito no íbamos más que a piececillas y tal cual noche a oir opereta al fresco de los Jardines.

Apenas cruzaba conmigo la palabra. Sentada junto a mí, sin mirarme, yo era quien únicamente por todo hablar solía decir de cuando en cuando:

—Mira, allí hay uno mirándote, ¿sabes?

—¿Dónde?

—En un palco. En el tercero. No te quita los gemelos.

Volvía los ojos fugazmente al sitio indicado, y sonreía, sin volver a acordarse en toda la noche del tenaz admirador.

De los tenaces admiradores. Fueron muchos. No consiguieron una mirada de gratitud, de esas con que hasta las menos coquetas dan las gracias. Unicamente yo, con la solicitud de esclavo que corta flores para su dueña, en arrojar una por una aquellas admiraciones a sus pies me complacía. Era un deleite intenso, pero inconsciente y vago como el placer de un ensueño, como la alegría de una primavera.

Ella me pagaba siempre con su sonrisa leve. Yo le compraba bombones. Y nada más.

¿Bonita?

Sí. Creo que sí. Que era excepcionalmente bonita; pero yo no hubiera podido definir su belleza ni entonces ni ahora. La miraba muchas veces cuando estaba delante de mí. Luego nos separábamos y no me acordaba más de ella. Pero volvíamos a reunirnos y volvía a mirarla. Un claror fosfóreo de sus ojos medio cerrados, semejante al de la cresta de la ola en los mares luminosos, una transparencia de su faz que me cegaba de dulzura, imposibilitaban mi análisis.

A la luz eléctrica del teatro, cayendo como

una inundación sobre aquella cara de nácar, sólo podía darme cuenta de una cosa: de que en aquella cara los labios rojos parecían más rojos que todos los labios en todas las caras de mujer que yo he visto.

En eso comprendo que debía gustarme mucho toda ella. En que no sería capaz de describirla. Cuando un espectáculo arroba, aduerme y hace soñar: ese es el éxtasis.

. . . . . .

. . . . . .

El telón caía por última vez. Todo el mundo en el teatro empezaba a removerse para salir. Echábala sobre los hombros el abrigo elegantísimo, que ocultaba su cuello y su barba redonda en gorguera de rizadas sederías, y así que se aclaraba un poco el paso—espera empleada por mí en averiguar si había estado contenta y entretenida, porque necesitaba cerciorarme de ello para estarlo yo — salíamos atravesando en la puerta las filas de curiosos, que entre todas las hermosas mujeres que por los pasillos, por las amplias escaleras iban afluyendo al *foyer* lleno de claridad y de reflejos, fijaban sus miradas, de preferencia, en la que conmigo cruzaba graciosa y ligera medio escondida la cara monísima entre el sombrero y el cuello como en ramilletes de pluma.

Seguíamos buen trecho con la procesión de gente; contemplábala yo aún, en los cuadros

de luz que algún café lanzaba por sus ventanas, y bien pronto, perdidos fuera del centro, en solitarias calles donde nuestros pasos resonaban, la ofrecía mi brazo, que aceptaba por miedo, por ir más cerca de mí en la semiobscuridad y el desierto de la media noche.

Iba tranquila, confiada en mí; yo, delicadamente afanoso de llevarla a su gusto, calculando el paso para no fatigarla, sujetándolo al suyo, lo mismo que debe ir el recluta el día de su primera marcha en filas.

—¡Perdona! — volvía a replicarla siempre que una vacilación me hacía rozar siquiera el vuelo de su falda. Y embriagado de su perfume, del suavísimo violeta de su tocador, que parecía exhalarse de ella más penetrante con el fresco de la noche, como el perfume de las azucenas, el silencio a su lado me enojaba; y por hablar cualquier cosa con aquella colegiala divina que no sabía nunca qué decir, la entretenía haciéndola notar lo caprichosamente que se iban nuestras sombras alargando cada vez que dejábamos atrás una farola.

. . . . . .

La despedí un día en la estación, con su familia. Se iba lejos. Yo no sentí su marcha. Pero si en cualquier momento de los años que pasaron me hubiese puesto a escribirle, hubiérale escrito cortésmente, como a una respetada y queridísima amiga.

De mes en mes, acaso más de pronto en pronto, quizás más de tarde en tarde, yo solía acordarme de ella en mis tristezas y en mis soledades. ¡Nada! Acordarme.

¡¡Era tan niña!!

Todavía me pregunto algunas veces:

—Señor, ¿por qué, con ella, más chiquilla que nadie, y siendo tan amiga mía, no pude tener jamás la confianza descuidada de la amistad?

Entonces no supe que la adoraba. Ahora tampoco sé si la he adorado mucho desde entonces.

TU LLANTO Y MI RISA

¿Te acuerdas?

Era como hoy. Un capricho, un enojo de tus celos de vanidosa.

Era cualquier mañana, quizá hermosa y sonriente, en que yo, mirando un rayo de sol y contemplando el cielo, esperaba, tras los ensueños dulces de la noche, a que las vidrieras de tu cuarto se entreabriesen mostrándome en la gloria de tu faz la alborada de mi alma. Tú perezosa, yo impaciente, a veces con miedo de turbar tu sueño, entraba de puntillas hasta el lecho. Dormías. Te besaba en los ojos y estremeciéndote como en una convulsión, me volvías la espalda sin mirarme, sin hablar, rebujándote hasta la frente en la seda azul y en los encajes.

¡El enfado!

¿Hablarte?... inútil. ¿Besarte más, en el cuello, en la oreja, en el nudo de oro de tu pelo? Cada beso era una descarga eléctrica para aumentar tu rabia.

¿Qué tenías? Bah, cualquier motivo insignificante e injusto, que me manifestabas al fin seco apóstrofe de desprecio, con tenacidad convencida de histérica, rebelde a toda explicación. La intentaba yo, aunque sabía su ineficacia de antemano, y herido luego en la grandeza de mi cariño por las pequeñeces de tu espíritu de mujer, me alejaba de ti y de tu cuarto, altivo como tú, pero más triste...

Las once, las doce, la una... No se había dignado levantarse la señorita. Frente a mí, en la mesa, estaba tu silla vacía... Bien. Yo me iba al campo, lejos, a vagar... Al Círculo después, hasta las dos de la mañana... Volvía a almorzar solo al día siguiente; y allá a la hora de cenar, tarde, muy tarde, solía encontrarte en el comedor con cara de indiferencia. Ni me hablabas ni te hablaba. Pero, aun sin mirarte, podía notar que me mirabas tú estudiando en mi cara mis impresiones. Por lo pronto habías cuidado de adornarte más... Sólo que esperando mi primera palabra de reconciliación, solías engañarte. Tu orgullo aparecía en un «adiós» desdeñoso, y cada uno nos retirábamos a la respectiva habitación. Un mutuo juramento de no ceder llevaban nuestros labios...

. . . . . .

Era una fiesta, visitas, cualquier cosa. Convidados y ajenas alegrías alrededor; es decir,

tu disgusto subrayándose por el buen humor de los demás, y mi pena disfrazándose de ironía en conversación a raudales, en amabilidad con tus amigas, en algún calculado elogio a unos ojos negros... Te levantabas, no podías más... hubieras arrojado a todo el mundo de la casa. Nadie, sino yo, en la animación de la tertulia, advertía tu ausencia, y nadie sino yo, sonriendo de placer infinito, escuchaba sobre el escándalo de la charla aquellas notas leves y nerviosas que hacían llorar de rabia a tu piano con pedal bajo...

Notas de cristal, que iban rompiéndose en el aire. *La ingrata*... Notas de Weber, después... aquellas que desesperaban a *Margarita Gauthier*, la escala explosiva, con todo el enojo de tu espíritu...

Yo sonreía. El pobre muchacho a quien dispensaba la honra de no escucharle, pagaba mi sonrisa inefable con otra sonrisa idiota. Pero me hablaba, me hablaba... y tú tocabas siempre, insultándome, mordiéndome con tus alegros y tus escalas; derramando amarguras sobre mi corazón con aquellas notas sublimes del andante que reservabas para el supremo esfuerzo de tu coquetería mimosa y traicionera... Iba a ti, al salón obscuro y solitario, y te abrazaba la cintura por detrás de la banqueta del piano, estampando un beso en tu boca. Tú te levantabas sorprendida, huyendo de mí con

un mohín de repulsión que era de tu coquetería la venganza deseada...

Entonces, al revés: tú, con los demás, a reir, para que yo lo oyera; yo, en cualquier butaca desplomado, en el colmo de la desesperación, viéndome miserable juguete de tus caprichos.

.....

Cenabais, y no iba a cenar. Seguía escuchando los arpegios de tus carcajadas; seguía allí, solo, en la obscuridad, maldiciendo la bendición de conocerte... Y debía el vino de hacerte compasiva, porque al fin, tú misma, una, dos, tres veces, te tomabas la molestia de ir a invitarme a cenar. Secamente la primera, con dulzura después, perdonando, rogando, pidiendo caridad; toda la transición en poco tiempo hecha en la paradoja eterna de tu alma... Pero ¿te oía yo?... Un gran frío me hacía temblar, un frío de espanto, asomado a las profundidades de tu veleidad y de nuestro amor. Luego sí, tu mano tiraba de mi mano. Te seguía al comedor y me sentaba de la mesa lejos, en el diván; desde donde te veía enfrente, muy seria, muy triste, entre el alborozo del jerez en las caras de los otros, que no se cuidaban ni de ti ni de mí, por fortuna.

Contagios de la alegría caídos en mi pena, y más borracho yo de amargura que de vino aquéllos, reía luego también... Una risa de sus risas, una burla de sus burlas, un desprecio

soberano hacia todo, y hacia ti, reina mía, y hacia mí el primero... Risa cortada, más alta, más hueca, que dominaba las demás y concluía por acallarlas, convirtiendo hacia ella la extrañeza y desconcertando a todos... Risa que me ahogaba, que me sacudía todo el cuerpo en latigazos de nervios, que brotaba loca y espantosa de mi garganta, que llegaba a mis ojos y los hacía verter lágrimas, y que en llanto cruel y alegría lamentable dejaba en tu corazón hundir sus agudas notas, con más ferocidad aún que en mi corazón los pérfidos lloros de tus andantes dulcísimos...

Salía de allí, silencioso ya, con el pañuelo en los ojos, y me seguías tú, y me abrazabas, y me arrancabas el perdón a besos, de rodillas, ¡de rodillas tú a mis pies, alma del alma!

. . . . . .

Era, como hoy, un capricho, un enojo de tus celos de vanidosa.

Como no te puedo oir, no sé si lloras arrancándole al piano las notas fugaces de cristal.

Como no me ves, no sabes si río.

EL ORO INGLÉS

Leía yo, acostado, tratando de dormirme, *El Imparcial.* De pronto, sobre el cielo raso sonoro como el parche de un tambor—¡oh estas casas nuevas de ladrillo y de hierro!—sentí los pasos menuditos. Aquella noche me intrigaron más. Por la tarde había sostenido este diálogo con la camarera de la fonda:

¿Quién duerme arriba?

—La inglesita.

—¿Qué inglesita?

—Una joven que ocupa dos habitaciones. La contigua para su institutriz.

—No la conozco.

—Come en su cuarto. Sin embargo, ha debido usted de verla en la playa todas las mañanas.

—¿Guapa?

—La mar.

Dejé caer el periódico, y me quedé fijo en el techo.

¡Si fuese de cristal!

Las maniobras de siempre. Mi habitación tenía la cama en un ángulo del fondo. Igual estaría colocada la cama en la de encima, y allá se habían dirigido los pasos: la inglesita levantaría el embozo... Después sentí el dulce y picado taconeo hacia el rincón opuesto. ¿El tocador?... Ella, frente al espejo, se quitaría las peinetas, las sortijas, el leve abrigo de sedas con que habría vuelto acaso de oir en el bulevar los conciertos de orfeones... Se despojaba. Media hora. La niña se extasiaba con su imagen. Era, pues, cuando menos, lo menos coqueta que puede ser una joven cuando no es tonta, aunque sea inglesa.

Vagó en seguida por la alcoba. Mis ojos la seguían con toda precisión en el techo... ¡Ah, si fuese el techo de cristal! No muy alta, ni muy gruesa, sin duda, a juzgar por el *peso* leve de sus pasos; aunque sí nerviosa y vivaracha. Cruzaba de uno a otro lado con ese mariposeo de toda mujer bien vestida al desnudarse; por consecuencia, un dato más: elegante.

Volvió al centro, y un roce indefinible me hizo adivinar su vestido y su enagua cayendo a sus pies. Habría jurado que la estaba viendo, toda recta aún en el ruedo de estas ropas por el suelo, desenlazarse el corsé: doblarse después a recogerlo todo y llevarlo a la percha taconeando más ligera... en camisa, no sin

lanzar de vuelta una caricia de mimo a su escote, en el espejo... Y ¡qué estupidez!... he aquí una cosa que yo *no veía* bien: cómo tendría los senos una joven inglesita; ¿anchos, semiesféricos, de amplia base, como las españolas? ¿Separados y rebotantemente movibles, como las francesas? ¿De media toronja, como las indias de aquel Ceilán de mis ensueños de un día?...

Tornaba, tornaba la inglesita a mi vertical; es decir, a su lecho, que chirrió al sentarse ella en el borde. Iba a descalzarse. Un golpe seco: una bota al suelo. Una bota pequeña, dulcísima, que habría dejado al aire un pie calentito, cubierto por una media de seda tensa como un guante, y azul Luzbel, de seguro. Una pierna sobre la otra... ¡Oh, cómo miraba yo de abajo arriba y cómo la virgínea *miss* no supondría que *era el techo de cristal!*

La otra bota al suelo. Y la cama volvió a crujir inmediatamente, en gemidos amorosos del sommié al recibir el cuerpo. Mas ¿era entonces que se acostaba con medias?

Nada... al poco. *Ella* que fantasearía supiese Venus qué cielos de juventud, y yo en mi solitario cuarto, con *El Imparcial* sobre la colcha, con los ojos fijos en aquel techo blanco que no tenía un escotillón por donde yo... ¡bah, qué idiotas hosteleros y qué techos tan estúpidos!

Me quedaba la imaginación proponiéndome problemas. Recorría el desorden delicioso del cuarto aquel de mi extranjera vecina con el vestido en la butaca, con el corsé a medio colgar del niquelado clavo de la percha, dejando caer sus broches de las ligas sobre el blanquísimo pantalón orlado de encajes; con aquel aire oliente a perfumes de tocador y de chiquilla bonita, con aquella cama en que ella al fin dormiría derramando por la almohada su caballera de oro británico, y abandonando sobre la cubierta cielo sus desnudos brazos delgados y flexibles...

¡Dios! ¡Gran Dios! ¡El oro británico! ¡El oro famoso inglés que yo no conocía ni en libras esterlinas, ni en amorosos rinconesl... Porque hay tremendos detalles en que la imaginación se pierde: por ejemplo, la mía, sobre las laxas y lisas y doradas cabelleras inglesas, no podía concebir los rizados breves... ¡sí, sí, lo que fuera horrible en una corta laxitud!... ¡Horrible!, ¡horrible!

* * *

La imaginación es una solemnísima embustera y una infeliz inocente.

Aquella vez tan sólo no me había engañado en que la niña era preciosa y delgada y adorable. Pero ni el tocador estaba a la izquierda

de la puerta, ni *ella* dormía nunca con los brazos fuera del embozo, ni se sentaba en la cama para descalzarse jamás, ni sus medias eran azul Luzbel... sino negras, caladas.

¡Ah! y además no debe uno aventurar temerarias deducciones sobre la laxa y lisa cabellera de las dulces inglesitas.

PARAÍSO PERDIDO

RECUERDOS DE MINDANAO

—Esto es un paraíso—me dijeron cuando llegué al campamento; y para certificar la comparación, no tuvieron mis ojos más que tenderse en derredor.

Una vivienda de nipa, junto a una huerta, en mitad de una explanada circular donde grupos de soldados troceaban ébanos a hachazos; cerca, los fusiles, por si los moros saltaban de una mata, como tigres.

Por Occidente, a algunas millas, el mar; y rodeándonos, el bosque; el bosque virgen, de fantástica frondosidad, cayendo por todos lados, desde nuestra altura enorme, como manto soberano cuya cola regia de eterno verdor se tendía por las montañas festoneando sus crestas en la lejanía sobre el azul profundo y tranquilo de los aires.

Desde las primeras horas de la llegada pude observar que mis compañeros revelaban

una especie de paralización extraña, de éxtasis.

Se separaron, cada cual por un sitio, ocupándose unos en acariciar a los mastines, otros en jugar con los monos y las catalas, y los más en pasear, leyendo periódicos dos meses atrasados o cogiendo flores en la huerta. Tenía esto algo de calma paradisíaca; y tal vez un tanto fatigado mi espíritu por las luchas de la vida, se dispuso a sepultarse en aquella paz celestial, desperezándose al borde de la Naturaleza antes de entregarse a ella, como la hastiada impura junto al lecho del descanso.

Las semanas pasaron.

Seguíame fascinando aquella monotonía de grandiosidad...

Yo me volvía como los demás. La pereza no tardó en invadir mi cuerpo y mi alma. Un lugar solitario, un rincón de árboles, una hamaca; no anhelaba otra cosa aquel ansia insaciable y vaga de mi pecho.

Una siesta, en que a la sombra de los plátanos me balanceaba en la red de abacá, escuchando en el silencio absoluto del humano vivir el chiflar poderoso y uniforme de las chicharras del bosque, cuyas primeras columnatas de árboles se me ofrecían cerca, recreándome los ojos con sus cortinajes de liana y sus volanderas cuerdas de bejucos revestidas de trepadoras y ornadas con florones de

parásitas, todo lo cual, en sus huecos de verdosa luz, bajo las bóvedas de follaje, a que se descolgaban gritando algunos simios o que cruzaban con pausado vuelo de una a otra rama algunas aves de pechuga azul, me parecía el pórtico de colosales palacios encantados; esa tarde, digo, en que doliente desde mi hamaca miraba a ratos el lejano mar, siguiendo en su gris superficie inmóvil la estela del sol, que como una senda de luz condujo a mi fantasía más allá del horizonte, más allá, mucho más allá, a aquella España hacia que viajaba entonces el astro de oro... yo comprendí de improviso mi nostalgia. Unas notas fugitivas, un perfume de néctar, una silueta entre brumas de no sé qué distancia ni qué espacios. ¡Ella! ¡Mi visión de la mujer!

Ella... era quien faltaba en nuestro paraíso. La mujer, el amor, el adorno supremo de la Naturaleza, para cuyo esplendor están hechas las grandezas de todos los escenarios.

.....

¡Con cuánta pena seguí en mis eternos días contemplando aquellos paisajes de belleza inútil!

El fastidio mortal dijérase que nos inspiraba en el desdén de unos a otros un odio inconsciente de camarada a camarada; el cansancio del vivir ante la inutilidad de la existencia sin ilusiones. ¿A qué, ni para recibir el

agrado de quién, por nada esforzarse? ¿A qué hablar siquiera?

Noches de soberana hermosura, noches de los trópicos, en que tumbados en las amplias lonas de sillas como catres, formábamos silencioso y disperso corro, cara al cielo, mirando cada cual su lucero favorito, entre las estrellas que fulguraban como ascuas. Las luciérnagas volaban en las copas de los aromados ilán como llamas de plata. Alguna prendía en su mariposeo de luz nuestras miradas, perdíalas en el espacio... y ¡quién sabe tras ella en qué memoria de mujer perdíase también el recuerdo!

¡Oh, sí! ¡Un sarcasmo! ¡Un insulto de tantos regios esplendores a nuestro deseo! El alba; aquellos amaneceres serenos, en que sobre la inmensa alfombra verde de los hondos valles se levantaban, siguiendo el curso de ríos ocultos, cendales de niebla, que se extendían hasta el mar, como doseles de nubes sobre una procesión de diosas desnudas para el baño...

La siesta, con sus horas incitantes en el bosque, en la espesura de la sombra, entre los laberintos escondidos por los abanicos en hoja de las palmas, con sus grutas de enredaderas en los bambúes, al pie de las fuentes de agua helada, cuyos asientos de peña parecían el lugar de enamorada cita con mujeres que no llegaban jamás...

Las tardes, aquellas tardes de poesía embriagadora, de limpio ambiente que dejaba hasta el fin penetrar la mirada por las montañas desiertas, onduladas por el fofo ramaje de la arboleda como un océano de cuajadas olas verdes; que permitía seguir las praderas interminables sin encontrar sobre sus tonos de esmeralda la casita que nos mintiese el querido hogar...

Las tardes de puesta de sol con celajes increíbles, con nubes de todos los colores, con reflejos metálicos de púrpura en fondos mimosos de cielo verde, verde como las praderas y los mares de Oriente...

¿De qué servían si no pudieron jamás inspirar la frase trémula de pasión a la mujer alumbrada por sus luces de nácar?...

Y era tanta la hermosura de tales sitios, que ni dejaban al alma herida que los odiase francamente.

Un día, cuando otro camarada llegó, cuando después de dejar el caballo, fatigado por la cuesta, él se puso a contemplar el grandioso espectáculo desde la altura, yo me acerqué y le dije, a pesar mío:

—¡Esto es un paraíso!

Sólo que, recordando mi desolación, añadí rápidamente:

—¡Un paraíso perdido, un paraíso estúpido. ¡Sin una Eva siquiera!...

LA PRIMERA CONQUISTA

Me había dado mi tía dos reales y compré con ellos todo lo siguiente:

Cinco céntimos de pitillos.

Dos céntimos de fósforos de cartón.

Ocho céntimos de americanas.

Diez céntimos de peladillas de Elvas.

Y un mi buen real de *confetti*, porque era Carnaval.

Con todas estas cosas, convenientemente repartidas por los bolsillos, excepto un cigarro, que echaba en mi boca más humo que una fábrica de luz, me dirigí a San Francisco por la calle de Santa Catalina abajo, marchando tan arrogante y derecho, que no pude menos de creer que era un capitán, que durante un rato fué detrás, pensaría:

—Será militar este muchacho.

El paseo estaba animadísimo. Pronto hallé amigos y caras conocidas entre las nenas. Yo reservaba mis *confettis* (que entonces no se

llamaban así) para Olimpia, la morenilla que iba a la escuela frente al Instituto. Pero Soledadita, una rubia traviesa que al brazo con sus compañeras nos tropezó en la revuelta de un boj, se dirigió a mí resueltamente, mordió su cartucho de papeles y me los regó por los hombros.

Soledad era muy mona (y aun creo que lo es). Yo salí del lance lleno de vanidad; y haciendo una vuelta hábil por los jardines, volví a encontrarme frente a frente con ella. Llevaba en cada mano dos cartuchos, me adelanté hacia la rubilla traviesa y los sacudí con saña sobre su cabeza, que quedaba poco después, y los encajes de su vestido de medio largo, como si les hubiera caído una nevada de copos de mil colores. Mis papeles eran finos; de lo más caro que se vendía, con mucho rojo, azul y dorado... Cuando Soledad pudo abrir los ojos, limpiándose entre carcajadas los papelillos de las pestañas, la ofrecí almendras. Ella me dió un caramelo de los Alpes.

—¡Declárate, no seas tontol—dijeron mis amigos con envidia. Y sobre todo, con interés egoísta, Juan, que rondaba a otra muchacha prima de Soledad. Así pasearíamos juntos la misma calle.

Fuí al aguaducho de enfrente, donde tenía mis ciertos conocimientos, porque allí nos

convidamos unos a otros a anís en tiempos de exámenes, y escribí en el mejor papel que pude:

"Señorita: Hace mucho tiempo que mi corazón, impulsado por los resortes misteriosos del amor, se agita extraordinariamente en el océano de las incertidumbres. Sí, desde que vi la divina luz de sus ojos perdí el sosiego; y si le interesa a usted la felicidad de un pobre desesperado de la vida, désela usted con un anhelado *sí* de bienandanza a quien por usted se muere a la vez que se ofrece su más rendido servidor, q. s. p. b..."

Diez minutos después, sombrero en mano y con toda la finura posible, estaba delante de Soledad:

—Señorita, ¿será usted tan amable que quiera aceptar esta carta?

—¡Pronto, que nos va a ver mi criada!—dijo—arrebatándola y guardándosela arrugada en el peto de la blusa.

Uno de mis amigos, que vigilaban la escena escondidos en los rosales, gritó en este momento:

—¡Cú, cú!

Así lo hubiera partido un rayo.

—Y diga usted, señorita, ¿cuándo me entregará usted la ansiada contestación?

—Mañana.

—¿Aquí?

—Sí, hombre. No sea usted pesado.

Y dió un revuelo y se unió a las otras.

Yo me quedé como tonto, sintiendo unos calambres del corazón, admirado de mi osadía y encantado de mi fortuna. No hablé más en toda la tarde y hubiese dado todas las almendras y los cacahuets que me quedaban porque llegara en seguida la siguiente.

Pero aquella noche fuí con mi familia a ver *Don Juan Tenorio,* que ponían en el teatro fuera de época, no sé por qué. Y a la salida pillé unas anginas como para mí solo. Ocho días de cama, con fiebre. Los autores no han podido averiguar si en los delirios de mis cuarenta grados puse el nombre de *Soledad;* pero lo que sí recuerdo bien es que al tercer día de convalecencia se me entregó una carta suya, con todos los signos en el sobre de haber sido abierta, y con todas las señales en la cara de mis parientes de haberse reído de la carta y de mí.

"Caballero—decía la carta—, a la rendida pasión que me pinta usted en la suya, y que yo creo sinceramente, no puedo ofrecer otro premio que el de la amistad. Si usted sabe ganarse mi corazón, sólo Dios puede decir el porvenir que nos reserva; s. s. s., *Soledad.*"

Y añadía por debajo:

"No pase mucho por mi calle, porque mi papá pudiera berlo y hecharle a husted un ja-

rro de agüa el domingo al anochecer puede husted hablarme en mi bentana."

Bueno, salvo la letra, que era de segunda, y la postdata, que era original, la epístola no estaba mal copiada.

Era precisamente el modelo que continuaba a la mía en el *Epistolario del amor para uso de damas y galanes.*

. . . . . .

Desde entonces, Juan y yo rondábamos juntos a las primitas. Fueron nuestras novias muchos meses. Siempre que anochecido las encontrábamos reunidas en la reja, nos deteníamos. Cuando en la reja estaba una y pasábamos los dos, también; y hasta se dió el caso de que uno solo se parase en la ventana con ambas.

Lo que no llegó a ocurrir jamás fué que uno solo se atreviera a acercarse cuando su novia estaba sola.

Una vez me sucedió a mí, por excepción y por pura sorpresa, y pasé las de San Quintín.

¿Qué demonios iba yo a decirla?

TEMPESTAD

"Voy con María. Espéranos.—*Octavio.*"

María era mi amante.

Octavio, el escritor neurótico de palabra helada, estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés y vi a María en un reservado, corrí a saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

—Allí venía él.

—¡Octavio!

—Muerto — respondió tan bajo y tan secamente, que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al andén, me suplicó silencio, indicó por señas a un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel a la carrera del ómnibus.

.....

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba a la playa, sepultó María la cara entre los brazos y lloró mucho. Yo, abrumado en la butaca, cerca de la suya, lanzaba la vista idiotamente a la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo; éste encapotado de gruesas y blancas nubes, aquél tranquilo y de un fuerte azul plomizo, sin un vapor, sin una vela en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿Qué cuentas iba a darme aquella histérica de la muerte de su marido?

Al fin pudo hablar, y dijo, estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño:

—Cogió tu carta. Tu última carta, que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esta noche produjeron en su alma efectos espantosos. ¡Oh, era preciso haberle visto!

—¿Y dónde está?— me atreví a preguntar.

—¡Allí!—dijo la joven, señalando al Océano.

Durante algunos segundos vi los dedos de la pobre mujer temblando sobre el pañolito, que llevó a los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y triste monotonía:

—Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio o si fuí nada más la fútil oca-

sión del rapto que le arrancó la vida: carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren, estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos, él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y a poder haberse escrito cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasara por su imaginación. El era feliz, y yo, ¿a qué negártelo?, contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz...!

Al anochecer, después que comimos en el *restaurant* de la estación más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario e inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

Todo nos movía a la ternura. Y como si la máquina que nos había arrastrado a tantos deleites pudiera entender nuestra gratitud, la miramos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus grifos, cuyas nubes nos rodearon como un apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. No sé

por qué me pareció que Octavio, abrazado a mí, hubiera querido permanecer en los rieles...

Recuerda que una de sus máximas era ésta: *No se debe morir acosado por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.*

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó a correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto a la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio a mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando a mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara obscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida. La luna, que parecía más alta sobre la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones, cruzando a escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo, cuando al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fuí quedando dormi-

da entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro como un nido de amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren por la solitaria noche...

.....

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormidá, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era a mi alrededor completa; el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto a mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió a iluminarlo todo. Entonces vi a Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizos por el vendaval y mirando por las abiertas ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga!, dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego, y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, Octavio, con una serenidad in-

doncebible, con una satisfacción parecida a la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó a ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

—¡Esto sí que es grande! ¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Temblé. Él sonrió otra vez.

—¡Qué hermosa esta luz!—me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Caia la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incesante rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba a toda máquina por una curva, silbando y lanzando espumarajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude ver netamente, sobre el negro rodaje de la locomotora, la biela y la manivela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

—¡El mar! ¡El Océano!—gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habianos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió y me estrechéa Octavio. Pero al cogerle la mano tro-

pecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada a mi corazón por el cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, vi que el tren comenzaba a salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, meciéndose en las concavidades de granito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios; las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar, y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retemblar la férrea trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

¡Un relámpago...! ¡Otro...! ¡Ah!, de pronto ábrese la portezuela. Octavio arrójase por lo alto de la barandilla del puente, y... ¡sí, Dios mío, otro relámpago, aún me lo mostró allá abajo al ser arrebatado por las olas...! ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado...

PAGA ANTICIPADA

Pasaba una corta temporada en un pueblo donde me aburría espantosamente. No conocía a nadie, y solía dedicarme a pasear solo y de noche. Una, vagando por las calles al azar, y sintiendo ya nostalgias de mi Madrid de mi alma, llegué a una plazoleta que ofrecía un bonito efecto de luz. Frente a mí, una casa más alta que las demás, de construcción vetusta, de anchas rejas y balcón panzudo, sobre el cual una hornacina contenía una Virgen alumbrada por un farol. Se destacaba en el resplandor de la luna que empezaba a salir, y a todo lo lárgo del caballete y de los aleros del tejado, que volaba amplia y graciosamente las esquinas, veíase negro, enérgico, el enmarañado dibujo de los jaramagos a la traslumbre del cielo.

Aquello era una *decoración teatral;* y os juro que tan profundamente me ensimismé en su contemplación con ojos de artista, que me costó algún trabajo no creer que, en efecto,

estaba en un teatro, cuando llegó a mis oídos una voz de contralto, extensa y pura, que cantaba:

Il segreto per esser felice
se io per prova...

El pasaje de *Lucrecia*, letra más o menos.

Me acerqué a la casa de donde salía la voz, y pegado a la ventana escuché hasta la última nota del brindis, tras de las que enmudecieron cantatriz y piano.

A la noche siguiente volví a matar el tiempo rondando la ventana de mi admirada y desconocida contralto. La sesión fue más larga. La sinfonía del *Guillermo*, después trozos sueltos de *Gioconda*, y por último, cantada, *Lucrecia*.

Yo, que insensiblemente había concluído por acercarme a la reja, trataba de descubrir a la artista—pues tal nombre merecía—por los entreabiertos cristales. No veía más que un lado del piano. Iba a empujar las puertas cautelosamente; pero alguien se acercaba en la desierta calle. Era un hombre, que entró en la casa, contemplándome antes con tenacidad.

Luego cesó la canción, y me fuí a dormir, dándome la norabuena por haber descubierto aquel caprichoso e inofensivo pasatiempo para las noches que me quedaban en el pueblo.

No faltaba una; y eso que, pocas después la luna, acudiendo a la cita también, cada vez más presurosa, me dejaba sin el amparo de las sombras; circunstancia molesta, porque empecé a llamar la atención de los pocos transeuntes de la plazuela, y, sobre todo, del caballero que entraba y salía de la casa. Y ¿qué? Me era tan grato escuchar aquella voz llena de poder y de frescura, que se ceñía a los acordes del piano ágil y ondulosa como una serpiente de colores... Me resultaba tan vagamente tentador aquel ofrecimiento, tantas veces repetido, desde el misterio, por una mujer desconocida y a la que yo no debía conocer, "del secreto para ser feliz, que ella sabía por experiencia y lo revelaba a los amigos"—sentido todo esto en la soledad de la noche, en el interior de aquella casa romancesca, destacada en silueta sobre el fondo claro del cielo, con sus rejas caladas y rematadas por cruces, con su farolillo santo alumbrando a una imagen que parecía aguardar juramento de amor... ¡Hablaba tanto aquello a los impulsos ideales que fuera de Madrid se permitía este corazón un poco fatigado...!

*
* *

Voy por la calle, tropieza conmigo un sujeto, y en vez de excusarse, me da una bofeta-

da, que contesto con un bastonazo, tomándole por loco. Me entrega su tarjeta y se la tiro a las narices. Se aleja, pero recibo inmediatamente la visita de dos amigos suyos, y quieras que no, tengo que batirme. Al otro día, un sablazo en este brazo. ¿Noticias de mi rival...? Propietario, hombre extravagante, distinguido y frío. No pude averiguar más.

La herida, de bastante importancia, iba a retenerme en el pueblo más de lo que hubiera deseado. Esto, y el no poder explicarme tan original desafío, me irritaba.

.....

A los pocos días, me sorprendió mi adversario, visitándome.

—Vengo a pedirle mil perdones—me dijo. ¿Usted sabe quién soy?

—No tengo ese gusto... es decir, sí; un loco o un camorrista de profesión.

Ni lo uno ni lo otro. Soy, sencillamente, el dueño de la casa en cuya reja encontraba a usted siempre. Y pues que tras ella estaba mi mujer, que es tan honrada como joven, le tomé a usted por un impertinente a quien me propuse escarmentar. Lo menos que puede hacer un marido, aunque esté seguro—como yo lo estoy—de la virtud de su esposa, al ver que un hombre asedia su casa, recatándose en la obscuridad, es tenerle por inoportuno y profesarle antipatía.

—Bien—repuse asombrado—; pero es que mi objeto...

—No se moleste en explicármelo—interrumpió tranquilo y galante mi adversario—. Se lo acabo de escuchar al médico de usted, hablando confidencialmente de nuestro duelo, que todo el mundo achaca a genialidad mía. Usted iba a escuchar a Amalia. No canta mal, efectivamente, y merece la pena. Mas como las apariencias han hecho que yo pague una deferencia de usted a un mérito de mi mujer con una estocada, al saberlo me creo en el caso de reparación. Lo menos que debo hacer, si usted se digna perdonarme, es presentarle a mi mujer para que pueda usted oirla cantar, cómodamente sentado, y para que pueda ella darle las gracias por las veces que fué a oirla aguantando el frío y las molestias de la calle.

Tendí la mano a mi interlocutor, pero renuncié delicadamente a su proyecto. Insistió. Era, pues, absolutamente necesario.

Y fuí presentado.

Amalia Rosi, italiana de origen, morena, menudita. Deliciosas veladas. Cuando la volví a oir cantar "el secreto para ser felices lo enseño a mis amigos", me daba cuenta de que yo... era ya su amigo!; y recordando mi brazo en cabestrillo, en pago a deudas de honor que yo no contraje, y al verla, efectivamente, tan linda y tan joven como su marido me había

dicho, acabé por empeñarme en averiguar si era tan virtuosa como el marido afirmaba. Esto no podía comprobarse fácilmente; pero yo quería a todo trance darle a aquel hombre la razón de sus palabras y de sus actos.

¡Me dolía tanto el brazo!

* * *

Una noche, a los dos meses, pues ya era imposible demorar mi marcha, contemplé la casa por última vez. También hacía luna y el farol de la Virgen desparramaba su claridad rojiza por la fachada. Amalia, en el balcón, momentos antes, me había jurado por la Virgen que no me olvidaría.

Quedamos en eso.

Y el marido y yo, en paz.

LA TOGA

Para muchos niños hay en muchas capitales, Madrid entre ellas, una escuela más pública que las escuelos públicas: la calle.

Su rector es la miseria, sus aulas el descuido y la ocasión, sus bedeles los guardias. Está abierta siempre.

A media noche, cuando cruzáis las anchas calles desiertas, un poco encantados de oir vuestro taconeo en la acera y de tener para vosotros nada más las luces brillando, como las que en avenidas de imperial palacio aguardan la retirada del señor, una cosa se os pone delante y se os enreda entre las piernas. Es un periódico extendido, que anda solo, detrás del cual se divisan luego los pies, la cabeza y las manos del que lo sostiene, como en las clásicas viñetas anunciadoras.

—¡Señolito, el *Helaldo!*—dice un chicuelo tan alto como el periódico.

Ha surgido de un portal, del biombo de For-

nos, donde del frío se amparaba, tendido sobre un montón de niños, que pisan los trasnochadores. Un brazo que se retira o una pata que se encoge: esto es todo. «Los golfos», piensa el que sale; y por los miembros entrelazados allí, es tan incapaz de calcular el número de muchachos como de averiguar por las roscas movibles y viscosas el de un pelotón de lombrices.

Y me he fijado alguna vez en los chiquillos del *Helaldo*. Los hay rubios, con caras bonitas y tan dulces como la de todos los niños de tres años. Sus bocas sonríen con ingenuidad confiada, y sus ojos son vivos e inteligentes. Piden una *pelilla* o brindan su mercancía alargando la manita aterida, a no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso a sus padres, si los conocieran. He buscado con insistencia entre ellos al *criminal nato*, de Lombroso, para conocerlo así, pequeñito. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda... como todos los niños, en fin.

"¡Los golfos!" es cuanto dice al verlos el hombre grave, lo mismo que dice bajo los árboles del Retiro: "¡Los mosquitos!" El que más, recuerda en ellos el *Gavroche;* los halla chistosos y simpáticos, y se figura que van a ser eternamente gorriones de la gran ciudad, para dormir en los huecos de las estatuas y saltar de día al frente de los batallones. Está

bien, pues; que no hagan nada; ya servirán de efecto armónico a los poetas, como las golondrinas y las hierbas de las tapias. El orden social, que por dos pesetas se encarga un guardia de representar, mira a los golfos y les da una patada de cuando en cuando.

¡Ah, pero se es injusto en tratarlos así, de haraganes! Distan de serlo. Esos pobres niños del *Heraldo* y *La Colespondencia* muestran la curiosidad y la voluntad de aprender que todos los de su edad, cuando se empieza a desplegar su alma. La tienen blanca, de ángel, y con ella han empezado su carrera y se aplican en su *primera enseñanza.*

¡Y que no les enseñan los puntapiés de orden público! A los seis años ya saben correr y quitar pañuelos, mirando con un ojo al bolsillo y con el otro al guardia. Es el ingreso de bachillerato. Mientras lo cursan, los agentes siguen observándolos con atención, llevándolos tal cual vez a recoger diplomas en la Prevención del distrito, y repartiéndoles trompadas y pescozones. Aunque con filosofía: "aún no estorban", dice la sociedad. Y como no estorban, hasta los quince o veinte años, filiados ya en los gubernamentales registros, se pasan la vida, a fuer de *estudiantes* alegres, corriendo de los guardias en la calle y convidándolos a cariñena en las tabernas.

Facultad Mayor. Se indica por el ingreso

del educando en la cárcel, a consecuencia de un robo o de un navajazo en quimera. Cosa leve y grandes adelantos. El que no es completamente imbécil, saca la *licenciatura* en tres años, y como ya está hecho lo más, he aquí que viene un día el saqueo del palacio de un marqués, en cuadrilla, con asesinato del dueño...

La sociedad se conmueve.

—Ese hombre — dice frunciendo el ceño ante el asesino—estorba ya. Venguémonos; ha terminado su carrera.

Y efectivamente, entra poco después en el calabozo; le pesan y miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenía la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba el *Helaldo*, ni recuerdan que la ferocidad de su sonrisa con dientes de caballo había sido primero, "en boca de niño, sonrisa de amor".

—¡Criminal nato!—gritan los antropólogos.

Porque, eso sí; la ciencia es rotunda.

Ha terminado su carrera. Se le viste la hopa y el birrete de los ajusticiados.

Es decir, la toga.

. . . . . .

Cuando menos eso me pareció a mí una tarde muy triste en que yo pude contemplar a

un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto a un palo, agarrotado por el pescuezo y con la lengua fuera.

Tenía yo también recién ganada mi toga, y no sé qué extraños giros de pensamiento hiciéronme ver un poco de vergüenza en mi traje talar y un poco de grandeza entre los pliegues de aquella túnica que envolvía a aquel muerto con la cabeza tronchada y el gesto de apocalíptico reproche...

¡Quizá emprendimos la *carrera* al mismo tiempo! Yo, en el regazo de mi madre. Él, en el desprecio de la Humanidad.

Y me estremecí al pensar que si hubiese sido lo contrario, yo sería entonces el ahorcado, y el ahorcado el doctor.

POR AHÍ

¿Domingo?

Caramba, día de divertirse.

¡Cuánta gente! Todos suben, se alejan del centro. Yo me acerco, al revés.

Encontrarme desde mi casa en el Retiro, a los quince metros, no tiene lance de paseo.

Sol hermoso; coches y tranvías atestados; Espartero dominando la calle desde su caballo de bronce.

—¡Adiós, general!

Es muy amable este Espartero, con su sombrero en la mano, eternamente saludando a la acera derecha, desde donde nadie le responde. Líbreme Dios de pasar sin corresponder finamente al saludo, y los demás que hagan lo que gusten.

Y vengamos a cuentas, para no andar en balde: ¿adónde iré? Hay que pensarlo sobre la marcha, entre pisotón y codazo.

Dinero no falta, en buena hora lo diga, si

no para comprar un reino, con el que quizás no sabría qué hacer, para comprar media docena de mujeres, que bien sabré qué hacer con ellas.

Pero tal vez lo sé demasiado.

La tarde es larga, la vida imposible. Reflexionando, principalmente. Algo, pues; necesito algo que me distraiga; y estoy en la corte, donde dicen que sobran las diversiones.

En la plaza gran atracción. Un toro y un elefante. Iría, pero luego no resulta ninguna de las barbaridades prometidas. ¿Fieras contra fieras? ¿Tigres, toros, leones y elefantes? Bah, para atrocidades los hombres, y ya los veo por la calle... y ya me ven.

¡La Cibeles!

Decididamente, me son simpáticos estos caballos de bronce y estas virtudes de mármol.

Allá, por las baldosas de Recoletos, desfila un cordón de gente. Sombreros monumentales, flores, niñas en situación, tal cual levita...; los de a pie, dándoselas de aristócratas desmontados, los de a caballo mirando a los landós, y los landós al trote. El éxito de la tarde es un *cab* tirado por once perros de Terranova.

¿Hay concierto? Beethoven, Wagner, cien violines, dos arpas... Yo quisiera oirlo sin verlo. Desde una hamaca oscilante en la bóveda. En las butacas acabaría por preocuparme de

la postura; en los paseos estaría de pie y molesto; en el paraíso... ¡nada de paraísos!

Y nada de conciertos ni de músicas. La música miente, me diría dulzuras, llevaría mi pensamiento a lo que no puede existir. ¿Un mundo desavenido con la última nota? ¿Un ángel vuelto a caer al pisar la calle? Jamás. Prefiero seguir en la realidad.

Adélante. Arriba, arriba calle de Alcalá. La realidad puede ser un teatro cualquiera, de telón afuera o de telón adentro. Sólo que en la sala seguramente no me importaría lo que pasara en la escena. El colmo. Buscar interés por un espejo a lo que en sí mismo no interesa nada. Desde una butaca no sabría esta tarde si el drama o la comedia estaba delante de mí o alrededor mío o... dentro de mi alma.

Alma. ¿Habré dicho una barbaridad?

—Una limosna al ciego.

—Toma.

—Dios se lo pague.

—Bueno. Pero te advierto que son dos pesetas... por si eres ciego.

No es limosna. Es que doy el dinero que me hubiese costado no divertirme en el teatro. Gano todavía y ese infeliz me da las gracias. ¡Estúpido!

El sol, rasando sus rayos desde el tejado de la Equitativa, envuelve en polvo de luz la calle. Maldito si veo a nadie de tanta gente como

tropiezo... Siempre es un favor. Señoras en silueta, amigos al traslumbre... y yo, sombrero a los ojos y hala, hala... Vuelvo la cabeza y veo a la señora de un amigo. Pero por la espalda. ¡Qué historia me recuerda! Ella lo quiso. Punzante, casi dulce, breve. Un epigrama. Una instantánea.

Bien ¿y qué? Maisón Dorée. ¿Qué adelanto con entrar? Café. Mis terrones y mi sitio. Conocidos, todo mi círculo. Poetas y autores, políticos, novelistas, empleados y periodistas sin empleo, un pintor, celos, mentiras en circulación, la farsa, lo de siempre... Además, que sería una lástima callarlos si me están poniendo como un trapo. Volveré. Hay tiempo de cobrarse. Yo suelo quedarme de los últimos...

Pero ¿este dinero?...

¡Ah, ya encontré mi diversión!

—¡Cochero!

—Señor.

—Al campo, al aire, al sol...

—Se está poniendo.

—No importa. Llévame adonde quieras, aunque no haya nadie, con tal que haya callos y vino. De prisa. Revienta el jaco, porque me da igual llegar en diez minutos o a media noche. Lo importante es ir de prisa.

. . . . . .

—Camarero, una ración de callos y otra de alegría.

—¿Eh?

—Sí, hombre, sí. ¡Una botella!... ¡Parece mentira que no sepáis lo que estáis vendiendo!

EL SUCESO DEL DÍA

Celso Ruiz, la prudencia misma, ¿cómo ha podido provocar al caballero Alberti, duelista célebre, tirador maravilloso que parte las balas en el filo de un cuchillo?

Acabo de encontrar a mi amigo en su despacho, tumbado en el diván, el cigarro en los labios.

—¿Te bates?—le he preguntado.

—Me suicido.

—Verdad. Tanto vale ponerse con una pistola frente a ese hombre.

—Es igual. Necesito demostrar que no soy un cobarde.

—¿A quién?

—A todos; a mí mismo, porque hasta yo empezaba a dudarlo.

—¡Estás loco!

Se incorporó Celso, me hizo sentar, y dijo:

—Escúchame. Toda una confesión. La vida exprés de la corte no tiene la sólida franque-

za de nuestra provincia, donde el tiempo sobra para depurar la amistad. Aquí, las gentes somos a perpetuidad conocidos de ayer; amigos, nadie; de modo que tenemos el derecho de recelar unos de otros, de engañarnos mutuamente y de juzgar a cada cual por el traje con respecto a su posición, por su ingeniosidad con respecto a su talento, y por su procacidad con respecto a su hidalguía. La mesa del café, de concurrencia volante, nos atrae por su *esprit* y nos repugna por su cinismo. La dejamos con disgusto, quedando siempre un jirón de amor propio entre las tazas, y volvemos, sin embargo, al otro día, como a una tertulia de prostitutas, a fumar y estar tendidos. Tiene razón el que habla más fuerte, y el argumento supremo es una botella estrellada en la testa del contrario.

—*Ecce homo.* ¿Y algo así es tu lance con ese duelista, medio juglar y medio caballero?

—El motivo, a lo menos. Aguarda. Tú, cuando vine, hace un año, me presentaste en esos círculos, cuya animación me cautivó, pues no falta en ellos el ingenio. Fué un alegrón. Allá, en el destierro de nuestra ciudad, imposibilitado de juntar seis personas con quienes establecer cambio de ideas sin aduanas de ignorancia, pensaba en Madrid, en el Madrid íntimo, intelectual y exquisito; soñaba un cenáculo de hombres de corazon, donde

estuvieran proscritas las preocupaciones, y donde el pensamiento pudiera brotar y dilatarse libremente como el humo de un vapor en el aire limpio de los mares... Mi sorpresa, pues, no tuvo límite al descubrir que entre estas gentes del talento se alzaban con cada palabra intransigencias mil veces más ruines que las de los ignorantes. La frase inofensiva, con tal que fuese afortunada, la retorcía la vanidad y la convertía en insulto; el triunfo ajeno lo trasformaba en odio la envidia; el razonamiento feliz era rechazado con la brutalidad del sectario; y todo esto, como trámite fatal, conducía al botellazo primero y al lance de honor algunas veces.

—Pongamos un medio por ciento.

—Es mucho.

—No. Exacto. La proporción de esos desafíos en que paga las tarjetas rotas el camarero. Uno por doscientas botellas... Pero dime de una vez, ¿por qué es tu lance?

—A eso voy; precisamente por haber esquivado aquellos otros y los *argumentos de cristal.* Como yo creo que no había de convencer a ningún polemista rompiéndole la cabeza, ni había de quedar convencido porque me la rompiesen a mí; como creo que nunca puede constituir caso de honra una disputa de café, que no es ordinariamente sino un *caso de vanidad,* más digno que de un *lance de ho-*

nor, de algunas explicaciones sensatas o del discreto desprecio, y como pienso, además, que en odio y en amores no caben términos medios, por lo cual no concibo el odio reglamentado que de antemano se da por satisfecho con ver una gota de sangre, y por lo cual, en fin, no concibo tampoco más que los lances de honor de veras, donde se va a matar o a morir probablemente, y de seguro a no perdonar una imperdonable herida de honra... de ahí que todas estas razones me obligasen a no volver más por los cafés como medida preventiva.

—Lo aplaudo, aunque no te imite.

—Yo me aplaudí igualmente el primer día. El segundo y el tercero los pasé fatales, a solas con mi susceptibilidad, que despertó en forma reflexiva. ¿No será esto, en el fondo —me preguntaba—una debilidad? Si la vida es así, aunque debiera ser de otro modo, y por el estilo de la del café es la mayoría de la gente, la que tratamos para nuestros negocios y la que tratamos por nuestras relaciones, ¿ha de renunciarse a la sociedad, encerrándose uno como un cenobita, sólo por el hecho de pensar con cordura?

—Esa idea es de Schopenhauer.

—Casi. ¿Qué había, pues, en mi prudencia de racional, y qué pudiera haber de cobardía?... Examiné mi vida entera. Me tranquili-

zó el examen. Por miedo no he retrocedido nunca en ningún propósito; mi biografía, tú la sabes, no es precisamente la de una monja.

—Y para probarlo en el café, como si el café fuese el mundo... ¡zás! desafías a...

—No. Ten calma. Entonces me encontré seguro de ser capaz de dar la vida por mi deber, por mi madre y por mi amante, y te repito que quedé tranquilo. La idea que yo tenía de mí mismo en ese punto me bastaba que la tuviesen también mis personas queridas...

Una gran tristeza hizo doblar a Celso el cuello al pronunciar estas palabras.

—¿Esas personas?—le interrogué.

—Son como las demás en este punto. Mi Claudia, mi buena Claudia, confunde también la insensatez y la estoicidad de la barbarie con el verdadero valor. No comprende que se pueda estar pálido con el corazon sereno. Ayer iba con ella en el faetón, por el campo; yo guiaba. Se planta delante un mendigo borracho y me pide limosna insolentemente; palidecí, rogándole que se apartara; mas había él tomado las riendas, y le descargué un latigazo que encabritó al caballo, arrancándole desbocado, después de arrollar al importuno.

En la carrera creí estrellarla, ¡a mi Claudia!... Cuando por la noche refería ella el incidente, dijo: "¡Qué miedo pasó éste! ¡Se quedó como el mármol!" Claudia, sin pararse

a considerar la clase de temor que pudo asaltarme, ha sospechado, por primera vez, que soy un cobarde. Lo comprendí en no sé qué asesinamente compasivo de sus ojos!—Una hora después desafiaba yo a Alberti. El botellazo, razón de café, fácil, terminante. Probaré mi valor, puesto que es indispensable.

—Perdóname—le dije—; lo que así pruebas, por primera vez, es tu cobardía. Te suicidas.

—De un modo teatral. En un escenario, con *amigos* y público en los palcos, a la última. Sólo que me *suicidarán* de verdad; y el suicidio es de valientes: esta idea, si no es de Schopenhauer, debiera serlo.

Me ha sido imposible convencer a Celso de su temeridad, y me he separado de él abrazándole con pena, como a un sentenciado.

Sin embargo, ¡quien sabe! El desafío es mañana. Más que el pulso de un desesperado puede temblar el de un bravo de oficio...

MI PRIMA ME ODIA

Habremos de almorzar en casa de los primos de mi mujer. Pero yo he llegado antes; mi mujer no está todavía, y no está más que la mujer de mi primo. Y la mujer de mi primo, es decir, del primo de mi mujer (mi prima si os place, mi bella prima, arrogantísima) ha huído del salón, al sentirme, refugiándose en el gabinete.

Es terrible esta prima mía, tan rubia. Es tremendo que mi boda haya venido a convertirme inesperadamente, desde hace meses, en pariente de mi antigua enemiga cordial del tranvía, de mi antigua y desconocida enemiga mortal de por esas calles.

Pero es preciso terminar esta situación de una vez, y me resuelvo. Entro en el gabinete.

¿La he sorprendido? ¿La he asustado?... El libro cae de sus manos a la alfombra. Yo, me siento. Ve en mi cara una osada decisión, y su orgullo y su altivez la obligan a callar, mirándome, mientras la contemplo. Es lista, y adi-

vina que va a hablarla su antiguo enigma odioso de otro tiempo.

—Vaya, prima, seamos francos: usted me odia con todo su corazón.

—¿Yo?... ¡Qué escucho!

—Sí. Usted me detesta, me aborrece.

—Se engaña usted, querido primo.

—Principalmente desde que el azar nos ha ligado en parentesco, su odio a mí se ha vuelto intolerable, prima, así obligada a verme y soportarme.

—¡Por Dios!

—Mi presencia y mi conversación la irritan, y quisiera usted, sin duda, poder causarme algún daño, en forma tal, que nadie sino yo supiese que usted me lo causaba... puesto que su odio es íntimo y absurdo y secreto entre los dos, de alma a alma.

—¡Mi odio!... Acaso es usted un poco fatuo.

—Tal vez.

—Desde que se casó habremos hablado seis veces, entre gentes, como extraños; y antes ni le conocía siquiera. A lo sumo pudiera haber de mí hacia usted simpatía o... antipatía: eso que instintivamente nos inspira toda nueva relación. Pero ¿odio?, ¿por qué? ¿No piensa usted que el odio es un honor que no puede concedérsele a cualquiera?

—Razón por la cual, de usted, yo tenía el orgullo de ser el hombre más odiado del mundo.

—No comprendo esa ilusión.

—Pues es raro, porque dicen que tiene usted talento.

—Gracias. También dicen que lo tiene usted.

—Sólo, pues, los dos, ignoramos mutua y directamente *esto que dicen*. ¿Quiere que intentemos convencernos?

—Bien.

—Hablemos, entonces, *por primera vez*. Las otras seis no sirven para nada. Hablemos... con franqueza. ¿Usted es capaz?

—¿Por qué no, querido primo?

—¡Oh, no... no es usted capaz!... ¡Siéndolo, habría dicho... *odiado* primo!

—Le encuentro testarudo, a más de fatuo.

—Menos mal. Ya con eso empieza a serme franca. Correspondo, y digo que usted no era sincera al afirmar que no me conocía antes de casarme. Me conoció usted en el tranvía. Hace lo menos dos años.

—No recuerdo. ¿Quiere tener la bondad?...

—Con mucho agrado. Noche mala, de viento, de lluvia, y tranvía de Salamanca, de este barrio. Un poco tarde, y solo yo en el tranvía. Una dama que lo para al poco, y que sube: era usted. Iba usted elegantísima: abrigo de piel café, gran sombrero y plumas de color de pensamiento, terciopelo pensamiento...

—¡Ah, sí!

—¿Recuerda ahora?

—No. Sólo recuerdo que tuve esas prendas.

—Además, tan perfumada, que el olor de sus esencias hízome levantar los ojos del periódico. Fuí sin leer un momento, absorto por la gentileza de usted... Y usted, a lo largo del coche vacío, había entrado a sentarse en un ángulo de la delantera, diagonalmente opuesto al que ocupaba yo. Tomó usted, con rapidísima ojeada, nota de mi admiración, y la desdeñó en seguida... volviéndose a mirar por el cristal de la plataforma... Yo persistí en mirarla, absorto por su arrogancia y su belleza...

—Gracias, otra vez.

—Usted volvió a advertir mi atención, y la despreció más, volviéndome la espalda.

—¿Sí?

—Era, prima mía, amiga mía, el odio que usted empezaba a concederme, por demás...

—¿Por demás... qué?

—Por demás... generosamente. Y sonreí.

—Bueno, ya lo dije; usted es algo fatuo. Cualquiera otro que no lo hubiera sido, únicamente habría visto en mi desdén... el que conviene a los tenorios de tranvía.

—Si me perdona, prima, yo le diría a usted que les conviene mejor *la indiferencia*. El desdén así marcado es ya una pequeña entrega de atención... Y yo sonreí, sonreí... *por eso*... formé mi juicio de usted... y volví a enfrascar-

me en mi lectura, por no volver a mirarla... ¡Qué tormento entonces! ¡Qué rabia para usted!... ¿Se acuerda?... Es verdad, *no se acuerda.* Yo sí, en cambio; solos, solos siempre en el tranvía; el viaje, largo... En la Cibeles, usted habría dado no sé qué porque yo volviese a mirarla. En Colón, ¡y nadie entraba!, había usted tosido tres veces, dejando caer dos el pañuelo, y hablando con el cobrador para que oyese el abismado lector imperturbable su voz seductora... Una voz divina, clara, que yo oí bien... pues lo que menos me importaba era el periódico, todo empeñado en hacer rabiar a usted con mi *indiferencia*... porque le diré también, si usted me lo consiente, que es *la indiferencia* el mejor castigo contra *las desdeñosas del tranvía.* En fin, usted bajó; tenía yo tan tendidos los pies, que tuvo usted que pedirme al pasar: —*¿Permite usted?* — ¡Horror, mi odiada prima!... ¿se acuerda?... Yo recogí los pies sin contestarla, sin alzar los ojos del *Heraldo,* cuya "lectura" no interrumpí...

—¡Falso!... ¡Usted me miró; y de tal manera, que aun volvía por el vidrio la cabeza cuando yo avanzaba hacia mi casa!

—¿Cómo? ¿Eso sí lo recuerda?

—Lo recuerdo. ¡Vea usted lo que son las cosas!

—¿Y no recuerda asimismo que otras noches desde entonces nos volvimos a encontrar

en el tranvía, con más gente, con menos gente, y que siempre yo... leía el *Heraldo?*

—¿Y no recuerda usted, odiado primo, que en el tranvía y en la calle, dondequiera que nos volvimos a encontrar, yo cuidaba hacerle advertir la primera mi desprecio?

—Su odio.

—¡Sea! ¡Mi odio!

—Un odio de mujer. Amor inverso.

—¿Cree usted?...

—Tanto, que le temía a esta inevitable explicación, como a una declaración... amorosa.

—¡¡Señor mío!!

—¡Qué!

—Que yo no puedo consentir... ¡Schist! ¡mi marido!

Entra el marido, me saluda.

Sale el marido a dejar el abrigo y el bastón.

Hay un silencio.

¿Decía usted?... Siga, siga.

—Decía que usted verá si para dejar de odiarme le conviene amarme..., no hay otra manera. Por mi parte, siento muchas veces la intención de darla un beso.

—¡Oh, pero usted se me rinde, infeliz! ¿No ha previsto que desvanece mi odio, suponiendo que lo tuve, al confesarme su mañoso interés en sus lecturas del *Heraldo?* Usted, la intención de darme un beso; yo, la voluntad

de negarlo, y heme aquí vengada, curada de mi odio... radicalísimamente.

—No. Porque yo diré en seguida que no me importa que me lo niegue... y usted me seguirá odiando.

—¿Como usted a mí por consecuencia?

—*El odio es amor inverso.* No renuncio al orgullo de su odio. Le digo, prima, que no quedan más caminos que odiar... o amar.

—Queda otro. Confesarles nuestro mutuo odio inextinguible a su mujer, a mi marido... y no vernos más. Es lo prudente.

—Tiene usted razón: es lo prudente. No hay motivo alguno para que nos sigamos soportando.

—¡Ahí viene mi marido!

—¡Y mi mujer!

Mi bella y blonda prima se levanta, vacila... vuelve a mí desde la puerta.

—¡No les diga nada aún!—me advierte.

—¡Pues jure que me odia con toda el alma!

—¡¡Con toda el alma!!

Sale, y yo permanezco un instante respirando sus esencias, sacudidas al vuelo de sus sedas.

Mi prima me odia.

Tiene talento mi prima, ¡qué diablo!

EL RECUERDO

No había andado Juana la mitad del camino hacia la viña, con un cesto de mimbres al cuadril, cuando entre las encinas de la sierra se presentó Chuco de sopetón, diciendo:

—Mía tú, *Reina*, vengo escapao porque te vide llegar desde las pizarreras donde tengo la cabrá. Te quió decir una cosa. Mañana ya sabes que me voy a la ziudá, a la melicia; pues, vélaqui lo que traigo.

Chuco entregó un papel a su novia.

—¡Calla! ¿Y quién este santo...? ¡Eres tú!— exclamó ella admirada.

—Y toas qu'es verdá... Y que ma retratao el señorito ese, amigo del amo, ca venío de temporá al cortijo. Le trompecé ayer tarde en la ermita, pintando toa la fachá y toos los árboles y too... Liamos un cigarro, y aluego dijo que quería retratarme; yo le dije que bueno; me puso el garrote asina, como estás viendo ahí, y en menos de na, que toma, que deja, que raya p'arriba que raya p'abajo, ya tenía

too el muñeco formao. Iba a largarse, después de parlar un rato, cuando, sin saber por qué, me acordé de tí. ¿Por qué no me había de hacer otro retrato pa ti...? Se lo dije lo mesmo que lo pensaba, y él, que debe ser mu largo, se echó a reir y lo hizo en seguía. Ese es, *Reina*, pa que lo guardes mientras ando yo por esos mundos... Pues, bueno; yo no he dormío ni migaja en toa la noche pensando al respetive qu'es menester que tú me des tamién un retrato.

—Y yo... ¿cómo?—preguntó Juana dejando de mirar el de Chuco.

—Escucha, asina: vete en cuatro brincos a la alamea de la Tabla Grande del río, que allí se paró don Luis hace un poco, al salir el sol, y apreparó los chismes como pa pintar el molinillo, y amáñate pa ve cómo pué retratate. Anda, *Reina;* no me voy a se sordao si al llevaros esta noche la jarra de leche no me le tienes... ¿Lo oyes? ¡Que se me ha metío en la chola, y no me voy aunque sepa dar en un presillo!

¡Gran Dios! ¿Y con qué cara iba *la Reina* a presentarse a don Luis, sin haberle hablado una vez siquiera...?

Chuco adivinó esta idea; pero adoptó un aire resuelto preguntando:

—¿No irás?

Juana permaneció muda.

—¿Que no?—insistió el cabrero con su extremeña terquedad.

Y como su novia continuaba en silencio, echóse el garrote al hombro, se acercó a ella, hizo una cruz, y después de decir: "Por ésta, que me llevan a presillo", se las tocó a paso largo, dejándola atónita e inmóvil.

La Reina (mote que Juana había heredado de su madre, a quien se lo dieron por limpia y buena moza) se llenó de pena comprendiendo que Chuco cumpliría su promesa al pie de la letra. Tras algunos momentos de duda, se enjugó los ojos y miró al valle, donde se divisaba el umbroso follaje de la ribera; suspiró, y alegre al poco—que para algo habían de servirle sus diez y siete años—, partió ligera como una saeta hacia la Tabla Grande.

¡Bah! ¡Si no conocía al señorito Luis, tampoco iba a pedirle un reino...! Entre corriendo y andando, cruzó el encinado, salvó el puente del arroyo, dejóse atrás la huerta y los pinares, y agazapándose en la pradera para esquivarse del tío Juan, que volvía del lugar con el carro, entró por fin en la alameda, recorriéndola hasta darse de manos a boca, o punto menos, con el pintor, que de pie junto a la silla de tijera, tenía delante un caballete. Juana se paró, y, arrepentida, trató de esconderse. Pero el señorito Luis la había visto ya; era inútil... Entonces, lanzando una imperceptible

tible carcajada, a un tiempo medrosa y atrevida, roja como una grana, se acercó a él, soltó el covanillo, y clavando los ojos en el suelo, exclamó casi sin voz:

—Yo... soy la novia de Chuco.

El señorito Luis había soltado los pinceles y miraba con sorpresa a la recién llegada.

—¡De Chuco...! ¿Qué Chuco, hija?—preguntó en el colmo de la extrañeza.

No conocía a Juana, que habitaba en el cortijo las dependencias de la servidumbre.

—De Chuco el cabrero..., del que usted pintó ayer en la sierra de la ermita—añadió Juana.

—¡Aguarda! ¡Conque tú eres...! Pues tiene Chuco una novia como una perla—murmuró el joven sonriendo—. Bueno, mujer; tú dirás lo que deseas.

Al escuchar Juana el elogio, levantó la mirada hacia el señorito Luis... y la bajo viendo que sus ojos derramaban sobre ella un incendio. Sin embargo, aquella flor y aquella jovialidad diéronla alientos para continuar:

—Sí, me lo dijo. Por eso me pidió un retrato para dejártelo. ¿No te lo ha dado?

—Vélaqui usté; me lo ha dao ahora que me encontró cuando iba yo por uvas a la viña; y dijo que viniera al vuelo en busca de usté... porque me hizo la cruz para no dirse más que

atao, en tanti yo no me diera maña pa... darle otro retrato que usté me haga.

—¡Bravo! Si no es más que por eso, no hay que atarlo, porque no desairaré nunca a una muchacha tan salada. Siéntate. ¡Esto va a ser a escape! Y a fe que me alegro, pues así estarás en mi álbum junto a él.

La noticia arrancó a Juana, que estaba rabiando por reir, una carcajada de alegría.

—Oye—dijo Luis en cuanto preparó los lápices y el álbum—, tú eres muy guapa y quiero hacer un retrato bonito. Así no estás bien; en vez de continuar sentada vas a echarte, saldrás mejor. Tu retrato será todo un cuadro.

Así diciendo, la levantó del cesto, se le puso de cabecera, obligándola a adoptar una postura caprichosa, le cruzó los pies después de acostarla de lado y la hizo reclinar la cabeza sobre un brazo y rodeársela con el otro. Satisfecho de la actitud de la joven, que temblaba a su contacto y seguía con el recelo en los ojos y el carmín en la cara esta maniobra, se fué a la silla sonriendo, sobrecogido por la inspiración de la belleza extraordinaria de *la Reina.*

Dibujaba Luis con el arrobamiento del artista que se deja absorber por su obra, y una tras otra, sin saberlo, dejaba escapar frases de admiración ardiente cada vez que su análisis descubría un tesoro de los mil de la be-

lleza a la par atrevida y delicada de *la Reina*... ¡Sus palabras clavábanse en el corazón de Juana como flechas de oro...! y Juana (¿por qué no decirlo?) empezaba a impresionarse... Veía en el pintor la adoración a su hermosura, y ella, que siendo mujer, nunca había sido admirada, no se daba cuenta, la pobre, de que el amor principia así. El amor, es decir, algo grande, algo que jamás sintió junto a Chuco, en su cariño de hermanos, descuidadote y tranquilo, cuyas raíces se perdían en el trato de la infancia.

Bien visto, el señorito Luis era un cabal mozo; tendría veinticinco años, y Juana en su vida estuvo al pie de un hombre tan guapo, tan simpático, tan amable... ¡Vaya si sabía decir algunas cosas...!

Decididamente ella se encontraba a gusto en la alameda. Hasta el misterio del sitio, que al pronto le había causado un vago temor, comenzaba a placerla. Un vientecillo juguetón rizaba la amplia superficie del agua, prendiendo al sol en cabrilleos de oro y haciendo temblar en la opuesta orilla la imagen de los pintorescos matorrales de espinos y adelfas que la bordaban, por detrás de los cuales el cielo extendía su fondo de puro azul. En mitad del río, como una gaviota nadando, se destacaba la casita blanca del molino, al extremo de una isleta vestida de sauces, cuyas

ramas colganderas se derramaban y mecían con languidez sobre la corriente apacible. Exceptuando el rumor lejano de la presa, el susurro de las hojas y el atronador ruido de los pájaros en los árboles, nada turbaba allí el silencio, si es que del silencio no son también las armonías de las brisas, de las aves y de las ondas.

Sólo necesitaba ya los últimos toques el dibujo; Luis lo terminó mientras decía con su acento medio apasionado y medio ligero:

—¡Oh, chiquilla! ¡Si te vieras a ti misma...! Eres inimitable... Qué diantre, la suerte anda muy mal repartida; de andar mejor, tú estarías donde tu hermosura fuese el encanto de todos. Mujeres como tú no debían nacer para morir como las margaritas del campo; no admito, no concibo que Dios haya creado cosa tan linda para esconderla... ¡Ea! Ven a ver esto; ya se acabó.

Juana se levantó y recibió el álbum que mostraba Luis, poniéndose a contemplar el retrato con curiosidad. Se agradaba a sí misma. Nunca había tenido ocasión de mirarse en un espejo mayor que la palma de la mano, y no sabía cuánta era la gentileza de su talle. Dudaba de que la hermosura aquella fuese un reflejo de la suya; el señorito Luis, sin duda, había hecho la imagen tan graciosa únicamente por halagarla.

—¿Esta soy yo?

—Esa eres. Chuco gana contigo el ciento por ciento. ¡Qué diablo, no has sabido escoger novio! ¡Qué muchacha más tonta! Ahora voy con la copia para él: trae el álbum.

Por segunda vez colocó Luis bajo su lápiz un papel blanco, empezando a copiar el boceto, del que pensaba hacer despacio una preciosa acuarela. *La Reina* no se saciaba de mirarlo.

Por encima del hombro del joven, rozándole alguna vez con los cabellos, observaba la soltura con que trazaba líneas que iban reproduciéndola.

En su propia cara sentía Luis respirar a Juana, que absorta en la contemplación, no tenía conciencia de otra cosa. Luis sufría. El aliento aquel le deleitaba como el perfume purísimo e intenso de la flor de jara en las siestas de la solitaria montaña. "Cuando ya esté hecha la acuarela—pensaba—, le pondré un título que será un perfecto recuerdo: *Tentación.*"

De improviso, alargando el papel y volviéndose, dijo:

—Toma.

Y le dió el retrato..., y un beso que estalló como una palmada en la purpúrea mejilla de *la Reina.*

La sangre toda afluyó al rostro de la mu-

chacha. Sintió que se desvanecía, pero se repuso, y sin pronunciar palabra, rápida como la luz, llevando el retrato en la mano y arrebatando el cesto al pasar, desapareció entre los álamos.

*
* *

Cuenta la fama... (es decir, no lo cuenta la fama, porque es un secreto que sólo puede contar la que lo aguarda) que hará tres meses, la noche de la boda de *la Reina* y Chuco, cuando las amigas de aquéllas atribuían su llanto a las naturales cosas que hacen llorar en estas ocasiones, ella oprimía contra su corazón el retrato trazado en la alameda de la Tabla Grande del río, y suspiraba acariciando los recuerdos indelebles de las impresiones sentidas y de las palabras del pintor, que habían hecho desfilar ante sus ojos fugaces visiones más brillantes que una lluvia de estrellas.

PRUEBAS DE AMOR

Mi amigo César es un analista insoportable. Pudiera ser feliz, porque tiene talento y buena fortuna, y es el más desdichado de los hombres.

Todo lo mide, lo pesa y lo descompone, el placer y el dolor, el llanto y la alegría, el amor y la amistad. Su corazón, sensible hasta lo infinito, se deja tocar por las más pequeñas cosas; pero el eco levantado en el corazón, plácido o triste, grande o fugaz, es entregado inmediatamente al pensamiento, que al profundizarlo por todas partes lo deja destrozado.

Llorando ante el cadáver de su padre, pensaba si en su aflicción extrema no habría algo de hipocresía consigo mismo. Y cesó de llorar. Pero en seguida le pareció fanfarronada de fortaleza su dolor sin llanto. Y lloró, llamándose miserable.

Estrenó una comedia. Y cuando el público le aclamaba, se encontró a sí propio desmedidamente fácil de halagar por los aplausos.

Para evitarlos, se negó a salir a escena por segunda vez, se largó a su casa, se metió en la cama y no pudo dormir, reflexionando que la brusquedad de tal determinación tuvo mucho más de vanidosa que el haber seguido recibiendo los aplausos.

Cuando saluda a un personaje aléjase meditando si en el saludo no puso algún servilismo. Y, por si acaso, cuando le halla otro día, lo esquiva.

Vive solo, huraño, perpetuamente dedicado a vacilar, a destruirse las ilusiones.

Es un loco, sin duda.

.....

Recuerdo que hará tres años lo encontré una tarde en el Retiro, sentado de espaldas a la gente, con la silla recostada en un árbol y entretenido en mirar el desfile de los coches. Me senté con él y no hablamos. De pronto, al paso lento de los carruajes enfilados, porque estaba en el paseo el de la Reina, cruzó junto a nosotros una victoria, en cuyo interior iban dos mujeres, saludando a César.

Una lindísima, elegante, joven.

—¿Ves aquélla?—me dijo señalándola, cuando ya no pudo vernos—. La adoro. Estoy desesperado. La vi en la Comedia, en un palco. ¿Verdad que es divina...? Tiene alma de artista. Después de la presentación, no he vuelto más que dos días a su casa. ¡Oh, si yo pudiera

llevarla a la mía, hacerla mi mujer...! Créeme. El ideal es esa Aurora Rubí: pero es hija de un hombre muy rico.

En seguida me contó que Aurora había estado con él atentísima, quizá más que con nadie; pero que, sin embargo, y a pesar de que la quería cada vez más, teniendo en cuenta la alta posición de aquella familia, no se atrevería a intentar nada. Yo hícele notar a mi amigo que teniendo él una carrera brillante y un nombre literario conocidísimo en Madrid, debían tenerle sin cuidado los miles de duros del *suegro*. Mucho menos cuando, a juzgar por el modo de saludar de Aurora, cuyos ojos se habían fijado en César con mimosería singular, la niña estaba de su parte. Continuamos hablando del asunto mucho rato a la vuelta del paseo, y ya de noche, en la Puerta del Sol, dejé a César con sus cavilaciones eternas y eternas dudas y desconfianzas.

*
* *

En Marzo volví a verle en una platea del Español, con Aurora y su familia. En toda la noche cesaron de hablar, cubierta ella la cara con el abanico de seda, sin importarles un pito la representación. Y después, durante todo el verano siguiente, le encontré siempre

acompañándola en los teatros, en los paseos, enamoradísimos ambos, según las muestras. Tenía ganas de hablar con César para darle mi enhorabuena, y una tarde que yo estaba en la Moncloa, adonde fuí de puro aburrimiento, le hallé sentado en un banco, la cara seria, entretenido en golpear las piedrecillas del suelo con la contera del bastón.

—Te felicito—le dije.

—¿Por qué? ¿Por quién...? ¿Por Aurora? No, no; todo lo contrario.

—¿No es tu novia?

—Sí.

—¿No la quieres?

—Como un insensato, y su familia me acepta, y ella es adorable sin par; y, por lo tanto, me tiene vuelto el juicio. Puedo casarme cuando se me antoje; pero...

—Pero ¿qué?

—Pero... ¡no me da la gana!

Dijo esto con dureza extraña, como imposición hecha por su voluntad a su invencible deseo.

—No quiero. No me da la gana de casarme—repitió enfadado.

Yo me reí. Él se calmó luego.

—Mira, tú—me dijo—, la quiero tanto que yo necesito a toda costa saber que ella me quiere con delirio; necesito saber que me adora y que me adora como una loca; que me

adora por mí mismo, no por la vanidad de mi nombre, ni siquiera por la gratitud de mi amor. En una palabra: necesito que me sacrifique cuanto es y cuanto vale: su tranquilidad, su orgullo, su porvenir y su honra.

—Estás chiflado.

Chiflado o no, eso la he dicho: que quiero todos esos sacrificios, que si yo soy su dios, como ella repite a cada instante, su dios le pide el honor y la vida para hacer de ellos lo que guste: probablemente devolverlos; pero ¡quién sabe si entregarlos hechos jirones a la publicidad para ver si la adoración resiste a todo, hasta al martirio y la deshonra!

—Pero ¿hablas formal?—no pude menos de preguntarle a mi amigo.

—Tan formal, que hace cuatro días que no la veo. La he jurado que la amaré siempre, aunque probablemente nunca nos casaremos.

—¿Y ella?

—Lucha, la infeliz. Mira, al fin esta tarde me llama. Sí, sí, empiezo a creer que me idolatra; que podremos casarnos...; después.

***

Al cabo de medio año, he vuelto ayer a tropezarme con César. Estaba en un café y leía completamente absorto una carta de renglones cruzados.

Aurora está en Santander.

—Oye—me dijo César tras de contarme muchas cosas—. Es horrible mi situación. Yo que tanto la adoro, no puedo acabar de convencerme de su amor, y ya menos que nunca. Yo leo esas cartas llenas de ternura, de confianzas dulcísimas, y pienso, a pesar mío, que aunque así deben ser las que dicta el corazón de una mujer enamorada, así pueden ser también las que dirige el miedo de una pobre niña a quien le guarda el tesoro de su honra.

—Que entregó por amor.

—¡Y que puede obligarla a mentir en el olvido! ¡Oh, si así fuera, si ella me hubiese olvidado, cuánto me estaría ofendiendo al creer que yo no sería capaz de devolverle estas cartas, estos recuerdos de nuestra escondida felicidad, que no tienen valor para mí de prendas de venganza contra la ingratitud, sino de reliquias santas de la única mujer que he querido y querré con toda mi alma, aun ante la confesión de su olvido... Y si me ama—continuó César exaltado—, yo quiero saberlo. Pero cómo, Dios mío, si me ha dado todas, todas las pruebas de amor que puede dar una mujer... ¡y no son bastantes!

. . . . . .

—Yo dejé a César por no decirle que es cruel, brutal, con la infeliz y enamorada

niña que así se ha hecho la esclava de un loco.

Porque no me cabe duda que César tiene una locura no estudiada en los libros todavía.

MUJERES PRÁCTICAS

Plegó Alfredo *La Correspondencia* que a la luz del tranvía vino leyendo desde Pozas, y miró dónde se encontraba: calle Mayor. ¡Oh! Y a fe que le había ensimismado el periódico. El coche iba bien de mujeres. Lo que se dice, cuando el día está de bonitas, se ve cada cara como una gloria.

Junto a él, mamá respetable, cincuentona y de libras, pero hermosa, y con dos niñas a la izquierda... que hasta allí. Se advertía a la pequeña, molesta en la estrechura del asiento, aguantada casi por aquel empleadete de levitín raído, personilla de pelele medio oculta entre las gasas de la joven por un lado y bajo el mantón de corpulenta chula por el otro; ésta era la cuña de la tanda. En la de enfrente dos o tres señoras todavía, una con su marido, guapa ella y retrechera. Pero a la más hermosa fueron los ojos de Alfredo, guiados

por la nariz, por un rastro de heliotropo que le caía de muy cerca, envolviéndole en nube de sutil voluptuosidad; alzó la vista y vió de pie a la puerta de la plataforma delantera una rubia espléndida, de continente altivo de princesa, buena moza, enguantada, llena de lujo, de brillantes.

Alfredo se levantó y le ofreció el sitio. Ella dió las gracias sonriendo, clavándole los grandes ojos de oro también como el pelo abundantísimo. Iban a llegar, no merecía la pena. Insistió Alfredo, y la elegantísima dama se inclinó gentil, mostrando en la sonrisa la blancura de papel de sus dientes; fué a dar un paso, y con la velocidad del tranvía perdió graciosamente el equilibrio. Alfredo la sujetó por el brazo, contacto leve que bajo la seda hizo constar carne resbaladiza, elástica, tentadora.

Sola. ¿Quién sería?... El joven, que, emborrachándose de amor en su perfume, la contemplaba, hubiese jurado que transparentaban algo de suprema aristocracia aquella desenvoltura, aquella singular expresión de aplomo, de experiencia y ansia de placer. Cintura delgada, caderas anchas, pecho alto. Una delicia. Razón poderosa del vivir. Por dar un beso en tal encanto de boca, se comprendía todo.

¡Oh! ¡Y nunca podría dar Alfredo un beso

en cada boca de mujer hermosa! ¡Nunca! Es decir, que se moriría habiendo deseado besar tantas mujeres... ¡Qué pena!

Paró el tranvía. La dama pasó delante del joven, inclinándose llena de gracia; sus ojos largos, de pupilas amarillas de oro, volvieron a meterle en el corazón languideces de muerte. Descendió y atravesó, rápida y garbosa, la Puerta del Sol, sorteando coches, hasta la acera de enfrente. Allí su marcha fué un triunfo: los hombres se paraban, las mujeres volvían la cabeza. Alfredo iba detrás, a distancia.

Imposible figura más gallarda. Vista de espaldas a las luces eléctricas de las farolas y los escaparates, toda aquella arrogante hembra, con su traje claro de seda, destellaba chispas: de sus brillantes, de los plateados botones de su esbelto talle, de los hilillos de oro de sus encajes, de las peinetas sepultadas en los rubios bucles de su peinado, de los caireles de su sombrero verde, entre gasas y rizadas plumas. Su andar era fácil, ondulado. Sus pies herían el suelo con todo el peso de la buena moza. Bajo su aspecto delicado, casi aéreo, se adivinaba toda la hermosura.

Torció por la calle de la Montera. Alfredo llegó a la esquina, se paró, y parecía vacilar. Sí; por último, hasta el fin del mundo.

Sabría su casa. París bien valía una misa.

¿Casada?... Un mes, dos. Una labor de aproximaciones insensibles. ¿El plan?... Resultaría después; por lo pronto, bastaba la voluntad. Querer es hacer querer, tratándose de todo.

Alfredo, procurando no perder la linda cabeza rubia de sombrero verde, que seguía con la vista por encima de las gentes, a lo lejos, para no ser advertido, iba ya pensando en el portero que le facilitaría detalles. El imaginaba también sus paseos a lo cadete, sus butacas frente al palco, su insistencia ante el enojo; luego la mirada, la primera mirada, es decir, el triunfo. Desde que una mujer devuelve la primera mirada de amor, está vencida. Lo demás es accidental, de oportunidad y de tiempo.

La hermosa rubia dobló por la calle del Caballero de Gracia. Alfredo, que iba a cincuenta pasos, se apresuró hasta la esquina: allí se paró contrariado. Ella, muy cerca, en la luz viva de un escaparate de modas, resplandecía de belleza y de elegancia. Antes de seguir le vió: había mirado hacia atrás. Una mirada particular, subrayada de sonrisa. Y aceleró la marcha.

¿Fué aquella sonrisa leve la placentera emoción de toda mujer cuando observa que interesa, puramente de vanidad y que nada

promete, o fué el *enterada y conforme de un proyecto de historia?* Difícil saberlo. Casi seguramente lo segundo; sin embargo, al tratarse de una mujer de treinta años, cuya hermosura debía de haberla ocasionado suficientes galanteos para odiarlos por sistema o para gustarlos por hábito. Alfredo echó este dato a su favor. No era poco.

Era... la primera mirada. Sólo que, aun dada por cierta, esto no era todo, y los deseos iban más aprisa que las esperanzas. Quedaba siempre la necesidad de verse y de hacerse rabiar, de la presentación y el trato... de ese infinito juego de habilidad que exigen ellas para engañarse desde que se proponen ser engañadas. Un tiempo lastimosamente perdido en el prólogo, cuando espera un libro seductor— pensaba el joven.

¡Ah, si las mujeres fuesen prácticas! ¡Tan prácticas como los hombres!... Entonces, a aquella disparatadamente hermosa, de quien él había visto embelesado la boca roja y la nuca blanquísima y vigorosa cubierta de vello de oro; a quien él mirándola había desnudado con el pensamiento y con [su complacencia; que iba sola, y quizá a fastidiarse en la soledad de su gabinete, nada le impediría en aquel mismo momento aceptar su brazo y dejarse conducir a otro gabinete más reservado... de Fornos, por ejemplo, que estaba

ya a dos pasos. Dos horas. Hermosura por pasión; luego, adiós para siempre, o hasta la vista.

En este momento, Alfredo se detuvo. Su amigo Alvarez saludaba afablemente a la dama. Debían conocerse mucho, según las risueñas frases cruzadas entre apretones de manos. Tan pronto como lo dejó, Alfredo le salió al encuentro.

—Baja conmigo.

—No, sube tú; tengo prisa.

—Un momento.

—Pero, hombre...

Le arrastraba del brazo.

—¿Conoces a aquélla?

—¡Claro!

—¿Dónde vive?

—Allí. (Alvarez señaló un principal.)

—¿Quién es?

—Luisa.

—¿Qué Luisa? ¿Luisa de qué? ¿La mujer de quién?

—La mujer de nadie. Es decir, de todo el mundo. Tu mujer si quieres: veinte duros.

Alvarez, aprovechando su brazo en libertad, salió disparado. Un segundo después, Alfredo entraba en Fornos; pero solo.

Y se sentó, pidiendo un humilde café con leche.

—Caramba—pensaba mientras era servi-

do—. Esa es más práctica que los hombres todavía.

Y no, no era eso lo que deseaba. Alfredo hubiese querido que todas las mujeres fuesen *muy prácticas*... para él únicamente.

GENIO Y FIGURA

El triunfo del autor iba siendo evidente. Pero un triunfo de sumisión, que tenía algo de espantoso, como el del domador en la jaula de las fieras. El teatro parecía contener una sola alma anhelosa y vencida, que quitaba a los cuerpos la sensación de ahogo en aque aire de polvillo de luz, impregnado de sudor y esencias, a cuyo través, y contrastando con la obscura e informe aglomeración de cabezas en el patio y los anfiteatros, se veían los escotes y los trajes claros en las explosiones brillantes de las cornucopias eléctricas, llenos de flores y destellos, con abanicos que los brazos desnudos movían en silencio, como guirnalda de mariposas.

En uno de ellos, en el segundo palco de la izquierda, con sus padres y su prima Berta, la burlona irresistible, estaba Angeles, la novia del autor, vestida de celeste, admirablemente peinada, con un *esprit* de plumas y una flecha de brillantes en el negro pelo, quizás dema-

siado rojos los labios y demasiado pintadas las ojeras en su carilla ideal de caprichosa, blanca como el cuello, de esa blancura de leche de la velutina. Callada y absorta, con una contracción nerviosa de triunfo en los labios, era, sin embargo, la única que no llevaba la ilación del drama. El codo, de guante blanco, en la balaustrada grana; el abanico en la barba, y la cabeza medio vuelta hacia la sala, donde seguía en una voluptuosa aspiración los estremecimientos del público, observándole, recogiendo sus latidos que acentuaban la expresión singular, un poco diabólica, de su sonrisa. De cuando en cuando flameaba en sus dormidos ojos de gata un relámpago de satisfacción: era que sorprendía unos gemelos mirándola; los pocos iniciados que asistían al teatro, habían extendido la noticia de que *allí* estaba la novia del nuevo autor, y la noticia rodaba de butaca a butaca, de palco a palco... y Angeles la seguía en sus zig-zag, y empezaba a sentirse heroína disimulada de la fiesta, flechada por aquellos anteojos, a los que si guiaba la curiosidad desde cada hermosura del drama, los contenía en arrobos de contemplación la belleza de la joven.

De pronto se produjo un murmullo profundo de pasiones removidas. La dama, con su lujo de reina, desde lo alto de su gran celebridad artística, acababa de llamar "estúpi-

das" a las mojigatas burguesas que habían pretendido burlarse de su libertad. Era la mujer del porvenir, triunfante. Estalló un aplauso, el primero de la noche, enérgico y nervioso, pero le cortó un siseo lleno de imperio. Fué un paréntesis de la atención ,y muchos gemelos se dirigieron hacia Angeles; con más descaro que ninguno, el de un oficial de la Princesa, allá enfrente, desde el palco del *Veloz*, guapo, arrogante, con su pelliza blanca de pieles negras y cordones dorados. Estaba de pie, detrás de las sillas ocupadas por unos caballeros calvos de gran pechera reluciente, y no miraba sino de tarde en tarde al escenario, inclinándose sobre la baranda.

¡Oh! ¡El *Veloz*!... Ese palco, cuyas miradas suelen consagrar en los teatros la fama o la hermosura a la moda. También Angeles solicitaba su interés, gracias a la actualidad que venía a prestarla aquella noche el éxito ya indudable de su novio. Cogió sus gemelos, miró a cualquier parte, al oficial luego, que la tenía clavada con los suyos, y los abandonó en la falda de la prima Berta, que dijo entre maliciosa y burlona:

—Te conquista el húsar.

Siguió la representación. Angeles, con los ojos muy abiertos sobre la escena, no atendía. Recordaba la época en que, meses atrás, conoció a Ricardo entre las brisas y alegrías

del Sardinero. Una crónica melosa, con su nombre entre flores; un deseo de pagar en sonrisas al corresponsal; un afán de monopolizar sus elogios en letras de molde, y a los ocho días, sin saber cómo, se encontró novia de Ricardo, a pesar de sus corbatas arcaicas y de su figurilla insignificante. Pero le quería, le quería, sobre todo desde que el papá de Angeles, fundándose en la precaria situación del joven, se opuso a las relaciones.

¡Ah! Pero este estreno, esta victoria, que cada vez más claro advertíase en la ansiedad del público, ganaba también al padre de la novia, que aplaudía con cariñoso entusiasmo, como si estuviera presenciando allí el azar que haría entrar a Ricardo en su familia. El mismo había deseado asistir con su hija, porque tanto habían dicho del drama los periódicos, que empezó a sospechar que su autor fuese, no sólo un hombre de talento, sino de porvenir.

Un frenético "¡bien!" y un palmoteo que convirtió instantáneamente el público entero en tempestad cerrada de aplausos y aclamaciones, volvió a Angeles de su ensimismamiento. El telón caía. "¡Bravo! ¡Bravo!" se oía gritar; y entre las voces trémulas que pedían al autor y el nutrido resonar de las palmadas, que daban al teatro una apariencia extraña de manos que se movían por todas partes, pudo

ver Angeles que desde muchos palcos se le asestaban gemelos, brillando delante de los ojos de mujeres elegantísimas. También los del *Veloz* la enfocaban como una batería formidable, los de aquellos señores calvos de blanquísima pechera, los del húsar, arrogante, con su rubio bigote a la borgoñona y su pelliza de cordones de oro...

Angeles, roja de emoción, ahogándose en el ruido de aquel aplaudir frenético, resonante en su oído como una granizada de perlas, con la nariz por la delicia dilatada en su carilla ideal de caprichosa, sintió un vacío en las sienes cuando bajo el telón, a medio levantar, apareció un cómico y le arrojó al palco, a modo de homenaje, el nombre de su novio—lo cual arreció la tormenta de entusiasmo con un griterío imperativo y tremendo de: "¡El autor! ¡el autor! ¡Que salga!" La prima Berta la contemplaba con envidia...

"¡Que salga! ¡que salga!"

Volvieron a brillar sobre el telón las luces del proscenio, y empezó aquél a subir lentamente. La escena apareció desierta, deslumbradora. ¡Oh, iba a verle allí, en la apoteosis de la multitud electrizada, en la claridad de gloria de las luces invisibles de las bambalinas, ofreciendo la ovación con enamorada sonrisa! ¡Cuánto le quería!

La dama, aquella actriz rubia y espléndida,

hermosa como una reina de cuentos, y un actor a quien el frac daba elegancia aparatosa, tiraban del autor, que al fin asomó por el foro entre aquéllos, vistiendo una levitilla antigua, pálido, con el asombro en los ojos y el pelo y el bigote como erizados. Junto a las graciosas reverencias de sus compañeros, las del pobre autor, muy serio y azorado, resultaban verdaderamente ridículas.

Angeles oyó decir en el palco inmediato "¡Qué feo!"; y la burlona Berta, la segunda vez que se alzó el telón, le comparó con un ratón recién salido de una jofaina. En esto, al desaparecer el autor de espaldas al fondo, tropezó con un mueble... y el público entero, sin dejar de aplaudir, rióse.

Angeles estaba descompuesta. Desde el palco del *Veloz*, el húsar, en actitud gallarda, la miraba y sonreía compasivamente... Se desvanecía la joven. Se levantó con rapidez y se ocultó en el antepalco sin que lo advirtiera apenas su familia, atenta a la ovación, que siguió ruidosa mucho tiempo.

Cuando el padre de Angeles, vivamente emocionado, fué a felicitarla estrechando su mano, encontró a la joven medio tendida en un diván, temblorosos los labios y la mirada sin luz. ¡Pobre sensitiva, tronchada por un huracán de felicidad!...

—Perdóname—le dijo—; ya comprendo tu

cariño por ese hombre de talento, y puedes decirle que desde hoy lo tendré a orgullo. ¡A orgullo! ¿sabes?

—Es inútil—respondió Angeles solemne de desprecio—; no pienso verle más en mi vida. ¡Vámonos!

Y sin consentir en volver siquiera al palco, salieron del teatro, que esperaba ebrio de entusiasmo el último acto del maravilloso drama.

VILLAPORRILLA

¿Aldeas? En buena hora. Pero en el lienzo para adornar mi gabinete o en el libro para decorar mi estantería. Ni más ni menos.

Así las conocía yo. Y sabía de ellas que contempladas desde el último cerro de su horizonte al caer el sol, cuando los senderos de la montaña eran recorridos por los pacíficos campesinos que de vuelta de sus faenas tornaban al hogar, azada o garrote al hombro, dejando oir canciones llenas de melancolía, entremezcladas sus notas con el estruendoso concierto de cigarras, grillos y ranas, meciéndose también por los espacios el triste son de la campana de oraciones y el tintineo de las esquilas del ganado; contempladas, decía, a la traslumbre del crepúsculo, con su esbelta torre en silueta alzada en mitad de blanquísimas casitas "que como ovejas rodeadas al pastor en apretado conjunto circundaban la bonita iglesia", debían de ser el *non plus ultra*

de las cosas de gusto, con aquellos arroyuelos lamiendo sus viviendas, con aquellos álamos prestándolas sombra, con aquel imprescindible pozo de limpio brocal, en que las muchachas del pueblo, limpias como armiños y lindas como perlas, mostrando bajo la "corta y honesta falda" su media como la nieve y su zapatito negro, escuchaban idílicas declaraciones del garrido y apuesto zagal que entre fogoso y ruborizado las miraba de soslayo, mientras en el viejo pilastrón de cantería verdinegra con candilillos y hierbas en las junturas, bebía su recua de borricos—alguno quizá dando también al viento su amorosa queja en un rebuzno poderoso...

Así las conocía yo... ¡Cuál me engañabais, oh caros novelistas y poetas!

Villaporrilla, enclavada con sus cincuenta casas en la abrupta falda de Sierra del Gato, con alcalde coloradote y *brutote* y de buen corazón (a lo menos así lo había yo juzgado las veces que con su sombrero en la corona y sus calzas de paño me visitó en la capital), es seguramente una aldea en las mejores condiciones para serlo; quiero decir que, a causa de estar alejada de todo centro de población, y de no ser Villaporrilla "camino para ninguna parte", no cabe sospecharla corrompida en su primitivo aspecto. Villaporrilla, aunque en el corazón mismo de España, está alejada de

la civilización como cualquier campamento de salvajes.

Pues bien: la primera sorpresa que llevé en Villaporrilla fué ver que sus *casitas blanquísimas* no eran ni *blanquísimas* ni *casitas*, sino especie de zahurdones del color del barro, medio ruinosos, de apariencia imposible de poetizar. Hasta un momento antes de llegar, el paisaje es bello; pero sus alrededores, como si la Naturaleza tuviera asco del mísero pueblo y le formara corro a distancia, consistían en raquíticos huertos y gran cantidad de estercoleros y lagunas cenagosas en que a su placer embarrábanse los cerdos. La iglesia era una casa poco más grande que las otras. Y el pozo del ejido, que no faltaba, verdaderamente, sería de agradable parecer a no estar rodeado de charcos y constituir como el cuartel general de los susodichos montones de basura.

¿Creéis que acudían ninfas en traje corto a sacar el agua? ¡Oh, qué caras, Dios mío! Muchachas desgreñadas, sucias, feísimas, con el color del paludismo, barrigonas, descalzas... Cerca estaba el cementerio. Cuatro tapiales, desportillados por más de un sitio, y en paz.

En Villaporrilla dejó de parecerme "buen corazón" su señor alcalde, aunque siguió pareciéndome coloradote, y *brutote*, sobre todo.

Además, a los pocos días me convencí de

que su estado normal era el de una borrachera continua. El concejo se reunía a discutir sobre si *El Pelao* debía o no continuar en su cargo de ministro (alguacil, en la técnica de Villaporrilla), o si debía ya sustituirlo el actual regidor síndico, que llevaba tres meses sin cobrar un céntimo; y además, se reunía para tirarse los jarros y las sillas a la cabeza; lo cual hacía a todos los concejales preferir la taberna a la sala de sesiones, porque en ésta se tiraban los bancos y costábanle dinero al concejo.

—¿Y cómo no arregla esto el señor cura de la aldea?—pregunté, antes de conocerlo, imaginándome al pobre señor escandalizado con tal estado de cosas.

—¡Bueno está el cura!—me dijeron—; pero en fin, tras eso andamos, tras de echarle. El capitanea el bando del Furraco, y el año pasado nos llevó a la Audiencia en una causa a que le llaman la "causa madre", porque ha dado lugar a otras once, hasta la fecha.

No me parecieron mejor los mozos que las mozas. En la casita donde me hospedé, única que tenía cristales en el pueblo, los rompían todas las noches las pedradas zagalescas.

Estos mozos rondaban hasta media noche en cuadrillas, con sendas porras al hombro. La semana que no había un par de descalabros y el subsiguiente empapelamiento en el

juzgado municipal, podía rayarse con piedra blanca.

—Pues mire usted, este pueblo es muy tranquilo—me decían—. El año pasado no mataron más que a tres. En cambio, los de Cobarrubia a seis, y de Maratón *dieron* cinco al *presillo.*

LUZBEL

Entre los invitados al estudio de Rangel con motivo de su última obra, estaban Jacinta Júver, una arrogante dama de ojos garzos, muy aficionada a la pintura, casi una artista, y su esposo, el señor La Riva, hombre que, según decía, desde hortera con sabañones, supo caer en marqués con gabán de pieles, sin más que saltarse limpia y oportunamente el mostrador de un comercio.

Habían desfilado los demás visitantes y quedaban estos dos; intranquilo él porque se le hacía tarde para el Senado, y la bella marquesa ante el lienzo absorta cada vez más, examinándolo a través de sus impertinentes y celebrando los detalles con el pintor en voluble charla. Era un *panneau* decorativo: el arcángel maldito, caído bajo un cielo de tempestad sobre una roca; Luzbel, con la túnica y el cabello rubio azotados por el vendaval, con el codo en la rodilla y la sien en el dorso de la mano, resplandecía aún de divinidad, en la

hierática rigidez de su soberbia, como el ascua que en su propia ceniza se va apagando.

Hubo necesidad de explicarle este simbolismo al banquero, que se acercaba nuevamente, después de entretener su impaciencia con estatuas y desnudos. Y como su mujer, con cierta coquetería intelectual delante del artista, le señalaba los grandes aciertos de color y de dibujo, aquellas líneas onduladas de visión de ensueño, y aquellos tonos suaves que velaban la figura con neblinas de lo fantástico, harto La Riva de escuchar, exclamó:

—¡Hermoso! ¡Magnífico!

Añadió con franqueza mientras limpiaba los lentes:

—De todos modos... ¡yo no entiendo!, pero si es ángel, ¿por qué no ponerle alas?

Jacinta, avergonzada, con una dulce súplica de piedad para el marqués, miraba al pintor sonriendo. Éste, a pesar suyo, tenía en los labios una contracción desdeñosa y compasiva, a cuyo estremecimiento le faltó poco para romper en esta palabra: "¡Imbécil!" Pero le volvió la espalda, cambiando con la gentil marquesa una mirada que se clavó en el orgullo de La Riva como un florete.

En aquel hombre veía el artista la vulgaridad de que creía él haber salido con vuelo de genio, al pintar un demonio sin rabo, sin cuernos, sin alas de grulla siquiera...

Dió La Riva un paso, cogiendo por el brazo al pintor. Hubiérase creído que lo iba a lanzar contra la pared... Mas no; ¡brusquedades de hombre de negocio!... se sonreía.

—¿Cuánto vale ese lienzo?

Rangel respondió altivo:

—Veinte mil pesetas.

—Lo compro. Enviaré por él, y mañana tendrá usted la bondad de almorzar con nosotros para colocarlo.

Ya en el coche, rodando hacia el Senado, le decía Jacinta:

—Has estado importunísimo. ¿Para qué hablas de lo que no entiendes?

—¡Oh! — respondía filosóficamente el banquero—. ¡Si no se hablase más que de lo que se entiende bien!... ¡Bah, los artistas! ¡Sois vanidosos como el mismo Luzbel, hija de mi alma! En fin, ya verás... Cada cual tiene su vanidad, y... no había de estar yo sin la mía. Mañana quiero dar a ese geniazo un banquete tan original y espléndido que no lo olvide jamás...

* * *

El almuerzo, en verdad, había sido regio. Los tres solos, en jovial y amena conversación, excitada por la abundancia de los mejores vinos, en aquel gran comedor, confortable,

con sus dobles cortinas ante las policromas vidrieras de cristal cuajado, con sus plantas de hojas en abanico entre los muebles, y en medio de cuyo lujo sólido parecía la marquesita una figura de porcelana. Su pelo negro, partido en dos bandas, con sencillez griega, hacía más transparente la blancura "violeta" de su carne; y en su pálido traje heliotropo adivinábase una gallardía de buen gusto brindada al pintor.

Obstinábase en relatar su historia el marqués a los postres, empuñando la panda copa de champaña. Una biografía interesante, empezada en un chiquillo con almadreñas que salió un día de su pueblucо a mirar el mundo, y que, en fuerza de años, de voluntad y de instinto de la vida, realizó con brío su parte de trabajo, colocándose a los cincuenta en blasonado palacio, para poder contemplar desde la altura de su corona de marqués y de su senaduría vitalicia el bien que había hecho. Y distinguía, en efecto, desde allí, aquellas tiendas humildísimas donde enriqueció a los dueños con su laboriosidad honrada; aquel gran comercio suyo más tarde; aquellas locomotoras, luego, corriendo en su país porque él y otros como él habían puesto el dinero; aquellas fábricas que él fundó; aquel...

—¡Siempre francote y un poco tosco, eso sí, pero orgulloso de todos modos! — decía La

Riva con una calma y un ritmo que recordaban el paso del buey. Y observando a su mujer y al pintor, distraídos bajo la seducción vaporosa del champagne y de la espiritual cháchara que él había escuchado antes como un extraño, proseguía: —Mas a buen seguro que si no entiendo de esas monadas que compro para adornar mi palacio—o (con el ademán parecía incluir como un cuadro un *bibelot* más a la bella marquesa)—tampoco Rangel sabrá mucho de los negocios ni de los ferrocarriles, en que viaja repantigadamente... ¡Cada cosa tiene sus méritos... y sus misterios, que sólo Dios puede conocer en todas!

En seguida dirigióse a un criado que traía el juego para el café:

—No, Gaspar. En mi despacho. ¿Has prendido la chimenea?

Salió el criado haciendo un gesto de confidencia, y manifestó el banquero que servían el café en su despacho para que apreciaran la buena colocación que por sí propio había dado a la gran obra de arte.

Y derecho invitándoles a salir, mientras su mujer y el pintor se miraban presintiendo alguna nueva necedad artística del hombre de negocios, añadió:

—¡Ah! ¡Se trata de mi hermosa chimenea con arco de roble, tallado por Seriñol

Presenciaron un espectáculo extraño en el despacho.

—¡Vaya si lo entendía! ¿Qué se figuraban los dos?... ¿No era un lienzo decorativo? ¿No representaba un diablo más o menos bonito?... Pues ¡su pensamiento! en ningún sitio mejor que llenando el gran fondo de su chimenea antigua, con el fuego en los mismísimos pies del mal arcángel.

Lo primero que vió Rangel fué su *panneau* llenando el hueco negro de la chimenea. Tocando al lienzo ardían los trozos secos de pino, y las llamas y el humo habían obscurecido la pintura, levantada hasta la rodilla del ángel.

La Riva, cruzado de brazos, con una sonrisa de agrado como quien espera un plácemes, contemplaba al pintor, cuyos labios temblaban.

Esta vez se lo dijo el artista:

—¡Imbécil! ¡Imbécil!

Con toda su alma, con toda su rabia, y comprendiendo la situación, salió como un loco.

. . . . . .

—¿Qué significa esto?—preguntaba Jacinta irguiéndose frente a su marido.

—Esto significa que le acabo de probar a un infeliz, prácticamente, cómo yo sé hacer las cosas; que si él tiene orgullo de su fantasía para pintar, yo tengo el orgullo de mi ta-

lento para hacer dinero, que vale y puede más, porque vale y lo puede todo.... todo...

Y concluyó, mirando a su mujer hasta la conciencia:

—... incluso destruir la gloria... y haberte traído a mi palacio desde la estrechez, ¡no hay que olvidarlo, marquesa consorte de la Rival...

JUGAR CON EL FUEGO

Pasaba por Madrid, donde veinticuatro horas debía detenerse, con dirección a Tánger, León Demarsay, un diplomático con quien yo había intimado en Manila, hombre de gran corazón y excelente tirador de armas. Por mí advertidos de esas prendas del joven, quisieron algunos amigos míos conocerle, y le invitamos a un almuerzo, para cuyo final teníamos preparadas las panoplias.

Servido el café en el salón, Pablo Mora, que presume de floretista, le brindó el azúcar con la mano izquierda y con la derecha un par de espadas.

—Gracias—contestó León sonriéndome con dulzura al comprender que defraudaba nuestras esperanzas—. Hace mucho que abandoné estas cosas. No sé. Completamente olvidadas.

Y luego, defendiéndose de nuestra insistencia, y para que no creyéramos falta de cortesía o fatuo desdén de maestro su negativa,

añadió, mientras se sentaba y empezaba a sorbos su taza, invitándonos a lo mismo:

—Hace tres años, juré no volver a tocar la empuñadura de un arma.

Y quedó sombrío, delatando algún doloroso recuerdo. Respetándolo nosotros, nos sentamos también, sin pensar en más explicaciones. Pero la gentil María, esposa de Mora, en cuya casa estábamos, y otras dos señoritas que nos acompañaban, una de las cuales, discípula de Sanz, había pensado en el honor de un asalto con el francés (cosa que venía a constituir quizás el caprichoso y principal atractivo de la reunión), le seguían mirando curiosamente.

—¡Nada!—exclamó al fin Demarsay—. Como usted, Luciana (la discípula), yo empecé la esgrima por receta de un médico. Usted, según me ha dicho, contra una neuralgia; yo, contra un reuma. ¡Ojalá que en mí hubiera podido continuar siendo un *sport* saludable, como lo será en usted toda la vida...! Pero los hombres—añadió envolviéndonos en una sonrisa de irónica piedad—somos un poco más crueles que las mujeres.

—Permita que me sorprenda en un hombre tal confesión—dijo María, clavando los ojos en Demarsay, del mismo negro acero que su pelo.

—¡Necesita demostrarse! — añadió no sé quién de nosotros.

—La demostración resulta de mis pequeñas historias. Decía... que un doctor me aconsejó, para unos dolores rebeldes, el campo y la gimnasia; inmediato a la finca donde pensé instalarme, vivía retirado M. Montignac, el más célebre duelista de Europa; propúsele al doctor, en gracia a mi comodidad, sustituir la gimnasia con la esgrima; aceptó, y a los seis meses yo estaba curado. Mas como por mis negocios permanecí en la posesión algunos años, y como además, por gratitud al ejercicio y deferencia a mi maestro, no abandoné las armas, resultó que cuando volví a París, según Montignac, que se apresuró a comunicárselo a sus compañeros, era el mejor discípulo que había tenido hasta entonces. A consecuencia del aviso, sin duda, la *Sala Hervilly* me invitó a un asalto; y a consecuencia del asalto, en el cual desarmé cuantas veces quise a un M. Murguer, tirador celoso de su fama, recibí al siguiente día la visita de sus padrinos.

—¿Para otro asalto?—preguntó ingenuamente Luciana.

—Para un duelo — continuó Demarsay—. Pretendían que me batiera con Murguer, porque éste deseaba saber si mi habilidad era la misma con espada sin botón. Contesté que no tenía el menor deseo de prestarme a la prueba, y que no encontrando odios ni ofensas que ven-

gar, sino antes al revés, habiendo tenido una complacencia en conocerle, le proponía un jovial almuerzo con unas cuantas botellas de champagne. Almorzamos juntos, tiramos y procuré dejarme alcanzar algunas veces, por calmar la vanidad de aquel hombre. Sólo que una de ellas, cuando yo creía estar ganando su simpatía, al oirme decir sonriendo: *¡Touché!*, arrojó su espada y nos abandonó airadamente. Por la tarde los padrinos. Afirmaban esta vez que le había ofendido con mi condescendencia, tratándole como a un niño; lo que no estaba dispuesto a tolerar, porque aspiraba a ser tratado en todo momento como hombre; que no aceptaba explicación ninguna, y que conceptuaba preciso que nos midiéramos con armas desnudas, a fin de que sus descuidos o mis galanterias, en caso que yo me atreviera así a brindárselas, no resultaran una ridícula e inocente burla.

—¡Qué tesón!—exclamó María.

Pablo, en su *punto de tirador*, advirtiendo que todos los que oíamos a Demarsay hallábamos importuna la conducta de su adversario, se creyó en el caso de encontrarla explicable.

—Al verdadero duelista—manifestó—velador constante de su prestigio, no le es agradable, aunque involuntaria, una humillación de esa índole. En esto se parece a la mujer

con respecto a su honra. Ninguna tolera con paciencia que otra mujer delante de ella aparezca más *honrada*.

—Pero yo, que no soy duelista, que no lo era—replicó Demarsay con su acento ligero y fino de parisiense—, sino un pobre enfermo que se curaba y se divertía jugando al florete igual que podía divertirse jugando a la pelota, me asombré de la exigencia de aquel señor, a quien juzgué un solemne majadero...

Miré a Pablo y le vi inmutarse. Iba a contestar, tal vez en defensa de su falaz proposición, pero se contuvo.

—Y con plena franqueza tuve el gusto de participárselo a los padrinos—continuó el diplomático—. Aseguro a usted que eché de menos la ley de Schopenhauer contra el duelo: "Todo mantenedor y portador de un cartel de desafío, recibirán veinte palos en público, a usanza china."

Pablo no pudo contenerse.

—Castigo que no sufriría ningún hombre de honor sin pegarse un tiro.

—A lo cual contesta el filósofo, que lo prevé: "Es mejor que un loco se mate a sí mismo que no que mate a otras personas."

Produjeron una carcajada, que puso en evidencia a Pablo, las palabras del francés, quien siguió:

—Loco era aquél, y de remate. Me buscaba

y me encontró una noche en el Tívoli: me dió un bofetón y le tiré por la barandilla del palco; él, al hospital desde el teatro, con una pierna rota; yo a la comisaría, donde tuve que pagar dos sombreros y un abanico que estropeó al caer mi hombre... Pierna curada a los dos meses, y ¡lo de siempre, señores! ¡el duelo...! ¡Bah! Era preciso acabar, y acepté como quiso, permitiéndose todo, a muerte. Aseguro que cuando contemplé mi espada ante aquel infeliz que se defendía con torpeza, me pareció un instrumento infame con el cual, y con habilidades de tahur, podía yo impunemente arrancar una existencia. Pude matarle, y le desarmé varias veces. Esto aumentó su coraje, y mi desprecio a mí mismo, y a él, y a cuantos presenciaban el repugnante espectáculo como una fiesta. Al fin, para acabar, le herí en la mano. No cedió, sino que se lanzó sobre mí con más furia. Entonces le atravesé el brazo, y la espada cayó de su mano inerte... Antes que aquel insensato pudiera curarse y provocarme de nuevo — concluyó Demarsay dirigiéndose a mí—pedí mi traslado, y renegando de la esgrima que en mala hora había aprendido, me embarqué para Sangay, y luego para las Filipinas, donde tuve el gusto de conocer a usted.

—Pero ¿el juramento?... — interrogó Luciana.

—Porque no basta eso—añadió otro—; una temeridad excepcional no significa que la esgrima no pueda servir en una causa justa.

—Y, en efecto—añadí yo—, cuando le conocí, todavía le vi manejar prodigiosamente la espada.

—Sí—contestó mi amigo—, pero evitando a los profesionales. Aun así, señores, después tuve que cerrarme a la banda para rehuir otros encuentros con Tomegueux, en París, y con San Malato, en Florencia; y hasta pude convencerme al fin, por mí propio, de que el conocimiento de las armas, que no es indispensable nunca y que sirve rara vez para cosas razonables, se pone fácil y malamente al servicio de la vanidad y de las pasiones. La que es hoy mi mujer era mi novia en 1895. Estábamos en Nápoles; el conde de Torino quería a mi novia, que me adoraba, y el padre de ésta, un romano que conservaba la tradición del orgullo, prefería al conde por su nobleza. Mi pobre Celsa se rebeló al afán de su padre, poniéndome por causa; y cuando el conde me desafió un día, sentí una alegría infinita, satánica. Tenía la seguridad de matar a mi rival, y me complacía en el derecho que él mismo me daba para matarle.

Se interrumpió Demarsay un segundo, con tristeza, antes de proseguír:

—Pude cumplir con una pequeña estocada,

como con Murger; pero no: fuí tan miserable, que aproveché con saña y sangre fría todo mi arte para buscarle el corazón... Ante aquel desdichado que se desplomaba, comprendí repentinamente toda mi infamia... Y entonces fué mi juramento, señorita... ¡jugar con las armas es jugar con el fuego!

.....

Un poco después, León Demarsay se despedía de nosotros. Aun estaba en la antesala cuando Pablo me cogió de un brazo, me llevó al comedor y dijo:

—¿Quieres ser mi padrino?

—¿Te bates?—le pregunté sorprendido.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con León Demarsay. Me dijo antes *majadero*.

—¡Y tú lo confirmas!—repliqué con tal acento de convencido desprecio, que se quedó en mitad del comedor con la cabeza baja, más abochornado que ofendido.

LA RECETA

Terminada la consulta, pude entrar en el despacho, donde mi buen amigo el doctor se ponía el abrigo y el sombrero, para nuestro habitual paseo; pero el criado entreabrió la puerta.

—¿Más enfermos? ¡Estoy harto! Que vuelvan mañana.

—Traen esta tarjeta—contestó el criado, entregándola.

Y debía ser decisiva, porque Leandro la tiró sobre la mesa, volvió a quitarse el gabán y gritó malhumorado:

—Que pasen.

Dirigiéndose a mí, que me disponía a dejarle solo, añadió:

—No; espera ahí, tras el biombo. Concluiré a escape.

El biombo ocultaba un ancho sillón de reconocimiento. Me senté y saqué un periódico, viendo que el concienzudo médico alargaba la visita, a pesar de su promesa.

Eran señoras.

Con ellas había inundado el despacho un fuerte olor a *floramy* que se sobrepuso al del ácido fénico. Sus voces bien timbradas me distraían, y no pudiendo leer, escuché.

—Doctor, mi hija está cada día más delgada, sin saber por qué. Come poco, duerme mal y va quedándose blanca como la cera. Se cansa, se cansa esta niña, que era antes infatigable. Reconózcala bien, y dígame con claridad lo que padece. Estoy dispuesta a seguir un plan con el rigor necesario...

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años—replicó tímida la joven.

Francamente, al oirla yo, me entró un vivo deseo de mirarla, a fin de comprobar si delante de los médicos, en cuestión de edades, no mienten las mujeres... Enfilé un resquicio entre dos hojas del biombo... ¡Oh, qué deliciosa criatura! ¡Qué hermoso pelo de ébano bajo el sombrero de paja! Alta y esbeltísima, muy pálida, con los dientes como perlas entre los labios pintados, sin duda. Si mentía, merecía disculpa en gracia a su hechicero aspecto; y por mi parte diré que mi curiosidad, en cierto modo psicológica, quedó borrada por mi admiración, en cierto modo artística. La contemplé buen rato, sin parar mientes en el interrogatorio, al que contestaba la madre casi siempre...

Pero comprendí de improviso que no debía seguir mirando. La encantadora chiquilla se desnudaba... Su mamá habíale quitado el sombrero y la estola, ayudándola a descorchetar el corpiño de seda, tirándola de las mangas después, en tanto que el feliz doctor—¡felices los doctores que pueden ver estas cosas!—distraíase discretamente preparando el estetóscopo... ¡Qué diablo, perdóneseme la indiscreción! Resolví quedarme atisbando... ¿Tenía yo la culpa?...

—Cuando guste—avisó la madre.

Al quitárseme de delante, vi a la joven en corsé, un pequeño y coquetón corsé de raso color caña, desajustado como la cintura de la falda, al aire los brazos y desabrochado en el hombro izquierdo el canesú de encaje. Una garganta ideal, un escote divino.

La seductora enferma, ruborosa y con una mano extendida sobre el pecho, no conseguía así más que revelar la exuberancia de sus senos, hundiendo entre ellos la finísima y blanca tela. ¡Delgada, decían! Aunque sí: era una de esas mujeres pasionales, delgadas con delgadez flexible, hecha para el amor, de brazos finos y seguramente de muslos más gruesos que la cintura.

El médico se acercó y empezó a auscultarla con atenta indiferencia, oprimiendo de un modo que me parecía brutal, en la carne de

nieve el negro caucho del aparato, escuchando en todas partes mientras que la joven entornaba los ojos y entreabría la boca respirando con creciente adorable angustia. Contestaba rápida las breves preguntas del doctor, y éste, interesado de pronto por algo anómalo que quería percibir mejor en la punta del corazón, separó la camisa para volver a aplicar el estetóscopo... Por encima surgía redondo y desnudo un bellísimo seno de estatua...

Ella cerraba los ojos, caída al respaldo la cabeza en languidez que a mí, profano, siendo de enferma, se me antojaba de amante... Él cerraba los ojos también; atento siempre, inmutable, si bien hubiese yo jurado que hubo un momento en que le vi sonreir con piedad y malicia.

—¿Es aquí donde más sufre?

—Sí—gimió la muy gentil, sintiendo que el joven doctor le posaba en el corazón la mano.

Y alzó a él los ojos, con fijeza de suplicio, casi estrábicos.

—Puede usted vestirse.

Inmediatamente mi amigo fué a tomar notas en su diario de consulta, hasta que la señora concluyó de ayudar a su hija.

Tornó entonces a sentarse cerca.

—Van ustedes a dispensar que me informe de algunos detalles.

—Un médico es un confesor, caballero—

apuntó la dama, completamente ganada por la actitud beatífica de Leandro.

—¿Tiene novio?

—Sí. ¡Cosas de muchachos! Ha tenido novios... Se vistió de largo muy joven, a los quince años... y lo tiene ahora, según creo; pero esto no le preocupa, que yo sepa al menos... ¿Verdad, Purita? ¿Te da disgustos Marcial?

—No, mamá, ninguno; tú lo sabes.

—¿Por qué, pues, se desvela? ¿Tiene usted algún deseo no realizado? ¿Hay en sus ensueños alguna idea fija, dominante? ¿Qué suele soñar?

—¡Oh, nada! Tonterías. Mamá... dice que es por la debilidad.

La cariñosa madre intervino nuevamente.

—Se acuesta tarde. Noches de dejar a las amigas a las tres, después de bailar como una loca. Yo creo que la desvela el mismo cansancio, porque no hay otro motivo, y en casa no se le da el disgusto más leve. Es un delirio por el baile, la chiquilla.

—¿Y quiere usted mucho al novio?

Aquí sonrió Purita por única respuesta.

—¿Son antiguas las relaciones?

—Tres años.

—¿No quiere casarse? ¿Por qué no se casan?

—¡Bah, no, doctor!—saltó la madre—. ¡No piense usted que la apena eso! Mi hija es una

chiquilla completa, que no se separaría de sus padres por nada del mundo, y que prefiere su casa y su piano y su espejo a todo. Su novio es un trasto, como ella: un chico de veinticuatro años, que tardará cuatro o seis en llegar a capitán, siquiera. Sería locura pensarlo.

—Sin embargo, puede que su hija, por respeto...

—¡Oh, no, no!—interrumpía testaruda la madre—. Sobre esto, doctor, quede tranquilo. Nada influye en la enfermedad, que, por el contrario, sería ahora un obstáculo más para la boda. Habrá que pensar primero en cuidarse. Mi hija, y su novio igualmente, están demasiado hechos a las comodidades de sus casas para tomar otra que no podría ser, hoy por hoy, un palacio, con treinta y siete duros al mes...

Por segunda vez advertí en mi amigo una sonrisa, más francamente amarga al alejarse de las damas.

Entregó luego una receta, diciendo displicente:

—Se trata de un padecimiento funcional, de puro desequilibrio nervioso. Anemia... Quince gotas de ese elixir en cada comida, ejercicio, aire libre... pero nada de campo ni de aislamiento para esta señorita: sería peor... y... a su edad no hay inconveniente alguno en casarla, señora.

Todavía tres docenas de palabras entre cumplidos y seguridades acerca de que la enferma tenía sano el corazón y el pecho, y concluyó la consulta.

Yo salí alborotadamente en cuanto se cerró la puerta.

—¡Bendita carrera, chico, que te permite contemplar tales encantos!

Y contra lo que esperaba, contestó indignado el médico:

—¡No! ¡Maldita carrera, que me obliga a contemplar tales miserias! ¡Esa divina criatura morirá tísica antes que su novio ascienda!... Yo he podido decirle a la madre: "Imbécil, tu hija no tiene falta de vida, sino vida que le sobra, que la abrasa, que la ahoga una y mil veces desde los quince años, agitándola enloquecida de ansia de amor, al volver del baile a su lecho solitario de odiosa virgen, contemplando su hermosura inútil... mientras que el novio que la enciende, va a concluir la noche encima de alguna prostituta." Y ya lo ves: hierro, gotas de hierro, y cobrar diez duros: porque si yo les diese la verdadera receta, a las madres, para estas pobres vírgenes... y mártires, ya hace tiempo que pasaría por un loco sinvergüenza y no vendría nadie a mi consulta. ¡Oh, qué farsa es la vida!

FIN

ÍNDICE

	Páginas
La niña mimosa	5
Tu llanto y mi risa	13
El oro inglés	19
Paraíso perdido.—Recuerdos de Mindanao	25
La primera conquista	31
La tempestad	37
Paga anticipada	45
La toga	51
Por ahí	57
El suceso del día	63
Mi prima me odia	69
El recuerdo	77
Pruebas de amor	87
Mujeres prácticas	95
Genio y figura	103
Villaperrilla	111
Luzbel	117
Jugar con el fuego	125
La receta	133

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA

OBRAS DE FELIPE TRIGO

LAS INGENUAS, NOVELA, dos tomos *(novena edición).*
LA SED DE AMAR, NOVELA *(sexta edición).*
ALMA EN LOS LABIOS, NOVELA *(cuarta edición).*
LA ALTISIMA, NOVELA *(cuarta edición).*
DEL FRIO AL FUEGO: Ellas a bordo, NOVELA *(tercera edición).*
LA BRUTA: Héroes de ahora, NOVELA *(cuarta edición).*
LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA.—REVELADORAS.—LO IRREPARABLE, tres novelas en un tomo *(quinta edición).*
SOR DEMONIO: El honor de un marido hidalgo y metafísico, NOVELA *(sexta edición).*
EN LA CARRERA: Un buen chico estudiante en Madrid, NOVELA *(cuarta edición).*
SOCIALISMO INDIVIDUALISTA, ESTUDIO *(cuarta edición).*
EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, ESTUDIO *(cuarta edición).*
LA CLAVE, NOVELA *(tercera edición).*
LAS EVAS DEL PARAISO, NOVELA *(cuarta edición).*
LAS POSADAS DEL AMOR, NOVELA *(segunda edición).*
CUENTOS INGENUOS *(cuarta edición).*
EL MEDICO RURAL, NOVELA *(sexta edición).*
LOS ABISMOS, NOVELA.
EL PAPA DE LAS BELLEZAS, NOVELA *(segunda edición).*
JARRAPELLEJOS: Vida arcádica, feliz e independiente de un español representativo, NOVELA.
CRISIS DE LA CIVILIZACION.—LA GUERRA EUROPEA.
ASI PAGA EL DIABLO.—A PRUEBA.—EL GRAN SIMPATICO tres novelas en un tomo *(segunda edición),*
SI SÉ POR QUÉ, NOVELA *(tercera edición).*
EN MI CASTILLO DE LUZ.

UN NOVELISTA
DE LA MUJER Y DEL AMOR (1)

El *Mercure de France,* rindiéndole cuenta a sus lectores de la primera novela de Felipe Trigo, *Las Ingenuas,* escribía : «Felipe Trigo, como Gabriel D'Annunzio, en Italia, ha creado, en España, de un golpe, un género. Es arte, y gran arte, el del autor de *Las Ingenuas,* o no lo entendemos nosotros. Sus maestros son, sin duda, Flaubert y Maupassant.»

Lo mismo el ilustre novelista español es un analizador profundo de las almas, un concienzudo observador de la vida y un estudiador infatigable de los problemas amorosos. El amor, en su refinada voluptuosidad de la civilización moderna, en su sensualidad ardiente y sincera de la raza latina, cautivo entre las tormentosas dudas con que

---

(1) Este estudio, debido a la pluma de la ilustre novelista italiana marquesa María de Plattis *(Jolanda)*, ha sido publicado en Roma, con varias ilustraciones fotográficas, por el número correspondiente a Febrero de 1908 de la revista *Gran Mondo.*—(N. del E.)

las filosofías extrañas hubieron de amarrarlo y de velarlo como con una túnica cilicio, constituye la esencia de las novelas de Felipe Trigo, y ocupa buena parte de sus libros de sociología y de arte. Su prosa es férvida, clara, llena de vigor, lo sobrado flexible y varia para ir desde el verismo más audaz al lirismo más alado. Menos decadente que Gabriel D'Annunzio, porque es más sincero, sólo se le asemeja en la casi inconsciente reproducción del alma propia en los protagonistas de sus obras. Jorge, el bello adolescente de *La sed de amar*; Luciano, el gentil amante de *Las Ingenuas*; Darío, el artista de *Alma en los labios*; Víctor, el escritor de *La Altísima...*, son todos personificaciones diversas del espíritu ardiente y triste, insaciado e insaciable, de su creador, y que se parecen como hermanos.

Mas donde aparece principalmente la derivación flaubertiana de la obra de Felipe Trigo y el valor de su ingenio instintivo y penetrante es en la pintura de la mujer y en el análisis de la psiquis femenina. Aparte de la protagonista, una verdadera guirnalda de mujeres se agita en cada uno de sus libros, surgiendo de diversos ambientes, y ninguna de ellas, joven o madura, ingenua o corrompida, impasible o sensual, amante gozosa o amante dolorosa, deja de vivir vida autónoma, deja de obrar según su naturaleza, según su educación, y sin contradecirse jamás. Ante el amor son igualmente débiles y vencidas. Ni una de la

numerosa falange escapa al imperio del dios ciego, y las más honestas, las más lejanas de la pasión, después de una lucha más o menos larga, acaban por ceder a la fragilidad de su temperamento, a los deseos del amante, al arte en verdad refinado que las asedia y hechiza.

En las novelas de Felipe Trigo buscaríamos inútilmente el amor del alma de las novelas de Fogazzaro, pero buscaríamos también inútilmente la animalidad erótica de las novelas de Zola. El ideal del escritor español es el de *la verdad en la vida* ; el ideal conciliado con las tendencias naturales, el ideal capaz de alimentar y de extinguir, al mismo tiempo, la llama de la pasión. Purificar los sentidos por medio del alma : he aquí su pensamiento y la demostración continua hacia la cual tiende su arte. Y esta teoría suya, junta con otras análogas, se encuentra expuesta con orden y claridad en una de sus últimas obras : *El amor en la vida y en los libros*. Esta obra prueba la magnífica fecundidad de su autor, que, habiendo sido invitado para inaugurar, en el Ateneo de Madrid, una serie de conferencias autocríticas, «en vez de una conferencia (son sus palabras) escribió un volumen de doscientas páginas, del cual después extrajo la conferencia».

«Yo hablo—dice él—en nombre de la vida.» Y después de haber, en la primera parte, desarrollado diferentes opiniones acerca del amor y, en la segunda, las varias manifestaciones del amor,

dedica la tercera *al amor como será...*, cuando la sociedad haya podido transformarse. La última parte está reservada para el estudio de la novela erótica, y en esta parte del libro se incluye la conferencia que Felipe Trigo ha intitulado: *La impotencia de la crítica ante la importancia de lo emocional en la novela moderna*, tema interesantísimo, desenvuelto por el escritor con aquella elocuencia de fuego y aquella acuidad de percepción que le son particulares.

Me duele que las proporciones de mi modesto estudio no me consientan penetrar más hondamente en este libro, que refleja un temperamento original y libre, audaz, enemigo de toda aparcería y de toda mentira consagrada. El mismo análisis merecería la otra obra de Felipe Trigo, *Socialismo individualista*, que es una nueva aplicación de las teorías socialistas, un socialismo «aristocrático» (el único que el autor puede concebir, porque es el único conforme con su naturaleza), capaz de conciliar los intereses de la comunidad con toda la libertad natural del individuo. El espíritu de este libro resúmese en una fórmula que el autor mismo escribe en la introducción: «Es bueno y justo socialmente todo aquello que conviene al individuo.»

Felipe Trigo estudia el origen animal del socialismo, examinando al hombre en el estado de barbarie primitiva; afirma la imposibilidad ac-

tual del socialismo, defiende su condición evolutiva y predice la gradual transformación, primero social y antropológica, en el sentimiento de nacionalidad, en el carácter individual, en la intelectualidad, en el amor y en los deseos ; luego, las otras transformaciones consecutivas en la propiedad, en el trabajo, en la herencia, en la mujer y en la familia. Todos estos problemas son estudiados con el método y claridad que hacen de tan fácil comprensión la prosa de Felipe Trigo, aun cuando trata los temas más complejos. Creo que semejante libro, traducido al italiano, sería ávidamente leído y ampliamente discutido (1).

En las novelas, su estilo, sin dejar de permanecer limpio y flúido, se enriquece de imágenes poéticas, se colora de un sentimiento que pasa sin cesar desde la más exquisita esfumatura del idilio a la intensidad de la más fiera pasión, se amplifica en descripciones de una evidencia tan neta que hace temblar y palpitar, se afina en cuadros de ambiente y paisaje que completan la mágica impresión de estar asistiendo a escenas mismas de la vida. Y sus conceptos de ética y de estética forman la trama sólida y original de sus novelas bellísimas, compuestas con aquel respeto para el

(1) De algunas de las singulares teorías de este libro se ha hecho cargo, entre otros tratadistas extranjeros, monsieur Alfredo Naquet, el autor de la ley francesa del divorcio, en su reciente obra *Collectivisme et Anarchie*. Otras, como las referentes a la condición evolutiva del socialismo y la necesidad de la militarización de los estados, han sido al fin reconocidas y proclamadas igualmente por los socialistas franceses y alemanes.—*(N. del E.)*

arte, con aquella firmeza y con aquella amplitud de procedimiento, con aquel cuidado del detalle y aquella variedad de los caracteres y de los personajes que van haciéndose cada vez más raros entre los autores contemporáneos, y que con Flaubert, Maupassant y Paul Bourget tuvieron glorioso ejemplo.

Tal facilidad de escribir y tal riqueza de facultades observadoras y analíticas llevaron a Felipe Trigo quizá un poco, en su primera novela, *Las Ingenuas,* que ya alcanza la cuarta edición, a olvidar el sentido de las proporciones : es una larga novela, en dos tomos, que tal vez pudo reducirse a uno sin daño de su tesitura.

La ingenua representa, a juicio de Felipe Trigo, la mujer que caracteriza principalmente, por cuanto se refiere al sentimiento, la evolución de la conciencia social ; ella sufre la lucha de los instintos, que se le despiertan con las viejas tradiciones que la abandonan. Llama *ingenua* el autor a su heroína antes por compasión cariñosa que por desprecio. Son las víctimas, y no saben más que sufrir, porque no pueden o no quieren llegar hasta la causa de su sufrimiento, afrontarla y vencerla, o, al menos, combatirla. Alguna semejanza tienen las *ingenuas* de Felipe Trigo con las *desencantadas* de Pierre Loti : de las unas y las otras, la educación refinada ha hecho apóstatas morales. Entre todas las *ingenuas* descuella Flora, la jovencita española educada a la pari-

siense, instintivamente pura, más ansiosa y curiosa del amor que le inspira el marido de su hermana. Esta es una mujer limitada y tranquila. Flora acaba por convertirse en la amante del cuñado. El proceso de tal pasión hállase conducido magistralmente ; los personajes, desde el protagonista hasta los de menor importancia, viven *la verdadera vida.* Algunos episodios de guerra y de viajes por países lejanos (recuerdos de la vida del autor) prestan por algunos momentos nuevos ritmos al de esta pasión formidable.

Superior a *Las Ingenuas* me parece todavía—y ha sido dicho por muchos—*La sed de amar* : una excelentísima novela, orgánica, varia de personajes y de hechos, inundada de pasiones, triste, con esa tristeza que proviene de una inmensa aspiración que no halla tregua.

Así, Jorge, el protagonista, sediento de alma, la busca inútilmente en cuantas mujeres tropieza, en la honesta y en la impura, en la refinada y en la impetuosa, en la intelectual y en la sencilla... No sacia su inextinguible sed. Ni la extinguen tampoco las mujeres que cambian con él sus afectos, angustiadas igualmente por la nostalgia divina. Esta es la novela de Felipe Trigo más rica de figuras femeniles, todas con tan poderosa y propia individualidad que viven y vivirán siempre en la memoria de quien una vez haya leído el libro : Lola, la hermana de Jorge, el único cariño de su vida, y que muere como una flor arrancada;

Justina, la orgullosa ; Silvia, la bella ; Marta, la encantadora ; Rosa, la ingenua ; Mercedes, la cortesana..., y otras, y otras, en situaciones bien distintas, entregadas todas plenamente, y ninguna capaz de «realizarle» el ensueño.

Estas dos novelas pertenecen al primer ciclo del autor, cuyo propósito fué estudiar en ellas—son sus palabras—la pasión, tratando de idealizarla, y demostrando, al fin, la imposibilidad de conseguirlo, por cuanto tiene *la pasión* de enfermo y monstruoso.

Luego, a manera de afirmación frente a tales negaciones, en *Alma en los labios* y en *La Altísima,* quiso Felipe Trigo estudiar el amor verdadero, sentido y visto a través de la verdadera inteligencia, elevado al grado de sentimiento noble y apto para darle al íntegro ser humano reposo y felicidad.

Alma en los labios es la novela predilecta del autor, que en ella ha condensado más que en otra alguna su estilo ardiente, imaginativo, elegante y sinuoso, dócil para revestir lo mismo el concepto más profundo que la emoción más fugaz. El da forma delicadísima al ideal proclamado : el de la fusión perfecta de la ilusión con la realidad, de los sentidos con el alma, de las aspiraciones humanas de la fiebre erótica con las aspiraciones excelsas del espíritu. *Alma en los labios* es la historia de un envidiable amor entre dos artistas, Darío y Gabriela. Ella aporta la delica-

deza, la gracia, la intuición, la sensibilidad, la belleza; él, la profundidad, la energía, la seguridad, el dominio y la audacia. Y hasta cuando la vida, con sus mixtificaciones y sus errores, los separa momentáneamente, se recobran plenos por la absoluta sinceridad recíproca, partes las dos de un todo armónico e indivisible.

La Altísima es la última novela, en orden de fechas, escrita por Felipe Trigo. También ha sido compuesta para el estudio del amor (no de la pasión) y de la mujer liberada (no de la ingenua).

Víctor seméjase a Darío, el protagonista de *Alma en los labios,* y Adria a Gabriela. Otras mujeres florecen por estas páginas, como rosas de un jardín; pero Adria, que ama tanto en su simplicidad; Adria, que se corta la negra cabellera hermosa para darle al amado una prueba de devoción...; la *Altísima,* recogida por él del fango como una perla caída y salvada, como Margarita Gautier, por su amor mismo, perfuma todo el libro con su alma.

«Todos mis libros—escribíame tiempos atrás el autor—expresan una noble adoración por la mujer, en una especie de armonización sistemática.» Igual que, para Francia, Bourget, Felipe Trigo se puede conceptuar, para España, el gran psicólogo de la pasión amorosa en sus más altas y sutiles manifestaciones.

A modo de descanso entre una y otra de estas últimas novelas, Felipe Trigo publicaba otra, que

él mismo llama «fácil», y cuya acción se desarrolla en el transcurso de un largo viaje por el mar. Es un bello *racconto*, donde el autor recoge sus recuerdos. Es la vida a bordo de un gran transatlántico, y llena de incidentes, de galanterías, de amores..., como en los salones de un hotel de lujo o en el parque de una vida principesca. Si bien más ligeramente que en sus demás obras, el autor no ha querido perder la ocasión de estudiar singularísimas figuras de mujer.

Y esta novela, y otra más breve, *Reveladoras*, editada con elegantes ilustraciones por *El Cuento Semanal*, llena de gracia y de agudísima finura, completan hasta hoy la obra de Felipe Trigo, que ya anuncia la publicación de *Los héroes* (1).

* * *

Su actividad es, como se ve, maravillosa. De libro a libro deja pasar apenas el tiempo necesario para darles forma material. La inspiración se sucede rica, fresca, inagotable en su bella mente de pensador y de poeta, y por todo reposo cambia de género. Además, escribe artículos, conferencias..., y sus largas cartas son para los amigos un don precioso de ingenio que salta en chispas; de pensamiento que se abandona voluntario en múltiples consideraciones y que ama la dis-

(1) *Reveladoras* forma parte del presente volumen. *Los héroes* ha sido publicada recientemente con el título *La bruta (Héroes de ahora).*—(*N. del E.*).

cusión y el análisis ; de sentimiento que se exhala en entusiasmos, en ensueños, en lirismos. Yo tengo la suerte de poseer un paquete de estas preciosas cartas. Forman una especie de conversación estenografiada, páginas íntimas de un diario donde su fantasía y sus creaciones se delínean gradualmente; donde las espirituales confesiones del artista, del hombre, cubren las hojas de vitela con una caligrafía menuda, recta, clara, en el mismo fascinador y triunfal estilo que da tanta valía a sus libros.

Así, por él mismo, supe muchas cosas de su vida de literato. La comenzó tarde, luego que, terminada su carrera errante de médico militar por las heridas que sufrió en Filipinas fué condecorado y pudo, sin preocupaciones de otra índole, entregarse a los ensueños de belleza. Durante algunos años vivió en Mérida, la histórica ciudad de Extremadura, con su gentil compañera Consuelo (nombre dulce para quien ha vivido y vive la vida de la lucha en medio de las ideas y de los hombres) y con sus hijos. Enamorado de Italia, a la cual no conoce aún íntimamente sino por su divino reflejo de gloria, Felipe Trigo complacíase evocándola en el triunfal Arco-Trajano y en los acueductos y anfiteatros de *Emerita Augusta*. En su biblioteca figuran bien amadas obras del Dante, Ariosto, Machiavelo, Leopardi, y entre los modernos italianos prefiere a De Amicis y a D'Annunzio. Experto en nuestra lengua clásica, tam-

bién la francesa le es familiar, y, además, conoce la música lo bastante para arrancarle a su violín, como un suspiro hacia Italia, los melodiosos acordes de *Cavalleria Rusticana* y de la *Tosca.*

Poco después de publicar su primera novela, *Las Ingenuas,* aparecida en 1901, la notoriedad de Felipe Trigo estalló tan rápidamente sobre el público aplauso que vióse obligado, para vigilar de cerca la difusión de sus libros, a trasladarse a Madrid, donde actualmente vive con su familia y sin haber cambiado lo más mínimo sus hábitos de trabajador. Acaba de pasar los cuarenta años, y tiene, pues, delante un largo camino de fecundidad, en el que habrá de seguir enriqueciendo la literatura española con nuevas y privilegiadas obras. Si en Italia un buen editor emprendiese la tarea de divulgar, traducidos, los libros de Felipe Trigo, tendría en su compañía la fortuna, ya que el arte de este novelista, fundado en el estudio de la más poderosa entre las pasiones y de la más ansiada, calumniada y discutida mitad del género humano, no es un arte que confine con la moda o cuadre sólo en algún rincón del mundo, sino que es arte universal y eterno.

JOLANDA

I

El expreso entró veloz, ruidoso sobre las plataformas giratorias, triunfal con sus dos máquinas y su larga hilada de primeras y berlinas atestados de gentes elegantes, pareciendo como que iba a cruzar también esta estación sin detenerse, entre los mercantes y el mixto que le había dejado libre el centro, entre el público que aguardaría su paso de centella en el andén; pero, de pronto, con un rápido y poderoso refrenar de marcha, que le dió a Ricardo angustias del estómago y que le dejó caer encima el atamantas, se detuvo en firme, en seco, en crudo... ¡Coquetería de maquinistas de expreso!

Y se oyó fuera:

—¡Villabona! ¡Cambio de tren para Avilés! ¡Cinco minutos!

Abriéronse las puertas. Rodaron equipajes. Cogió Ricardo su maleta en una mano, su portamantas en otra, y cruzó a la vía de enfrente. Había saludado con una desdeñosa inclinación a

los antipáticos y fatuos compañeros del coche que acababa de dejar—un general y su señora, tres viejas inglesas y dos sujetos con fachas de *croupiers,* llenos de brillantes—, y trataba ahora de buscarse más grata compañía.

Por suerte, este tren corto de Avilés no iba tan abarrotado de «elegancias». Había incluso compartimientos sin nadie, donde pudiera dormir, desquitándose, por fin, un poco de la fatiga de aquel medio metro de asiento en que vino toda la noche y el día. Le hubiese siquiera parecido esto una soportable intimidad de buen tono, un augurio feliz de veraneo, si al menos le hubiesen cabido en suerte mujeres guapas... Descubrió dos, jóvenes, elegantes, con su madre, en un primera, y subió. ¡Ya dormiría en el hotel! ¡Para lo que faltaba de viaje!

Instaló en la red su maleta, su atamantas. No había tenido ocasión de saludar a las viajeras, porque, aunque las descubrió en las ventanillas del lado del expreso, justamente cuando él se dirigía a abrir la portezuela, se fueron a las ventanillas opuestas para ver otro tren descendente que llegaba. El barullo era grande en los andenes. Los mozos volvían a gritar cambios y salidas. Los vendedores de agua, gaseosas y periódicos...

Partió el expreso. Partió luego el otro tren. Cruzaron el coche tan con la avidez de verlos las compañeras de Ricardo, en esa eléctrica crispa-

tura que todo el mundo sufre en las estaciones concurridas, que ni le advirtieron sino en fugaces e indiferentes miradas, ni le dieron ocasión de saludarlas. Por último, partió también el *corto*, y como las elegantes viajeras se habían quedado en el otro extremo, sentáronse allí las tres, lejos de Ricardo, diagonalmente opuesta a él la mamá y frente a la mamá las dos jóvenes..., mirando al exterior y charlando del paisaje.

Bien. Ricardo compúsose una actitud de distinguido abandono y se confió al mismo tiempo, sacando y poniéndose a leer *El Imparcial*. Sin embargo, las miraba de reojo, acechando el instante en que ellas volvieran su atención al interior y le facilitasen la oportunidad de una cortés reverencia. Era un psicólogo. El sabía ir, y por lo general sin equivocarse, delante de los hechos. Preveía las situaciones. Entre amigos, o en un corro cualquiera de personas, solía tener la adivinación muchas veces dolorosa, y, por lo menos, siempre molesta—porque le quitaba la emoción de lo imprevisto—de lo que iba a ir sucediendo. Sobre todo, en los trances habituales de la vida.

Estas, naturalmente, tan pronto como les pasara la curiosidad del paisaje, que era bello, porque corrían por un valle de pomaradas y maizales, se pondrían a examinarle a él, a su equipaje..., y entonces... Pero sintió un punzazo de inquietud: su equipaje..., su manta vieja, descolorida, tenía arrancada toda una tanda de cordoncillos del fle-

co... La estaba viendo enfrente..., es decir, donde la verían mejor las muchachas. Se levantó y la volvió, medio ocultándola, además, tras la maleta, que, aunque barata y de lona, era nueva.

Y, aprovechando la maniobra, se quedó esta vez junto a la ventanilla, en la diagonal de las jóvenes.

Charlaban, charlaban ellas..., y el tren corría velocísimo. Ya no miraban al paisaje, pero tampoco a él, en una despreocupación tan absoluta como si fuesen solas o como si el compañero de viaje fuese un revisor o un lampista que hubiese entrado para arreglar el farol y bajarse en la próxima estación.

Entre ambas jóvenes había alguna diferencia de edad. Una, ya madurita, no andaría muy lejos de los veintiocho años, y era decididamente fea, aunque con una fealdad llena de graciosísima expresión en su viveza charladora implacable; su cuerpo, además, de correctas esbelteces, y su cabello castaño y sedoso, así como su tez limpia y fresca, disculpaban la imperfección de sus facciones, en las cuales delatábase una confianza en sí propia de su seguridad de agradar, debida, probablemente, a su travesura, a su ingenio sarcástico y temible...; ella, en efecto, recordando y nombrando amigas, sostenía la conversación con pullas que hacían reír a su madre y a su hermana...

¡Oh, pero ésta, su hermana..., qué encanto de chiquilla!... No se le parecía en nada absoluta-

mente : diez y siete, diez y ocho años a los más ; pelo oscuro, francamente dorado, sin embargo, a la traslumbre del sol, que, ya muy bajo, entraba con la brisa por la ventana abierta ; los ojos, de color de uva, muy grandes y con las niñas muy grandes..., como ojos de muñeca fina ; cara, en fin, de apasionada, de ardiente, con una sensualidad tremenda en su corta nariz carnosa y en sus labios de escarlata viva, que humedecía a menudo una aguda lengua de coral. No muy alta, era un prodigio de macicez de pecho y de caderas..., y sus gualdos zapatillos dejaban ver, bajo el borde de la falda verde Nilo, la calada seda de una media estiradísima, verde Nilo también, color idéntico al de aquellas grandes, tan grandes, al de aquellas inmensas pupilas de sus ojos, y que tan bien le armonizaba con la blancura de la piel.

—¡Qué encantō..., qué encanto de muchacha!

No daban idea de estirpe aristocrática en ella, ni en las otras dos, las claras telas sencillas de sus trajes ; mas sí el corte de estos trajes, en su misma sencillez, el desenfado de los ademanes y principalmente, los brillantes que en las orejas y en las manos llevaba la mamá y lo pulidos y cuidados de los dientes y las uñas de las hijas. Por lo demás, iban sin equipaje en el coche ; apenas un cabás cada una y una escarcela la madre, colgando de la muñeca.

¿Marquesas? ¿Condesas?... ¿Qué serían estas

mujeres?... Olían a *astris*, a *ideal*, a *exótico* tenuemente, intensamente perfumadas.

La voz de la graciosa fea, clarísima y maldito si contenida por la presencia de un extraño, le fué enterando de cosas: primero, del nombre de la hermanita, Eladia; luego, de que tenían carruaje y palacio en Madrid..., puesto que habló «del jardín de casa» y «la cochera»..., y, últimamente, deploraban toda la ocurrencia del papá de haber comprado esta *villa* en Asturias, con lo que tendrían que despedirse de sus veranos de San Sebastián y de Biarritz.

—Mira, le prendemos fuego. Yo pongo el petróleo, y tú, Eladia, la mecha, ¿quieres?

—No. ¡Yo pongo el petróleo y todo!

—¡Niñas, niñas! ¡Que sois capaces...!—amonestó malriéndose la madre.

El tren paró en una pequeña estación. Caía del lado de Ricardo, y fué a asomarse la «fea graciosa». La oportunidad, pues, para el saludo...

Mas no. La «fea graciosa» cruzó por delante de él sin mirarle, sin aceptar siquiera la ventanilla del centro, cuyo acceso facilitó Ricardo recogiendo en la alfombra los pies. Miró ella por la del asiento frontero, y le dijo a su hermana:

—¡Oye, oye, ven! Otro palomar exactamente como el de antes... ¿Te acuerdas?

Acudió la joven, y ésta sí miró por la ventana del centro, sólo que sin agradecer a Ricardo la nueva recogida de pies ni con la más leve aten-

ción de aquellos ojos que parecían tener por dentro, ardiendo, una esmeralda... Y Ricardo se enojó, reconociendo en su fantasía de poeta, sin embargo, la exactitud de la comparación galante: los ojos, los inmensos ojos de «Eladia», parecían eso: dos globos de perla que trasluciesen llamas verdes... Ojos de ajenjo con agua.

—Oye, oye, atiende, Eladia; escucha, mira..., ¡y un mirlo también bajo el reloj!

—¡Pues sí, y un mirlo! ¿Has visto, mamá?... Ven, ¡verás!

Y la mamá, gruesa, perezosa, comentó desde su asiento:

—¡Todas las estaciones chicas se parecen!

Volvió el tren a marchar. Volvieron a su sitio las jóvenes, y Ricardo, con ganas de fumar, se contenía. Ignoraba si constituiría grave falta fumar delante de estas damas. Por primera vez en su vida, hallábase en la solitaria comunión de un recinto con duquesas, con marquesas o lo que fuesen ellas... Se hacía un lío... Pensaba que tal vez incurrió ya en una falta de educación imperdonable no habiéndolas saludado al entrar, aunque no le estuviesen mirando por hallarse distraídas...

Y corría el tren y charlaban las viajeras, riendo sin cesar, estrepitosamente, con alegría de pájaros o de personas tan felices como pájaros, y una hora después habíase convertido en obsesión el ansia de fumar de Ricardo. «¡Qué diablo, con

las ventanas abiertas—pensó—, y después que ellas me hacen tanto caso... !»

Sacó tímidamente la petaca, y de la petaca un pitillo. Tímidamente, porque, aparte su inseguridad de si no iría a hacer una sandez, la petaca, rozada por los bordes, era de una abominable badana de dos pesetas, roja como el pimentón... Pero acabó de decidirse: justamente, si había estado antes torpe y grosero, la petición de permiso para el cigarro le disculparía... Tomó ánimo, pues, se inclinó, se quitó la gorra y preguntó:

—¿Molesta a ustedes que fume?

Se quedó esperando. Se quedaron ellas mirando. No debían de haberle entendido, porque una mucosidad le había velado la voz en la garganta.

—¿Qué?—inquirió la «fea graciosa».

—¡Que si me permiten que fume!—repitió, después de carraspear para hablar más claro—. ¡Que si el humo no las molestaría!

Ellas se miraron, cambiando una levísima risita, y volvió a decir la «fea»:

—No. No nos molesta.

—¡Encant...! ¡Gracias!

Encendió Ricardo, más rojo que la cabeza del mixto, aunque otra vez en el total descuido de las damas. No había podido interpretar sus sonrisitas, y si bien el tono de la «fea graciosa» tuvo cierta sequedad, no había estado exento de una dignidad cancilleresca, que le puso en trance de contestar una sandez; por ser fino, por mostrarse

al tanto de las elegancias madrileñas, a poco más si no suelta un ¡*Encantado*!..., que le habría caído a un permiso de fumar como a un santo... como a un gato un miriñaque. ¡Bah, él..., un insumiso mental que hasta para su meditaciones rechazaba frases hechas y tranquillos! Sonrió, sorprendiéndose en tales tonterías. Indudablemente, un hombre de talento necesita ser tonto, por lo menos, la mitad. Y más conciliado con sí mismo, pero no avenido a pasar como un quídam ante las viajeras elegantes, sacó de los bolsillos un par de revistas ilustradas, con un número, entre ellas, de *El Cuento Semanal,* y las hojeó un minuto, tendiéndolas después bien visibles a su lado... Le servirían, quizá, para incitar a las señoras a mirarlas, y se las ofrecería él... Le servirían de todos modos para que ellas, siquiera, advirtiesen que él era el ostentado en la caricatura de *El Cuento.*

—Bueno, mira, tú : al llegar a Oviedo, me vas a hacer el favor de ser quien le dé hoy el brazo a doña Marga.

¿Cómo a Oviedo?... Ricardo no comprendía. Ya antes hablaron también de «llegar a Oviedo», por donde hubo pasado él hacía cuatro horas y de donde seguían alejándose, o no estaba él informado de la geografía asturiana. Pretendían acaso regresar, desde Avilés, en automóvil. ¡Sólo que no!... Continuaban ellas refiriéndose a Oviedo, consultando sus relojes de pulsera y afirmando

que les faltaría para llegar muy poco... Tendrían tiempo de cenar con doña Marga, de vestirse y de asistir a la función de la compañía Guerrero en el teatro Campoamor... ¡Ah! ¿Prodigios del automóvil..., o sería que, en la confusión de trenes, había tomado el otro de retorno a Oviedo, y no el corto de Avilés?... La duda le inquietó. Lo hubiese preguntado, a no temer que, en la efectiva equivocación, se le riesen como un tonto. Se abstuvo. Esperó la nueva parada de una estación, y, bajándose del coche, se lo preguntó a un empleado:

—Oiga, este tren, ¿no va a Avilés?

—¡Sí, señor!—le respondió al paso y breve el empleado, que llevaba las manos llenas de facturas.

Volvióse al compartimiento tranquilo, pensando en el todo señor automóvil que transportase después a estas damas.

Por lo demás, ellas, siempre con sus charlas y sus risas, cuya dirección del maligno encanto llevaba la amenísima «fea», ni le mostraban más atención que al principio ni se habían fijado en *El Cuento Semanal*.

Ricardo se conformó. Era un psicólogo. Ocurríale aquí con tales aristócratas exactamente igual que allá en Madrid, en el Español, cuando iba con butacas del periódico. Ni por casualidad le pagaban una vez la avidez de sus gemelos los gemelos de los palcos.

Sin embargo, aristócrata él también, del talento, perdonaba generoso unos desdenes en que no le hería jamás la burda y grotesca ineducación de las burguesas del tranvía... ¡Oh, cuánto recordaba Ricardo, el poeta, el periodista con cien pesetas al mes y pantalón con rodilleras, a aquellas buenas burguesas, que no podían sufrir la admiración de un humilde sin un gesto en vuelta de espaldas que le dijese a las gentes: *¿Eh?... Miren qué pelagatos se atreve a querer enamorarme... ¡Puah!*

Sí, estas otras, las verdaderas aristócratas, sabían ostentar su indiferencia no grosera ni ofensiva. Dijérase que se dejaban ver sin ver a los que no eran de su clase. Y semejante desdén, legítimo en fin de cuentas, bien podía perdonarlo el poeta, el fastuoso, el gran duque de la imaginación, que, en sus alcázares de ensueño, tendría tanto que perdonarlas quizá, si las tratase, a ellas mismas. *Suum cuique,* como dijo alguien más sabio, en latín, que Ricardo, que no sabía ninguno, por más que se ofreciese la frasecilla en consuelo.

El tren cruzó por debajo de un puente. Quedaban atrás los terraplenes de un ferrocarril minero, a juzgar por el negro balasto, y el panorama se abría cada vez más en esa llana frescura de horizontes que indica la proximidad del mar.

—Oye, Nita..., ¡otra línea transversal!... ¿Te has fijado?

Nita, a quien, por fin, nombraba mimosamente Eladia, miró por el vidrio y mostró sorpresa.

—¡Es verdad!... ¡Lo mismo, lo mismo que el de antes, cerca de Avilés! Pero, ¿no estás viendo, tita Encarna?

—Toda Asturias es igual..., ¡y aburridísima! —comentó breve la señora (que no era, por la cuenta, madre de las dos), volviendo displicente la cabeza.

Pero Ricardo sospechó esta vez una cosa divertida: que fuesen las orgullosas y distinguidísimas damas las que, procedentes de Avilés, con ánimo de ir a Oviedo, regresaban al punto de partida lindamente..., por no haberse mudado de tren, por no haber advertido que éste no hizo sino cambiar de cabeza a cola la máquina y por... tener a menos dirigirle la palabra a un compañero de viaje, que quizá las hubiese sacado a tiempo del error. Y se alegró y deseó que fuese así para tener derecho a reírse un poco cuando, al fin, «cayesen de la burra».

¡Ahora sí que le placía la frase hecha!

Mas eran tan aturdidas que, ¡nada!..., charla que te charla otra vez, apenas perdióse la línea transversal entre arboledas.

No obstante, gozábase en el pequeño mal, sin rencores, con la nimia y secreta complacencia, únicamente, de poder irlas contemplando en ridículo. Su simpatía, a pesar de todo, iba a ellas. El corazón, con la suprema fuerza que sabe decir

estas cosas, por encima de no importa cuáles absurdos sociales, decíale cuán era lástima enorme que las damas del dinero y la belleza ignorasen cómo pudiesen los pobres poetas adorarlas mejor que sus condes y marqueses. Ellas tenían la gracia, y tenían para su beldad entera el exquisito cuidado de diosas que no pueden tener las demás, y ellos, en cambio, los poetas, solamente los poetas, el tesoro de delicadezas y ternuras capaz de envolverlas en cielo. Por eso, y no por avaricias ni tontas vanidades, había en las entrañas mismas de Ricardo una impulsión tan intuitiva y formidable como inocente hacia las aristócratas..., ¡hacia las princesas, hacia las marquesas, hacia las bellas damas distiguidas!

Pero una impulsión modesta y dulcemente resignada, como una ilusión de imposible que no llegaba ni a tomar forma de esperanza. Si aún hubiese tenido dudas su humildad harto se las habría desvanecido este su primer viaje *de buen tono...*, este su primer lanzamiento al mundo elegante de las playas, en un convoy de lujo y en la estrecha vecindad de un vagón con aristócratas; maldito el caso que le hacían.

Y reflexionaba según el tren, por las trazas, puesto que ya se veían brumas como de mar no lejos, se iba acercando a su destino. En lugar de veinte duros al mes, disfrutaba, desde el anterior, cuarenta, gracias a un ascenso inesperado y altamente halagador para su aptitud de periodista.

No hacía un año aún que estaba de risible aldeano licenciado en letras en su aldea extremeña, bien lejos de creer que fuese a venir jamás en estos trenes fastuosos con estas gentes de fuste, en calidad asimismo de veraneante más o menos distinguido... ; pero en el grupo, en el conjunto de ellos, siquiera. No podía quejarse del cambio..., por mucho que le sintieran extraño estas gentes... Y bendecía al cacique aquel de su provincia que le llevó a Madrid, que le metió de *colilla* aunque fuese en el periódico, donde se había captado, a fuerza de talento y de trabajo, la estimación del director. Al ascenderlo, relevándole del reporterismo menudo, le habían consagrado cronista, enviándole a estas playas...

Corría ligeramente el tren, torciéndose. Por un lado, en la llanura brumosa, se empezaron a mostrar faluchos y lanchones en un canal..., en la ría. ¡Ya sí que no podrían dudar de su equivocación las señoras!

—Pero..., ¡calla!—dijo de pronto Eladia, toda asombro—. ¡Barcos! ¿Cómo es posible?

Las tres miraron. No lejos se descubría Avilés.

—Pero..., hija... ¿Cómo es posible?

—¡Cómo es posible!

Se habían puesto de pie y se interrogaban con los ojos.

—Pero ¿cómo es posible?

—¿Dónde estamos entonces?

—¿Dónde estamos?

Ricardo intervino, fingiendo no haberse percatado de la *paletada* de ellas:

—Señoras..., en Avilés.

—¡En Avilés!—rechazó aún la «fea graciosa», mientras las otras seguían mirándose—. Pero... ¡si no puede ser! ¡Si nosotros vamos a Oviedo! ¡Si salimos de Avilés a medio día!

—Pues... nada, ¡en Avilés!—insistió Ricardo, de pie también, contento de esta como familiaridad repentina que los tenía en corro junto a las ventanas a un mismo lado del coche—. Sin duda las señoras, en Villabona, por no haber cambiado de tren..., sin duda....

—Ah... pero ¿había que cambiar de tren?

—Naturalmente. A éste no hicieron más que ponerle la misma máquina a la cola.

—¡A la cola!... ¡Eso! ¡Para traernos a Avilés de nuevo!... ¿Y por qué no lo avisaron? ¡Qué estúpidos!

—¡Qué empleados tan estúpidos!

—Sí, señora, son unos estúpidos.

Habían resuelto ellas su recíproco mirarse en una carcajada. Hablaron de «reclamación», y se encogieron de hombros—dedicadas, otra vez en su extremo del coche, a reírse del suceso y de ellas mismas. Luego comentaron largamente el plantón de doña Marga, esperándolas. Y el tren silbaba, llegando a la estación.

Tan pronto como se detuvo, las tres damas, de cuyo lado caía el andén, salieron del vagón y se

confundieron con la gente—sin haberse despedido de Ricardo.

—¡Oh, las orgullosas!—pensaba éste con su maleta en una mano y su manta en la otra—. ¡Me alegro! ¡Que se amuelen!

Y todavía, unos minutos después, conducido en un ómnibus a la estación de Salinas, por entre la ría, que no era más que un canal insignificante, y un bello paseo de jardines lleno de arcos y faroles de papel, como para una fiesta, perdonaba, en gracia a los ojos de color de uva de la joven, la indiferencia descortés de estas damas aristocráticas, que sabían, al menos, ser indiferentes y aun descorteses con naturalidad, con aplomo, con suprema distinción... sin los ridículos y groseros aspavientos de las buenas burguesas del tranvía.

¡Benditas de Dios! ¿Cuál sería, de éstas de Avilés, la *villa* a que querían prenderle fuego con petróleo?...

II

En la terraza se charlaba. Una orquestilla de *tziganos,* vestidos de rojo, como bien cocidos camarones, tocaba de rato en rato breves valses ; una compañera de ellos, vestida de rojo, cantaba a cada tercero o cuarto número la *Serenata* de Gounod, el *Ave María,* la *Sotile dolce*... Y claro es que el grupo selecto de muchachas, con aquel único madrileño, León Rivalta, por recurso, no hacía caso alguno a todo esto... Además, un volatinero ambulante, junto a un bosquecillo de pinos, había juntado un corro de chiquillos y niñeras en torno a sus trabajos.

Eladia era la mimosa y la mimada. La llamaban *Ladi* estas amigas provincianas, que se habían enterado por León de que así la llamaban en Madrid.

Porque en Salinas no había más que esto, entre las familias asturianas que venían al mar de buena fe, a bañarse ; no había, además, tratables sino media docena de riquitas de las provincias próximas a Asturias. Si a Ladi, a Nita, no les hubiese bastado, para ser proclamadas reinas, el

ser más ricas, el tener aquí una *villa* propia, les habría bastado ser de Madrid.

Y en tanto que Nita, con una pierna, despreocupadamente cruzada sobre otra (lo cual la hacía enseñar un buen poco de pantorrilla admirable), fumaba con toda tranquilidad, divirtiendo a las demás con su mordaz charla sin fin. Ladi, con León, que la hacía el amor de antiguo y tan torpe como obstinadamente, sostenía ese diálogo:

—Tengo un perro divino. En Madrid.

—Hombre, ¿y por qué no lo trajo?

—Por no quitarle a usted los moños con el suyo.

—¿Con mi *Yul*? ¡Qué más quisiera!

—¡Eso es un perro ridículo!

—Hombre, no me diga enormidades... que le tiro una copa a la cabeza.

—Eso, eso... ¡ridículo! ¿De qué casta?

—¡Oh!, de modo que no le ha visto y se me atreve... ¡Bien se conoce!

—¿De qué casta?

—Grifón.

—Psiá... *grifón*. una antigualla... El mío es el *último grito* de la moda.

—¿Terrier?

—¡Por Dios, Ladi, qué va a ser *terrier*! ¡Un perro, que *quita la cabeza*!

—Pero, ¿cómo?

—Así. Un perro con sentido común.

—¿Así? ¿Así de alto... desde la mesa?

—No, hija... desde el suelo.

—¡Adiós! Serán dos perros, uno sobre otro.

—Pues un perro, nada más.

—El mío habla.

—Y el mío canta *La Sonámbula*.

—¿Mejor que esa tiple?

—Pero con voz de tenor hermosísima, porque es macho.

—Y si tan grande es, ¿por qué no va usted a caballo en él a Recoletos?

—Por...

Aquí la interrumpieron. Un elegante joven de Palencia acababa de llegar, con un *Liberal* en la mano:

—Señores... señoritas... ¡atención! «Desde Salinas»... ¡Se ocupan de nosotros en Madrid!

—¿Una lista?

—No. Una crónica...

—¿Con nombres?

—¿Con nombres?

Y como habían preguntado esto dos o tres muchachas vivamente, el joven palentino desfalleció en su alborozo; pero buscó con la vista a Lorenza Rubio, concentró en ella su halago, y declaró:

—Bueno, sin nombres. Pero al menos... a una... a usted, bellísima Lorenza, juraría yo que está dedicado el más lindo pasaje de la crónica... Y acaso a usted, porque alude a dos.

Esta segunda era una rubia señorita de Cuenca,

y se engrió, y hasta se puso un poco encarnada de alegría. La otra, la principalmente mencionada, Lorenza, era toda una morena y buena moza de Valladolid, la más correctamente bella de la colonia veraniega, la que habría sido indiscutible, con su figura de napolitana trágica, con sus ojazos negros, si no fuera un poco sosa.

Hubo una general atención, y se leyó la crónica en el corro. Mientras iba leyendo el palentino, con su empaque de hombre de ciudad, pues no se quitaba el chaquet ni la camisa de brillo nunca, con su voz clara de lector de notario, y aun con cierto retintín de sabrosa rabia contra Ladi—que creía él que se le burlaba algunas veces—, las oyentes cruzaban en los ojos envidias aceradas, iras efectivas al tener que reconocer que se aludía en la crónica a Lorenza como a una divinidad, como un *sol de azabache* (frase del cronista)... que dejase en la sombra a todas las demás—apenas salvando otra bien clara alusión para la rubia de Cuenca.

—¡Hombre, hombre!—exclamó al terminarse la lectura, y sobre el silencio preñado de emociones como una nube tempestuosa, León Rivalta—. ¡De modo que tenemos en Salinas a un redactor de *El Liberal*?... Pues... ¡me extraña! ¡Los conozco a casi todos!

—Sí, señor—apuntó el joven de Palencia con otro nuevo gozo vengativo hacia este gordo y cortesano León elegantón de las camisas de seda—;

y debe ser ese que llegó trasanteayer... ese que anda siempre solo por ahí, de escampavía, y que se aloja en *Bruno,* donde yo.

—¡Ese!—exclamaron unas cuantas.

—¡¡Ese!!—inquirió Ladi en extrañeza.

—¡¡¡Ese!!!—rechazó Nita con asombro, burlona—. ¡Bien! ¡tal vez!... ¡los periódicos no mandan a estas playas más que mamarrachos! ¡Si fuese a San Sebastián!

—¡Pues ése!—recogió bravamente el palentino, comprendiendo que el odio de las distinguidas madrileñas, y de todas las excluídas de la crónica, caía excesivo sobre el esquivo y solitario joven por un disimulo de desprecios a Lorenza. Y añadió—: Cuando menos, una camarera de la fonda, esta mañana, al verlo yo tomar el café, me dijo que es periodista.

—¡Miradle, miradle!... ¡Allí viene!

Le había descubierto Ladi, que se quedó, igual que los demás, contemplándole. Estaba lejos el periodista—Ricardo—. Venía siguiendo el borde de la playa y cogiendo conchas. Llegó a las casetas. Cruzó. Miró un instante a los que así le miraban. En el corro, creyeron advertir algunas que sonrió—figurándose él, indudablemente, que porque hubiesen leído ya su artículo le consideraba con curiosidad este grupo distinguido, que antes no se curó de él para nada. Pasó... Pasó... perdiéndose tras un rústico hotelillo, tras un pinar,

siempre por la orilla del agua y buscando conchas...

No faltó quien propusiera llamarle, a fin de darle gracias por el artículo y para entablar relaciones. Un redactor de *El Liberal*, nada menos, no podía ser un pelagatos...

Pero dominó la prudencia, y se limitaron en la juvenil tertulia, a tiempo que empezaban otro vals los *tzíganos*, a ir poco a poco concediendo que, si bien algo extravagante con su pequeña estatura, con su media melena y su bigotillo negrísimo y áspero en su palidez histérica y morena de hombre enfermo, no estaba mal el *negligé* de su panamá y de su traje, con zapatos de buen corte, con bonitos calcetines, con su chaqueta de alpaca y su pantalón de dril *kaki* arremangado.

—Bueno, pero eso...—dijo Ladi asaz ingenua—, ustedes los hombres son los que nos lo deben presentar en la tertulia. ¿No le conoce, León?

—No, creo que no... ¡Cuando menos, no es el *Sastre del Campillo*!

—A ver, a ver, ¿cómo se firma?

—*Calcedonia*.

—Firma nueva. Yo leo siempre *El Liberal*.

—Lo dicho. ¡Desecho de la redacción!—le lanzó Nita a la napolitana de Valladolid y haciendo romper a todos en una nerviosa carcajada.

III

Entró. Se tiró sobre la cama.

El cuarto tenía una ventana al mar.

Ricardo era dolorosamente feliz, con una felicidad espirituosa, inmensa, mareante, llena de llama y de luz, como si hubiera bebido un suavísimo alcohol de la gloria y se le hubiese inflamado en el alma.

El mismo no lo creía. ¡Novio de Ladi!

¡¡De Ladi!!

Se lo acababa de oír..., *que sí, que le quería, que le quería...* con todos los pronunciamientos de una respuesta de novia. Se lo acababa de oír allá sobre la arena, tan divina y fresca Ladi tras su baño matinal, tan gentilmente abandonada junto a él de una a otra silla-caseta... apartados los dos de todo el mundo como en dos confesonarios de las libres pasiones de la vida. ¡Qué bello el vals que tocaban en tanto los *tziganos*! ¡Qué seductora, qué aristocrática ella, su alma, su carne, su escote virginal de poderosa que traslucíase en el peto de calados y de tules!

Le ardía dentro el alcohol de la divina borrachera.

Era como una magia.

Veía el mar, veía el mundo cual si fuesen suyos—todo el color de los ojos adorados, verde, verde agua y verde luz.

Iba a pensar, aquí tumbado (porque no podía con la ventura), y de espaldas (que parece que se recibe mejor la inspiración), la nueva, la definitiva tirada milagrosa de versos de amor y gratitud que le dedicaría a *su* Ladi en *Nuevo Mundo*.

¡¡A *su* novia!!

Pero... esto... ¿era verdad?... ¿Podía ser verdad que era... *su novia*?

La intensidad luminosa de su cruel y bella embriaguez de todos los triunfos, le rompió afuera y le proyectó el porvenir, sobre su antiguo porvenir negro y de dudas, lo mismo que una linterna cinematográfica; se vió gran poeta lleno de gloria, de amor, de victorias infinitas sobre su regia instalación en la vida... con Ladi al brazo...

¡Oh, novio él de Ladi Villarroel y Montero de Espinosa... él. ¿Podrían figurárselo aquellos sus miserables paisanos de la aldea? ¿Hubiéraselo imaginado él propio un año antes, cuando el diputado por el pueblo le parecía un dios, porque tenía un tílburi? ¿Habríalo podido soñar siquiera un mes antes, cuando venía en el mismo tren

con las «orgullosas»... con las aristocráticas señoras?

—¿Y usted es de Extremadura?—le había preguntado tardes antes aquel despechado León madrileño, en burla, conociéndoselo quizás por el acento.

—No, señor; de *El Liberal*—había respondido él completamente aturdido.

Pero se alegró en seguida, porque rieron todos, tomándoselo por una agudeza, por un chiste contra aquel León, que sólo era un elegante vagabundo.

Bendecía del periodismo. Comprendía que el periodismo fuese una especie de llave encantada para todos los accesos del mundo y se explicaba ya que no hubiera sido mentirosa presunción la familiaridad de iguales con que había oído decir a algunos de sus compañeros de periódico: —«Anoche, comiendo con la marquesa de Ayerbe...»—«Ayer, en el té de la Laguna...»

¡Oh, él... el hijo de un honrado y modesto labrador a quien decíanle en el pueblo *El Repollo*!

Bien. No era Eladia una marquesa, pero las conocía y trataba a todas en Madrid... perteneciente su familia a la nueva y positiva y quizá más respetable aristocracia del dinero. Senador su padre, accionista del Banco, de Compañías eléctricas, de ferrocarriles..., con coches, con hotel... De la misma Prensa, recordaba Ricardo los apellidos de esta ilustre muchacha, en las rese-

ñas de salones... ¡Ya lo creo! ¡Monteros de Espinosa! ¡Digo! ...Y Villarroel... que heráldicamente vendría a ser algo como «roeles de señores de una villa». El Villarroel era el padre, y, además, Ladrón de Guevara, nombre perdido en Ladi, naturalmente, por no sobrecargarse de timbres...

Tus manos blancas,
tus manos blancas
de priacesa,
de princesa de... de...

De castillo medioeval, o roquero, o cosa así. En sentido enteramente aristocrático, y sin recurrir a los nardos..., ya bien profanados por los mil imitadores de Rubén...

Pensó que no puede caberle mayor desgracia a un gran poeta que sus imitadores. A un gran poeta. A un novelista. Ellos, sus imitadores, son los encargados de ponerlos en ridículo.

Y en un rincón, mientras soñaba Ricardo con sus futuros triunfos poéticos y teatrales, bailaban los ojos de color de uva...

¡Ojos de Ladi... de *su novia*!

Habría preferido poder escribir *Lady*, con *y*, y pronunciar *Ledi*, por consiguiente... para evitarse entre sus impiadosos camaradas madrileños del café, cuando leyeran los versos, la contingencia de equívocos en diminutivo, creyendo quizá que se tratase de... alguna cualquiera. Mas ¿qué

hacerle? ¿No la llamaban así, y no era tal abreviación, por ser de ella, insuperable de poesía?

Y el recuerdo de éstos, de sus camaradas de café, de sus maldicientes compañeros, le mostró a él propio, él mismo, en polo de comparación, con una honrada ingenuidad, todavía bien lugareña, de que tendría que corregirse. Efectivamente, hablando con Eladia, él echábase de menos soltura, desparpajo, algo de aquella frivolidad, amena hasta cierto punto, con que León, por ejemplo, sabía hablarla de perros, y de trajes, y de cien mil tonterías..., en un ingenioso tiroteo de chistes y descaros, sin perder la corrección. Así era Eladio también, que se placía de ello, en tanto que él, Ricardo, era, con respecto a tales elegantes charlas picarescas, lo que se llama un salvaje.

De más honrado. De más respetuoso y sincero.

No obstante, le tranquilizaba, en cambio, la evidencia de haber sido, en aquellos ratos que habló aparte con Eladia, más intenso y más certeramente pasional que León y que ninguno; el éxito, hoy, no le permitía que lo dudase; le había bastado *confiarse a la sinceridad de las impresiones recibidas junto a Ladi*; y confiado en su sinceridad completamente, había podido decirle lo mismo que en sus versos, o cosas todavía más bonitas que en los versos, porque las avaloraba la emoción con que eran dichas... Cosas que ¿sería verdad, gran Dios? ¿y sería verdad que

ellas se la fueron tan a escape enamorando?—, cosas que a ella le chocaban, por lo extrañas y lo exactas... más, quizás, que las que le hacía escuchar este León Rivalta, todo lo elegante que quiera, pero fracasado pretendiente... A los ojos, por ejemplo. Lo de *los ojos de color de uva* la hizo gracia, como una novedad. Además, había añadido él una vez, mirándola, muerto por aquellos ojos, empeñado en «definirlos», cual si obedeciese a un mortal empeño del corazón por «definir y conocer» algo muy suyo :—«Los ojos de usted parecen esos ojos grandes, glaucos, ingenuos, muy abiertos, todo niñas que no ven, todo empañados de una esmeralda cuajada y lechosa, de las ciegas con grandes ojos verdosos y claros y abiertos que piden limosna por las calles».

— «¿Ojos de ciega? ¡Por Dios!»—había protestado ella, en su eterna tendencia a la burla; y entonces él la sujetó, trémulo de emoción :—«Divinos ojos de ciega en dos perlas que llevan dentro la esperanza..., la esperanza de quien los *sabe* mirar, y ciegos para ver mejor su propia esperanza en el alma que los mira ; esa divina ceguedad no lo tienen más que las ciegas como usted ; y alma en la sangre... ¡tampoco la tienen todos!»

La *filo* le pareció a Ladi fuertemente original. Y se lo confesó, agradada y sonriendo. Había querido decirle Ricardo, en suma, que *los ojos de ella eran bonitos*... ; y he aquí «que—recordaba él la respuesta—, por decírselo sencillamen

te de otro modo que los tontos que se lo habían dicho tantas veces, la impresionaba la galantería como oída por primera vez...» ¡Ah, lo que puede el *modo de decir*... ¡lo es todo!

Esta mañana, en fin, al reprocharle Ladi que «anoche, durante el concierto improvisado en el *Salón Suiza*, no quiso él estar en el grupo de ellas y León, yéndose al de Lorenza», él había tenido la suerte de responder, sin saberlo, la frase que creyó al principio de torpeza y que les llevó, sin embargo, al acuerdo venturoso: —«No, Ladi; yo prefiero no estar cerca de usted entre la gente; yo no sé decir cosas, no se me ocurren, de esas que dice León; ¡les hubiese aburrido la tertulia!»—Y repuso Ladi, con una tristeza, con una gracia, con una pasión de todo punto irresistible:—«Bah, en cambio... dice usted otras cosas que no sabe León! ¡Si viese usted qué aburrido es, a solas, el amenísimo León de las tertulias!...» Después de esto... ¡claro!... no sabría él qué le habría más dicho a la divina criatura picaresca y virginal, pero sí que le había dado últimamente un beso en la mano, como un loco... y que ella... y que ella...—tal era lo importante—le confesó que le quería... pidiéndole, para mayor misterio seductor, que le guardase el secreto.

Otra llamarada de alegría levantó al poeta de la cama, olvidado por el pronto de los versos.

Fué a la ventana, y quedó de bruces en el alféizar, mirando allá abajo por la redonda playa,

entre los pinares, la pequeña y elegante *villa* de su novia. La rodeaba un jardín.

Le parecía tan bello este retiro de Salinas, esta colonia sin pueblo, sin calles, de arboledas y fondas y rústicos hoteles nada más, que habría querido vivir en ella siempre, con su Ladi.

—¡Con *mi Ladi*!—murmuró en los labios... para afirmarle la indudable realidad a algo de él propio que aún no la creía.

Inmediatamente sacó su carnet de periodista y apuntó, como para consagrarla, la fecha de una realidad tan venturosa: 27 *de agosto de* 1907.

Deploró en seguida la brevedad del mes que les quedaba apenas en este dulce paraíso.

Y volviendo a ponerse de pecho en la ventana, le complació recordar la serie de rivalidades mudas, de casi odios un momento, que les había lanzado a un destino de feliz eternidad..., porque si la viva y aún impaciente aspiración de toda novia es casarse, claro es que no había de quedar la boda por él.

«No, no por ambición..., y bien lo sabes tú - sonrióse en confesión al Dios del cielo, en quien hoy creía - , sino por dignidad de aristocracias: la de su estirpe y la de mi corazón y de mi frente, la de su belleza y la de mi ensueño!»

Hecha esta depuración de sus ansias, púsose a evocar aquellas rivalidades del principio. Al día siguiente de llegar, se las encontró aquí, en Salinas, inesperadamente; y lo sintió: él las supo-

nía en Avilés ; hubiese preferido no verlas más..., mal augurio para la sociedad del balneario si recordasen quizás el fleco pelado de la manta. ¡ Bah, y tanto ! ¡ Psicólogo !... Aunque en otras esferas, allá en sus años de estudio de Sevilla, había tenido novias de sobra..., pudiendo ya saber ahora que todos los espíritus de mujer son iguales en el fondo, hidalgas o plebeyas ; por una pequeñez de ridículo puede hundirse todo un alcázar de ilusiones, y aun la posibilidad del alcázar... Este fué su rencor, su miedo a Ladi, a Nita, enorme, por si se fijaron en la manta y en la vieja petaca guinda que ya reposaba en el mar. Tal miedo, y sus desconfianzas de «hombre sociable»—puesto que sus novias sevillanas hiciéronle hasta sus dramas de honor en la soledad de la noche y por las rejas—, le impulsaron, en los primeros días, con una suerte de respeto invencible también a las damas altaneras, a distanciarse sistemáticamente del grupo que las tenía como emperatrices proclamadas. No habló con nadie ; paseó solo ; creyó incluso notar que se le miraba con burla..., y maldecía la manta. Renegaba al propio tiempo de la fina lengua de puñal de Nita, sospechando que la «graciosa fea», cuando él cruzaba a la vista de la terraza, les sirviese a todos chistes de la carne de él hecha tiras... Y por ello, rabioso, sin sentir la menor admiración hacia la sosa Lorenza preciosa ni hacia la rubia de Cuenca, en la primera crónica en-

viada a *El Liberal* les compuso a ambas aquella «innominada» y bella fantasía. Así, el periodista, desde la alta torre del periódico, que dominaba a España, les pagaba en moneda igual a «las altivas aristócratas»—probándolas que le podían pasar inadvertidas totalmente, con su *villa* y todo, ante un par de buenos ojos negros y vulgares... Luego vino la presentación a la tertulia, por León Rivalta, que se le presentó solo, y a quien recibió con calculada dignidad. Luego... su sorpresa ante la amabilidad de todos, y en término primero de Nita y de Ladi y de los papás de Ladi, maestros, como era natural, en cortesía de cortesanos; mas, como era bien lógico también, la buena moza Lorenza, contenta de la crónica, y tomada por León como disculpa galana de la presentación general y en particular a la que deseaba darle gracias, quedó como amiga predilecta del cronista, desde luego... Pasaron días, pasaron días..., y ¿qué grande error no habría sufrido Ricardo con respecto a la falta de afabilidad de Ladi, o qué trazas no se habría dado ésta para robárselo a Lorenza en simpatías..., que en la segunda crónica, en los versos después al *Nuevo Mundo*, no hubo más que el nombre de *Ladi Villarroel*, en todo honor?...

Explicábase ahora perfectamente lo del tren, disculpándola. Ni debió de fijarse ella en la manta siquiera. Fué que... finísima, selectamente educada, como su prima Nita, como su madre, no

tenía para qué conversar con un desconocido. Así, en efecto, había bastado una presentación calificada por una dignidad de periodista, para llegar a una confiadísima amistad, a una dulcísima fraternidad, al poco..., y hoy, últimamente, para haber llegado a la... a la... ¡oh, *su* Ladi!... un inesperado cielo como un sueño que le...

—¿Don Ricardo?

—¡Hola! ¿Qué?

—Que ya puede almorzar cuando guste.

—Gracias, Sabina. ¡Ya voy!

La camarerita sonrió, volvió a cerrar y bajó las escaleras.

Ricardo no sonrió esta vez a Sabina. Le había pasado completamente inadvertida la cierta gracia, que en días pasados le hizo florearla, de sus gruesos labios rojos en su cara blanca y pecosa, rodeada de crespo pelo de azafrán.

Se cambió de corbata para la tarde, antes de salir de su cuarto. Porque corbatas, sí, tenía una colección, como de lindos calcetines.

IV

Bajó y se sentó en el comedor a la mesita donde ya le aguardaba el joven de Palencia.

—¡Hola, Ricardito!

—¡Hola, Román!

Se repartieron la tortilla.

—Ya, ya le vi a usted esta mañana muy amartelado con Ladi, ¿eh?... ¡Sea enhorabuena!

—¡Cómo enhorabuena! ¿Por qué?—preguntó Ricardo alarmado por *su secreto* tan pronto descubierto.

—¡Toma! ¡Por qué!... Pues... por la niña. ¡Paréceme que va a haber boda este invierno en la corte!

Ricardo se puso pálido, un poco de temor, un mucho de alegría.

—¡Hombre, no, Román!—cortó—. Esa señorita y yo..., no somos más que amigos... ¡buenos amigos!

Román soltó la carcajada.

—¡Y tan amigos, lo creo! ¡Nadie le dice a usted que fuesen enemigos!... Sólo que apostaría yo

a que desde hoy..., han pasado a más. ¡No!, ¿sabe? ¡No se inquiete!... ; ella lo niega también, ¡qué caramba!... ; pero cuando usted la dejó viniéndose a casa sin saber que ellas desde la suya volvieron al nada a *Suiza*..., ¿o es que le prohibió a usted concurrir por Lorenza?... Cuando volvió...

—Pero..., ¿qué Lorenza ni qué diablo de visiones cuenta usted?...

¡Caracoles, amigo Ricardo, que se las trae usted... y nada es tan extraño que le haya hecho tener celos a la chica..., o a las chicas!... Bueno, pues decía que se volvieron a *Suiza* y que allí tuvo Ladi un aparte con León..., tan triste, el aparte, ¡vive Dios!... que más triste León, todavía, se nos larga esta misma tarde a Madrid o al infierno!

Ricardo se quedó suspenso, con los ojos muy abiertos, la cuchara en el aire.

—¿Se va León?

—¡Se va! Mejor dicho, se habrá ido a estas horas... ¡León vencido y... con la cola entre las piernas!

Estuvo Ricardo a punto de confidenciarse plenamente con Román. Aquella fuga del aparatoso y elegante pretendiente chasqueado dábale la gran medida del cariño de su Ladi. León Rivalta, que usaba a todo trapo coronas de vizconde en los gemelos, en el medallón del reloj, decíase aquí que estaba arruinado... ; pero Ricardo sabía a

qué atenerse con respecto a las ruinas de los grandes—y más arruinado en todo caso estaba él... con sus cuarenta duretes mensuales... Si todo esto no era un triunfo...

Sino que se contuvo; supo recobrar la *pose* de importancia que desde que llegó a Salinas le prestaba *El Liberal*, y se tragó la alegría, preguntando en variación displicente:

—Bravo, amigo Román... y ¿usted se marcha pronto a Palencia?

Tuvo que sonreír. Había pronunciado a *Palencia* con un aire de superioridad, de protección, como si él, en vez de haber nacido en Miajadas, hubiese nacido en Londres, o al menos en *El Liberal*... como le dijo por feliz aturdimiento a Rivalta.

V

—¿Se puede?

Nadie respondía.

—¿Se puede?

—Entra, Nita; ¡que sí!

Empujó la puerta y entró en el dormitorio. Ladi estaba en la cama. Desde la posición de espaldas, en que habría leído indudablemente largo rato, se había torcido, perezosa y de bruces de cintura arriba, y tenía ahora el libro contra el almohadón, junto al codo, y en la mano pesadamente la cabeza. Rotas así en violentas curvas las líneas de su cuerpo, se lo esculpía demasiado fiel la sedilla de la colcha.

¡Qué atroz! ¡Qué caderaza... ya te querré yo ver a los cuarenta!—dijo Nita dándola un azote—. ¿Qué haces?

—Leer.

—¿Qué?

—¡Nada!... *Monsieur de Phocas.*

—Te pirras, hija, por lo verde.

—¡Por lo ñoño!—dijo Ladi arrojando el libro

hacia los pies—. ¡No saben ya ni escribir verde estos franceses!

—Es que agotaron el tema.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿De la mañana?... ¡Qué barbaridad!

—No, de la noche: sino que ha salido el sol por orden de tu papá para que veas.

—¡Oh, mi papá es muy galante!... ¡Mira que comprar esta *finca de placer* en un aburridero!

Ladi bostezó, dejándose caer de espaldas. Nita bostezó también, sentándose en la cama.

—Chiquilla, cómo tienes esto, igual que una perrera. ¿Te dió tentaciones *Phocas*?

—Completamente imbécil, con su inglés. En su lugar habría buscado una inglesa... y *papá en mamán* en seguida... para ver de ser pronto papá con todos los egoísmos. He caído en la cuenta de por qué mi papá ha comprado esto en Asturias; no por lindo... sino porque siendo él un *reumático* y *dispépsico* a quien nunca duele nada y que come más que yo, se ha buscado el intermedio entra Caldas y Mondariz.

—¡Puede que tengas razón!

Pero le voy a armar un torco de nervios, ¿sabes?... y nos llevará a San Sebastián.

—¡Ya, para qué! ¡A buenas horas!

—Pues te digo que el próximo año...

—Bueno, bien, anda, Ladi, mira, ¡levántate!

—¿A las ocho? ¡Qué irrisión!... Creía que eran las once.

—Te quedarás sin la jira.

—¿La jira?... ¡Ah, es verdad! lo dijimos anoche... a San Juan de Luz.

—Sin *Luz*... de Nieva. ¡Qué más quisieras!

Ladi, de un codazo, se medio descubrió de las ropas; pero se quedó quieta en perezosa insigne, al aire sus blancos y duros senos virginales de jovencilla espléndida. Creía la gente que tenía veinte años y no era cierto. Diez y ocho nada más. Púsose a silbar *Los maestros cantores*, mirando al techo.

Y Nita, que había cogido el *Phocas* y encendido un cigarrillo, se fué a leer hacia el balcón, en una sillita dorada.

Ultimamente se incorporó Ladi lentamente, dejó caer las desnudas piernas fuera de la cama, y empezó a calzarse, lo primero. Seguía silbando, pero ahora la *machicha*.

De pronto, ya ceñidas las dos medias, se acordó, y dijo rebatiéndose una:

—Mira, Nita, so borrica, lo que me hiciste ayer tarde.

Fué jugando, después de la gimnasia. Nita miraba; mas no se encontraba Ladi el cardenal en la rodilla. Se levantó un poco la camisa y lo encontró. Azul y enorme, a medio muslo.

—¡Bah, hija, eres de manteca... con esa blan-

cura de nieve! ¡Y qué muslazos!... ¡Te digo que vas a tener que ver a los cuarenta!

—¡De aquí allá!

—Y el caso es que tienes los brazos delgados. *Lianas del amor*, como dice un novelista.

No la escuchaba Nita. Ella se daba saliva en el cardenal con el dedo. Y al oír que su prima gu-turaba un «buenos días» afectuoso, a través de los cristales, preguntó:

—¿Quién te saluda?

—Ricardo. Tu novio... ¡Oh, si tuviese la *visión curva*, qué cuadro el tuyo, ¿verdad?

—¡Para volverle tarumba!

—¡Quién sabe lo que pensaría que estás haciendo! ¿Te lo subo?

—¡Gracias, para ti!—desdeñó la joven levantándose a coger el corsé en la marquesita.

—Sí, bueno, sí... Mucho con que si le tienes o no «para que hable en los periódicos»... «para que sepan en San Sebastián que existimos», como dices; pero el caso es que os metéis por los rincones como si fuese novio de verdad y que... ¡mira, ven a ver! los vidrios que va poniendo tu padre en la tapia.

—Los he visto. ¡Cosa más inútil! ¡Te lo juro!

—¡Ya!... pero es que el campo, la poesía, el idilio de estas soledades... el aburrimiento de las noches, sobre todo... Siquiera en Madrid y en San Sebastián se divierte una en otras cosas... ¡Y que haya quien crea que la vida de ciudad atenta

a la virtud! Aquí, con esas novelas también... ¡qué demonio!

—¡Qué asco! Le quitan a cualquiera la intención estas novelas... No, no, ¡te lo aseguro! por neta porquería... Y al revés. Justamente si por algo un poco ese Ricardo me intriga, es por cierta novedad... ¡es un romántico!

—*Justamente por eso* le inquieta a tu madre también, desde los versos del beso y la luna. Ella debe de saber la horrible influencia de las poesías y novelas románticas en la virtud; ¡son de su tiempo! Ve que nada, en cambio, le importaba que hablases con el bestia de León. ¡En este otro, y a pesar de los calcetines, debe suponerte un peligro de boda!

Ladi, que había estado chapuzándose con el agua fresca del lavabo, protestó, interrumpiéndose un momento, con los párpados cerrados y la cara y las manos chorreando.

—¡Nada, rica, me creéis tonta las dos!... Yo bien sé lo que me pesco. ¿Y es que tú le has dicho a mamá que es mi novio?

—¡De sobra lo está viendo ella!

—¡Pues se engaña!—afirmó la joven, irritada, yendo con la toalla hacia Nita—. ¡Veréis qué novio de mi alma en cuanto tomemos el tren! Debíais haceros cargo, creo, en vez de tanto vidrio y tanta tontería...

—¡No hija, yo no! Y anda, ponte la enagua,

que es tarde, y, además, se te sale por el pantalón la camisa, propiamente que a un payaso.

Tocaron a la puerta. Pasó la doncella. En una bandeja traía un huevero, una copa de jerez y seis huevos pasados por agua. Era el desayuno de Ladi, que se sentó a tomarlo, con su pantalón gracioso lleno de encajes, en otra butaca junto al tocador.

Media hora después estaba vestida, cubriendo con un simple traje el lujo interior de sus ropas; solamente las medias le costaban treinta duros...

VI

Al poco estaban las dos primas en el *Suiza*, donde las esperaban los demás.

Pusiéronse en marcha. De señoras de respeto iban dos o tres mamás provincianas. Días antes habían ido todos a ver una mina de carbón, sin atreverse nadie a descender por la boca, de cuyo fondo partía una galería que se internaba bajo el mar un kilómetro. Hoy se trataba de llegar a San Juan de Nieva, recorriendo a pie, por la arena, la inmensa herradura de la playa.

Les parecía que estaba al pie San Juan, según desde Salinas lo veían gris y envuelto entre sus brumas con ese engañoso espejismo de distancias del mar y las llanuras.

No mucho después iban cansadas las muchachas; las señoras, hartas de coger algas y conchas y de mojarse en las olas los pies. Si se apartaban del agua, peor, retrasado siempre en la seca arena medio paso. Y hubo quien le dijo un chiste al joven de Palencia, que llevaba del brazo a la bellísima de Valladolid, soportando un poco

jadeante todo el peso de su fatigada hermosura:

—¡*Para los valientes, arena y buena moza*! ¿Eh?

—¡Sí, aquí lleva usted de las dos, Suárez!

Suárez permitióse, picaresco, deplorar:

Bien... mas no *como alude el refrán, la buena moza,* por desdicha.

Unicamente, allá, bravos y punto menos que perdidos a lo lejos, marchaban Ladi y Ricardo delante. Se les veía conversar en perpetua animación, también del brazo.

Estos no se preocupaban de conchas.

El padre y la madre de Ladi prefirieron esperarlos en San Juan (donde iban a comer en un mesón de marineros). Se habían ido anticipadamente por el tranvía y por el tren. Le habían oído a Ricardo, que conocía el trayecto, ponderar la engañosa caminata.

Tardaron mucho, en efecto. Llegaron casi a las doce. Los dos novios aguardaban a los demás guarecidos en el hueco de una peña. Para tranquilidad de malicias, de graves malicias, al menos, pudo cada uno de los excursionistas confirmar, y Nita lo mismo, que la peña en la boca del puerto, bien tapizada de musgos, se abría hacia el mar—de cerca y por demás bien poblado de lanchas y de barcazas de cargadores.

El puerto era sombrío, ancho, melancólico. Terminaba enfrente por unos cenicientos promontorios que avanzaban sobre el agua y a su refu-

gio se acogían los buques costeros junto a los muelles del ferrocarril. Las gaviotas parecían más blancas contra el nebloso cielo.

La gruesa señora de Villarroel, al brazo del marido, todo digno y grave con su cara roja de rubio y sus patillas blancas, les salió al encuentro desde la taberna.

Las mesas esperaban puestas.

Orvallaba y comieron en el interior.

Se rió lo que se pudo. Nita medio se achispó, y olvidada de sus cigarrillos turcos, fumó de cuarenta y cinco. Le daba igual. Recostada en su taburete contra la mesa, a la hora del café, cruzaba las piernas y enseñaba la de atrás, irreprochable... mientras contaba cosas y le decía a Román Suárez que «venía harto de buena moza hasta cierto punto»... Y como Román, corto de vista, se auxiliaba de sus gordos lentes cóncavos para mirar la pierna de Nita, las piernas también aquí y allá de las demás peor calzadas, pero contagiadas todas las muchachas de su plástico provincialismo ruboroso de despreocupación aristocrática por el ejemplo de estas Nita y Ladi madrileñas—, la mamá de Lorenza, notando cómo únicamente su hija era rebelde a esta civilización, a estas costumbres de seducción y buen tono que daban los balnearios, la riñó aparte:

—¡Qué sosa eres, hija de mi alma! ¡Te quedarás para monja...! ¡Acuérdate de cómo allá en

Valladolid, Purita Osorio, desde que vino a Gijón, se recoge las faldas por la calle!

Y disimuló revistando a las amigas con su binóculo de concha.

Ricardo, en tanto, siempre con su Ladi, no atendía a piernas ni a nada que no fuesen... los ojos color de uva.

La vuelta de la excursión se hizo por Avilés, en ferrocarril y en coche de tercera, ocupándolo todo, aquí de donde salían los trenes sin gente y para no tener que apartarse. Luego, desde Avilés, en el tranvía de vapor.

Ricardo era el hombre más feliz de Europa

VII

Pero el hombre más feliz de Europa se fué sorprendiendo en tristeza hacia la mitad de septiembre. ¿Por qué?... Tal vez porque le quedaban poco días de este paraíso: Ladi, su familia, iba a partir pronto para Caldas; y no importaba que Ladi le hubiese de seguir queriendo desde cerca y desde lejos y que hubiesen de reunirse hacia Octubre en Madrid; como todos los verdaderamente dichosos en una constituída situación, tenía el temor, tenía Ricardo el instintivo horror de todo cambio.

O tal vez Ricardo estaba triste al revés porque una ligera mudanza se había operado ya en su novia, en su adoradísima, aun sin salir de Salinas. Había llegado media semana antes otra familia de fuste, la del general Martí, ex ministro de la Guerra, con sus tres hijas Berta, Cristina y Adela, y Ladi, Nita, los papás de Ladi igualmente, íntimos de ellos, no habían vuelto a reunirse sino con ellos en un repentino trato aparte que escocíale bien al antiguo corro distinguido de tole-

das provincianas. El, Ricardo, había sido arrastrado, en la estación violentísima, del lado de los «aristócratas»; pero aturdido, sin saber en realidad si agradecérselo a Ladi, o más bien al general, que, al saberle periodista (y luego de confidenciarle *declaraciones políticas,* que fueron transmitidas al periódico) quiso conservarle cerca como un rabo... ¡Sí, le dolía la duda! Por lo pronto, él no entraba jamás en la *villa* de su novia, donde solían pasarse las noches ambas familias en íntima velada, y por la playa, por los paseos campestres, acompañaba delante a las jóvenes en calidad de «hombre que hacía crónicas y versos», sin que ya los ingenuos ojos verdes de la divina ciega fuesen sólo para él.

¡Ah, cómo sufría por las noches, en soledades como las de ésta también, en su triste encierro de la fonda, mientras allá lejos en la *villa,* cuyas luces veía por la ventana, cantaban y tocaban el piano. Una, tres antes, por puro rencor amoroso hacia «su Ladi», envió para *El Liberal* una crónica que ponía en altísima alabanza a la más linda hija de Martí... aunque sin nombrarla—algo parecido a aquella de Lorenza, pues claro es que no podía Ricardo convertir *El Liberal* en su secretario galante.

—¿Sabes?—le repetía la novia en los raros momentos que se hablaban solos—. Mis padres, enterados de nuestras relaciones, no quieren. Con-

viene que no vayas siempre a mi lado y que el *tú* no se te escape.

Pues bien... para «disimular»... o para hacerla rabiar, escribió la crónica que debería venir al día siguiente.

El desaire a la provinciana sociedad le dolía a Ricardo igual que un presentimiento del que a él habrían de hacerle... tal vez en cuanto dejaran de juzgarle necesario, *su Ladi* también, en este halago vanidoso de la Prensa.

Se le empleaba, por imbécil. Ya inútilmente a tiempo sospechó que *él tendría después que perdonar* a estas altivas.

Y sobre la cama, tumbado de espaldas—que era la posición en que igual un poeta recibía las inspiraciones o evaporaba los odios—, meditaba lleno de rencor si no sería preferible que él se marchase de aquí.

Era jueves, 25 de septiembre. Lejos de recorrer también las playas gallegas, como era su moral obligación, se había «achantado» en Salinas. Quizá llegase a tiempo de coger e interviuvar en Lourizán a Montero. Se iría, decididamente..., si Ladi prescindía de él para la nueva jira que al otro día tenían planeada con las del general a la Fábrica de Trubia; la acordaron en sus narices mismas, esta tarde, y ni por cumplir le invitaron...

—¿Don Ricardo?

—¡Quién!... Adelante, entra, Sabina.

La camarerita.

Llegó. Se le plantó al lado de la cama.

—Han traído esto.

Le daba un sobre y lo cogió Ricardo. Lo rompió. Leyó la esquela que contenía.

«Estimado amigo: Mañana ya sabe usted que visitaremos la importante fábrica militar de Trubia, donde nos espera, debo suponer, un gran recibimiento. ¿Quiere usted hacernos el honor de acompañarnos?... Lo vería con sumo gusto su afectísimo seguro servidor, q. b. s. m., FLORENCIO MARTÍ.»

¡Arrrh!... Notó en esto—respirando toda su alma libre de un peso—la cariñosa diplomacia de Ladi. Era verdad; siendo una visita a que el ex ministro fué invitado por la fábrica, Ladi no podía directamente por la tarde...

Y advirtió entonces que la camarerita de pelo de azafrán, de cara bruta y gorda, llena de pecas, permanecía inmóvil sonriendo al lado de la cama en un desvestido alarmante... cubriéndose con ambas manos el pecho de blancura escandalosa que dejaba por demás descubiertos una chambrilla sin botones.

—¿Qué?—preguntó seco Ricardo en el egoísmo de su *dicha señorial.*

—Nada... que... me dispensará usted que venga así... Estaba ya acostada... y todo el mundo en la fonda.

Sonrió tapándose más con las manos. Tenía desnudos los pies.

—Bueno, ¿y qué?—insistió desabrido Ricardo.

—Que tuve que levantarme al oír que llamaban... y era esta carta y esperan.

—¿Ah, sí?... Pues di que está bien... ¡Bueno, no! ¡Aguárdate!

Tirándose del lecho, fué a su mesa y escribió:

«Mi respetable general: Recibo su invitación y la acepto agradecido. Como supongo que la salida será en el primer tren de Avilés, a las siete y media me reuniré en el tranvía con ustedes. Le saluda y le besa las manos su seguro servidor, Ricardo S. Olmedilla.»

Cerró la carta y se la entregó a la rubia camarera—que se fué humillada.

El se quedó agradeciendo con todo el corazón la deferencia de Ladi. Miró el reloj. Eran las diez. Tenía que madrugar y se desnudó para acostarse.

Ya en la cama recordó el semidesnudo y el sonreír de la provocante camarera. Tal vez él debió aceptar... Pero ¡no! Apagó la vela de un soplo. Los ojos de esmeralda perla lucieron en la sombra. Le llenaban. No le dejaban ambición de nada más. Adoraba a Ladi. Le adoraban a él todas, por ella... Lorenza, la pobre rubilla de Cuenca, la pequeña del general ahora también... y hasta esta camarera roja que rodaría por todas las camas de los huéspedes... ¡No, no merecía su Ladi

delicadísima la traición con semejante espantajo!... Román, el cursi aquel de Palencia, le había contado que se le zampaba en el cuarto muchas noches... Y Ricardo sentíase en una dignidad aristocrática, en una especie de ya para siempre exquisita selección de bellezas femeninas, que incluso hacíale aborrecer, por toscas, por plebeyas, sus antiguas aventureras sevillanas.

¡Oh, cómo la pasión de una altísima mujer ennoblece y purifica!

Y se durmió.

Si bien pensando en... la colección de condesas y marquesas e hijas de ministros que pudieran ponérsele a tiro una vez casado con Ladi y metido en sociedad.

VIII

Se despertó a las seis. Se lavó los pies y se puso unos calcetines elegidos: anchas listas circulares, una roja, otra negra y otra azul. Se los estiró. Ya había aprendido, hasta que en Madrid se hiciese calzoncillos cortos, como León, a montarse el calcetín ocultando el calzoncillo... con lo cual podía arremangarse más los pantalones.

En la estación del tranvía estaban los excursionistas. El ayudante del general, siempre de uniforme, un apuesto capitán de Caballería, charlaba amarteladamente con Berta, la mayor de las hijas del ex ministro, con la cual iba a casarse... Ladi le recibió a él sonriente y se fijó en los calcetines lo primero. Cierto él de que seguían bien estirados, se quedó contento.

Era más extraña hoy la manía, la amabilidad del general por no separárselo de al lado. En Avilés, la Compañía de ferrocarriles les tenía galantemente dispuesto un *breack*. Ricardo, entre los demás viajeros que subían modestamente a las

berlinas y aun a primeras y a segundas, sentía orgullo. No se acordaba lo menos del mundo de Miajadas... Como si hubiese «nacido en *El Liberal*» ; como si hubiese nacido en uno de estos *breack*, entre senadores y ex ministros. En cambio, henchíale su legítima importancia de periodista, profesión a que le debía tantas venturas...

Y por lo mismo que el ex ministro empeñábase en retenerle junto, hoy, colmándole de agasajos, explicándole que le llamaban de la fábrica por arrancarle, sin duda, promesas de reformas para cuando se volviese a encargar de la cartera, Ladi, que durante el viaje iba instalada en el inmediato saloncillo con las jóvenes, no cesaba de aparecer en éste y sonreírle y escucharlos... e invitarle a hacerlas compañía... Al fin, en Villabona se fué Ricardo con ellas.

—Aquí, ¿recuerdas?... os volvieron para atrás aquella tarde.

—Sí, ¡estuvo graciosísimo!

—Pues hoy, no: se fastidian... que tienen que cargar con el coche.

A la sazón iban empujándolo lentamente unos mozos por las vías de enlace, para engancharlo al correo.

Unos minutos después corrían por la línea descendente de Gijón. Ladi, en aquella especie de cuadrilátero de divanes que formaba el saloncillo, se había instalado con Ricardo, aparte de los demás, en el rincón de una ventana.

—¡Mira... de buena gana te daba un beso! —empezó diciéndole.

—¡Claro, ya ves... y yo a ti!... Como la mañana de San Juan, en la peña... Pero, ¿cómo aquí?

—Tienes razón, imposible.

—¿Te acuerdas? ¿En la peña?... Yo creo que nos veían los marineros.

—¡Daba igual!

—¿Tanto me quieres?

—Con la vida y con el alma.

Ricardo respiraba amplísima delicia. El pequeño diálogo empezaba ya bien a consolarle de las que creyó frialdades en los días pasados. Comprendió. Bastaba que estuviesen los padres de ella al otro lado de una puerta. Quiso mostrarla su gratitud, sintiendo ya las mil cosas de fuego y de amor que iría a decirla, y entre las rodillas de ambos, que literalmente se tocaban, la estrechó la mano.

Pero tuvo que retirar la suya con presteza, porque llegaba con toda inoportunidad Cristina, desde el opuesto rincón, sentándose junto a Ricardo.

—Hijos, me vengo con ustedes. Aquéllos están «intransitables». Mi hermanita con su lata de novio, que no sé por qué le dicen «ayudante de papá»; la otra con Nitita, contándose chismes a la oreja...

Ricardo, en medio de las dos, quedó contrariadísimo. No sólo la gentil Cristina llegaba a inte-

rrumpirles, sino que le recordaba la crónica traidora... Además, en cuanto estaba con dos, siquiera, ya no se le ocurría nada. Era su admiración a la mujer siempre, y más su amor a Ladi, una poesía que únicamente en la más estrecha intimidad sabía florecer, en pirotecnias... Se quedó mirando, pues, a los ojos color de uva, mientras charlaban las dos ; a los ojos de su Ladi, que hoy traía, por cierto, para el viaje, un alto sombrero adornado con uvas también. Lo llevó asimismo a San Juan, y a todas las excursiones. Lo habían proclamado el predilecto.

Cristina, de seguro, por haber notado la afición de ambos, mal disimulada en los pasados días, no obstante todos los propósitos, mostrábasele coqueta, aunque fuese nada más por un fugaz instinto de rivalidad con la Ladi Villarroel, que tenía en Madrid fama de preciosa y caprichosa... Y hallóse él, en fin, tan molesto entre las dos, que se levantó y se fué, pretextando :

—Perdón... ¡ Creo que me llama el general !

En el resto del viaje no se movió de con los viejos. Por suerte, desde Oviedo, donde volvió el *breack* a cambiar de tren, habían formado las jóvenes, novio de Berta inclusive, una animadísima tertulia de chistes y de risas. Dominaban incluso el estruendo de la marcha. ¡ Le habrían olvidado !...

Llegaron a las once y treinta. En la estación de Trubia, donde moría la línea, esperaban el

coronel y toda la oficialidad. Cambiados los saludos, vieron con sorpresa que todavía una jardinera, arrastrada por una linda locomotora pequeñita, les hacía cruzar un puente de hierro y los metía en la fábrica. Instalada ésta en un valle angostísimo, a la izquierda del río turbio y veloz, la recorrieron a lo largo ya por dentro. Grandiosa. Una alta verja la cerraba por un lado en toda su extensión. Por el otro, las montañas. Ruidos de hierros, de martinetes, de saltos de agua y de volantes colosales que se veían girar en los talleres negros. Los hornos resplandecían, y los bloques de acero hechos ascuas saltaban en los yunques de las forjas. Creían las jóvenes que se iban a aburrir en una fábrica de cañones, y comentaban, sorprendidas, su grandeza y su belleza. Había pabellones como *chalets* para los artilleros, casi un pueblo; y había un paseo abarandado y lleno de acacias y faroles, digno de una capital; como había, asimismo, en medio de un gran jardín, un palacio suntuoso, donde el coronel habitaba.

Ultimamente se detuvieron y bajaron en el edificio de la *Biblioteca* y *Oficinas,* frente a la cancela de la entrada del centro, que descubría otro puente de piedra. En el salón principal, alhajado con riqueza y atestado de armarios de libros, firmó el general Martí en el álbum que tenía firmas de reyes— y tras él todos los excursionistas—. Ricardo habría querido firmar inmediatamente al

pie de la firma de Ladi ; pero ésta, en la jardinera y durante el corto tiempo que se habían detenido en el pórtico, había ya entablado relación con dos capitanes de la fábrica que la brindaron la pluma cuando él estaba lejos.

Vinieron en seguida otras presentaciones más íntimas, ya perdido el empaque oficial. Martí, apenas reiteró la del senador, le hizo al coronel y a los oficiales, muy expresivamente la de Ricardo.

—Redactor de *El Liberal,* ¡cronista, pues, obligado en este día!

¿Le pesó a Ricardo el título?... No habría podido saberlo. Desde hacía un rato, en el afecto de las jóvenes hacia los galantes artilleros, en el desvío de Ladi también para él, se estaba sintiendo cronista..., cronista exclusivamente, es decir, algo de profesional serviciario que no tuviese cordialmente nada que ver con la reunión.

Sin embargo, no tardó en restituirse a su importancia. Salieron, empezando la visita de talleres, y el coronel, interesado sin duda en que hablase bien *El Liberal,* le explicaba a él las cosas al mismo tiempo y con idénticas referencias que al ex ministro—quien por su parte no cesaba de sonreírle afablemente : «Ve usted... Usted no entiende de cañones... ; pues verá... este cierre... González Hontoria... y Ordóñez aquél...» Para que lo viese, exclusivamente para que lo viese Ricardo, acudían los operarios, los capita-

nes mismos, a veces, abandonando a las muchachas, y jugaban el cierre del cañón...

Tal galantería acabó por transcender a todos, incluso a las muchachas ; y Cristina, más que ninguna, procuraba estar junto a Ricardo cuando pasaban de un taller a otro taller. Unicamente Ladi, por hallarse a la vista de sus padres, seguía siempre su charla con dos guapos capitanes de la fábrica, que se le habían constituído desde luego en caballeros. En vano el novio buscaba siquiera entre los grupos la caridad de una mirada.

Visita a escape, cual siempre estas visitas, en que se enteran de las cosas los prohombres. Eran las doce, debía comerse a la una y volverse al tren a las tres. Al menos, para el escaso tiempo había dispuesto bien el coronel director cada una de las operaciones fundamentales en la construcción de un cañón de treinta y medio. Se sangraron los hornos en la fundición, dispuesto al centro el gran pozo de veinte metros, donde esperaban los moldes ; corrieron seis arroyos de hierro hecho llama. Volvieron a ver saltando del líquido y ardiente metal las mismas madejas y fulguraciones de estrellas crepitando por el aire que antes, en las lingoteras del horno Siemens, cuya potencia de fuego y de luz en su interior de infierno sólo se dejaba mirar con marcos de cristal ahumado, y que proyectaba, además, sobre la pared de los edificios de enfrente, donde daba el sol, y en cuanto se abría la compuerta, un reflejo

más fuerte que el del propio sol pálido de Asturias. Luego vieron los zunchos de acero en las forjas, destinados a reforzar el gran tubo aquel de la colada, y, en fin, pasando a los departamentos de barrenas y montajes, les mostraron cómo se calibraban y construían finamente, como piezas de reloj, los cierres y cureñas de estas armas formidables.

La jardinera y la máquina volvieron a recoger a todos, transportándolos a un kilómetro más lejos, siempre dentro de la fábrica, al Parque del Probadero. Se disparó un obús de quince. El proyectil perforó una doble placa de blindaje de 45 centímetros. Las jóvenes subían y bajaban a ver el obús por la escalinata de la cureña, que parecía la de un buque. Al bajar se les quedaban las faldas en lo alto, y lucían por detrás el pantalón, con gran agrado visual de los apuestos y malignos capitanes.

Ricardo, monopolizado mientras por el general y el coronel, examinaba los proyectiles de afilada punta y las tuercas de pólvora sin humo.

Un poco de tanto científico trascendentalismo le había arrebatado la imaginación bien por encima de las coqueterías de las muchachas. Tomaba notas. Pensaba, al mismo tiempo, que si a los cartagineses de la pica y de la lanza les hubiesen dicho que llegaría una época en que se montarían alcázares para hacer armas de muerte cuyos disparos costase cada uno más que todas sus máqui-

nas de guerra, se habrían reído, como al oír que, para que viajasen y se hablasen las gentes, se ceñiría por todas partes la tierra de redes de rieles y de alambres, igual que una pelota.

La comida se sirvió en una glorieta de los jardines inmensos poblados de ruiseñores. En la mesa, que esperaba llena de cristalería de rosas y de champaña, cada cual tenía su puesto de antemano. A Ricardo se le había señalado el suyo inmediatamente junto al coronel, pero el burdeos del comienzo, el chablis de los pescados y el champaña de los postres le fueron poco a poco despertando a las dulzuras del amor y de la vida, No le miraban los ojos de color de uva,.., y aun habían acabado de olvidarle los de Cristina, también muy alegre entre los galantes artilleros. En cambio, seguían hablándole a él los viejos de pólvoras y de granadas.

Después del café el general y el senador, en compañía del coronel y del segundo jefe y dos comandantes, se llevaron a Ricardo. Iban a ver nuevamente ciertos detalles del rayado de obús. Y en seguida, como en la prisa no habían visitado el machón del río ni los talleres de proyectiles, situados al otro extremo de la fábrica grandiosa, subieron nuevamente en la jardinera y partieron...

Quedaban aquí, con la plena alegría del banquete, las señoras y los jóvenes. Ladi no había notado siquiera la ausencia del novio. Nita ame-

nizaba la sobremesa con charlas, bebiendo benedictino ; pero sin atreverse a fumar.

De pronto, un capitán, que había recibido de su ordenanza el correo, desplegó un *Liberal,* en triunfo. En primera plana había una crónica: DESDE SALINAS, y, pasando por ella los ojos, descubrió que hablaba de *una melancólica nereida llena de lunares...,* que milagro que no fuese alguna de las del general... Cristina lo cogió, mientras Ladi empalidecía. Leyó con avidez y se rió locamente..., buscando al amable *Calcedonia* para darle las gracias... No lo encontró. Otra tomó *El Liberal,* leyéndolo bajo también. Y luego Ladi, que lo arrojó sobre las rosas del mantel con mal disimulada rabia...

—Vaya, vaya, señoritas..., que sepamos todos..., ¡que lo lea alto cualquiera!—propuso la mujer del general.

El ayudante de éste lo leyó.

Fué para Cristina un éxito. Todos la reconocieron en la poética alusión. Todos, al par que la felicitaban, aplaudían como un elegantísimo e intenso escritor a este Ricardo...

—¡Bueno, sí, un tonto!—le comentó Ladi a la festejada a media voz—. ¡Ya te enseñaré yo en casa lo que de mí dijo muchas veces!

Cambió la conversación al rato, pero Ladi, callada ahora y alejada en una punta de la mesa del grupo juvenil, seguía preocupadísima.

En esto silbó la pequeña locomotora, y los ex-

pedicionarios bajaron al pie de la glorieta. Ladi se levantó, les salió al encuentro..., cogió de junto a su padre mismo al novio, del brazo, y le internó en un instante en un cenador de madreselvas.

—Bueno, Ricardo—le increpó en seguida, cuadrada delante de él—, ¡eres completamente despreciable!... ¿Por eso tanto general en el tren? ¿Por eso huyendo de mí todo el día? ¿Por tu... articulito de hoy?... ¡Hombre, parece mentira!

Lívido él de remordimiento, de descubierta y estúpida traición, no osaba replicar. Sentía nada más una infinita piedad hacia la dolorosa.

—Mira—resolvió ésta veloz—, si me quieres, si no deseas que te odie y te desprecie para siempre, desde ahora mismo no vuelves a dirigir la palabra a Cristina..., y desde ahora mismo no te vuelves a separar un instante de mí...

—¡¡Oh, Ladi!!

—¿Lo harás?—le impuso terrible, cogiéndole por la muñeca.

Y como Ricardo decíala que *sí*, bien que *sí*, con el amor espantado de sus ojos, salió delante ella, emplazándole feroz:

—¡Ahora veremos!

Había sido esto en un segundo, a la vista, además, de todos, tras el velo tenuísimo de hojas. Y ella misma, marchando delante, llevó a su novio hasta Cristina..., la cual se levantó sonriosa a recibirle, entre las felicitaciones generales. Fiel

Ricardo a su palabra, dada sin palabra, se inclinaba serio, cortés; pero sin decirle ni una letra a la envanecida lunarosa..., que pretendió marchar a su lado al ver que todos disponíanse a la vuelta a pie hasta la estación para digerir el banquete... Pero entonces se vió algo de una audacia expresiva por demás, y que sorprendió no poco al concurso: Ladi, pasando el brazo por el del cronista, arrancándolo materialmente del lado de Cristina, se lo llevó consigo por la avenida de acacias.

Así, un instante después, en el paseo lento y disperso de todos, pretextando los dos entretenerse a cortar unas hortensias, quedáronse los últimos, bastante detrás..., con no poco escándalo de la mamá de Ladi, que procuraba retrasarse también y se volvía de vez en cuando a darles prisa: «¡Vamos, vamos, hija mía!», aunque contenida en su enojo por el ambiente de etiqueta que seguía reinando en esta visita de ex ministro.

En el tren, en el *break* otra vez, igualmente Ladi se instaló con Ricardo en un rincón, tan resuelta y tan hostil que nadie, ni Cristina, harto avisada del juego, osó acercárseles...

Solamente Nita, en la tertulia de las otras ventanillas, y desquitándose aquí de cuanto no pudo fumar en la fábrica, les dirigía de rato en rato alguna pulla: «¡Abelardo y Eloísa!».

—¡Y qué preciosos calcetines los de él!—añadía bajo para el corro, que reía...

IX

El mismo día que Ricardo llegó a Madrid encontró en el Círculo Militar una carta:

«Mi adoradísimo Ricardo de mi alma y de mi vida: Nunca podrás imaginarte lo que he sufrido en estos quince días. Sólo recibí aquella carta tuya fechada en La Coruña. Luego, en vista de tu silencio, creí que me hubieses olvidado. Mi alegría ha sido, pues, muy grande hoy, al ver por tu última que me has estado escribiendo con frecuencia, a pesar de mi silencio forzoso, porque, secuestrada mi correspondencia por mamá, ni sabía adónde dirigirte las mías ni dónde estabas. Al azar, sin embargo, te envié un par de ellas, lo recuerdo bien, a Galicia. Si las cogiste, perdóname aquel supuesto mío y aquel enojo sobre si te carteabas o no te carteabas con... *la otra.*

Perdóname, Ricardo. La tuya me lo ha explicado todo. He tenido una escena con mis padres. Por lo pronto, ya sabes que a papá «se le recrudecieron repentinamente sus reumas» y nos tras-

ladó sin compasión a este destierro de Caldas para acabar de aburrirme entre montañas. Todo mentira. Fué al tercer día de la excursión a Trubia, y, sencillamente, por el cariñazo tan grande que me vieron entonces hacia ti. No sé qué se proponen. No comprenden que una pueda permitirse un *flirt* siquiera, cuando figúrate que anteayer, sin ir más lejos, y si no llego a retroceder a tiempo, en un cuarto de esta fonda me encuentro a papá en íntima *edificación* con una camarerita. Hasta mi prima, la falsa, que me ha enterado de todo, al fin, me traicionaba ocultándome el enredo. Por ella he sabido que mamá cogió una carta tuya, donde me hablabas *de los besos de la peña*, y que dió orden al correo de que le reservasen todas cuantas llegaran a mi nombre.

Mira, Ricardo mío, me han oído. Les he tenido que oír también, por supuesto; si bien papá no se atrevía gran cosa, acordándose de su camarera. Pues bueno: me han prohibido en absoluto que te hable, amenazándome hasta con el convento. Si yo no te quisiera tanto bastaría esto, te lo juro, para hacer que te adorase por encima del mundo entero y lo mismo que una loca. ¿Ves este cuadro? Lo trazo con la pluma, y doy en él diez besos para ti. Recógelos.

Tu carta, por cierto, ha venido a tiempo. Salimos pasado mañana. No me esperes en la estación, pero en los días siguientes puedes encontrarme en los paseos y en los teatros. Desde ésa

volveré a escribirte. Ya nos pondremos de acuerdo. Mientras, aunque no te debe importar que mi familia te vea, no te acerques a saludarnos, porque te desairarían. Hasta pronto. Tuya, tuya y tuya,

LADI.»

Ricardo, que había leído la carta en el soledoso «salón blanco», se dejó caer en un sillón, conservándola en las manos, abrumado de felicidad... En seguida volvió a la carilla que tenía «pintado» el *cuadro,* y dió diez besos... lentos, justos diez, con fe de religioso que no necesita presente al ídolo para la obediencia.

Contempló el caprichoso plieguecillo. Era la primera carta que veía de ella, perdidas o no sabía qué las otras dos de La Coruña... ¿Intervenidas por mamá?

El papel estaba perfumado. El ángulo izquierdo, rompiendo graciosamente el tono gris, tenía un circulito blanco con el enlace de Ladi en relieve. La letra de ella, además, no podía ser más de moda... : larga, angulosísima, como una serie de sueltas íes unidas por trazos transversales... ¡Un escuadrón de lanceros!

Pero le chocó el aturdimiento de la carta : «...en estos quince días...». No : veintitrés. Hacía veintitrés desde la excursión a Trubia. Además, le chocó otra cosa : él no debió ser quizá tan esquivo, por una simple razón de *rango nuevo* en su vida, con la blanca camarerita de azafrán,

puesto que... he aquí un senador aristócrata, cargado de millones, que no desdeñaba camareras.

Sacó otra vez el pliego del sobre. Volvió a leerlo. Renacía.

Con el silencio inexplicable de su Ladi, había rodado por Galicia y le había vuelto el tren a Madrid como en una muerte de ilusiones..., como un hombre que *fué,* que soñó y que ya no sería nada más nunca.

¡Cómo la perdonaba! ¡Cuánto le quería!

Bajó al comedor. Allí, sin ver ni entender en torno suyo, planeó sus propósitos, almorzando. Iría a mirarla bajarse del tren, aunque fuese desde lejos. Ella se lo prohibía, indudablemente, *no porque la importase que le viese su familia* (¡oh, la valerosa, la mártir, qué claro determinaba esto!), sino por ahorrarle el madrugón... Llegaba el exprés a las siete. ¡Iría!

Comió cuanto le pusieron y se bebió media botella. Así, aturdido de vino y de amor, no quiso el café, por ir a tomarlo a *Candelas,* con amigos... Les contaría su dicha... Les enseñaría la carta...

¡Ah!

Le avergonzó inmediatamente el impulso vanidoso. ¡Enseñar la carta de su Ladi..., esta carta de intimidades y franquezas, como un chiquillo o... como un rufián! ¡Valiente primera acción la suya, en Madrid, entre los amigos!... Y el rechazo noble, haciéndole, sin embargo, desconfiar de su mera voluntad de discreción, le forzó a subir

a la biblioteca: tomó un sobre, guardó la carta en él, tras de leerla nuevamente..., lo cerró, lo lacró y puso bajo el sello: «Romperás tu honór si rompes esto para enseñárselo a nadie.»

Comprendió entonces las caballerescas divisas y una porción de cosas de heráldica, que siempre había hallado completamente idiotas.

La única extrañeza que les causó en la cervecería a los amigos fué verle volver de su veraneo tan alegre y tan poco amable, sin embargo, con la camarera Inés..., antigua esquiva y floreada por todos, y principalmente por Ricardo. «Nada de camareras.» El, además de futuro yerno de senador—pensaba, orgulloso de su mudez heroica con respecto a Ladi—, era un poeta.

Tampoco en la Redacción, al ir a su trabajo por las noches, dijo una palabra. Afortunadamente, nadie había reparado en «el tejemaneje de sus crónicas».

Y a la segunda noche, terminada a las cuatro la tarea, vagó tres horas aún por las calles, cayendo en la estación del Norte a punto de las siete.

No mucha gente. Faltaba un cuarto de hora para el tren. Se metió en la fonda y se desayunó con chocolate. Creía escuchar ya cerca, con los oídos de su alma, aquel animoso *tram-tram, tram-tram* del exprés que le traía a su Ladi. Habituado el posesivo, no le asombraba ya tener tal novia..., merecer tal novia en su modestia orgullosa

de escritor. Eran altísimos derechos del corazón y del talento.

Pero... uno que entró en la fonda le infundió desaliento repentino. Era León Rivalta..., y un León Rivalta, además, elegantísimo, elegantísimo..., ¡tan diferente en su elegancia de invierno de aquel otro de la playa!... Traía un soberano gabán de pieles, «sin trampa ni cartón»..., de negras pieles, que se le vieron todo por dentro al desabrocharse y sentarse en otra mesa... ¿A qué venía?... En la corbata, de un *rojo marrón* en seda cara, lucía un brillante colosal... Y el pobre periodista contempló su gabancete de jerga y su traje de invierno del *Aguila,* harto maltratado por la temporada anterior..., y se abochornó de la comparación que Ladi pudiera establecer viéndolos juntos.

Y... ¿a qué venía éste?

Ni se detuvo a averiguarlo, ante el terror lamentable impuesto a su corazón por la *comparación de la viajera*... Llamó, pagó y, aprovechando la fortuna de estar el otro distraído con un periódico, se escurrió de la fonda hacia el andén.

Tenía frío, aun levantado el cuello de su miserable gabancete. Se miró en los cristales de una puerta, y deploró el descuido en que se vino a la estación. Con la cara estirajada y sucia de una noche de desvelo..., se parecía un cesante o un enfermo escapado del hospital..., ¡una figurilla ridícula, en suma! Otras señoras, otros caballe-

ros que aguardaban también, tenían sendos abrigos excelentes y las botas limpias de barro, como de venir en coches, no como las suyas... Desde entonces no tuvo más que una preocupación: ocultarse entre los grupos, lo más lejos posible, para ver a Ladi sin ser visto.

Llegó el expreso. Desfiló ante el atónito Ricardo. Por lo pronto, en las ventanillas, llenas de viajeros, no descubrió a Ladi ni a sus padres. Empezaron a abrirse portezuelas y a bajar gente. Entre ellas y las del andén habían formado una muralla. Pudo Ricardo, por detrás, aunque con todo recelo, recorrer el tren de punta a punta. No veía a su novia. No venía. Ni en las berlinas ni en los primeras. El interior de estos coches, donde él mismo había llegado tres días antes, le pareció ahora muy distinto que en julio: todo volvíanse pieles y boas y ricos paños... Ni él propio había advertido, incierto por el aparente olvido de su Ladi, el borrón de cursilería y de pobreza que debió constituir entre tales gentes al regreso...

¡Ah, si tuviese ahora siquiera aquel chaquet del señorito de Palencia, aunque fuese de verano!

Partió de la estación y se pasó la tarde, apenas levantado a la una y media, meditando varias cosas: una, por qué no habría venido Ladi; otra, por qué esperaría León el expreso, y la tercera, la principal, que se le imponía dolorosísimamente, como una explicación de sus miedos al trans-

porte cortesano de su idilio (¡ah, en Salinas los sentía sin comprenderlos, por instinto!), la «realidad», la aterradora verdad de la *diferencia de clases...*, puesta en relieve por el invierno y por Madrid. ¡Fué una democrática nivelación de indumentaria aquella del calor en la playa modestísima, donde todos parecían iguales con un par de trajes blancos!

Cuando fué al Círculo, a la hora de comer, encontró otra carta:

«Mi adoradísimo Ricardo: Llegué hoy, según te había anunciado; pero en el correo. Por León Rivalta, con quien ya sabes que querrían casarme mis padres, sólo por tener una corona de vizconde, y que estuvo a recibirnos al expreso, he sabido que te vió esperándome. Esto ha vuelto a ocasionarme una pelea. Peor. Te quiero más. ¡Hombre, no hay cosa que más me pueda que la imposición de la gente!... Mi padre invitó a almorzar a León, y esta noche a la Comedia. Se figuran que van a hartarme *de León*. Se llevan chasco: ya ves, ahora mismo los dejo en la mesa, sin más que para escribirte. Supongo que le tendré en la Castellana también esta tarde. Ve tú, y a la Comedia esta noche. Y, después de la Comedia ven a casa (Lagasca, 59 triplicado, hotel), pues te esperaré en la reja de mi cuarto y hablaremos. Mil besos de tu

LADI.»

Se quedó aturdido. De gloria, de pesares. Estos, por no habérsele ocurrido venir antes, a media tarde, a ver si tenía carta: ya el paseo en la Castellana, cuando menos, estaba fracasado. Bajó a cenar. Consultó el bolsillo y vaciló sobre si ir por una butaca al periódico. Sería inútil a tales horas y tratándose justamente de la inauguración de la temporada en la Comedia... Al salir del restorán, deploró su traje ante un espejo. Sin embargo, le prestaba aliento el valor de la que tanto le adoraba.

Muchos coches a la puerta del teatro. Tuvo que pagarle trece pesetas por una butaca a un revendedor. Entró. En el *foyer,* entre los hombres de frac, entre las señoras que cruzaban con abrigos y escotes y joyas regias, volvió otro espejo a darle a Ricardo la desolación de su traje lamentable. Estuvo por ponerse el gabán otra vez, con el fin de disimular las rodilleras, las coderas.

Y le consoló una cosa que había juzgado antes adversa. Su butaca era de última fila, justamente allá sumida en la confusión y en la penumbra de debajo de los palcos. Se fué a ella..., sin ánimo para esperar la llegada de Ladi en aquella ostentación luminosa, vergonzosa para él, del *foyer,* de espejos y de alfombras. Sentado, oculto podría decirse, aguardó... y le pidió a un acomodador gemelos, con los cuales revisaba la espléndida sala atentamente. Bien empezada la función, se removieron las cortinas del único palco entresue-

lo vacío, el cuarto de la derecha, y entró la familia de Ladi... y Ladi, su Ladi de ojos verdes... ¡y León!

Maldecía Ricardo de los gemelos alquilados, cuyas sucias lentes no le daban más cerca y más limpia la adorada imagen. Ladi, recorriendo con los suyos el teatro, no hacía caso alguno de León ni de la escena. Pero no acababa de verle a él, a Ricardo, tampoco, que no sabía si sentirlo o deplorarlo, todo admirado de esta transformación de elegancia y lujo en la sencilla veraneante de Salinas... Vestía ella de sedas blancas, de encajes, y tenía una flecha de brillantes en el pelo y una gargantilla *chien* de perlas en su leve escote de soltera. Sus gemelos eran de oro y nácar. ¡Una muñeca! ¡Una flor! ¡Una princesa de cuento encantado!

¿Le descubría, por fin?... Una, dos veces pareció Ladi *lorgner* fijamente hacia estas perdidas penumbras... Luego, en el primer entreacto, Ricardo resolvió heroico acusarla su presencia; se acercó por el pasillo de butacas y quedó como perdido en la confusión de fracs, de pecheras blancas, de bigotes elegantemente recortados y de cabezas aplanchadas y lustrosas. Mas no tuvo tampoco la seguridad de que le viese Ladi, así, hundido él, con su insignificancia y su pequeña estatura, entre hombres y cabezas. En el segundo acto, ella y Nita continuaron revisando la sala y repartiendo sonrisas y saludos. En el se-

gundo entreacto, Ladi se retiró detrás de las colgaduras rojas... Decididamente, creería que él no estaba en el teatro.

Aprovechó Ricardo su proximidad a la puerta para salir de los primeros, al terminarse la función. En la calle se apostó prudentemente oblicuo detrás de guardias y lacayos, y vigiló el desfile. Gentes a pie, en dos cordones, por la acera. Coches que se iban acercando y recogiendo a sus dueños. Apareció Ladi últimamente con su familia, ya sin León ; hizo señas un cochero y se acercó un suntuoso landó cerrado, con dos magníficos caballos ; fué subiendo la familia, luego partió al trote el carruaje.

Ricardo sufría tal angustia de «diferencia de clases» que casi decíale su dolido corazón que no fuese a la ventana..., que no viese más a una divina mujer con capa turquesa que escapaba del teatro, como de una fiesta de hadas, en semejante landó... ¡Oh, no, él no se había hecho cargo hasta ahora de lo que eran un landó de éstos y una mujer de éstas!... ¡El, el *ceniciento* de un ensueño, a quien teníale aquí despierto, por fin, «la realidad» entre lacayos y guardias!

Pero luego..., como un bruto, como un loco, escapó en la dirección que se había perdido el carruaje y tomó el primero que halló libre de alquiler :

—Lagasca, 59... ; ¡pero pare usted hacia el 55!

X

A los quince minutos bajaba y despedía el coche en la ancha y abandonada calle del barrio de Salamanca. La soledad y la semioscuridad le restituyeron a sí mismo. Aquí podría quizá volver a ser el poeta y el amado..., el dominador a solas con su Ladi... Buscó el hotel. Le desorientó no encontrar jardines. ¿Es que había hoteles sin jardines?... ¡Cuán todo lo ignoraba de esta vida aristocrática!...

No pasaba un alma. Aguardaba en una esquina—la que hacía el 59 triplicado—. Era una elegante casa..., ¿un hotel?..., de dos pisos, de seis u ocho huecos a una calle y cuatro o cinco a la otra. La espera, que le irritaba al prolongarse, y precisamente el no haber encontrado como morada de su novia algún palacio inexpugnable allá entre verjas y entre frondas, borraba un poco aquella afrentosa *diferencia de clases* que le atormentó en la Comedia. En la soledad, con Ladi, él volvería a ser «el gran duque del talento» que

la dominaría y la deslumbraría... Sonó discreta una ventana.

¡¡Ella!!

Fué de un salto. Era la última reja, en la aún más oscura calle transversal. Dos manos se estrecharon. Sonaron besos en las manos y en las bocas. Un poco alta la ventana, sobre otra de sótano, Ladi tenía que doblarse mucho, sentada en la poyata, para besar, para charlar..., en aquella charla de cien cosas cortadas que entablaron en seguida... «No, no le había visto en el teatro...» «Pues, sí, allá atrás, última fila, lo único que había...; el coger la carta tarde le impidió verla en el paseo, y a la salida no quiso aguardar en donde pudiera la familia verle...»

—¡Ah, daba igual!... ¿Qué me importa? ¡Te quiero loca, Ricardo, y más... por ellos! ¡No soy yo para que me lleven la contraria!

—Oye, dime, Ladi..., ¿y si se obstinan?

—¡Peor! ¡Te juro que peor!

—¡Oh!... ¿Serías capaz por mí...?

—De todo.

Ricardo la estrechó, tornando a besar aquella boca divina entre los hierros. El beso fué largo, mortal.

—¡No sabes tú bien de lo que soy yo capaz si me fastidian! ¡Más que tú!—dijo ella al soltarse.

—¿Más que yo?... ¿Por ti?... ¡Oh, no! ¡Eso no, mi Eladia!...

Y Ricardo, ya de más olvidado de clases, de

toda distancia social, frente a frente nada más con la mujer, con la apasionada valerosa que parecía retarle, propuso, bravo, veloz, convencidísimo de que la sobrepasaría así con la arrogancia :

—Mira, Ladi, si quieres, ¡yo te robo! ¡Yo te llevo conmigo cuando quieras, cuando quieras!

Ladi se sorprendió :

—¿Que me robas?... ¿Cómo que me robas?... ¿Para qué?...

—¡Toma..., pues..., para casarnos! ¡Por encima de tus padres!

Hubo un cambio. Erguida, Ladi separó del novio la faz, y repuso, al cabo de un segundo :

—No, eso no, ¡qué tontería! No sabes tú bien lo que son de tercos. Nos abandonarían. Se nos negarían para todo. Y tú no tienes dinero. ¡No, eso no, Ricardo!

Ricardo tragó saliva. La *diferencia de clase* le salía al encuentro aun en sus imperios de la soledad y del amor. Era cierto. Con su paguilla, maldito si habrían de tener sino para sepultarse —destrozando todo su idilio—en un afrentoso pupilaje de diez reales.

—Entonces..., ¿de qué eres capaz?—preguntó mal resignado, exasperado, dominador hasta en la derrota—. Por ejemplo..., de darme una prueba verdad de tu cariño..., una prueba absoluta, de esas que únicamente dais las mujeres cuando estáis resueltas a todo... ¿Comprendes?...

Y puesto que ella, muy atenta, pero muy re-

flexiva también, miraba al cielo, cual si no acabase de entender, añadió Ricardo:

—Sí, mi Eladia; yo tengo miedo de que tu voluntad desfallezca..., tengo miedo de que, en una lucha larga, desigual, bien desventajosa, por mil razones, para mí, acaben venciéndote tus padres... Ya ves que..., por lo pronto, te han puesto a ese León Rivalta al lado, quieras que no quieras...

—¡Ah, peor! ¡Te digo que peor!—insistió la testaruda, como exaltándose siempre y con iguales palabras.

Y concluyó Ricardo, aprovechándose de la excitación (¡sí, era un psicólogo!):

—Pues demuéstramelo. ¡Sé mía, Ladi! ¡Eso es lo que quiero de ti, y sólo entonces quedaría tranquilo y absolutamente confiado en tu cariño!

—¡Aaaah!—guturó dulcemente Ladi, comprendiéndole.

Y, tras una duda en sonrisa, concedió:

—Bueno, bien... Ya es otra cosa... No creas que me importa, por mi parte... Encuentro la dificultad solamente... en...

Levantándose de pronto, desapareció en lo oscuro de la estancia. Ricardo se separó con rapidez a un lado. El había oído un ruido dentro también. Tal vez era el padre... Pero al medio minuto volvió a verse la un poco inquieta faz de Ladi, diciendo:

—Oye, vete. Me figuré que venían. Tengo ce-

rrado por dentro, pero están levantados aún. Mañana ven, por la noche..., más tarde, a las tres. Yo buscaré la llave de esto. Mira, ¿ves?... Se abre la parte alta de la reja. Entrarás por la ventana. ¡Adiós!

Cerró, dejándole alelado.

—Pero..., ¿podía ser?...

Lo había dicho así..., tan fácilmente...

No le dió siquiera tiempo de envolverla en el resplandor de la repentina gloria de su alma, y quedó solo, en la calle, como alumbrado por... su gloria.

No era un hombre Ricardo: era un dios.

Se fué alejando lentamente, con la sensación de su poder en su conciencia..., con la evidencia de que, si le saliese al encuentro algún atracador, lo desharía de un puñetazo.

XI

Faltó al periódico. Durmió en desvelo, ardiéndole dentro aquella luminosa borrachera de alcoholes de alegría.

Por la mañana le escribió al director de *El Liberal*, diciéndole que tenía que resolver un asunto de familia urgente y que le dispensase por esta noche también.

Empleó la mañana en pensar en la noche. Contemplando la pobreza de su cuarto recordaba aquella adivinación de sedas y de lujos que en la pasada sintió tras de la reja. Sí: había percibido desde la calle la sensación de riqueza y de *confort*, como se percibe la de la sólida cocina a la puerta de las fondas. A ratos creía que pudiera desafiar con la derrotada humildad de su traje de *El Aguila* todos los faustos al sol ante la divina Ladi, que no necesitó verle a su ventana de frac para... *prometerse*, más que nunca enamorada... ¡Ah, qué sencillez, qué encantadora facilidad en tal promesa!...

Sin embargo, luego, meditando que, en la sombra de la noche, ella, tan gentil, vestida aún como estuvo en la Comedia, no habría podido hacerse cargo de las... rodilleras... y hasta de las manchas de esta ropa..., vino a quedar en el justo medio: no un frac ni así, de pronto, siquiera un smokin, según había proyectado él, proyectando insensateces...; pero, al menos, se encargaría un terno a la medida..., y unas botas..., y un sombrero. El gabán podía pasar con el cuello levantado.

Gastos, ¡claro! Quería decirse que no le mandaría a su familia en unos meses los quince duros con que la ayudaba. Salvado con tal esfuerzo, se sentó a presupuestar. Y escribía: *Sueldo,* 10 *duros; por colaboraciones,* 12—en cálculo prudente—; *total,* 52. *Gastos*: *por este gabinete,* 6; *comida y café,* 15—gracias al restorán del Círculo, salvador de periodistas y tenientes—; *tabaco,* 2 *duros*; *lavado, planchadora, sereno, etcétera,* 4 *duros*. Le alegró la suma: 27. Le quedaban para mejorar de aspecto y de vida social 25 duros, y actualmente tenía 15 en cartera. Bien. Salió.

Iba a restaurar su vestuario, a plazo de unos días, y a otra urgencia que ya tenía meditada: en la... intimidad de Ladi, entre los lujos de Ladi, a la noche, sería ridículo que apareciese él sin calcetines nuevos, sin unos calzoncillos cortos y sin una camisèta de seda.

Fué todo esto lo primero que compró, tomando un coche, y en seguida las botas y el sombrero. Transportados los paquetes al interior del carruaje, se fué a ver a su casi elegante compañero Rodríguez Alcalá para que le llevase a su sastre y le garantizase en los plazos. Le tomaron las medidas. Paño excelente, y el terno, veinticinco duros. En el trayecto, de regreso, mirándose más viejo el pantalón sobre las botas nuevas, que se había dejado puestas al probárselas, reparó contento en que era de su porte y de su talle Rodríguez... Le dijo que tenía que interviuvar a un ministro, y le pidió prestado un pantalón... «¡Sí, hombre, ya lo creo, y una chaqueta!» Subieron. Se los probó. Se quedó con ellos. El pantalón le estaba algo largo y ancho de cintura. La chaqueta, exacta.

—¡Hombre, y pélate un poco, y te afeitas!—le despidió el amigo—. ¡Ya sabes que es un *goma* y muy ridículo ese ministro de Fomento!

Agradecido, Ricardo se fué a una barbería. Le dejaron como nuevo. ¡Si supiera Rodríguez Alcalá qué ministro le esperaba! Y aún a las cinco de la tarde, sin haber comido, en tal faena, recordó otro detalle de importancia... Seguramente tenía sucios los pies y el pecho no muy limpio... en el descuido de su vida de trabajo. Se fué en el coche a una casa de baños. Sí, por si acaso, aunque no se tendría que quitar los calcetines.

Se dió un *flete* de jabón «de padre y muy señor mío». Y, al volver al coche, deploró estas dos pesetas malgastadas..., recordando que en el Casino Militar había baños gratis... ¡Tenía él tan poca costumbre de esto!

XII

Cuando acabó de almorzar, en la taberna de la Concha, era de noche. Fracasada, pues, también la Castellana, adonde pensaba haber ido, como iría en las tardes siguientes, en coche del Casino Militar. ¡Era lo mismo hoy!...

Se fué a casa para acabar de perfilarse, y luego, contento, a la Comedia.

Compraría la butaca más visible.

Pero..., ¡qué tonto! Ni había casi nadie ni Ladi estaba. Naturalmente, habría ido ella a otro teatro. Se aburrió, pues, él. A ratos se fijaba en la función. Le parecía sin méritos, a pesar de gustarle al público bastante, y, como solía ocurrirle siempre que veía comedias, se acordaba *de la suya* y comparaba..., imaginando cuánto más que ésta agradaría si la pusiesen... Sino que esta noche, además, sobre la amargura del autor inédito, confiado en sí propio, no obstante, cayó el tremendo punzazo de su necesidad de dinero... Sólo el teatro le podía proporcionar súbitamente la desahogada posición capaz de quitarle visos de

ambiciones a su boda..., capaz, al menos, de tenerle un poco menos astroso frente a su gentil novia en sociedad...

Un ansia le levantó antes de acabar el acto. Salió del teatro y se fué a su casa. Sacó del fondo del baúl un manuscrito. Eran las diez y media. Quedábanle muchas horas de espera aún para la cita.

Se instaló en el viejo butacón, encendió la cafetera, fumó y púsose a leer con definitiva atención fiscal su drama. No se trataba esta vez de afán de gloria, sino de dinero..., de dinero a todo trance, porque le había asustado el gasto que había aniquilado su pobre bolsa en dos días..., ¡digo, de que empezase el lío de coches del Casino, de teatros a diario, de...!

A la una terminó, y cerró el cuaderno dando encima un puñetazo de fe, de entusiasmo, de evidencia de que aquello era oro puro y gloria. Pero una mina. Su drama, ¡excelentísimo! No se lo había leído a nadie porque no le llamasen «el hombre del drama». *Todo provinciano que viene a la conquista de Madrid trae su correspondiente drama en la maleta.* Y en tres actos, precisamente. Esto le había abrumado de ridículo, más ahora, con el calofrío de autoadmiración que le daba la lectura, se encontró con bríos para reaccionar contra el aplastante anatema en esta forma: «Algunos de los que los traen, ¿no habrán

de ser (como los Quintero, por ejemplo) los famosos de mañana?» En efecto, de Sevilla, de provincias, vinieron estos dos con *su drama en la maleta...*

Salió. La hora feliz se aproximaba.

Al cruzar otra vez por delante del teatro lo miró como en un reto de fama. Intentaría él lo que los Quintero desde el mismo día siguiente. ¿Por qué no?... ¡Fuera cobardías que le contengan a uno en el temor de los demás! Aparte de que él ya no era el *joven recién venido de provincias...*, sino el cronista de un periódico importante.

Y se olvidó de esto en su propia seguridad para entregarse al fin al... cielo que le aguardaba. Faltaba tiempo todavía y hallábase frente a Fornos. Entró a tomar una cenilla, sin la menor piedad a sus locos gastos de hoy. ¿No iba a ser bien pronto rico?... ¿Por él? ¿Por su mujer?... O estrenaba el drama antes o lo estrenaría tan luego como pudiese llegar a los teatros en landós de dos caballos... Quizá Ladi, quizá la inverosímil y pasmosa sencillez con que Ladi hubo de acceder a entregársele, a la primera invitación, a la primera insinuación..., correspondiera a su designio de hacerse sorprender esta misma noche por sus padres, acelerando la boda. No podría explicarse de otro modo la valentía de la muchacha. Y acordándose Ricardo de que no llevaba un mal

revólver, por si acaso, se tranquilizó en seguida ; la escena con el papá enfurecido ante *el robo de su honra*... iría a ser de lágrimas y de súplicas filiales antes que de tragedia... ; acabó su *ragout* hasta la última sopa de salsa—había que ir al amor con fuerzas—, tomó a escape su helado y su té y cruzó Fornos, saludando desde largo a unos amigos.

Un coche... ¡Qué diablo : a lo príncipe en la aventura principesca! ¡Si supieran los amigos adónde iba! ¡Si supiera Rodríguez Alcalá adónde llevaba él su pantalón!

Llegó con un cuarto de hora de adelanto.

Nadie..., en el barrio, en la calle. Dormía el hotel.

La ventana que iba a ser su entrada al cielo..., ¡oh, cómo temblaba Ricardo!, estaba tan cerrada como las demás. ¡Se moriría si Ladi no hubiese encontrado la llave!... Acercándose, advirtió un detalle que le entró en el corazón como la primera puñalada de la dicha... (puñalada..., ¡porque era todo esto demasiado cruel y demasiado fuerte!) : las hojas de hierro de la reja, en la parte alta, estaban, no sólo con la cerradura abierta ya, sino un poco apartadas una de otra, hacia afuera, indudablemente para evitar ruidosos desenganches... La tocó, tendiendo el brazo, por convencerse más, y pudo notar todavía que giraba en discretísimo silencio, cual si tuviese los goz-

nes engrasados... Esto le rectificó presentimientos.

«No le importaría a Ladi la sorpresa de sus padres, y hasta la provocaría, quizá, en otras noches... ; pero en ésta sólo había pensado en el amor... ¡Ah, divina!»

Se puso a confirmarlo, mientras estaba meditando que no le habría citado sino para las tres, sino para antes, ni hubiese aceitado los goznes, recibiéndole en la seguridad y la impunidad del sueño de sus...

Y un ruido sin ruido, una angélica visión entre los vidrios que se abrían, cortáronle..., suspendiéronle la reflexión y el aliento. A la distante luz del farol de enfrente vió un desnudo brazo de nieve que empujaba la reja, un escote blanco mal envuelto... y un pie y una pierna sin media al borde del blanquísimo cendal... ¡Ella..., ella y en camisa!

—¡Sube! ¡Salta! ¡Anda!...—le invitó una voz—. ¡Ya estaba acostada!

Subió. Saltó. Le empujó y guardó hacia la oscuridad interior con un brazo y con el cuerpo la hechicera virgen, suelta y tibia en su camisa perfumada..., y ni quiso dejarle el cuidado, al torpe temblor que ni se movía en la blandura de la alfombra, de cerrar la reja y los cristales. Con el otro brazo, ágil, firme, los cerró ella..., y desde la calle uno que pasó poco después no habría visto en los grandes vidrios de una pieza de la her-

mética ventana más que algún levísimo e impávido reflejo de los faroles distantes..., exactamente igual que en los demás...

El aire arrastraba las hojas secas calle arriba.

Un airecillo discreto, de una noche fría y clarísima, en que titilaban mucho las estrellas.

XIII

Llegó a casa de Rodríguez.

—Rodríguez, ¿quieres hacerme un favor?

—Hombre, ya lo creo... ¡Caramba con tu suerte, chico!... Llegar, topar, drama en ensayo..., y en el ensayo general, ¡pum!, toda una consagración anticipada. ¡Hoy eres *la figura* en los periódicos!

—Bueno... A propósito de esto es... Debías prestarme la levita.

—Para salir. Me lo figuro.

—Sí, ya ves... Por si me llaman a escena.

—¡Tanto que te llamarán!

—Y la Comedia es un teatro de fuste..., y como se pone en los estrenos... Haría mal que me presentase de chaqueta.

—¡Pues, sí! ¿Tienes pantalón negro?

—Puede servirme éste, mira: rayado y oscuro.

—¡Quítate, hombre!... Te pones el mío también. Todo el traje. El chaleco es el que está un poco zurcido, pero te abrochas. ¡Nada, nada,

conviene que el público te vea *bien*..., y, sobre todo, tu... Ladi!

—¡Mi Ladi!

—¿Te asombra?... ¡Qué secreto lo tenías!... No obstante, desde que vas siendo célebre..., lo sabe medio Madrid. Hubo quien oyó anteanóche hablar a tu futuro suegro en el Casino.

—¿El... lo ha dicho?

—Sí. Ayer tarde se comentó en el *saloncillo*, cuando tú saliste del teatro. Parece ser que se oponía, porque eras pobre, y que tenía encerrada a la muchacha..., y que ahora deja de oponerse, porque vas a ser un autor de porvenir... ¡Tú sabrás si es cierto todo eso!

Ricardo, mientras el amigo complaciente sacaba de un armario la levita, permaneció asombrado de la revelación. Concordaba, en efecto, con la extraña y breve esquela que acababa de recibir de Ladi, como un grito de liberación y de alegría, después de aquel horrible mes de silencio, después de aquel mes espantoso sin verla y sin poder saber de ella siquiera. ¡Ah, sus relaciones, tan llenas de paréntesis y de saltos imprevistos!, desde la luz a las tinieblas, desde las tinieblas a la luz! Decía la esquela:

«Me han soltado. Es tan contenta de ti. Esta noche iremos todos a tu estreno.»

Quiso saber, inquirir detalles, y no sabía más Rodríguez. En cambio, con la prisa del estreno, que iba a ser dentro de un rato, y en tanto el fe-

liz mortal vestíase el traje, tuvo que saciar atropelladamente la gran curiosidad del camarada.

—Sí, nos conocimos en Salinas, y desde agosto somos novios. Yo no os había dicho nada por... Oye, ¿no me está algo largo el pantalón?... Los padres no querían, y al volver hablamos por la reja dos noches... Se conoce que supieron esto y la encerraron a los tres días o la mandaron fuera de Madrid... No sé, chico, no lo sé... ¡Dame el chaleco! Yo creía que estaba enferma, más bien; pero digo ahora que debieron encerrarla, porque... léelo, verás qué esquela acaba de mandarme..., ahí la tengo en la chaqueta; dice: «Me han soltado...», luego estaba en un encierro... ¡La pobre! No te puedes figurar cuánto me quiere. Por eso, a pesar de mi buena suerte por haberme admitido el drama, me habéis visto triste en este tiempo... He sufrido lo indecible. No podía explicarme su desaparición y su silencio. Me moría. Sin embargo, ¿sabes?..., por... ciertas cosas... estaba bien seguro de ella... completamente seguro. Su casa, desde la segunda noche misma en que... hablamos por la reja, estaba cerrada para mí. No conocía ningún amigo de su esfera que me pudiese informar. Iba, y el portero me mandaba a poco menos que hacer gárgaras. Vigilaba y no me atendían siquiera las criadas al abordarlas por la calle... ¡Oh, estos estúpidos sirvientes de los ricos!... Sólo un amigo, en fin, un tal León Rivalta, vizconde, creo, de

Torrecilla de Alfaro, me habría podido dar noticias..., pero es justamente mi rival..., mi testarudo y estúpido rival, a quien desprecia Ladi, y que, no obstante, sigue frecuentando la casa. ¡Imagina mi tormento!... Veía salir el coche de ellos y no iba Ladi... Los encontraba en los teatros, sin Ladi... ¿Estaba enferma? No, puesto que no iría entonces a divertirse su familia. ¿Estaba fuera? No, porque me hubiese escrito..., a menos de haberla hundido en un convento... ¡Y ya ves, Rodríguez, qué rabia no verla después que me he gastado en coches del Círculo un caudal y otro en ese traje... con el que no me ha visto ella tampoco, por lo que puedo decir que fué un derroche inútil e importuno!

—¡Mejor! Así ya, cuando te vea, estarás hecho un *dandy*, con lo que ganes. Desabróchate un botón; me parece que la levita te está estrecha... ¡sí, te hace fuelles en el talle!

—Pero si me desabrocho...

—¡Qué?

—Se me verá el chaleco.

—Bueno, ten cuidado de tirarte, nada más.

—Lo que la creo es algo corta, ¿no?

—¡Puede pasar! Tiene un buen paño; era de mi padre. Tú has debido pedirle a cuenta al empresario y hacerte ropa.

La chistera fué lo grave. Se le quedaba en la coronilla. Rodríguez tenía la cabeza muy pequeña.

—Bueno, mira, déjame... ¡adiós!... ¡Me compro una!...

—Pero... ¡tonto! ¿para qué?... ¿Vas a salir cubierto?...

Ya no le oía Ricardo. Había escapado.

En la calle se acordó de que podía haberse traído en el coche a Rodríguez. Bien... ; él vendría... Tenía prisa. Pidió en la primera sombrerería del camino una chistera; se la dieron por tres duros y se volvió al coche.

Hasta el teatro fué pensando que todo se le ponía que ni de encargo. Incluso lo que se le figuraba al pronto una catástrofe..., como el eclipse o el encierro de su novia, para soltarla tan oportunamente y con el perdón de los padres, por lo visto, para él ; en efecto, si se había empeñado en dos pagas con *El Liberal,* sólo por espiarla en coches y buscarla en los teatros durante este hundimiento de ella inverosímil..., ¿qué no habría ocurrido si le acoge antes la familia y tiene él que alternar en sus reuniones ; en la intimidad de sus paseos, de su landó..., con flores, con frac, con trajes de tarde y de mañana, con... demonios coronados?... Desde hoy, su triunfo teatral le haría para lo sucesivo menos difícil todo esto—y temblaba al miedo del fracaso procurando confiarse en los fervorosos y anticipados aplausos de la Prensa.

¡Pobre Ladi! No pudo dudar de ella... ¡Cómo! ¡La dulce virgen! ¡La bella ex virgen,

después del sacrificio!... ¿Acaso su proceder no había sido el de una gran voluntad enamorada?... Al despedirle aquella noche, le había dicho, rechazándole a él con dulzura la intención de reincidencia:—«No, Ricardo; no volverás a entrar. He querido únicamente probarte que te quiero, y ya está. Hablaremos por la reja..., pero no vengas mañana, porque estoy fatigadísima. Yo te escribiré.»—Y sin duda, la culpa del encierro, del nuevo y más grande enfado de los padres, la tuvo él; la vió por la tarde en la Castellana, cruzándose un par de veces con el landó en esta misma berlina que entre vidrios y cortinas le ocultaba por suerte el gabancete; pero loco, con imprudencia insigne de dichoso, con insensatez que parecíale ahora incomprensible, ¡cuánto le pesaba!...; la envió a la mañana siguiente unos renglones de salutación—incapaz de pasarse veinticuatro horas después de aquello sin que supiese ella cuánto más la idolatraba. Claro que no aludía al... *asalto venturoso* y sí solo, sin embargo—se acordaba, ¡qué mentecatez!—, a los besos y la reja... «tu imagen está viva en mis ojos, impresa a fuego de tus labios y llena de luz de luceros...» Enviada tal esquela con un *continental*, debió de cogerla el padre..., y no volvió Ricardo a ver ni a saber más de su Ladi, desde entonces.

¿Fué por esto? ¿Fué si no que Ladi, sufriendo tal vez rápidamente en su temperamento de

nerviosa los síntomas precoces de... las fisiológicas consecuencias de aquella noche... se había descubierto a su familia?... Mejor, en cualquiera de ambos casos—alegrábase Ricardo ahora—: porque así habrían sabido sus futuros suegros, con imposición definitiva, qué puntos calzaba la amorosa locura de su hija...

Paró el coche.

Estaba ante el teatro—en cuyas puertas empezaba ya la animación, y en cuyas taquillas volvió Ricardo a ver, como a media tarde, el halagador cartel de

«NO HAY BILLETES»

XIV

Dos horas después todo era solemne en el teatro. De alto a bajo, ni una localidad vacía.

Iba siendo evidente el triunfo del autor. Pero un triunfo de dominio arisco, que tenía algo de espantoso, como el del domador en la jaula de las fieras.

La sala parecía contener una sola alma anhelosa y vencida, que le quitaba a los cuerpos la sensación de ahogo en aquel cálido aire de niebla de luz lleno de perfumes.

Contrastando con la oscura e informe aglomeración de cabezas en el patio y en las altas galerías, veíanse los escotes y los trajes claros de los palcos, en las explosiones de las cornucopias eléctricas, como sueltas guirnaldas de desnudos brazos, de sedas, de abanicos. Y la representación se deslizaba ante un silencio aterrador.

En uno de los palcos, el segundo de la izquierda, estaba Ladi, con sus padres y su prima.

«Ladi, la novia del autor!»—se había corrido por el público. Vestía de celeste, soberbiamente

peinada, con una flecha de turquesas del mismo tono que sus ojos en el pelo. Quizá desmasiado rojos los labios y demasiado grandes las ojeras en su blanca faz de caprichosa, de nerviosa.

Callada y absorta, con una contracción de triunfo en los labios, era, no obstante, la única que no seguía la emoción del drama tomándola en la escena directamente. El codo, de calado y sedoso guante blanco, en la barandilla grana, el abanico en la barba y la cabeza medio vuelta al fondo del teatro—donde aspiraba con avidez voluptuosa los estremecimientos del público, observándole, recogiendo sus latidos, que acentuaban la expresión crispada, un poco diabólica, de su sonrisa.

De cuando en cuando flameaba en sus mimosos ojos de gata de Angora un relámpago de satisfacción. Era que sorprendía unos gemelos asestados a ella fijamente.

Sí, sí «¡la novia del autor!» Los iniciados, desde la expansión de su padre en el Casino, habían corrida lo noticia de que *allí* estaba la novia del nuevo autor. Y la noticia rodaba de butaca a butaca, de palco a palco... Y Ladi la seguía en sus zigzags por los gemelos que a cada instante la miraban, y deleitábase esta noche—sobre la victoria que siempre su belleza le daba entre las gentes de su clase—en la de una admiración más general extendida, gracias al talento de su novio, por el teatro enterō.

Sentíase la heroína de la fiesta, flechada por aquellos anteojos, que si eran guiados hacia ella por la curiosidad a cada hermosura del drama, contenían luego más de un rato en arrobos de contemplación su propia soberana hermosura.

De pronto se produjo un murmullo profundo de pasiones removidas. La dama, con su lujo de reina desde lo alto de su gran celebridad artística, acababa de llamar «¡estúpidas!» a las mojigatas burguesas que pretendieron burlarse de su libertad. Era la mujer del porvenir, triunfante. Estalló un aplauso, el primero de la noche, enérgico y nervioso; pero lo cortó un siseo lleno de imperio.

Marcó esto un paréntesis de la atención..., y otra vez muchos gemelos se volvieron hacia Ladi.

Con más descaro que ninguno el del joven duque de Aragón, el gallardo teniente coronel de la *Princesa*, recién vuelto de Viena, donde estuvo de *ataché* de la Embajada. Se hallaba enfrente, en otro palco, de pie tras unos señores calvos, y guapísimo con su blanco dolmán lleno de oros.

Ladi cogió los gemelos, miró a cualquier parte, al duque luego, que la tenía clavada con los suyos, y... le oyó decir a Nita, siempre burlona y atendiendo a todo:

—¡Te conquista el húsar!... Ten cuidado, mujer... ya casi eres la señora de *Caledonia*..., ¡pero es pronto!

Seguía la representación. Ladi, ávida por recoger el triunfo en el silencio de la sala, no atendía. Animaba de rato en rato con un rápido mirar de su anteojo al del joven duque, que con su tradición de riqueza fabulosa y de ranciedad aristocrática, si no bastase la suprema distinción de su figura, la estaba acabando de consagrar en la envidia de tantas envidiosas. Recordaba al mismo tiempo, excitada por la chirigota de su prima, la rabia aquella del riguroso encierro en que la tuvo su padre por la cartita de Ricardo... Sí, ¿qué había querido decir la escena familiar de esta tarde?... Breve, bien breve. Su padre se le presentó de improviso en las habitaciones que le habían convertido en cárcel allá al fondo del hotel: —«Bien, chiquita..., puesto que no hay quien te dome, puesto que tanto quieres a Ricardo..., prepárate: esta noche iremos al estreno. Desde ahora estás en libertad»—y le volvió la espalda, sin añadirle una palabra.

En cambio, el pobre León, no estaba en el teatro, cosa muy significativa de las decisiones de su padre.

¡Ah! ¡Y cómo el estreno, este formidable éxito tan predicho por la Prensa y que cada vez se adivinaba más en la atención casi angustiosa del público, le explicaba a Ladi la inesperada simpatía de su papá hacia el futuro autor ilustre, que al propio tiempo saldría de su precaria situación!... Ella le vió a su padre, en otro segundo aplauso,

aplaudir con entusiasmo, con cariño, cual si estuviera presenciando el azar que hiciese a Ricardo entrar en la familia...

Y tras este aplauso, tras otro corto silencio más intenso que siguió, un frenético «¡bien!» saltó imponente... y el palmoteo general se convirtió en tempestad cerrada de *bravos*, de aclamaciones.

Ladi volvió de su ensimismamiento.

El telón caía.

«¡Bravo! ¡Bravo!», se oía gritar con furias secas; y entre las voces trémulas que llamaban al autor y el nutrido resonar de las palmadas, que le daban al teatro una apariencia extraña de manos que movían por todas partes, pudo ver Ladi que desde la triple guirnalda de palcos y plateas se le asestaban todos los gemelos y también los del joven duque... en una especie de inmensa corona de gloria por la gloria de su novio...

Roja de emoción, ahogándose en el ruido del aplaudir frenético, resonante en su oído como una granizada de perlas, con la nariz por la delicia dilatada en su cara ideal de caprichosa, sintió un vacío en las sienes cuando, bajo el telón a medio levantar, apareció un cómico y le arrojó al palco (¡a ella, a manera de solemnísimo homenaje!) el nombre de Ricardo..., lo cual arreció la tormenta de entusiasmo con un griterío

imperativo y tremendo de—«¡El autor! ¡El autor! ¡Que salga!...»

Volvieron a brillar sobre el telón las luces del proscenio y empezó aquél a subir con lentitud. La escena apareció desierta, deslumbradora. Ladi se ahogaba, suspendida en el profundísimo silencio de la impaciencia del público por conocer a su Ricardo. No le había vuelto a ver desde aquella noche..., desde aquella noche en que él papreció tan feliz y que ella encontró, en verdad, un poco simple... como tal revelación de cosas tan enormemente ponderadas... Pero le perdonaba la desilusión, ahora, completamente; ahora que iba a verle en la apoteosis de la electrizada multitud, en la claridad de gloria de las movibles luces de los bastidores, ofreciéndole la ovación con enamorada sonrisa! ¡Cuánto le quería!

La dama, aquella actriz elegantísima y espléndida, hermosa como una reina, y un actor buen mozo a quien el flamante frac le daba más aparatoso aspecto, tiraban del autor, que se resistía a salir y que al fin asomó por el foro entre ambos... pequeño, vistiendo una lamentable levitilla, pálido, con el asombro en los ojos y el pelo y el bigote como erizados. Junto a las graciosas reverencias de sus acompañantes, las del pobre autor, cogido por las dos manos, resultaban verdaderamente ridículas.

Ladi oyó decir en el palco izquierda:

—¡Qué feo!

—¡Qué raro!

Y la burlona Nita, la segunda vez que se el telón, le comparó con... «un ratón recién salido de una jofaina». En esto, al desaparecer e autor, de espaldas al fondo, tropezó con un mueble, y el público entero, sin dejar de aplaudir, rióse.

—Vamos, que yo te digo que si lo sacan al empezar el drama, se hunde. ¡Qué demonio de levita!

No hacía falta esta burla más de la prima, porque ya Ladi estaba descompuesta. Desde enfrente el húsar en su actitud gallarda la miraba y sonreía piadosamente...

Desvanecíase Ladi.

Se levantó con ligereza y se ocultó en el antepalco—sin que lo advirtiera apenas la familia, atenta a la ovación que siguió ruidosa mucho tiempo.

Ricardo salió a la escena siete veces. Hasta la impresión primera causada en el público por la ridiculez de su aspecto, se le tornó en simpatía fuertemente favorable a su pobreza y su humildad.

Cuando el padre de Ladi, emocionadísimo, fué a felicitarla, estrechando su mano, la encontró medio tendida en el diván del antepalco, temblorosos los labios y la mirada sin luz. ¡Pobre sensitiva tronchada por un huracán de venturas!...

—Perdóname—la dijo—; ya comprendo tu ca-

riño por ese hombre de genio, de porvenir..., y puedes decirle que desde hoy lo tendré a orgullo, ¡a orgullo!, ¿sabes?... Mañana almorzará en casa con nosotros... Yo lo invitaré.

—¿A quién? ¿A ese facha?—respondió Ladi terrible de desprecio—. ¡No pienso verle más en la vida! ¡¡Vámonos!!

Y al impulso de querer levantarse del diván, cayó desplomada con un ataque de nervios.

Acudieron la prima y la mamá.

Le aflojaron un poco la cintura. Se repuso Ladi.

Pero sin consentir en volver siquiera al palco, salieron del teatro, que esperaba ebrio de entusiasmo los otros dos actos del maravilloso drama.

XV

Ricardo, con su gabancete—que aun podía servir con el cuello levantado—, pero con cinco mil y pico de pesetas en la cartera (del primer trimestre que acababa de cobrar), bebía tranquilamente cerveza en el *Lion d'Or*. Le acompañaban Rodríguez y unos cómicos.

—¡Chacho!—exclamó Rodríguez, que estaba leyendo *El Imparcial* y dando un palmetazo—. ¡Escucha! ¡Atiende!

Y leyó:

«Para el jueves próximo se anuncia un acontecimiento que dará lugar a una espléndida fiesta de la buena sociedad en el hotel del senador del Reino D. Severiano Villarroel y Castilla. Su hija única, la encantadora Eladia Villarroel, contraerá matrimonio en dicho día, con el conocido y aristocrático *sportsman* León Rivalta, vizconde de la Torrecilla de Alfaro.»

—¿Su novia?

—¿La que fué novia de usted?—preguntaron los dos cómicos.

Y Ricardo, cambiando de color, arrojando *El Imparcial* que le había arrebatado a Rodríguez para leer el suelto por sí mismo, profirió en un rapto de malévola amargura, de venganza fría e inútil que no pudo reprimir:

—¡Mi novia!... ¡Más que mi novia... Me acosté con ella... una noche... ¡Se la entrego!

Asombro.

Le preguntaron y relató punto por punto la historia de su *noche*. Luego, repuesto de la punzada de dolor hacia la calma, hacia la resignación, hacia el desprecio que había logrado imbuirse en el pecho para Ladi... se levantó, sonrió, encendió un pitillo, se alzó el cuello del gabán y se fué con dirección al Español, donde tenía en ensayo otra comedia.

—¡Eso es mentira!—comentó en seguida uno de los cómicos.

—¡Eso es mentira!—reforzó el otro—. ¡Pues, digo, que así y que deja una muchacha a un hombre a quien le entrega su honra!... Y de más sabemos que le dejó ella... porque sí, por capricho. ¿Os acordáis? A todos nos enseñó la carta, él—una carta bien sosa y natural por cierto... «he comprendido que no te tengo el afecto necesario para formalizar las relaciones como mi padre desea...»— ¿Eh? ¡Más claro, la luz! ¡Pobre Ricardo! ¡Creímos que se iría a tirar por el viaducto aquella tarde!...

Rodríguez intervino:

—Sí, pobre Ricardo! Está sin duda un poco loco desde entonces. ¿No le veis? ¡Parece tonto! Y mirad, señores, que es lo grande... las contradicciones que se dan en el talento con frecuencia: Ricardo—autor dramático de cuerpo entero, indudable, incapaz de poner una sandez en cualquiera situación de sus obras... y aquí le tenéis tan cándido en la vida, para hacernos comulgar con la rueda de molino de una muchacha... a quien tan poco le importe el honor que se acueste con un novio y le deje al día siguiente porque sí, para casarse con otro...

—Y más, hombre... ¿Os habéis fijado?... Absurdo hasta su modo de contar... Que llega, que habla con ella a la reja por *primera vez*, que le dice: «¿Te escapas?»—«No, porque no tienes dinero.»—«Pues sé mía, entonces»—«Bueno, eso sí, ven mañana.»—Y virgen, la niña... ¡Vamos, hombre, pues ni que se tratase de una lumia!...

—¡Está un poco loco, sin duda, sí! ¡Pobre Ricardo!

—¡Pobre Ricardo!

REVELADORAS

I

Gloria se peinaba al espejo, sostenido en la pared contra el tajo de la carne. Al otro extremo de la amplia galería, tirado en el canapé de mimbres, aguardaba Rodrigo a su hermana con los cromos, para pegarlos en las hojas nuevas del álbum que ya tenían orlas de platilla.

—¡ Gloria !

—¿ Qué ?

—Que venga mi hermana.

Continuó la doncella pasando el peine de metal por los puñados de su pelo rubio, sacudido y abierto en manojos ondulantes sobre los brazos desnudos. La sofocaba el resol, filtrado en aquel ángulo desde un metro de altura, por la inmensa lona que entoldaba el patio.

—¡ Gloria !

—¿ Qué ?

—¿ No has oído ?

—Menos genio, ¿ entiendes ?... Me dijo que esta siesta no podría venir y me dió los cromos. Cógelos ; aquí los tienes en el banco.

—Pues tú los traes, ¡hala!

—¡Uaaá!—hizo Gloria, volviéndose y enseñándole la lengua.

¿De dónde habría sacado la señora estos dos hijos tan bobos? Muchas noches se venían a la cocina a ver cómo pelaban patatas ella y la otra compañera, Vicenta; y si no estaba también la vieja ama Charo, les contaban ambas, por reírse, cuentos verdes... ¡por reírse al mirar la cara de tonto de Rodrigo, que *no entendía*, y la cara de Petra... ¡que ya los iba entendiendo de más y se disgustaba algunos ratos... «porque decían *aquellas cosas delante del niño*»!

¡Bah, qué niño... que cogía en el canapé más que un gastador!

Le estaba viendo Gloria en el espejo, sin dejar de peinarse.

Pero volvió él a llamarla con imperio y se levantó al fin, sin prisas, de más confiada en la bondad del muchachote, guapo como una niña e inocentón hasta lo increíble, a pesar de sus trece años.

A la vez que le irritaba a Rodrigo tener siempre que enfadarse antes que le obedecieran las criadas, le entristecía el desvío de su hermana para él, cada día más grande. Por eso rezumaban lágrimas sus ojos cuando se le acercó Gloria llevándole los cromos en el delantal, mal cubiertos los senos por el justillo suelto.

—¿Lloras porque no viene la señorita?—le increpó parándose en burlesca admiración.

—¿Qué señorita?

—¡Toma! ¡Qué señorita! ¡La señorita Petra! Tu hermana. Me mandan que la llame así. ¿No has visto que le preparan trajes largos?... ¡Tú eres tonto!

—¡Mejor!

—No puede venir, porque está escribiendo una carta a... una carta para... Esto no me lo dijo ella, pero yo lo sé... Porque está escribiendo una carta... ¡una carta en papel de flores!

Se sentó al borde del canapé, a fin de vaciar los cromos en el asiento.

—Vaya, ¿a que no sabes a quién le escribe? ¿No lo sabes?... ¡Tú eres tonto, hombre!

—¡Mejor!—gritó de nuevo Rodrigo, cerrando los párpados por deshacer las lágrimas.

—¿Crees que una señorita de quince años va a pasar su vida jugando a las muñecas? Tendrás que jugar solo. Y di, vamos a ver, ¿a que no sabes tampoco por qué este invierno te sacaron la cama del cuarto? ¿Por qué quitaron de la habitación de Petra tu cama? ¿No dormíais juntos?

—¡Pero han dicho que porque estuve malo y volverán a llevarme!

—¡Bah, no sabes nada, chiquillo! ¡Si tú mirases!... Y te da miedo por las noches, y tu ama vieja te dice cuentos al dormirte, y te dará el pecho todavía. ¡Pobre niño chiquitín!—exclamó

en seguida, pasando una mano al otro lado del canapé para inclinarse a Rodrigo y estamparle un beso—. ¿Quieres jugar conmigo? ¿Quieres? ¡Vamos, di!... ¡O quieres teta! ¡Verás, toma... yo soy tu ama!

Mientras él se tapaba disimulando el llanto y esquivándola, Gloria, doblándose hacia él, cubríale con el cabello la cabeza como en un fanal.

Un puñetazo descargó Rodrigo en aquel seno blanco y duro, cuyo contacto en la boca le había causado impresión de asco insuperable.

—¡So puerca! ¡Cochina! ¡Ahora se lo diré a mamá!... Y le diré también que sales a peinarte al fregadero y llenas de pelos los platos. ¡So puerca! ¡Puerca!

Corrió lleno de ira, gruñendo, con los puños apretados, tropezándose en los muebles y sin hacer caso a la doncella que, allí sentada, al aire sus blancos senos de rubia, reíase llamándole y le indicaba que no despertase a la señora... ¡Vaya, ni que no supiese que el ama Charo le daba tetita al dormirle! ¡Pobre nenín, que ya no jugaría más con la hermana!...

II

Sin embargo, le había visto escapar tan decidido que, temiendo que el simplote fuera a contarlo, resolvió observar por allí dentro. Cogió su blusa en la cocina y se abrochó. Se anudó el cabello.

En el recibimiento no halló a nadie, ni en la sala. Todo estaba a oscuras y silencioso y cerrado el cuarto de doña Luz... Cuando se retiraba la llamó Petra, entreabriendo la puerta del tocador. Volvió «la señorita» a cerrar. La mandó sentarse. «Concluía.»

También se sentó Petra a escribir, doblada afanosamente en la mesita llena de pliegos rotos, con los pies cruzados a un lado de la silla, descubriendo al borde de la falda los tobillos y los zapatos finos como guantes. La hermosa trenza de azul de acero, en fuerza de ser negra, caíale por la espalda sobre el matiné de medio luto.

Cerró la carta en un sobre y fué hacia la doncella, tímida, dulce, encendida por adorable rubor.

—¿Para quién es?—preguntó teniéndola en alto por un pico con dos dedos—. ¡Acierta!

—Para el señorito Román—respondió sin vacilaciones Gloria.

—Tómala. Se la das a la noche.

Guardando la carta, Gloria sonreía: un par de duros valdríala del rumboso pretendiente.

—¡Le dice usted que sí, por supuesto!

—Lo has conseguido. Seremos novios—respondió la gentilísima chiquilla estirándose en la butaca, donde había ido a caer, como quien descansa de un trabajo—. Bien, ¿y qué?... Ahí le digo que le quiero, lo cual no es cierto, porque mal puedo quererle cuando no le he hablado nunca... ¡No creo que va a gustarme que digamos esta correspondencia en que se empeña mi amiga Pura, porque es la novia del amigo de éste... y en que te empeñas tú sin saber por qué!

—¡Ah, «señorita»! (bueno, me dicen que te llame así, me da lo mismo...) Usted le querrá cuando le trate y le hable en la Alameda estas noches, después que pase la Virgen y se haya usted puesto de largo, quitándose del todo el luto. Allí, la música; las mamás se sientan bajo los árboles, y las niñas, de claro como palomas, vueltas y más vueltas a los jardines y de punta con sus novios las que lo tienen. Luego el teatro, luego los bailes... y la reja en casa de alguna amiga... Luego... ¡ah, usted no ha vivido, señorita, aún!

—¿Has tenido tú muchos?

—¿Novios? ¡Regular!

—¿A qué edad el primero?

Sepultóse Gloria en sus recuerdos, perdida en confusas lejanías.

—A los trece años—dijo luego—. Pero aquél puede decirse que no lo tuve yo, sino que... me tuvo. En realidad, era el novio de una prima mía; un maquinista del tren. Estaba yo sola una tarde y entró él... me dijo que era guapa y me reí; me dijo que me quería y me reí... y...

Soltó una carcajada, contenta de poder jugar con intenciones equívocas que Petra no entendiese.

—Y nada... que *me quiso* aquella tarde, como si hubiese sido su novia..., ¡más!... Sólo que tenían hecho el ajuar mi prima y él, y al mes se casaron; se marcharon. Después me puse en relaciones con un señorito muy guapo—continuó, apresurada para aturdir a Petra con su sonrisa maligna y no dejarla preguntar—, el señorito de mis amos. Ya se ve; le entraba el chocolate todas las mañanas, y el señorito acabó por enamorarse. Una noche fuimos de máscara al baile, cenamos y me achispé un poco... ¡Le digo a usted que se divierte una de veras con los novios!

Petra estaba violenta, casi avergonzada de no sabía qué adivinaciones terribles, que no podía en modo alguno conciliar con la tranquila jovialidad de la criada.

—¡Bien!... ¡Vosotras... tenéis otra libertad! —repuso para atajar la conversación con un asomo de reproche digno, seco, que picó a Gloria.

—¡Cómo! ¿Más libertad? ¿Y las señoritas?... He servido desde entonces a bastantes, y podría contar de señoritas largo y tendido. ¡Oh! En estas cosas no hay señorío que valga, y no es preciso ir a los bailes... ¿Conoce usted a Salvadora Villarreal?

—De vista.

—Pues a la reja, Salvadora Villarreal, cuando yo servía en su casa frente al Parque... ¡qué! ¡a media noche la dejó en camisa el novio!

—¡En camisa!... ¡Oh, Gloria!

—Pero así como le digo a usted, yo que lo sé, porque se me vino llorando a mi cuarto a despertarme, ¡si usted no conoce el mundo, señorita!..., llorando a suplicarme que saliese a pedirles sus ropas a aquellos tres: al novio y dos amigos del novio, que habían sido también los novios primeros, todos en broma y en jarana por apuesta... saliendo, cuando ya estaba ella desnuda, de unos árboles.

—¡Oh! ¡Calla! ¡Calla, Gloria!... ¡¡Qué sinvergüenza!!... ¡Eso es mentira, Gloria!... ¡¡Se necesitaría ser indecente para eso!!

Habíase levantado la chiquilla con nerviosa indignación, y Gloria se acercó para cogerle la barba, siempre sonriente...

—¡Pobre Petrita! La verdad es que no me

acostumbro a llamarte de usted. Daré tu carta a la noche. ¡Tú irás aprendiendo de lo que una novia es capaz poco a poco!

Dándola un sonoro beso, escapó.

Petra se desplomó en una butaca. Vaga repugnancia de no sabía qué perspectivas ingratas la invadía. Sintió impulsos de llamar a la doncella y romper la carta. Aquella carta escrita, en verdad, porque su criada y sus amigas de colegio se obstinaron; inútil, falsa, mala, puesto que mentía en ella, y puesto que por ella, como si efectivamente fuese el principio de una reprochable acción, huía y se escondió de Rodrigo y de su madre.

Le entraban ganas de llorar, sofocada por la visión de la novia en camisa, a la reja, vista a la vez por el novio y por los otros escondidos en los árboles... ¡vista también por Petra, aquí, a través de sus candores de ángel, a modo de odiosa pena de sonrojo y de deshonra al final de un sendero de pecados de amor, negro como la noche!...

III

Mas quien había llorado arriba, en la azotea, adonde subió en fuga de la ingratitud de la hermana que no quería nunca jugar, fué Rodrigo, escupiendo, pasándose lleno de ira la mano por los labios, a fin de borrarse la impresión sosa y abominable del pecho que, burlándose de él como si fuera un bebé, había intentado darle Gloria. Se acordaba de que ya otra vez hizo lo mismo, ¡la puerca!

Luego lo olvidó todo Rodrigo durante la siesta, matando avispas y calcando un mapa.

Cogía el ancho de la casa la azotea. Allí tenía el velocípedo, con amplitud para correr. Hacia el patio, desde una balaustrada llena de macetas, la continuaba el tejado de la galería. Unos camaranchones abuhardillados que servían para trastos y para evitarle al piso de abajo el calor le aislaban completamente de la calle. Petra teníala convertida en jardín, con sus flores, y Rodrigo en gimnasio al extremo lindante con la iglesia; por el otro una tapia de dos metros establecía la fron-

tera con la azotea de la fonda, que en la pintoresca fachada principal ostentaba el rótulo de *Hotel de las Colonias*.

De silla y de mesa a un tiempo, en que instalaba sus papeles y sus pinturas, servíale al niño uno de los sofás de ladrillo que a lo largo de los desvanes se embutían entre puerta y puerta. Iba iluminando el mapa. De improviso derramó el vaso del agua, sobrecogido por un tremendo campanazo que le sonó encima. Daba las seis el reloj del Carmen. El dibujo se le había mojado... Tras de contemplarlo lastimosamente, decidió tenderlo al sol, en el suelo, sobre un periódico... Esperaría : tomó carrera y se prendió y subió de riñones al trapecio, quedando sentado tranquilamente, en balanceo suave, caída la cabeza contra el cordel, en tanto contemplaba allá arriba las campanas que le asustaban siempre.

Eran los tejados de la parroquia—un pueblo singular y desierto como un cementerio de bárbaros panteones—la única decoración que le abstraía allí, donde el horizonte se estrechaba en cercanos muros por todas partes. Siguiendo el pretil que daba al patio, y perpendicular a la azotea, una estrecha explanada corría sobre la parte del edificio destinada a vivienda del párroco. En una rampa de cal se abrían tres escalerillas irregulares salvando el desnivel de los cruceros ; y a partir de ellos, y de una linterna cuyas ventanas de visillo verde resaltaban sobre las pizarras de la

media naranja del baptisterio, empezaba un laberinto de encrucijadas y angosturas como senderos que ascendían y bajaban en declives rápidos por encima de las bóvedas, detrás de los antepechos y cornisas y entre las cúpulas laterales y el gran cimborrio que volaba en el espacio cortando el azul con su panza colosal de renegridas tejas.

Otra escalera adosada al muro del cimborrio, en semicaracol, llevaba a la terraza del alto campanario que hacía de torre, donde los arcos, abrumados por nidos de cigüeñas, lucían los ladrillos como heridas sangrando en la argamasa. Nada de adornos ni de arquitecturas; se trataba del revés—que sólo Dios debía ver—del techo de un viejo templo, por dentro remozado y coquetón para los fieles; los andenes eran de hormigón, desconchado igual que las paredes, para bien de lagartijas; y en grietas, pilastras, tejadillos y agujeros, toda una fauna de volátiles se conmovía cada vez que venía a turbar el reposo de la siesta el poderoso vibrar de las campanas, tañídas por el rodaje del reloj o por los monagos colgándose en la sacristía de las maromas.

De memoria se sabía Rodrigo aquellos vericuetos. Saltando el tabique—gracias a que apenas si subía allí de mes en mes el sacristán—los recorría a menudo en divertidas cacerías de cernícalos y gorriones; cuando no por el placer de trepar y descolgarse como en una excursión entre montañas—o mejor aún por sentarse en la torre ba-

jo la campana gorda y contemplar el panorama de la ciudad y de los campos. La soledad se le metía en el alma, causándole una especie de crispatura de terror que le gustaba y que aguantaba bien, particularmente por las tardes, cuando el alegre escándalo de las aves le rodeaba en los aires y a lo lejos oía cantar en la galería a sus criadas; porque hay que confesar que nunca de noche, aunque se hallase a gusto tomando el fresco en la azotea, pudo a solas soportar la visión de las moles oscuras, ni siquiera al resplandor de la luna, que las azulaba con azul fantástico haciendo fosforescer reflejos de cristales y arrojando de cúpula a cúpula siniestras manchas de sombra bajo el alto cielo...

IV

Le obligó a volverse en el trapecio un ruido de botellas que se quebraban y de perros ladrando.

Vió por la tapia del hotel una naranja lanzada al alto... y en seguida otra... y otra... que empezaron a cruzarse en un subir y bajar gracioso. Momentos después no eran tres, sino seis o siete las naranjas, trazando por el aire un arco en que se perseguían sin cesar...

Incapaz de resistir la curiosidad, se arrojó del trapecio. Iba a verlo. De puntillas y cargado con la escalera blanca de la percha, la adosó al tabique, comenzando cautelosamente a subir.

Una niña estaba en la terraza de la fonda, rubia como las muñecas, cuya melena rizada le caía sobre el guardapolvo de dril ondulando en el gentil balanceo de los brazos y sujeta por una diadema de piedras verdes. Estaba de espaldas. No le sintió. Las naranjas volaban como una guirnalda sobre su cabeza, dilatándose, extendiéndose, ciñéndosele otra vez hasta parecer que le llegaba a rodar por las sienes, obedientes a

las rosadas manos que las impulsaban con ligereza de encanto—mientras que el talle flexible y firme se tendía o se doblaba, ora sobre la punta de los pies erguida, ya a uno y otro lado, o con el busto atrás y la cara al cielo, rodilla en tierra, en tan violenta flexión, de todo el cuerpo, que tocaban el zapato blanco las puntas de la áurea cabellera... Y siempre la hermosísima criatura rodeada por aquel aro girador que parecía extasiarla fingiendo los anillos de una rojiza serpiente... Cerca de un banco, tenía una cítara y un arpa. Enfrente la contemplaban, atados y mimosos, dos perros de San Bernardo.

Cada vez que la niña, arrodillándose, echaba atrás la cabeza, Rodrigo se ocultaba tras la tapia. Por último le vió; los perros gruñían y habían ladrado. Ella interrumpió su juego. El, deslumbrado por la brillantez singularísima de aquel rostro, se quedó mirándola también. Había recogido en la falda las naranjas y enseñaba los encajes azules de su enagua de seda, a media pierna, estallando la vigorosa pantorrilla en el calcetín escocés.

—¡*Molk*! ¡schut!—le gritó dando en el suelo una patada al perro, que refunfuñaba aún.

Inmediatamente sonrió a Rodrigo, dedicándole una reverencia.

—¿Quién te enseña eso?—preguntó éste animado por la plácida jovialidad.

—Yo lo aprendo—respondió la muchacha con

acento extranjero, dulcísima la voz y amable.

—¡Será muy difícil, ya lo creo!

—¡Oh! Aquí en el suelo, no; se hace. Es que quieren que lo haga en *panneau* sobre *Stern*, que galopa muy alto.

—¿Cómo?

—Corriendo encima del caballo.

—Pues te caerás. ¿Quién te coge a ti?

—Nadie. Voy de pie encima. ¿No me has visto en el circo?

Redobló hacia la niña su curiosidad. Se acordó de haber leído anuncios por las esquinas con la llegada de una compañía ecuestre.

—¡Ah! ¿Tú eres titiritera, entonces?

—Acróbata y excéntrica musical—rectificó la niña con una suerte de ofendido orgullo.

Soltó las naranjas en el banco, se sentó al extremo y cogió la cítara.

—¿Ves? Toco esto, y el violín, y el arpa, y en botellas y copas de agua. Hago el volteo también en mi jaca *Káiser*. Me llamo Elia Deval. Miss Elia. ¿Has visto los carteles? Pues... ¡yo soy!

Callaba Ricardo, admirado y un poco ahora con ganas de reír ante la nueva reverencia llena de cortesanía y de gracia que acompañó la chiquilla a su presentación. Lista, desenvuelta, tan rubia, tan rubia y linda, estábale haciendo recordar las princesitas encantadas de los cuentos que él leía. Y le parecía una mascarita miss Elia, una [illegible] que se riese y que tuviese los ojos de

cristal verde y hechos de dientes de nácar. Pero ¡qué bonita!... Cuidado que lo era de verdad su hermana Petra, y, o ésta le ganaba, o es que le chocaba a Rodrigo la animación de feria de sus colores... La cítara tenía incrustaciones de marfil y níquel y las cuerdas de plata. El arpa era dorada y roja.

Cruzadas las piernas, el codo en el respaldo y en la mano reclinada la cabeza, prosiguió Elia su presentación. Su madre era inglesa, pero ella vino de Londres a los tres años. Llevaba nueve en España. Estaba ahora con otras de la compañía: la tenía Grossi (un *clown* italiano) y la equilibrisa Andrée, que conoció a su madre, muerta por un caballo en Lisboa. No había tenido padre nunca. Andrée la quería bien; Grossi la pegaba cuando la caía *Káiser*. Del *clown* eran aquellos perros y los cuidaba; valía cada uno seis mil francos. Se trabajaba en el circo de más: por las tardes ensayo, y de noche concluían las funciones muy tarde...

—Y tú, ¿eres español?

Esta vez serió Rodrigo. Le hizo gracia la pregunta; como si a la edad de ellos se pudiera ser español, ni inglés, ni nada. Y contestó modestamente:

—He nacido en esta casa. Pero, anda, luego tocas. Vuelve a hacer eso: ¿cómo se llama?

—Juegos icarios. ¿Nunca lo has visto?

—Nunca he ido al circo ni al teatro. Hace ocho

años que murió papá, y luego una tita mía, y hemos estado de luto. ¿Qué haces para que no se caigan las naranjas?

—¡Cogerlas! Para aprender hay que acostumbrarse poco a poco.

—Si te viese aprendería. Le diré a mamá que me lleve al circo. ¿Vais a estar mucho?

—No sé.

—¿Vives ahí en la fonda?

—Aquí vivo.

Tras una pausa, interrogó ella a su vez:

—Y tú, ¿qué eres?

—¿Yo?—repuso el niño sonriendo—. Nada.

Sólo que en seguida sintió vergüenza, delante de una muchacha más pequeña que ya tenía una profesión, y queriendo, además corresponder a sus galanterías, puntualizó (con una modestia llena de arrogancias para el porvenir) que no era nada aún, pero que estudiaba y sería gorbenador, como fué su padre. El señor cura, don Alberto, le daba lección en casa, pues aunque iba a examinarse de segundo curso en el Instituto, tenía matrícula de enseñanza libre. Por las tardes paseaba con el señor cura, y antes con la mamá y con la hermana, al machón de la fábrica de electricidad, o a la vía, donde hacían tijeras y sables aplastando alfileres al pasar el tren. Tabían estado cerca de cuatro años en su cortijo de *El Galapagar*, al morir su padre; mas tuvierón que venir para que fuese Petra al colegio de las monjas,

y allí se había ido ella echando amigas... Por eso no había visto nunca el circo, y salía ya con el señor cura casi siempre...

Subiendo de la galería se oyeron voces.

—¿Ves? Me llaman. Don Alberto va a venir. Anda, juega un poco a las naranjas, que te vea.

Le obedeció Elia, sonriosa y dulce, con su hábito de artista complaciente con el público. Y empezó a explicarle, arrojando las naranjas despacio:

—Mira, así... y se coge ésta con cuidado... Y ésta... Y ésta... ¡Lo aprenderías, no es difícil! Hazlo con dos primero... Fíjate: se tira una... cuando baja la otra... La una... la otra... Sin mirar la mano, arriba sólo... Y si se quiere, atiende, se van pasando de mano... tira la derecha... coge la izquierda... Así... Así... Así... A ver si puedes. ¡Tómalas!

Le echó las dos naranjas, que cogió Rodrigo sucesivamente al vuelo, con lo cual cobró ánimos. Afirmándose en la escalera, lanzó primero una y luego otra por el aire... Ambas le botaron en el pecho, rodando a los pies de Elia, que reía.

El se reía igualmente, discípulo dócil, en confesión de ineptitud.

Y le vió ella de pronto desaparecer, como un muñeco de sorpresa.

—Bueno, ¡adiós!—había dicho.

V

Partía escapado a buscar a Petra y subirla para que viese también a miss Elia, tan pequeñita, y que sabía hacer tantas cosas y tenerse de pie sobre caballos al galope. Le dirían a la mamá que los llevase al circo.

Un rumor de conversaciones le detuvo en el recibimiento.

Su hermana y su madre estaban con amigas que cada vez venían con más frecuencia..., que venían ya casi todas las tardes. A la izquierda vió por la tijera de la puerta, en el balcón, a Petra, acompañada por Aurora Reina, que se le había vuelto antipática desde que le dijo un día, igual que Gloria, «marica» y «Periquito entre ellas», mandándole que las dejase y se fuese a jugar con los amigos. ¡Cómo si él, que nunca salía sino con el cura, pudiera tener amigos ni los quisiese tampoco!

No se atrevió a entrar; se acercó a la derecha hasta la puerta del saloncillo, donde estaba su madre, y conoció por la voz a doña Nieves, la

mamá de Aurora. Estaba también Josefina, aquella señorita alta y guapa, más joven que ninguna, y que le cargaba a él por sobona y besucona... ¡cogiéndole sin cesar sobre la falda para acariciarle igual que a una niña de seis años!

Por el llavero las veía y oía que le decía a su mamá doña Nieves:

—Tiene usted a la muchacha boba de puro no separársela de al lado... ¡y hay que vivir, querida! Serán indispensables en la aldea lutos de siete años; mas no aquí. Se ha metido usted a vieja antes de serlo. Quien se aísla de la sociedad, se olvida, y las amistades valen lo mismo que el dinero. ¡Cada cosa a su edad, amiga Luz! Así como así, ese chico que la ronda es lo más distinguido de la ciudad; una suerte para ella si llegase a casarse. ¡Déjesela a mi Aurora, que lo entiende!

Comprendió Rodrigo que estorbaría si entraba, que también doña Nieves le mandaría a jugar como otras veces. Se alejó en busca del ama Charo, para vestirse, llevando la sensación de que sobraba por todas partes dentro de su casa en cuanto iban estas gentes extrañas a apoderarse de las salas y los balcones y a hablar de cosas que ni le importaban, ni por último debía escuchar... A Josefina y doña Nieves, tan festejadas por los demás, no podía soportarlas Rodrigo. Diríase que habían venido a apoderarse de todo, a mandar en él, en su casa, en su hermana y en su madre.

Le ayudó el ama a vestirse. Llegó el señor cura y pasearon esta tarde por el fuerte de San Juan, cogiendo lirios. Antes de dormirse esta noche estuvo pensando mucho rato cómo diantre podría la titiriterilla jugar con seis naranjas a un tiempo...

VI

Sintió a la niña en su azotea y corrió a la tapia.

—Buenas tardes, Elia.

—Buenas tardes, Rodrigo.

Elia subía infaliblemente después de comer a cuidar los perros, los monos y las dos catalas. Rodrigo la vió ir a su oficio, de jaula en jaula, riñendo a *Gut,* que trepaba por la alambrera y no dejaba nada a los otros ; acariciando a *Molk,* que gruñía y estiraba la cadena, moviendo la lanosa cola por plantarla las manazas en los hombros.

No la interrumpía Rodrigo hasta que ella distribuía los dos panes despedazados en su falda. La castigaría el *clown* de hacerlo mal... y ya en las tardes anteriores habíale contado Elia a su amiguito la crueldad con que la pegaban por cualquier cosa : cuando en los ensayos sobre su jaca andaban torpes, le tendían indiferentemente el látigo a la jaca o a ella... Y había llorado la pobrecilla refiriéndolo, haciendo llorar al niño también.

Otra tarde manifestó temores de no poder ha-

cer por la noche, en la gran *batuda*, un salto mortal de costado que querían que diese y que habían ensayado poco. La iban a hundir a latigazos, dentro, como siempre que lo hacía mal en la función, y por más que el director la mimaba en la pista al ver que reía cariñosamente el público...

—Oye—propuso Rodrigo lleno de piedad—, ¿no has visto mi gimnasio? Ahí está, y un trampolín con arena. Lo malo será que te caigas, si es eso tan difícil; pero si crees que no, ven... ¡ensaya en mi gimnasio!

El estorbo estaba en la tapia, porque Elia no tenía escalera. Sin embargo, halagada por la invitación, bien pronto la pequeña artista halló modo de mirar si servía el gimnasio. Una silla rota, sobre la que colocó dos viejos cajones de petróleo, permitió formar una movible torre a que se encaramó en seguida. «¡Magnífico!» ¿Y no le reñiría la familia de Rodrigo?

—Aquí no viene nadie por la siesta, con este sol.

—Pues ¡hala!

De un salto, apoyada en las manos, quedó sentada en el caballete, una pierna, luego otra... y se tiró ágil desde arriba, aun antes que Rodrigo tuviese tiempo de brindarle la escalera.

—¡Caramba! ¡Se conoce que eres gimnasta!

—¡Oh, verás! Y eso que no podré así. Espérate. ¿Tienes una cuerda?

La encontraron y se ató a la cintura el vuelo

de la falda cruzándoselo entre los muslos y transformándolo en un gracioso pantalón.

En seguida ensayó, causándole al amiguito admiración y espanto con sus molinetes en la barra, de dondo se arrojaba disparada en vueltas por el aire ; con sus dominaciones en las anillas, con sus equilibrios en el trapecio, en que de pronto, a un ¡ *hip* ! salvaje, daba caídas atrás con todo el cuerpo para quedarse colgada de los pies con la hermosa melena de oro barriendo el suelo. El trampolín le produjo a Rodrigo mayor miedo todavía, porque no se trataba de simples saltos mortales, sino de lanzarse recta por el alto y dar la vuelta como una varilla flexible, o bien de ir a caer de cabeza y saber doblarse con vigoroso empuje a media vara del suelo, en forma que se pusiera de pie después de haber rodado sobre la nuca y la espalda ; el salto de costado, principalmente, debía de ser de inmensa dificultad, pues aunque Elia se despedía bien sobre la pierna derecha no podía revolverse por el aire sin perder la lateralidad, cosa que la desesperaba y que la hacía caer de mal modo algunas veces.

—¡ Pero eso es un disparate, tú ! ¡ Vas a hacerte daño !—repetía el jovencillo, alarmado y rebosando lástima.

Le brotaron las lágrimas una vez que su amiguita fué trompicando hasta arrastrar la cara por la arena, empujándole a él, que cayó también, porque había intentado inútilmente detenerla.

—¡Mira! ¿Sabes?... Eso no quiero verlo. No quiero que lo hagas.

Y como estaba plantado ante el trampolín para impedirlo, ella replicó:

—Ya te decía que no podré a la noche. Descompondré *la batuda,* porque los que vienen detrás o han de pararse o me caerán encima. ¡Van a pegarme mucho!

Sólo entonces comprendía el muchacho el horror de aquel oficio. No bastaba que la delicada muñeca de ojos verdes fuese una artista notable en muchas cosas: se la pedía siempre más, que hiciese más, que lo hiciese todo, y, si no, le daban palos y latigazos como a la jaca... El corazón se le oprimía. Por último, sacó el pañuelo y se alejó a llorar en un rincón, a llorar amarga y desconsoladamente. Elia se sentó en el trampolín y lloró en silencio.

Pero a Rodrigo le ahogaba la indignación al mismo tiempo que la pena, y volvió a acercarse:

—Oye, tú. Y si ellos no son ni tu padre ni tu madre, ¿por qué tienen que pegarte?

—¡Yo no tengo a nadie más que a ellos, desde que se mató mi madre!—respondió Elia, separándose el pañuelo y mostrando entre las lágrimas una sonrisa.

Su acento de experiencia dura de la vida contrastaba con su celeste candor amoroso de ángel en los ojos, y puesto que Rodrigo comprendió la dolorosa necesidad de que aprendiese, él mismo la invitó de nuevo, poniéndosela enfrente para evi-

tarle caídas fuera de la arena, ayudándola con inocentes consejos que la hacían sonreír y contemplando, en fin, el brutal espectáculo de aquel salto imposible con la solemne atención que si estuviese viéndola prepararse para un sacrificio trágico de muerte.

VII

Desde entonces se quisieron como dos hermanos, y se reunían todas las tardes en la azotea, saltando la pared.

Por eso, en cuanto Elia terminaba de cuidar a los animales, acercábase a la tapia y preguntaba sonriente:

—¿Subo?

—Sí, sube.

Un momento después estaban juntos en la azotea de Rodrigo.

—Tengo que decirte una cosa—díjola éste una tarde—: que te veré en el circo. Nos lleva mi mamá en la semana que viene, el día de la Virgen, que nos quitamos el luto.

Elia se alegró. ¡Claro! ¡Qué tontería no haber visto nunca el circo! Se debía ver todo, y por eso le gustaba viajar a ella. Muchos circos, muchos teatros había visto. Estuvo en Londres, en Berlín, en Lisboa, en Barcelona, en Madrid, y se había embarcado también, de chiquitilla, para ir a los Estados Unidos. Lo que le gustó más fué Zara-

goza, porque tuvo amiguitas en el hotel, y tampoco esta ciudad le disgustaba, aunque era una población pequeña.

La oía él, abrumado por el aire cosmopolita de su charla, mirándola extático y perdido en misterios de lejanías, igual que a las muñecas finas traídas de París. Sentado en uno de los sofás de ladrillos, en tanto que la muchacha hablaba paseando, sin cesar de moverse y jugueteando con sus cintas o mirándose los pies, preguntábale cosas de los viajes, de las grandes ciudades, cuyos nombres recordaba de la Geografía como una relación de cosas inexistentes. Pero lo cierto es que miss Elia no sabía dar cuenta apenas de las ciudades visitadas, en no siendo de las fondas o los circos, y confundía a Berlín, por ejemplo, con Lisboa, sin estar cierta de si éste o aquélla eran la capital de Prusia, cosas que hacían sonreír a Rodrigo.

—Toma.

Le dió un puñado de caramelos.

—Gracias—replicó la niña galantemente.

Por fortuna, no tuvieron necesidad de pegarla en las pasadas noches al repetir la *gran batuda* con su salto lateral.

—¿Haréis música esta noche?... Tú tienes dos cosas: mira el programa.

—Sí, dos números: uno de música.

—¿Y el otro?

—El volteo en *Káiser* para acabar la función.

—¡Ah, lo que es menester es que lo hagas cuando yo vaya! Tengo ganas de verte en el caballo.

De pronto, propuso la niña coger nidos de los tejados de la iglesia, como dos tardes más atrás, en una excursión realizada por ambos animosamente.

Escalaron la tapia.

Al encontrarse en la azotea de la parroquia, sonreían, guiándose el uno al otro de la mano, sin atreverse a hablar hasta que se alejaron de un tragaluz que ya Rodrigo había dicho que caía a las habitaciones del cura. Pronto se perdieron al lado opuesto de las cúpulas, siguiendo la tortuosa senda trazada en la rampa de un crucero. Allí no se corría peligro de que los descubriesen, porque aquella parte daba a otra calle y el edificio de enfrente era un convento arruinado.

El cimborrio los protegía con su sombra colosal y el piso estaba resbaladizo y húmedo. Registraban los agujeros en las paredes, en las cornisas, en los tejadillos, de donde espantaban los gorriones. Se alzaban indistintamente el uno al otro en brazos para mirar las grietas. De cuando en cuando un cernícalo o un avión cruzaban fugitivos, trazando rápidos zigzás por el aire. Las salamandras rampaban por los muros con sus cuerpos gelatinosos, del mismo color que el hormigón.

Pero el peligro que surgió inopinadamente, bloqueando a Rodrigo en el ángulo inclinado de la esquina, donde el antepecho desaparecía para hun-

dirse la cornisa en los adornos de una voluta sobre la calle, fué un avispero que con una caña acababa de levantar registrando tejas. Centenares de avispas voltejeaban irritadas, y el muchacho, antes que le atacasen, atravesó por entre ellas defendiéndose a manotazos de las más bajas para unirse a Elia y correr en seguida los dos, porque el enjambre los perseguía buen trecho.

Habían ido a refugiarse al campanario, sin cesar de correr escalera arriba y ahogando sus carcajadas. Buen rato llevaban de caza, sin haber logrado más que nidos secos. Y se sentaron bajo la campana gorda.

Elia y Rodrigo estaban a gusto allí, cada uno a un lado de la ventana, recibiendo el aire fresco de la altura y mirando la gran profundidad del murallón. Dominaban la ciudad y los campos y les arrancaba gritos de alegría el espectáculo de las empequeñecidas cosas.

—¡ Oh, mira, mira ahí, en la plaza ! ¡ Qué chiquititos los árboles y los hombres debajo, como hormigas !

—¡ Ah, fíjate ! El tranvía parece de juguete, ¿ verdad ?

Se veían los patios y las azoteas llenas de macetas, en montón interminable de casas blancas y azules, entre las que parecían estrechísimas y torcidas algunas calles. Rodrigo indicaba los sitios y los edificios más altos. Un gran paseo al extremo de la población eran los jardines del Parque,

donde había estanques con peces rojos y muchas rosas; un edificio alto y viejo, la Universidad, y el Instituto, otro caserón, frente a la fábrica de hielo. Por otra parte, en un lugar pintoresco, y destacándose soberbiamente, se divisaba el gran colegio de monjas, y más allá, la Plaza de Toros. Después extendieron la vista por las llanuras interminables de la campiña, donde el Guadalvira, después de rodear en un trazo de S a la ciudad, se escondía entre huertas, volviendo a reaparecer cada vez más perdido en la distancia.

—¿Ves el río? ¿Aquella isla de sauces? Pues allí está nuestro cercado *El Galapagar*, donde he pasado yo mucho tiempo.

Contaba sus correrías allí, trepando a las encinas con su hermana Petra, igual que con Elia ahora por los tejados. Tenían un barco y una hamaca, y pasaban las horas de calor bajo los sauces de la isla, columpiándose y matando mosquitos...

—¿Ves que parece aquello una manchita verde? Pues es grande, y los sauces, cuando se está debajo, parecen todavía más altos que de aquí a arriba de este campanario...

Al mirar Elia hacia arriba, siguiendo la indicación, creyó que se le desplomaba el cielo. Un cañonazo había estallado sobre su frente, poblando el aire de temblores metálicos. Se había abatido con terror en la poyata del ajimez, quedando sus

hombros contra el pecho del muchacho..., que sonreía.

Era la campana gorda, tocando a vísperas, y como ella lo había comprendido en seguida, reíase también, de modo que no hizo sino sobrecogerla ya un poco el segundo campanazo. Sin tiempo de separarse de su amigo, miraba la campana y seguía riendo...

—Escucha. Haz así.

Mientras la campana continuaba tocando, le ponía y le quitaba alternativamente a Elia las manos en los oídos para quebrantar en picado ritmo el zumbido formidable. Cuando ella se levantó tuvo que desenredar un rizo de su melena, preso en un botón de la blusa de Rodrigo.

—Oye, tú eres tan guapa como mi hermana— dijo éste.

Elia sonrió.

—Madame Andrée dice que soy como mi madre.

—¿Estabas tú cuando a tu madre la mató el caballo?

—Sí, estaba. Y me acuerdo. Fué *Kinder,* un potro negro que tenemos todavía, con un lucero en la frente. Mi madre montaba a la alta escuela, con traje de amazona, también negro. Saludaba al concluir un ejercicio, pero se conoce que el director hizo seña distraídamente a la orquesta, y así que *Kinder* oyó el *galop,* partió de un salto, que arrojó contra una columna a mi madre...

—¿Qué hiciste tú?

—¿Yo? Ya ves, era muy pequeña... Corrí gritando y vi que no tenía sangre cuando se la llevaban. Unos caballeros del público me cogieron en brazos, asegurándome que se había desmayado solamente.

Doblaba la niña la cabeza, recordando, y Rodrigo no insistió, mostrando con el silencio el respeto a sus dolores. Pero quiso cortarlos al fin, y le rogó que le explicase algunos números de la función de esta noche, cuyo programa volvió a sacar.

Elia empezó, con su humildad galante de siempre:

—Mira, la *Hija del Aire* son vuelos en dos trapecios, colocados sobre una red. Suben los Leotard, dos hermanos, y en seguida ella...

VIII

Sólo que los sorprendió la voz de Gloria en la azotea, llamando:

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo!

Gloria extrañó no verle; pero, guiada por el rumor de la conversación no lejana, no tardó en descubrirlos en la torre. ¿Quién acompañaba a Rodrigo?

Ellos se escondieron.

Maliciosa, Gloria insistió en llamarle, advirtiéndole que le había visto.

Y entonces Rodrigo tranquilizó a su amiguita, empezando a descender con ella.

Apareció él primero por lo alto de la tapia. Detrás, Elia, que no osaba apearse hasta que el muchacho lo hiciese, y miraba a Gloria sonreír:

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué quieres tú?... Esta es una niña que vive en la fonda— explicó Rodrigo, a caballo en la pared—. ¿Para qué me llaman?

No obstante, sentía enojo de rubor por haber sido descubierto; él, que, sin saber por qué, les había ocultado a su mamá y a Petra las entrevis-

tas de la azotea..., ¡él, que no le había dicho a nadie del mundo que soñaba con su linda amiguita por las noches!

—Está el sastre, y van a probarte un traje— respondió Gloria.

Añadiendo con burla:

—Puedes presentarle esta niña a tu mamá, que te admirará viendo cómo cazas por los tejados las amigas.

—¿Quieres?—le preguntó a Elia Rodrigo, ingenuamente, sin notar que bromeaba la doncella.

¡Oh, no! Ya era tarde. Elia tendría que ir al circo para los ensayos: la reñirían luego, al saber que, sin permiso, había estado en casa extraña.

Se desternillaba Gloria de risa, sin perder ojo a la galantería con que el señorito llevó a la muchacha rubia de un lado a otro, escalera al hombro, para ayudarla a saltar las tapias.

Después bajaba bromeando con Rodrigo cruelmente, poniéndole de mal humor al darle la enhorabuena por la novia que se había echado al estilo de los gatos..., tan linda y que de tal modo entendía la conveniencia de permisos, según que hubiese de visitar por dentro o por las azoteas las casas de vecindad...

—Bueno, hombre; si hay cría, yo os ofrezco de padrino a *Barbastristes*. Cantará el *Miarramamiau*...

IX

Llegó, al fin, la por Rodrigo tan ansiada víspera de la Virgen.

Doña Luz había resuelto ir al circo esta noche, por no hacerle perder a Petra el paseo en fiesta a la siguiente.

A las nueve paró a la puerta el landó de Josefina. Venía sola.

Subió y la pasó a un gabinete la otra criada de la casa, Vicenta.

—Las señoritas están concluyendo de arreglarse.

Vestía la arrogante mujer del diputado un traje princesa de seda kaki, bordado de oscuras pasamanerías. Soltó la leve estola de gasas, que traía al brazo, y se sentó en el sofá, frente a la luna de la coqueta enguirnaldada.

Sonrió a su imagen gentilísima. Dos grandes brillantes destellaban en el carmíneo lóbulo de sus orejas, arropadas por el pelo sombrío y pesado.

Pero sonrió con amargura, con una amargura infinita de vida y juventud perdidas : pasábase el

marido los meses en Madrid, a pretexto de las Cortes, a pretexto de perpetuos asuntos del distrito. ¿Se había casado para abandonarla tan cruelmente, porque necesitasen los electores o no un agente de negocios?...

Se hallaba nerviosa, llevaba ahora cincuenta días en una soledad desesperada de amor..., con aquella suegra fiscal y con aquel sacristanesco secretario viejo en casa, en este maldito pueblo de cáscara de nuez, donde todo se sabía y donde infundía la mujer del diputado veneraciones de santa consagrada en un altar..., en un fanal...

Y la santa se acostaba, no dormía, dándole vueltas al martirio de su temperamento de brasa en aquel lecho inmenso y solitario. Esto no se lo perdonaría al marido, y tanto menos cuanto que, aun en sus raras temporadas de campestre descanso de «hombre público» (¡qué no haría él por Madrid!), se convertía el diputado en enamorado ardentísimo..., que la fatigaba, que la rendía: exactamente lo mismo que al principio de su matrimonio, cuando, en fuerza de locuras sin nombre, la despertó el hábito de estas ansias infinitas.

Llegaba alguien.

Rodrigo, que se puso como un hombrecito enfrente, alargándola la mano:

—Buenas noches... Es tarde, ¿verdad?... Pues todavía no acababan mamá y Petra de vestirse.

—¡Hola, Rodrigo! Tienes prisa tú, ¿no es cierto? Descuida, que está el coche abajo... Pero ¡qué

crecido estás, demonio! Siéntate: dame un beso.

Le tiró de la mano y le dejó caer sentado encima de su falda, derramándole en seguida una verdadera lluvia de besos.

—¡Caramba! ¡Si eres todo un hombre, Rodrigo!... ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

El niño intentó ponerse al otro lado del asiento, un poco aturdido y con una inquietud por toda su carne, transmitida desde aquel trémulo regazo que le sostenía mórbido y abrasador; con una inquietud aspirada en la fiebre de los besos y en el intenso perfume de las gasas de aquel pecho que él aplastaba con su hombro, porque el brazo de Josefina le ceñía tenazmente la cintura. No advertía ella su afán, y persistió en retenerle. Esto le daba rabia: no era él tan pequeñito para que las criadas y las amigas de su madre se empeñasen en seguir tratándole como cuando le rizaban el pelo vestido de muchacha.

—¡Trece años! ¿Y tienes novia? ¡Porque a los trece años eres tú muy capaz de tener novia, chiquillo!

Acabó esto de ponerle encarnado, y ella entonces reíase y le volvía a besar... para desenojarle.

—¡Pobre Rodrigo! ¡Qué ojazos tienes, por Dios! ¡Estás tú más desarrollado que muchos...! Haces gimnasia, ¿eh? ¡Se te conoce! No, no, y pronto habrá que dejar de besarte delante de gente a ti..., ¿sabes?..., de tan hombrón que vas

siendo... ¡Bien pronto! ¿Te has fijado en que tienes ya hasta tu cierta sombra de bigote?

Habíale derribado sobre el brazo izquierdo en su transporte de afecto, y, mientras con la otra mano le sujetaba la barba, inclinábase a besarle las mejillas de tiempo en tiempo, riendo siempre, entre exclamaciones joviales.

—¡Rodrigote!... ¡Muchachón!

Era una prisión dulce que le torturaba. El niño, como una amapola, tenía bajos los ojos y sentía en su cuerpo, a través de la seda crujiente y resbaladiza, el calor de Josefina..., santo como el del regazo mismo de su madre, de quien esta señora era amiga, y que, sin embargo, le llenaba de vergüenza y confusión..., de no sabía qué cosa que pugnaba desde su sangre por no romper en su cerebro como una revelación maravillosa y consciente de algún enorme misterio de la vida... Y sentía también, cuando aquellos besos le estrujaban jugosos la boca, una cosa extraña que le violentó más..., y que no podía explicarse... ; algo así como si le besara con besos que..., en fin, ¡no sabía..., con besos que nunca le habían dado a él!... ¿A qué venía todo esto?... Precisamente por ser tan «besucona» esta señora le fastidiaba y no la miraba nunca frente a frente, por vergüenza, o por rabia, o por lo que quiera que fuese...

De pronto, se lo quitó ella de encima. Se había abierto la puerta, apareciendo Gloria, que, al no-

tar el brusco ademán, se detuvo azorada, vacilando sin marcharse...

—Entra, entra, muchacha. ¿No están? ¿Qué quieres?

—Los guantes de la señorita. Sí, están ya arregladas.

Veíanse encima de un mueble los guantes.

Mientras fué Gloria a cogerlos, Josefina se dobló hacia Rodrigo aún y le dió un maternal beso en la frente.

—Es graciso eso, chiquillo. Pero, en fin, en el coche seguirás contándolo... ¡Nos vamos!

Se puso en pie y salió inmediatamente que Gloria, llevándose la manteleta al brazo.

Y como Rodrigo no había contado nada, continuó un momento desplomado en el sofá, sofocado de calor y con los ojos muy abiertos, cuan si quisiera, en un agudo empeño de su vida, penetrar aquel inmenso misterio que hubiese, fugaz, aleteado alrededor suyo.

X

Alcanzó en la escalera a todos.

En el landó, abierto por la hermosa noche, se sentó cerca de su hermana y enfrente de su madre. Esta llevaba al lado a Josefina, hablándola de que había despedido a la cocinera a causa de su empeño en echarle ajos a la sopa. «Tan terca, que los echaba machacados últimamente para que no se viesen..., y sabía siempre la sopa en su casa a fósforos...».

Cuando pasaba el coche junto a los escaparates de los comercios, miraba el niño con recelo a Josefina, siempre con su conversación de la cocinera. Pero descubrió al final de una calle las luces del circo, y ya no pensó sino en lo que iba a ver, en su amiguita Elia, que correría sobre el caballo.

Exactamente igual que se había Rodrigo asombrado cuando le explicó don Alberto que las estrellas eran mundos mayores que este mundo nuestro, que le parecía un globo colosal rodeado de un cielo con chispas de luz, así ahora le asombraba, con no menos intensidad, pese a la pequeñez de la

comparación, que este circo, por junto a cuya fachada vieja había pasado muchas veces, tuviera dentro un recinto capaz de contener tantos dorados, tantas luces y tanta gente que se reía en un escándalo de carcajadas a la vista de los *clowns*... Luego había verdaderas diversiones fuera de su casa. Luego Elia tenía razón, y el mundo de la alegría era más grande, más amplio que aquel mundo que él creyó reducido a sus sauces del islote, a su azotea con la vecindad de las cúpulas del Carmen y a sus paseos con el señor cura camino del Vivero.

Una despierta inquietud le hacía girar la cabeza con ojos investigadores, como quien iba aprendiendo a sospechar un misterio oculto en cada una de las insignificantes cosas. Y aunque no pensaba ya en los besos y la mentira de Josefina, dijérase que en la boca habíale ella infundido gran parte de su curiosidad esta noche. En la gloria de claridad vertida por los globos eléctricos y por las baterías de bombillas que, de columna a columna, recorrían la altura, veía los demás palcos como una orla movible de gasas y abanicos y trajes claros ciñendo la pista y los círculos de sillas de su alrededor. Detrás se agolpaban los espectadores en la valla que limitaba el paseo con la barrera blanca de la gradería, por cuya niebla de luz subían las filas de cabezas a perderse en multitud informe sobre el rojo sombrío del decorado.

Rodrigo lo miraba todo. Le atraían los saltos y

las bofetadas de los *clowns*, vestidos de púrpura y con grandes soles a la espalda ; pero el estruendo de las carcajadas del gran público, rodando de las gradas como descargas de fusilería, le hacía volverse atrás, muy serio. Después descubría en la penumbra del techo trapecios colgados y extraños aparatos sujetos por cables de alambre, que cruzaban el espacio en todas direcciones, y, siguiendo el desorden de su atención, desde los antepechos calados de la galería alta y desde los arabescos y purpurinas de las cenefas, caían sus ojos en el telón del escenario, allá enfrente, donde un pálido celaje, visto entre pintados cortinones de raso y terciopelo, prestaba su frescura a un grupo indolente de diosas. Una parecía más rubia, en primer término, deperezándose con los brazos en alto y erguida la espalda sobre la hermosa cadera de perfil ; precisamente, por dos veces, desde aquella mórbida desnudez pasó la mirada de Rodrigo a los labios de Josefina, yendo, al fin, como en fuga, a los juegos y extravagancias de los payasos.

XI

En cambio, la curiosidad de muchos espectadores de los palcos y de las sillas parecía tener al de Rodrigo por objeto. Buscaban los lentes a Petrita, divina con su pelo oscuro partido en bandas y su vestido claro que le aprisionaba el talle, graciosamente apoyado en la almohadilla escarlata de la baranda del antebrazo, cubierto por el guante, entre cuyos blancos dedos brillaba el nácar de los gemelos. Buscaban también a Josefina, con su arrogancia de mujer hermosa y su distinguida altivez de virtuosa dama, sentada junto a la noble doña Luz, que vestía severamente de negro.

Al entrar, habían contestado acá y allá los saludos de algunas personas de su amistad. Aurora y su madre estaban con la familia del gobernador; Pedro Luján, en el palco del teniente coronel Romero, y Luis Contreras, en una silla de primera fila, cerca del callejón de las cuadras, donde, cuando terminaron los *clowns*, una doble fila de criados con librea azul dejó calle a un equilibrista, mientras la orquesta rompía en un vals lento. También estaba en sillas Román de Herrera, el joven estudiante de último de Leyes y ya novio de Petra.

—¡ Tonta, mírale ! ¡ Vuelve la cabeza !—la aconsejaba Josefina.

Y como en la disposición que se habían sentado quedaba Petra dándole al novio la espalda, esperó que el equilibrista concluyese y le propuso a la joven cambiar de sitio con el pretexto de «favorecer a los enamorados». No tardó en descubrir algo ingrato : cerca de Román ocupaba otra silla el maldito notario eclesiástico..., el único hombre que, con su capa de beato, osaba hacerle la corte... ; ¡ pero qué hombre, gran Dios !... Le observaba mirarla con descaro a través de unos enormes gemelos negros de latón, por debajo de los cuales, y entre sus manos morenas y huesudas, no se descubrían sino la boca grande de macho cabrío, con dientes amarillos, rodeada de hirsuta y rizosa barba de azabache. El cráneo, completamente calvo, excepto por encima de las orejas, relucía como una vieja calavera bruñida y puntiaguda.

Era la primera vez que le veía sin sombrero, y llegaba Josefina al colmo de la repugnancia. El hombre aquel que, a fuerza de cinismo, quería imponérsele, sin disimular siquiera su fealdad, la llenaba de ira. Pasaba de los cincuenta años y, ¡ oh, adorador macabro !..., ¿ no juzgaba siquiera indispensable para merecerla ni aun limpiarse aquellas uñas largas y achocolatadas por el tabaco, que lucían festones de negrísima porquería ?

Rabiosa contra él, cayeron sus ojos en Rodrigo, muy atento a ver cómo cambiaba el espectáculo.

XII

Sonó la música. La formación de fracs de bayeta azul dió paso a dos nuevos artistas. Rodrigo, sentado entre Petra y Josefina, miró el programa : *Hermanos Leotard, los hijos del aire.* Vestían igual raso celeste, sembrado de lentejuelas de acero ; apenas se delataba el distinto sexo por la cabellera, más rubia y más larga, y las piernas menos musculosas de ella. De la misma estatura y casi de la misma edad, era igualmente rosado el rostro de ambos jovencillos, a quienes acogió un largo aplauso, que duraba todavía cuando, desde la red, treparon a los trapecios, maroma arriba, allá a quince metros del suelo.

El resplandor de los globos heríalos de cerca como lunas, y cuando, poco después, se balanceaban por entre las baterías eléctricas, sus cuerpos rielaban de reflejos como unos peces del aire incendiado en luz.

Rodrigo, con ambos codos en la barandilla y la barba en las manos, estaba absorto por el arriesgadísimo ejercicio. Había callado la orquesta, y

miss Leotard se arrojó al trapecio oscilante de su hermano, donde le esperaba éste en corvas, asiéndola por las muñecas. Inmediatamente tornó a desprenderse hacia su trapecio, cogido al vuelo con admirable precisión; al despedirse de uno al otro, lanzaba pequeños gritos, resonantes sobre el silencio del circo como los gritos de la lechuza en los templos a media noche.

Igualmente, Petra parecía maravillada con el espectáculo, que la hizo olvidarse de su novio y de la dignidad, un poco violenta, que quiso antes adoptar al verse adulada por la admiración extraña. Esto contrariaba sin duda a Román, sólo fijo en ella. Pero Petra surgía aquí, niña como era, con todo el candor de su alma excitado en la piedad de un peligro, en medio de las ansias egoístas que su belleza despertaba a los hombres y por completo ajena ahora a tales artificiosos enamoramientos y a tales pleitesías. Los gritos seguían cayendo de la altura secos, imperativos, solemnes, cual avisos de alerta ante la muerte, y el cuerpo ligero de la artista cruzaba el espacio, mientras algunas señoras bostezaban en sus plateas y algunos caballeros se aburrían con elegancia leyendo los periódicos. Seguía callando el gran público, sobrecogido en un entusiasmo mudo de terror, y Petra y Rodrigo volvieron un instante a sentirse juntos por su antigua infantil atención de cariño.

—¡Oh, se cae!—exclamaron una vez que la Leotard se arrojaba, dando vueltas, a los brazos

de su hermano, y, hermanos ellos también, se estrecharon instintivamente la mano sobre la falda de Petra, permaneciendo así en alianza de amor y mostrando siempre, con la mirada arriba, la pureza de ángeles en el blanco azulino de sus ojos. Vieron, al fin, a los voladores suspendidos uno del otro, inmóviles, para lanzar otro grito siniestro y precipitarse, en una vigorosa contracción, cada cual por un lado, al vacío, cabeza abajo, dando volteretas en la caída hasta la red, que se hundió al recibirlos, rebotándolos y haciéndoles rodar como pobres pajarillos enredados en las mallas... La ovación fué delirante. Se les hizo salir a la pista muchas veces.

—¿Ves, mamá?—dijo piadosamente Rodrigo—. ¡Los harán empezar de nuevo y pueden matarse!

Doña Luz había seguido el trabajo con lágrimas en los ojos, pensando que quizá también estuvo mirando a las pobres criaturas su madre, ahogada por el dolor.

Sin embargo, no significaban los aplausos más que la ternura del público, y los Leotard desaparecieron.

Venía el descanso. Un mozo lo anunciaba, enseñando desde la pista la tablilla.

XIII

Todo el circo se removía. Los pasillos se llenaban de gente. Petra volvía a mirar en derredor a su novio, que parecía reconvenirla desde lejos por el olvido de diez minutos ; a sus amigas, que reían y charlaban por los palcos ; a los jóvenes, que la contemplaban. Al lado allá de la pista descubrió al ayudante del general con otros señores. Un caballero viejo y de color de pimienta la faz, entre las mechas de canas, quería comérsela con los ojos... Todo esto la obligó a entrar nuevamente en la realidad. Adoptó su aire indiferente y grave. No, no iban allí las jóvenes bonitas a ver ni admirar ninguna cosa, según acababa de repetirle Josefina, sino a convencerse de que eran lindas y demostrarlo, a ocuparse de los otros, a estudiar el modo de conseguir mayores admiraciones para fingir desdeñarlas... La magia que producen siempre los espectáculos en que el juego del arte se une al juego solemne con la vida la abandonó bien pronto, igual que se le borraba el misticismo de las oraciones cuando iba a la iglesia con Aurora, que la distraía.

Tornaba Rodrigo a mirar la diosa desnuda del escenario los dorados, las luces, los labios de Josefina..., la diosa otra vez..., las sonrisas de su hermana a no sabía quién..., y entre tanto la madre los observaba a ambos, o, mejor dicho, hacía en ellos reposar sus ojos de caricia, contenta porque se le antojaba estar más con los dos cuando no estaba la aturdida y absorbente Aurora, útil, a pesar de todo, según decían, *para ir habituando a Petra a la sociedad.*

En el palco entraron el teniente coronel y su hija. Visita de entreacto. Por el lado de las sillas se acercó a saludar Pedro Luján. Las conversaciones se empeñaron pronto : de secretillo, entre Petra y su amiga, y general, para los demás. Pero estaba triste, más nerviosa, la mujer del diputado, que se irritaba al ver de pie al notario, encañonándola con sus gemelos monstruosos. En un rato que doña Angeles dialogó con el artillero, se acercó a Rodrigo y conversó con él acerca de si le iba gustando el circo.

XIV

Llegaba el momento de gran expectación para Rodrigo. Los timbres anunciaban el principio de la segunda parte, cuyo primer número pertenecía a Elia. Fijándose bien, pudo ver su melena rubia entre el tropel de criados y artistas a la puerta de la cuadra, donde un gran caballo blanco en *panneau* asomaba la cabeza.

Emprendió la música un *galop*, se formaron las filas de sirvientes, y corriendo, de improviso, aparecieron en la pista un *clown* gigantesco y otro minúsculo, de frac granate y calzón flojo de seda, tocando los violines y persiguiendo el gigantón a la niña. El público prorrumpió en un aplauso a Elia, y Rodrigo la encontraba muy graciosa con sus movimientos continuos de electrizada y su sonrisa en la mancha bermellón de los labios. El también la aplaudía. Pero no podía verle la pequeña artista, que no paraba un segundo, sin cesar rodando o corriendo con Grossi, mientras que los violines seguíanle a la orquesta su ritmo desenfrenado. Era un vértigo, un agitarse diablesco de remolinos en

pasos de baile inglés, con zapatazos sobre la tabla, en saltos y contorsiones, en encuentros, a cuyo tropiezo rechazábanse rodando para erguirse y correr otra vez sin cesar la música, cada vez más viva, más apremiante... Y, tocando siempre, tan pronto se veía a miss Elia en marcha triunfal por las piernas y el pecho adelante del *clown*, tendido al modo de Gulliver en sueño, como a él de pie y esperando que por el muslo se le encaramase encima para arrojarla desde los hombros en salto mortal, o ya persiguiéndola y escapándose la *clownesa* por lo alto de la barrera, tirándose mutuamente los violines, que les caían al vuelo clavados bajo la barba, alcanzándola y colgándosela al brazo para que tocase cabeza abajo, despidiéndola y haciéndola caer de pie como los gatos, hasta que, por último, la recibió sobre la cabeza, espaldas arriba, y música, y *galop*, y Grossi y miss Elia desaparecieron, cual habían entrado, en un torbellino de sorpresa, que no dió tiempo al público más que para aplaudir y reírse locamente.

Palmoteaba Rodrigo, uniendo su gozo a la aclamación general ; Grossi y Elia volvían, saludaban tranquilos ya, sin violines. Y una, dos, tres veces, fué Rodrigo, el niño, ¡qué bien lo advertía Josefina !, quien recibió los besos llenos de gracia de la menuda artista, entusiasmada de triunfo.

«¡ Caramba, claro que podía saltar tapias sin escalera !» .

Y puesto que Petra y Josefina parecían interro-

garle acerca de aquellas preferencias, que habían hecho volver la cabeza a algunos, tuvo que explicar:

—Sí, somos amigos. Vive en el hotel y nos hemos visto en la azotea. ¡No tiene madre la pobre!

—¡Aaah!... ¡Bien, bien, niño!—prorrumpió la mujer del diputado largamente, quedándose pensativa.

Empezaba otra cosa.

XV

El caballo blanco salió a la pista, y mientras que lo paseaba un sirviente hacía muecas un payaso, que se puso en seguida a enamorar a la bailarina que debía montarlo. Salvo que la artista, rubia también, era una gentil alemana, que gustaba a los jóvenes de las sillas, este número aburrió evidentemente con sus saltos y sus aros de papel que la bella *écuyère* iba rompiendo.

Pero de pronto el circo quedó a oscuras, porque en el escenario, donde el telón se había levantado, debía bailar *serpentinas* la hermosa Armida Barton, una de las principales atracciones de la fiesta. Sonó la orquesta en las tinieblas, viéronse en la escena relámpagos de luz Drumont y en dos haces de claridad, enfocada desde los bastidores, apareció, como incendiada en fuegos metálicos, una especie de gran mariposa. El público rompió en largo aplauso frenético, y después se hizo nuevamente el silencio, donde brotaba, como un conjuro, el hilo de aquella música lejana.

Rodrigo hallaba fantástico el cuadro. No se mo-

vía. Los reflejos de hoguera, los cambios de colores, los torbellinos de olas rojas, azules, verdes, amarillas, que envolvían aquel cuerpo esplendente de hada, entrevisto apenas en los giros de su manto fúlgido y volador, le dieron la impresión de un sueño hermoso, de fuegos fatuos en una noche infinita y negra. A lo mejor desaparecía la artista en un jirón de resplandores de grana, en una llamarada rota que se extinguía, y luego volvía a reaparecer en otro ángulo de la escena con los fulgores tenuísimos, fosforescentes como la estela de un astro, creciendo en ráfagas de luz cambiante para abrirse de nuevo en seno de incendiado y furioso mar, cuyo oleaje la arrebataba y la hundía. Así fué un largo rato que le arrobó de encanto.

Cuando desapareció del todo y calló la orquesta y la blanca luz del circo inundó a los espectadores, provocándoles a una rabia desesperada de aplaudir, se alegró Rodrigo, porque esto sí hallábalo extraordinariamente bello y le gustaría que lo repitieran toda la noche, aunque fuese... Mas su afán le engañaba : el público no quería ver sino el cuerpo de la bailarina, no en balde anunciada y célebre como hermosa. Volvió la oscuridad afuera y volvió a la escena la artista, arrebujada en su manto centelleante de gloria bajo el chorro de plata luz. Sonrió, abrió el manto y apareció su cuerpo desnudo, de un rosa translúcido y suave, en la gruta que le formaban las sedas pálidas don-

de se recogía la claridad nacarina de una colosal madreperla.

Y permanecía así, inmóvil, enseñándose, con su rosetón de pedrería en la diadema de la frente ; desnudo, completamente desnudo el cuerpo incomparable.

Es decir, completamente desnudo para Rodrigo y Petra, que no conocían las mallas de matiz de carne con que cubría las suyas Armida. Para Rodrigo, sobre todo, que ya, aturdido y avergonzado, no volvió a palmotear cuando, al cubrirse la mujer, renació el escándalo que exigía mirarla nuevamente. Había que complacer. Era la condición del éxito..., y otra vez después, y otra, y otra, y resonaban besos, y aquello no tenía término..., y hasta la sonrisa y los brazos se le cansaban de extender el manto, en una fatiga humilde para satisfacer la rabia sensual de tantos ojos.

Pero estábase acordando de la novia desnuda que, según Gloria, se mostraba al novio y sus amigos. No le pareció ya tan inverosímil, puesto que esta mujer se mostraba aquí, delante de la gente ; Rodrigo, por su parte, acordándose del pecho de Gloria y de los labios de Josefina, cuya respiración en la oscuridad estaba sintiendo, se preguntaba a qué venía esto..., por qué motivo querían verle el cuerpo a una mujer... Y la respuesta bullía en su sangre, en su corazón, en su cabeza ardorosa, como el principio, aún vago e indeterminado, de un contagio de la sensualidad feroz que

hacía en aquel instante respirar con violencia a tantos hombres. «¡Oh, por qué, por qué le había besado Josefina y por qué miraba él también, a su pesar, el cuerpo de Armida Barton!»

A brotar terminantemente iba la respuesta, precisa, levantada en clara idea por los instintos que de su ser entero le subían al cerebro, despertados por la femenina desnudez... Iba a brotar, iba a saltar la idea triunfante de un gran misterio más de la vida... Pero cayó el telón para no alzarse, y el misterio sólo quedó quebrantado en el corazón del niño.

La luz blanca del circo le hizo apoyar la frente sobre la mano para descansar.

XVI

Halló desprovisto de interés, ni más ni menos que el público, extenuado bajo la pasada obsesión del imperio de un deseo, cuanto seguía del espectáculo. Hércules levantando pesas y doblando barras, caballos en libertad, un hombre que imitaba con perfección notable cantos de pájaros...

—«¿Por qué se quería ver el cuerpo de Armida? ¿Por qué habían sonado tantos besos en lo oscuro?»

Pero Josefina, más que nadie, se hallaba fatigada, inquieta. Ya antes había hecho alguna indicación de cansancio.

Se le ocurrió algo de improviso, puesto que se levantaba.

—Ven, Rodrigo; llévame. Quiero saludar a la gobernadora... Un momento, ¿eh?—se disculpó con doña Luz—. Luego vuelvo.

Levantóse el niño. La siguió.

Pudo ella ir por la galería de los palcos, pero prefirió salir y dar la vuelta por el corredor desierto de fuera de la sala.

No llevaba prisa.

—¿De modo que tú eres *amiguito* de esa joven, y la sonríes y te sonríe?

—Sí—respondió breve Rodrigo.

—¿Que vive en la fonda de al lado de tu casa? ¿Y os veis en la azotea?

—Sí.

—¿Todos los días?

—Todas las tardes. Por las siestas.

El la examinaba perplejo.

Acortó ella el paso más aún, pero marchó en silencio.

Luego dijo sin mirarle, muy despacio y observándose las puntas de los pies al andar:

—Tú, Rodrigo, debías decirle a tu criada, a esa Gloria, que no estabas sentado en mí ni yo te besaba antes..., sino que te me habías acercado para ver esta pulsera mía que tiene una virgen del Pilar...

—Y... ¿para qué?—interrogó con miedo el muchacho.

—Para que sí—continuó ella más lenta y cortada—. Ya te lo diría si tú quisieses ir, como antes, a mi casa, a comer alguna vez. ¡Ya no vas nunca!

Puesto que él no replicaba, ella prosiguió:

—Te lo diría... Es decir, te reñiría, Rodrigo... porque tú eres ya un hombre... ¡un hombre!... no un niño... y me has besado antes de un modo singular...

—¿Yo?—protestó la última inocencia del muchacho.

Pero llegaban.

—¡Sut!—impuso ella.

Y abrió la portezuela del palco.

Tardó Rodrigo buen rato en llegar al suyo, de vuelta por la galería, como borracho, vacilante...

Se calmó. Le desvaneció la turbación el espectáculo ansiado, al volver a la pista.

XVII

Ya piafaba en ella la jaquita negra llena de cascabeles y atalajada de correajes blancos. Elia apareció de *jockey,* como un muchacho, con la ancha blusa y la gorra de raso verde, encaracolada de tirabuzones la melena. Enviaba besos, saludaba a Rodrigo. Inmediatamente, sin haber cesado de hacer piruetas y reverencias, se acercó a *Káiser,* montó y, al son de la música, se emprendió un galope. Festejaba al público, a Rodrigo también, al pasar con la gorra en la mano, tan linda la muchacha, tan graciosa, que cautivaba a todo el mundo con su sonrisa dulce. En mitad del ruedo estallaba la larga fusta del director.

No tardó Rodrigo en observar que la jaca, sin embargo, se paraba después de cada trabajo, o galopaba más aprisa o más despacio, antes obedeciendo a la orquesta que al látigo. De rodillas vió repentinamente a Elia sobre el ancho lomo de *Káiser* a la carrera, mientras se sujetaba con las manos a las correas con asa que le servían para variar de posición. Menos mal ; así era difícil una

caída, con tal de que se cogiese bien... Pero como de repente vió que en uno de los vaivenes del cuerpo de Elia, que seguía los violentos impulsos del caballo, ella se arrojaba hasta tocar tierra con la punta de los pies, botando en seguida encima y repitiendo esto en dos vueltas a la pista, empezó a juzgar menos sencillo el ejercicio. Parado *Káiser*, Elia se volvía siempre a saludar a Rodrigo, hasta que arrancaba a un nuevo ritmo de la música. Rodrigo recordó el potro negro que mató a la madre de su amiguita en Lisboa.

Faltábale recorrer la escala entera de la admiración. Por algo se anunciaba a Elia como «asombrosa artista» en tan grandes letras como a la Barton. Aquella niña de once años ejecutaba todo lo que en esta clase de trabajos se había hecho hasta entonces por *jockeys* de veinte. Por eso, prescindiendo de nimiedades, viósela de pie sobre la jaca, azuzándola con ¡*haps*! ¡*haps*! de fingido espanto, mientras retenía la brida y parecía, encorvada, vacilar siguiendo los impulsos del galope ; viósela erguirse después, los brazos hacia arriba, triunfante y flameando la gorra al recoger los aplausos.

Luego se dedicó a una tarea incomprensible para Rodrigo : agachábase, desabrochaba una correa y la lanzaba atrás en la carrera : se inclinaba y volvía a quitar otro arnés ; y, en fin, abrazada al ancho cuello del animal, cuyos ojos combos llameaban, le despojó de los cascabeles y de la brida,

dejándolo en pelo—para seguir ella encima en un pie, como amazona de los aires, mientras *Káiser*, alargando la cabeza, corría veloz con la nariz abierta y la crin tendida, al modo de un fugitivo salvaje de las pampas. Un salto mortal... otro... Y el público palmoteaba y enronquecía de vítores... hasta que al tercer salto quedó Elia, desde el caballo, en el centro de la pista, graciosa, sonriente...

La ovación era enorme. Rodrigo se ahogaba, mirando casi con ira de dolor a Elia, que le sonreía. Su alma protestaba de estos ejercicios vertiginosamente bárbaros, que parecían reservarle exclusivamente a ella.

¿Y no había terminado aún? ¿A qué nueva y mayor atrocidad iban a obligarla, puesto que aquélla había ido en una gradación hacia lo horrible?

Se trataba de un salto que desde la arena la quedara de pie sobre el caballo a escape. Siendo la artista tan pequeña, se necesitaba que *Káiser* corriera cuanto podía, a fin de que al tenderse e inclinarse en el círculo de la pista, se hiciese más accesible. Ya el aire loco de la orquesta y los latigazos del director le había lanzado, velocísimo, como una centella, en la lluvia de tierra que despedían los cascos. Elia, que comprendió sin duda la congoja de su amigo, procuró tranquilizarle con una sonrisa más dulce, ebria y segura de sí, con el halago incesante de los aplausos. Se perfiló con *Káiser*, corrió y se lanzó sobre él, dando un penetrante grito...

Y el grito encontró inmediatamente un eco formidable y espantoso en el circo entero, que se levantó de horror : se había visto a Elia resbalar sobre la jaca... entre sus patas después, allí sacudida y pisoteada y lanzada al centro de la pista, exánime.

Fué un segundo. *Káiser* se paró dando botes, y el director y unos cuantos artistas se precipitaron hacia la niña...

Lloraba y pateaba Rodrigo, desesperado, en el tumulto del público. Lloraba mucha gente. Lloraban las señoras en las plateas... A través de las lágrimas, cuando, iniciada por la compasión una dispersión general. Petra, doña Luz y Josefina, recogida al paso, salían, vió todavía Rodrigo la gorrita verde de la niña a un lado, mientras que a ella la transportaba un grupo de gente—entre cuyos cuerpos descubríase, colgando, llena de sangre, la rubia cabecita.

—«¡Como su madre!»—pensó Rodrigo refregándose los ojos con el pañuelo después que hubo el grupo desaparecido en el interior... Sentíase cobarde para escapar a verla, a besar a la pobre amiguita suya.

—«¡Como su madre!»

Una noticia le llegó en la puerta. Una noticia que aumentó su aflicción y que le hizo llorar más *por el miedo a que muriese* :

—«¡Vivía miss Elia!»

XVIII

Sigilosa, riente, perversa la curiosidad en su cara abrió el falsete Gloria y entró en la alcoba. Rodrigo volvió sobre la almohada la cabeza.

—¡Qué! ¡El agua, hombre!

—Pues ¿y mi ama Charo?

—Durmiendo. ¿Qué tal de circo? ¿Quieres tú que las viejas velen a estas horas?

Colocó en la mesa de noche la copa y la botella.

No se iba Gloria, riéndose entre mirar al suelo y a alguien que estuviese fuera del falsete.

—¿Quién es?—preguntó receloso Rodrigo.

Vicenta, la otra criada, entró de puntillas con la misma expresión maligna en su ancho semblante de bruta picado de viruela.

Se contemplaban las dos, invitándose mutuamente a preguntar algo, y un puf de reprimida risa las doblaba contra las rodillas.

Por último se le encaró Gloria en cómica seriedad de maestra que reprende:

—¡Y muy bien, niñito! De modo que no le basta a usted andar de caza por los tejados, como los

gatos con dolor de muelas, sino que se esconde con las señoras guapas que visitan a mamá. ¿Puede saberse qué hacían ustedes en el gabinete?

Un poco más que comprendió en otros días las intenciones de Gloria, mas no del todo, comprendió Rodrigo esta pregunta ; y en los ojos de Gloria veía una picaresca decisión tan intensa que le alucinaba.

Enrojeció en oleadas de vergüenza que le llenaron de un fuego dulce las mejillas y las sienes. Despertaba su asombro de marea de vida. Sorprendíale que le ruborizase el hallar sorprendida y escandalizada a Gloria por los besos de Josefina, y fijo en Gloria seguía, hipnotizado con el presentimiento de aquel gran misterio fugitivo en la desnudez mágica de la Barton. Tal misterio se le aparecía otra vez en la actitud burlesca de estas dos mujeres, que llegaban calladas en el silencio, cual si los rezos de antes de dormir le hubiesen conjurado esta noche alrededor de la cama blanca dos diablos en lugar de dos arcángeles.

—¿Qué te hacía doña Josefina?—preguntó también Vicenta con igual cínica pudibundez.

Y esta fué la señal para que Gloria se desatase en horrores, queda la voz a fin de no despertar en la contigua alcoba al ama Charo :

—¡Doña Josefina! O a ella él. Es un santito más largo que *el día la juncia*. ¡Mírale, que no ha roto un plato!... ¡Claro! Le va mejor de niño chiquitín, con sus trece añazos en el rabo : porque

así, a lo tonto a lo tonto, se deja besar y tentar por las señoras, y se arrima a las faldas que es una bendición de Dios. Y no le arriendo yo la ganancia con el tonto a las... muy zorras que lo soban y lo besuquean, creyendo que no sabe lo que se pesca, cuando a lo mejor baja de los tejados aprendiendo con las titiriteras a *encargar niños a París*. Si te lo traen, nosotras iremos al bautizo, ¿sabes?... Y otra vez le dices a doña Josefina que cierre por dentro, tú, para no tener que poner a la gente colorada... ; lo mismo que te avisamos que ésta y yo cerramos desde esta noche por dentro, no sea que despertemos a lo mejor contigo entre las patas.

—¡Uaá!... ¡Puercas!—gritó el chiquillo en el colmo de la ira, sentándose en el lecho y dispuesto a llamar—. ¡So puercas!

Pero cuando buscaban sus ojos algo que tirarles, ya las dos habían salido en un huracán de faldas, con un holgorio de risas y de pisotones que se perdió a lo largo del pasillo.

Rodrigo permaneció sentado, ambas manos atrás, apoyadas sobre el almohadón, en la misma posición rabiosa que le dejaron.

Un gesto de dolor, de torcedura, contraía su frente y dilataba sus labios, con los dientes apretados, con los ojos fijos en la contemplación áspera y brusca de un cuadro desagradable.

La *revelación* quedaba hecha por *estas revelado-*

ras ; la revelación del gran misterio que había hervido algunas veces en la sangre del niño.

Pero quedaba hecha de un martillazo. De un modo brutal, forzado ; ni siquiera con la violencia pasional que horas antes pudo surgir de *otras reveladoras*—dicha a besos entre los labios de una mujer hermosa, ni aun con la violencia de un cuerpo desnudo visto repentinamente entre disculpas de músicas y colores... Quedaba hecha con la violencia repugnantísima, canallesca y grosera de las palabras saltando en burla, en escarnio.

¡ Por eso quedaba triste el niño sintiéndolo, pero sin comprender que le habían arrebatado de la vida un goce supremo e infinito de virginidad, a que le llevaban por poéticas e insensibles gradaciones para más tarde los ojos verdes de otra niña : ¡ la Naturaleza !

XIX

Eran demasiadas emociones y por demás contrarias.

Amaneció con fiebre.

—Fiebre cerebral—dijo el médico—, que le retuvo en el lecho dos semanas.

Tenía delirios, y en sus delirios no podía estar la pobre hermana junto al lecho... porque decía el enfermo cosas incoherentes—con demás coherencia en el asombro de Petra—de «besos», de «bocas de mujer», de «Gloria que le daba el pecho...», de «una niña que se mataba en un caballo...»

Lloraba Petra, riñendo a Gloria en la puerta de la alcoba muchas veces:

—¡Tú, sí... tú le has dicho todo eso! ¡Tú... como a mí!

La muchacha se disculpó rabiosa, contando cómo la había sorprendido una noche besándole como loca, «ardiendo, la muy...», a doña Josefina. Y como Petra veía a Josefina entrar y sentarse a velar al enfermo muchos ratos... se iba a su cuarto y lloraba... lloraba... por no sabía qué inocen-

cias perdidas de ella y de su hermano, perdidas para siempre.

.....

Seguía pasando Josefina al lado de él las tardes, fiel cariñosa del ahijado del marido, y, cuando en algunos ratos salían Petra y doña Luz, besaba, besaba al débil convaleciente... que se dejaba besar con espanto de delicias, y que la devolvía los besos, habiendo aprendido, además, a alejarla él mismo de la almohada si llegaba gente.

—Sí, ¿sabes?... Los domingos vete a comer a casa, tonto. Son los días que paso más sola... y me aburro... porque la madre de tu padrino come siempre ese día con su hija Estrella... ¿No irás?

—¡Sí, sí iré!—decía en un temblor solemne Rodrigo.

En sus insomnios de estas noches, eran dos los fantasmas que poblaban sus visiones: uno, el de Elia, pura y dulce, blanca, muy blanca; otro, terrible, el de Josefina, de lumbre, de llamas, como el de la Armida Barton desnuda para que la viesen las gentes... Pero la idea de que él podría, quizá... ¡quizá!, ver así *él solo a la mujer de su padrino,* le llenaba de atrayentes horrores infinitos.

.....

.....

Cuando Rodrigo se levantó, supo que la compañía del circo se había marchado, ya bien Elia del todo de sus heridas en la frente. Se lo decía Jose-

fina sonriendo, y él... ¡ahora sí!, miraba de un modo siniestro y singular a Josefina, prometiéndola obediente ir a comer a su casa.

Se levantó, por fin, una mañana y subió dos días después a la azotea, recorriendo la iglesia, extático, horas enteras en la torre, con la contemplación de los horizontes lejanos por donde había desaparecido Elia.

Una tarde encontró su nombre, RODRIGO, grabado sobre los ladrillos del caballete en la tapia que caía al hotel.

Elia lo había escrito con una piedra y un clavo.

Su despedida.

Y algo así como el epitafio de una candidez, trazado por la niña rubia que pronto también la perdería... entre *clowns* y entre caballos.

LO IRREPARABLE

I

Athenógenes Aranguren de Aragón entró.

No era un juez como cualquiera. Ni por el nombre, que ya tenía en sí mismo una marca de rareza, ni por su traza y su traje. Joven, muy guapo, listo. Y fino y exageradamente elegante como un *goma* de Madrid.

Juez y todo, por sus años, que llegaban mal a veintisiete, habíase relacionado en la ciudad, tan pronto como llegó, con muchachos de buen tono. Con unos que tenían automóviles, con otros que tenían coches, y con otros, en fin, que tenían al menos bicicletas y caballos. Era conservador.

Al verle se le hizo sitio en el corro de la estufa. Los más humildes callaron. Los más selectos dirigiéronle sonrisas y afables acogimientos. Porque sobre estos muchachos ricos de los coches y los galgos, tenía Athenógenes, que ya había sido por tradición de su familia un gran *sportsman* en León, el prestigio de su talento y su carrera.

—¡Hola! ¿Qué?

—¿Qué hay?

—¿Qué se sabe en el Juzgado?
—¿Qué se cuenta del *Pernales*?
—¿Nuevas noticias?
—¡Atiza esa estufa, Quintín!

El bello juez, rubio, que traía esta noche brillantes en la corbata y americana de cinta, sacó primero una larga cajetilla de cigarros color té, brindó, encendió luciendo su preciosa fosforera, y púsose en seguida a contar lo que sabía de los bandidos. El *Pernales* y el *Chato de Mairena* continuaban por tierras de Arahal; y lo de los otros tres de la dispersa banda, que se habrían corrido a Extremadura, según la Prensa, era incierto. Belloteros, puestos en fuga por los guardias al pie de Almendralejo, los que habían dado lugar a tal alarma. Belloteros. Es decir, rurales raterillos, ladrones de bellotas.

Pero el caso estaba en que reinaba el pánico por estos días en Almendralejo, en Zafra, en Azuaga, y en esta pequeña ciudad tan tranquila, de donde tenía el honor de ser reciente juez Athenógenes. Un dato que sus convecinos le tomaban muy en cuenta para calcular acerca de la seguridad en los campos (porque hallaban natural que un juez no lo hablase todo en público), desprendíalos, por una parte, de verle toda esta semana atareadísimo desde que corría el rumor de los ladrones, y, por otra, de notar que no salía a cazar, ni en automóvil con los buenos camaradas que solían llevarle siempre.

—¡No! ¡bueno! ¡claro!—le explicaba él propio a los íntimos, con perfecta lógica forense—. Lo uno es consecuencia de lo otro. Tengo que hacer, porque tanto cuesta descubrir una verdad como comprobar que es mentira; y teniendo que hacer, no puedo ir en automóvil.

—¡Hombre, pues mire, qué demonio!—decía el fresco y hercúleo Teodoro Vega—. A mí me gustaría que vinieran los bandidos.

—¡Coile! ¿Para qué?

—Vaya qué gusto!

—¡Que viniesen! ¡Que fuese positivo que ya andaban por aquí!... Para salir tras ellos en seguida. Si no queríais seguirme, unos cuantos en mi automóvil y en los de estos dos, con los Winchesters, yo me iría a esperarlos, en mi dehesa, armando a los criados... ¡Es tan aburrida la vida sin algo excepcional!

—¡Hombre, no seas loco!

—¡Vaya, tú estás un poco de aquí, Teodorito!

Le llamaban Teodorito por cariño y, no obstante su aspecto de *clown* inglés, dulce y simpático, pero fuerte como un roble. La gente grave ¡vamos, la verdad! creía de buena fe que estaba un poco loco; los jóvenes, en cambio, le admiraban y emulaban. En una ocasión había hecho el *Don Tancredo* con un toro, por apuesta. En otra, por gusto, hallándose imponentemente crecido el río, pilló un barco de pescador y se fué corriente abajo, rascando molinos y presas quince leguas. Ade-

más, se subía al techo por liso rincón de una pared, y apostó otra noche a que se tiraba por el puente... lo cual hubiese hecho si le dejan.

—Bueno, escucha, mira; tú, pues si es que quieres *guerras* y *emociones*, vete al moro, ¡qué contra!..., y nos dejas en paz con tus deseos.

Esto lo afirmó la prudencia de don Luis, hombre adinerado y tal cual supersticioso. Y como él, unos cuantos viejos, sin duda, quedáronse pidiendo a Dios que el conjuro del loco aquel no se efectuase.

El resto de la velada, a esta hora del *bock* de anochecer, y siempre la dirección de Athenógenes, fué, por los más resueltos, dedicada a idear colectivos planes de defensa en el caso de invasión de los bandidos, y proyectos de defensa personal, variados, según locomotase cada uno en auto, en carruaje, a caballo, en bicicleta.

Y a las seis, como sonaban las campanadas en el Carmen, llamando para la novena, el joven juez se levantó.

—¿Vamos?—invitó a Teodoro y a Marcial.

—¡Vamos!—respondieron éstos.

Y partieron, dejando sin su tono aristocrático a la sala del Casino.

Los viejos empezaron inmediatamente a bostezar y quejarse del reúma.

Dos jóvenes formaron su partida de ajedrez junto a la estufa, asistidos por tres más, de mirones.

—¡Atiza esa lumbre, Quintín!

II

Con sus amigos, el juez y otros grupos de jóvenes más jóvenes, esperaban en el atrio. Sólo volvían a meterse en el templo para oír el coro de muchachas, el Ave María, cantado por Margot como un arcángel, y el sermón.

La gran pluma verde de Emeria no estaba aún (habíanlo comprobado) entre aquella ola de sombreros, que preferían el frente de la puerta. Y se la vió llegar : la pluma verde.

—¡ Emeria !

Llegaba rezagada, con su madre.

Athenógenes, Teodoro y Marcial hicieron calle frente al muro. Cruzaron ellas, fueron galantemente saludadas y saludaron a su vez, con miradas preferentes a Athenógenes. Marcial había tratado de estudiar el saludo de Athenógenes. Era un modo especial de descubrirse, de girar el sombrero a la derecha, alzando el codo. ¡ *Chic* de veras !... O *sic*—que tampoco estaba cierto Marcial de cómo se decía.

Las vieron perderse en la cancela. Auténticos

los terciopelos y joyas de la madre. Sin *trampa ni cartón* las sedas y brillantes de la hija. Y guapas ambas, hasta el punto de igualdad, sobre sus naturales diferencias de juvenil esbeltez y de matronesca frescura, que el juez, a no ser por sus miras de instalarse, de casarse, habría dudado mucho entre las dos.

De la mamá, viuda viajera impenitente a playas, a Madrid, a sus asuntos de arriendos y de minas, unas veces sola y las menos por la niña acompañada, contábanse historietas tan vagas como múltiples; pero en rigor, nadie podía señalarle un amante, un preferido, en esta minúscula ciudad timorata y pagada de conveniencias. ¿Era realmente una lista aventurera que sabía y podía «guardar las formas» (¡oh!, subrayaba aquí el *inverso equívoco* Teodoro), o sólo tal vez una «cosmopolita» cuya despreocupación de ademanes y de charla la vendían como informal?... En todo caso, sus buenos miles de duros le afianzaban el respeto de las gentes y el segundo puesto de la estimación general... porque el primero por su honradez y sus millones correspondíale de derecho a Margot y a la familia de Margot. ¡Bah!, sí, ¡esto, indiscutible! Margot, ligeramente menos linda que Emeria, era imponderablemente más honesta, más pura y angélica de corazón y de alma; y su padre, senador y máximo cacique.

—¿A que no saben ustedes el último golpe de Emeria?

—¿Cuál? ¿Qué?

—¡Venga, Marcial!

—Hombre..., ¡es un poco fuerte! En secreto... porque es un poco fuerte... Aparte de que, como fué conmigo, que soy casi pariente y la trato desde así..., la confianza lo disculpa.

—¡Venga! ¡Venga!

—Pues nada, esta tarde, tocaba ella el piano y entré, púseme detrás a oírla, volviéndole la hoja. Por el espejo advirtió lo fijamente que yo le miraba el cogote... ¡No sé si habréis notado que tiene unos ricitos rubios que encantan! «¡Qué miras ¿Qué piensas?» preguntó de pronto, cesando de tocar y girando la banqueta. «¡No, no te lo digo! contesté; ¡me tendrías que dar un bofetón!» «¡Pues dilo!» «¡Que no!» «¡Que sí!» «¡Que no, mujer que es... una barbaridad!» «¡Pues la dices o no habérmela anunciado!» «¿Y no te enfadarás?» «¡Según, porque tú eres muy bruto!... pero, ¡venga!» «Bueno... pues viéndote el pelo de la nuca, estabas haciéndome pensar... si lo tendrás tan rubio en los sobacos!...» Me clavó los ojos, irritada; optó por sonreír y volvió las manos al teclado susurrando con clara vocecita pudorosa antes de seguir los valses: «¡Un poquitín menos rubio!... ¡Pero qué brutísimo y qué reteexcusado que eres, hombre!»

—¡Jo, jo, jo!... ¡La niña!—admiró Teodoro a carcajadas.

—¿Veis, después de todo, qué ingenio?—atenuó el casi pariente—. ¿Veis qué mezcla de pudor y de malicia? ¿Qué te parece, Athenógenes?

—¡Un poco fuerte... un poco fuerte, Marcial! —repuso el juez, bien apurado entre sus intentos de boda con la chica y las dudas de que fuera... una cualquier cosa. En su pensamiento cobró Margot mayores devociones... ¡Margot, la millonaria! ¡La ideal y la difícil! ¡La que no se le presentaba, al menos, tan *clara* como Emeria, por lo que no osaba decidirse a cortejarla, con el riesgo de un rechazo y de quedarse sin ninguna!

¡Oh, Emeria, más bonita y rica, hija única de viuda, cuya mitad del capital él poseería inmediatamente! Sin embargo, sabiendo que no desconocían estos amigos sus intentos con Emeria y que él antes dejaría que lo matasen que cometer una bajeza, una indignidad... antes que casarse con ella por los cuartos a costa de la más leve concesión al indecoro... érale dable suponer que, en realidad, Marcial no le diese al incidente sino el valor de una gracia... de un «rasgo ingenioso», que más hablara de la dúctil y elegante educación de la chiquilla que no de su fondo perverso. Y para saberlo, en vez de pedirle al amigo hecha su opinión, prefirió inquirirla con el sesgo sutil de otra pregunta:

—Oye, Marcial... y tú, ¿qué crees?... si en lugar de contenerte en el vello del sobaco... le hubieses nombrado, con descaro... el otro... (porque

claro es que esa fué tu intención, por ella adivinada)... ¿te habría contestado lo mismo?

Inmediato y decisivo el efecto. El semipariente protestó con gravedad:

—¡Hombre, no!... ¿Veis? ¡Ya me pesa el habéroslo contado!... Ni confianza ni música: una indecencia, y entonces sí que me larga el bofetón y llama a su madre y no vuelven más ni a recibirme.

—¡Hombre, sí!—apoyó en el mismo tono Teodorito, que era, aunque aturdido, bondadoso e hidalgamente justiciero—. La niña tiene *cosas*... pero ¡nada más! Nadie hay en este pueblo que pueda decir contra ella ni tanto. Vamos, de su formalidad... de su verdadera conducta, ¡a pesar de sus cuatro o cinco novios y sus rejas! Con decirte, Athe, que a mí mismo me dejó porque dice que estoy loco... Si no, ¡vaya si me caso!

—Y a mí porque cree que soy «muy bruto»; o lo que es lo mismo, como me escribió desde Caldas: «materialote y descarado»—confesó Marcial—. Y a Segundo Jaime, porque dice que es muy feo; y a Román, por chico... ¡Es una romántica!

—¡Y una caprichosa! Pero en cuanto a su honra, a lo que se llama su honor, apreciadísima. Justamente creo que así es como se prueba una mujer, ¡qué demonio!

Hubo un silencio. Encendieron un pitillo, y el

joven juez se alzó el cuello del gabán porque hacía frío, y era hombre él que se cuidaba.

Luego, ya satisfechos los dos amigos de haberle establecido bien la reputación de Emeria al forastero, no vieron el menor inconveniente en proseguir celebrando las frases y las gracias de la rubia ingeniosísima. Montaba a caballo, y una tarde se cayó en su dehesa, luciéndole el pantalón a los pastores: ella lo contaba, luego, celebrando con risas el lance y la ruborosa torpeza de los pobres hombres cuando quisieron levantarla... Otro día, en una excursión campestre «borrical», ella llevaba una burra, y el simple de Bonifacio Tul, un garañón que iba alborotado. «Arre, burra!», trataba Emeria, adelantando a los demás, de alcanzar siempre a Bonifacio, por amolarle..., y había que oírla referir con qué gedeónica sandez pedíala Bonifacio que no dijese *burra*, al menos... «que no dijese *burra*... a fin de no *recordársela* al jumento!»

Además, en lo que ambos podrían contar, como tales novios, de la reja, fuera no acabarse: siempre tenía una burla oportuna, de audacia en apariencia, de discreta eficacísima defensa en realidad, para cortarles a todos en su misma iniciación cualquier atrevimiento... Al que pretendía besarla, le sacaba una muñeca: «Anda, besa ahí... ¿qué más da? Te advierto que yo la quiero más que a ti y que la doy mil besos cada día.» Les encajaba, quieras que no, la muñeca, y les obliga-

ba a besar, hasta cansarlos, los que llamaba ella «sus besos delegados»... Y lo más gracioso aún era que los pobres novios no tenían por qué tomarse la molestia de jactarse de estas... concesiones, porque se lo espetaba ella la primera a todo Cristo en las tertulias.

—¿Comprendes, Athe—dijo ahora Marcial—, que Emeria nos resulte una extraña virtuosa muy terrible?... ¡Oh, sí, es una *fresca*... de pico! Nada la asusta: como a éste, que antes deseaba que viniesen ladrones. También ella, la otra noche, viende un *Nuevo Mundo* con el retrato de *Trianero*, que, como sabéis, es guapote y es el que aseguran que anda por aquí, soltó en casa de Margot y delante de todas las muchachas asustadas: «¡Ay, hijas, pues a mí no me importaba que me llevase este hombre!» Y señores, lo peor, ¡ved lo que son las mujeres cuando una hace la guía!..., lo peor es que acabaron la mayor parte por hallar elegante y fino al forajido... ¡Discusión de media hora contra mí y contra Vallés: se lo podéis preguntar!

—De modo—comentó Teodoro únicamente—que va a resultar que estamos todos deseando que vengan los ladrones... Sólo que yo, Marcial, no es... *de pico*, ni para que me *lleven*, sino para cargármelos si puedo.

—Hombre, ¡claro!, ni comparación...

Se oyó el Avemaría. La orquesta la preludiaba. Entráronse los tres.

La voz de Margot llenaba el templo.

Y Athenógenes, recibiéndola en el alma como una fascinación, y recibiendo como otra fascinación de sus ojos las francas y entregadas miraditas de Emeria, luchaba con sus indecisiones, no sabiendo por cuál de ellas resolverse.

III

La Prensa, apoyada en gubernativas afirmaciones absolutas, había desmentido que en la provincia de Badajoz estuviesen ni hubiesen estado nunca los bandidos. El *Pernales* seguía por junto a Carmona ; y al *Trianero,* la Guardia Civil acababa de batirlo en Huelva. Rateros harapientos, en suma, los que engendraron la alarma ; hambrientos infelices que robaron mulas y bellotas tiempo atrás.

La tranquilidad reflorecía. El principio de una primavera hermosa llenaba de gente estos campos. Los cazadores del perdigón salían al alba, y al anochecer, solos, sin temor alguno ya a los forajidos. Las carreteras tornaban a animarse con los automóviles, con los carruajes en que paseaban su alborozo las muchachas, con los caballos tordos, negros, blancos, con las bicicletas.

Grú... grú... grú...» avisaba atrás un automóvil.

Era el *Dion Bouton* de Marcial. Segundo Jai-

me, que iba en su faetón con Athenógenes, apartó la jaca a la derecha.

—¡Adiós!

—¡¡Adiós!!

—Arsa... ¡qué rayo!

Segundo y el juez se quedaron entre la nube de polvo y gasolina. No conocieron a los acompañantes de Marcial, por las caretas.

—Irán a Badajoz.

—O a la feria de Alburquerque.

Caminaba despacio el faetón. El objeto de Segundo esta tarde cifrábase en confidenciar con Athenógenes. El, último novio de Emeria, que le dejó sin motivo, «la seguía adorando como un asno», según propia confesión. Sabía, lo mismo que los otros íntimos del juez, las vacilaciones de éste con respecto a Emeria y a Margot; y sin confesarlo, reconocía que los ojos de la ingrata, durante toda la novena, habían sido sobrado cariciosos para el temible rival.

—Bien—reanudó sus confidencias, apenas ocultando el egoísmo de pasión que le guiaba—, pues yo te afirmo, Athe, que exageran ésos en lo de la impasibilidad y las dificultades de Margot. Frecuento su casa, como sabes, y sé que le gusta hablar de ti. Su padre también te tiene en mucho; no sólo porque con el tuyo es compañero de Senado, sino porque le haces falta como juez, y porque admira tu elocuencia desde la discusión del Casino. ¿Qué? ¡Que es rica la muchacha!... ¿Aca-

so, Dios, no tienes tú con tu carrera y tu familia un brillante porvenir?... ¿Qué más quieren?

—Aparte—puntualizó Athenógenes—de que tampoco deja uno de tener donde caerse muerto.

—¡Ea! ¿no ves...? Que ¡vaya, lo digo! yo que tú... Margort, sólo Margot... ¡y te la calzabas! Lo que hay, y valga esto por secreto, es que te teme Marcial, porque la quiere..., porque es él, desde hace mucho, quien abriga la esperanza de esa boda!

—¡Hombre!

—¡Oh, si ella le hubiera hecho caso alguna vez! Pero a él, y a otros tres o cuatro, les mantiene en ilusión el estar todos lo mismo. Margot nunca ha aceptado de nadie relaciones.

—¿Y eso por qué?—se apresuró a indagar el forastero—. ¿No es chocante en una mujer de veinte años? ¿No será que no entre en sus cálculos casarse... o que la reserven para un matrimonio de familia?

—No. Es que es formal. La muchacha más buey más sencilla de la tierra. ¡Un ángel, en una mujer de primerísima! No quiso novios por no tontear como las otras; cuando se resuelva, será cosa de saber lo que se hace y de no perder el tiempo, estoy seguro. ¡Ah, si fuesen todas así!

Esta lamentación, tras los férvidos elogios, hizo que se acordase Athenógenes de Emeria. Cierto de su ventaja sobre Jaime, y deseando completar de ella los informes, deslizó:

—Qué, Emeria... ¿es algo más loquilla?

—Hombre, como loquilla en el sentido malo, no. Pero, en fin, le gusta divertirse... y dice cosas... tonterías, y ha tenido novios..., novios, ¡antes que yo! No obstante, juraría que es a mí al que quiere... por más que estemos reñidos y ella juegue a darme rabias con... otros, y sería capaz de apostarme la cabeza a que solamente se casa conmigo.

Athenógenes, advirtiéndole el acento de fieros disimulos, comprendió que era un celoso—un terrible celoso quizás—. Mas no era él, en cambio, hombre que se atemorizase fácilmente, y le preguntó con ironía:

—Pues di... si mira a... *otros*, ¿cómo sabes que te quiere?

—De una muchacha—repuso Jaime—¡eso se sabe siempre cuando se la ha hablado un año por la reja!

Su tono esta vez fué definitivamente fanfarrón, alabancioso—cual si guardase un secreto *de los que obligan* de veras.

El joven juez le acosó:

—También la habló Marcial por la reja, y Román y Teodorito!

—Pero es que hay rejas y rejas... y modos de... ¡Oh, amigo! ¡Permíteme que me calle!

—¿Te dió a besar la muñeca?

A la afable burla, Jaime respondió excitado:

—Me dió a besar... o a no besar... ¡lo que a nadie!, ¡lo que ahora mismo pongo el pescuezo a

que...! Oye, escucha—se atajó de pronto—, debo callar y me callo. No es que afecte a su honor seriamente lo que aludo; pero sí te probaría, si lo supieses, que ella quiere a aquel a quien le concedió tales favores. ¡Y hablemos de otra cosa!

Le dió un fustazo a la jaca, que en su libertad había acabado por pararse a comer ramas de un tronco, y Athenógenes respetó delicadamente la tardía prudencia del amigo. El uno dedicábase a guiar. El otro, mirando cómo al trotar erguía la breve cola el caballo, a deducir sobre una proporción entre la fealdad de Jaime y la gentileza de Emeria, la posible gravedad de los favores. ¿Serían de tal índole que se la imposibilitasen a él? ¡Cuán lejos el bello juez se encontraba, con sus designios de boda, de honorable establecimiento, cuyas bases tendrían que ser la pureza de un cariño y el sólido resplandor digno de una posición que aún más abrillantase la suya... del furtivo cazador de dotes. La indecisión le seguía. Margot, sí, más adorable, más noble; pero problemática. Emeria, más salada como mujer, y ofrecida enteramente. No había por qué descontar a ésta... aún. El celoso, por vanidad, y «porque se la dejasen libre», abultaría probablemente el valor *de los favores*. ¡Le adivinaba! Descubríaselo, asimismo, la ruptura de relaciones por la propia Emeria... ¿es que tan sin más ni más una mujer despide a un novio que «la ha comprometido»?

Sonó otro coche, del [illegible] oído desde el faetón

hasta ya casi alcanzado por la cascabelería de la jaca, y al volverse los jóvenes vieron la victoria tronco miel en que venía Margot con su madre. Emparejáronse un momento, y al saludo y a la atención clavada de Athenógenes correspondió Margot con una larga sonrisa. Eran muy veloces los caballos miel, y se adelantó la victoria ; mas no sin que una sombrilla cielo se alzase un poco y sin que unos ojos cándidos y grandes volviesen a mirar.

—Vaya, ¿lo ves? ¿Te convences?—dijo contento Segundo.

Y contento, loco al fin el juez, de alegría, porque ciertas sonrisas de bocas que no suelen sonreír son una entrega, se limitó a responderle :

—¡Arrea! ¡Síguela, Segundo!

La jaca trotó y galopó no lejos de los caballos miel toda la tarde. Unas veces los seguía, otras los pasaba ; y cruzábanse miradas y palabras y cumplidos un instante entre la victoria y el faetón. Si el haber sido vistos al regreso el bello juez y Margot, en juego tal, por todos los demás coches, no hubiese sobrado para extender en los días siguientes la nueva de que ambos se gustaban, habría sido bastante Segundo Jaime, que se encargó de irlo diciendo, y a «su ingrata» la primera.

Las amigas dábanle norabuenas a Margot. El bello juez, el *Angel caído*, según le nombraban todas dulcemente (porque además de parecer un ángel rubio, sabíase que en León, por hablar con

una novia, se cayó desde un tejado), no había vuelto a pasar por la calle de... la *otra*.

Margot defendíase de tales plácemes, ruborosa y encantadamente, no porque rabiase *la otra,* pues no era vanidosa ni tenía por qué entablar rivalidades, sino porque le gustaba el juez... ; porque la enamoraban del juez la belleza, la finura, la elegancia... ; porque sabía que también a sus padres les placía del juez el talento y sus dotes de mundo insuperables... Y el nombre del juez, reservado de amigas en sus labios, secreto en el corazón, le sonaba a música divina : Athenógenes Aranguren de Aragón... ¡ Digno del de ella ! Margarita Rivadalta de Figuero... No, no compondrían sino muy bonitamente, como las dos personas mismas, en pareja... Y se reía, se reía acordándose de cuentos o de historias que corrían sobre algunas bodas imposibles, sólo por los nombres ; por ejemplo, el tan sabido de un Cilla con una Mier, que resultaría para la pobre esposa *Mier de...* ¡ qué barbaridad !

Pero un día, a los bien pocos, ya no pudo esquivarse a los plácemes de nadie. En plena calle Campoamor y en pleno anochecer, los había visto a la reja todo el mundo.

No eran gente que buscase sombras, y justamente daba el foco de *El Aguila Real* frente a la ventana. En el cuarto de hora que Athenógenes hízola escuchar su gentil declaración, pudo por primera vez gozarse en contemplarla cerca y a su antojo. Era una cara de paz, de nobleza, de pureza... un

poco redonda, entre los obscuros y abundantísimos rizos del helénico peinado, y blanca como una hostia. Ligeramente cortada la nariz; los ojos grandes, enormes, de una inocencia apasionada que chispeó en algunas frases; y la boca aristocrática. Su cuerpo... ¡ah, su cuerpo, sobre todo!... En esto llevábale ventaja a Emeria... : una candorosa poderosa estatua de macizas esbelteces, de elásticas y flexibles gallardías...

IV

Llegó el perro ladrando, terrible, y uno de los jinetes le descargó un latigazo. Gimió el perro; pero mordió más enfurecido los corvejones del potro. «¡Mata ese perro!», mandó el que delante cabalgaba, y a la orden, el de atrás, eligiendo bien el sitio, gracias a la clara luna y a la ceguedad del animal, lo atravesó con el chuzo.

El perro quedóse agonizante en el camino.

El potro, la yegua y las dos mulas armaban poco ruido en el polvo.

—¿De modo, *Rascao,* que el guarda...?

—Er guarda, ahí, en la cazita. Laz majadaz eztán ar lado allá der río, a má e media legua, y no verán ná loz paztorez manque ze arme fregao. Loz zeñorez en la finca, allí... y en er bajo el aperaor y tres mozos.

Desde los últimos olivos vieron por la loma la casita del guarda, la alameda, y en lo alto la casa principal con seis balcones, entre la corralada y el jardín.

El jefe se apeó. Los otros le imitaron.

—¡Atai aquí las bestias!

Las bestias fueron atadas a los troncos. Revisó cada cual en su cintura sus pistolas, sus cuchillos; requirió cada uno su escopeta, exceptuando el *Rascao*, que sólo llevaba armas cortas, y avanzaron.

Olía a tomillo. El rocío del hierzabal mojábales los pies. El jefe vestía coquetamente gorra de liebre, marsellés, faja carmín y polainas.

—Niños, ¡ojo!—previno—. Si se pué no matar, no se mata. ¿Pa qué?

Llegaron a la caseta, y se apostó tras la esquina con el *Raigón* y el *Obispo*, mientras llamaba el *Rascao*.

El guarda despertó:

—¿Quién va?

Salía su voz a través del ventanillo, y el *Rascao* corrióse un poco:

—Zoy yo, señó Gabrié... ¡Levánteze! Zoy yo, er escardaor Damián, que ha extao eztoz díaz con oztedez.

—¿El andaluz?

—Zí, zeñó; er mezmo. Que me afuí pal pueblo ezta mañana, de pazo pa mi tierra, como zabe ozté... y man dao un recao urgente pal zeñó. Yo creo que es un telegrama.

—¿Pa qué señor?

—Toma, pa don Amicanó Rivadalta... ¿pa quién va zé?

—Ya abro, hombre, ya abro. Aguate a que me

vista. Pero, de todas las maneras, qué raro es que te l'haigan dao a ti. ¿No había más quien lo trujese? ¿Y cómo estaba tú por la zuidad habiéndote dío par pueblo?

—¡Pues ezo, zeñó Grabié!... Qu'es der pueblo er mandao; y de la guardia ceví, que jué a veme a la posá, con esto de los laironez... Aluego se conoce que recibión er telegrama anochecío; y zabiendo ya que yo zé aquí, por ajorrarse traelo, m'han buscao de propio... ¡Vaya zi no hay ziete leguas, que a poco me pierdo cien veces!

Hubo una pausa. Lo más difícil de la diplomática misión quedaba hecho. Se oyó al guarda conversar con su mujer, y luego la puerta.

—¡Trá cá hombre!—pidió Gabriel, tomándole el papel al *Kascao*—. ¡Cuarquiá despierta al amo a estas horas.

El *Trianero*, el *Obispo* y el *Raigón* escucharon que Gabriel volvía a cerrar con llave; es decir, que aprisionaba a su mujer y a los chiquillos, suprimiéndoles unos más que atar si acudían al *zafarrancho*.

Los dejaron alejarse treinta pasos, y como sombras de la sombra, por detrás de la vivienda, tomaron la alameda, que seguía de cerca y paralelamente la ruta de los dos. No había sacado escopeta Gabriel. Bien calculado el momento, a distancia igual de ambas casas, desviáronse a su alcance, con mañas de lobo, de cancho en cancho y de matujo en matujo.

—¡ Alto al *Trianero* !—le intimaron por detrás.

El guarda se volvió. Se vió apuntado por tres bocas de escopeta, al tiempo que el *Rascao* se le abalanzó y le sujetaba fuertemente. Su asombro, su pánico, le dejaron tan sólo proferir un grito prolongado y sordo..., un grito que se da ante los fantasmas. Y la cosa fué sencilla : el aterrado, el que más que sujetado era sostenido por el otro, en vez de bocas de escopeta tuvo en un segundo sobre el pecho tres puñales. Incapaz siquiera de pedir clemencia, le oyó al *Trianero,* que le asestaba un negro pistolón :

—Te vuela la cabeza si no hases tó cuanto te diga... ¡ y sin chistar ! No se trata de martratal a naide, ¿ estamos ? Tus amos serán sagraos pa nosotros, que no queremos más que *pasta.* Tú te allegas, llamas a quien puea abrí, y dises lo der telegrama... ; y en cuanti la puerta esté franca, s'acabó tu comisión. ¡ Arrea p'alante y a portase..., que de ti y de tos los probes somos amigos nosotros y ná desagradesíus ! ¡ Amárrale, *Raigón* !

Raigón le ató los codos, le empujaron, y echaron a andar tras él.

Acabaron de animarle y de instruírle por el resto del trayecto. Pero aún su voz temblaba, cuando tuvo que decir en la reja a que llamó por su indicación un bandido :

—Abre, Tanasio, que están aquí los siviles con un parte pa l'amo.

Un minuto después, Tanasio, de espanto ante

V

En la ciudad caía la nueva como una ceniza de volcán que fuese cerniendo el aire. Se supo por cien soplos, aun antes que llegase la familia, a las once. Desde el hermético landó, tirado por mulas de labranza, y no por los magníficos caballos, pasó a encerrarse en su mansión la familia consternada. Un grupo, en trágica manifestación silenciosa, siguió al coche, viéndolos entrar. La casa quedó con las puertas en duelo. El administrador recibió las visitas de cuantos fueron a testimoniarles el pesar, y a inquirir también detalles con una curiosidad conmovida y perversa.

Primero había corrido que los muertos fueron dos : el guarda y una sirviente..., y atropelladas todas las mujeres. Al fin, por las criadas mismas, que llegaron por la tarde en un carro, se aclaró que sólo murió la cocinera, ahogada por los trapos de la boca y a consecuencia de tener en la narices pólipos que no la dejaron respirar. En cuanto a atropellada, sólo lo fué la señorita..., la pobre señorita Margot—aun al alba encontrada co-

mo muerta y con inequívocas señales cuando llegaron los pastores.

La hirviente excitación que a todos causaba la desgracia en conjunto, con sus enormidades de audacia y de crueldad, en las calles, y en la plaza, y en los círculos, hizo que nadie al pronto reparase en la impresión tremenda que hubiera podido producirle al juez, como novio de la joven. Hablaban los más del juez, únicamente para transmitirse que había partido en automóvil hacia el sitio del suceso, con cuatro guardias civiles. Teodorio, en otro automóvil, y con otras dos parejas de guardias, le acompañó. El objeto era poner a la benemérita con toda rapidez cerca de donde pudiesen empezar la busca de los forajidos —que resultaban trece, según las referencias.

¡Horrible! ¡Horrible!... El cadáver de la cocinera llegó a las cinco y doce. Y fué el joven Morcillo, escribiente de notario, que ordinariamente pasaba para todo el mundo inadvertido, quien hoy, como único corresponsal de la Prensa madrileña en la ciudad, anotaba exacto los detalles. Celebró entrevistas con los que fueron llegando de la dehesa, y habíale expedido ya largos despachos al *Heraldo*. Los grupos le interrogaban. El se desentendía, corriendo con sus cuartillas al telégrafo. El lápiz lo llevaba en la mano también.

Mas no sólo el *Heraldo*, sino toda la Prensa de Madrid, trajo la extensa y más que ingenua in-

formación del escribiente. Tras de relatado el asalto y descrita en varios telegramas las escenas de pillaje, llegaban las de violación: Los terribles bandoleros, no contentos con el festín que celebraron en el comedor de la suntuosa vivienda, quisieron completar su obra de iniquidad ultrajando a las mujeres. Cuatro o cinco volvieron al piso inferior, donde habían dejado atadas a las tres sirvientes, y mataron a una y violaron a dos. Tres o cuatro saciaron sus deseos bestiales con la mujer del guarda. Y en fin, algunos, sin respetar siquiera la pureza y el honor de la honorable familia, dirigiéronse a las habitaciones principales, donde en castos lechos yacían inermes los virginales pudores de un ángel y de una santa matrona.»

Esto causaba el público estupor. No eran lo mismo las cosas comentadas secreta y fragmentariamente que en letra de molde. El escribiente recorría los círculos, orondo con la importancia de su corresponsalía.

Pero otro telegrama, a seguida, y de dos horas después, decía urgente:

«Acabo de hablar con las criadas que vuelven del cortijo, muy bellas, por cierto, y debo rectificar mis últimas noticias. Ni ellas, ni la mujer del guarda, ni la muy respetable esposa del excelentísimo Sr. D. Nicanor Rivadalta, sufrieron ultraje personal alguno por parte de los forajidos. La única víctima de estos miserables, en tal concepto, parece que cobra una mayor aureola de marti-

rio con la grandísima piedad que a la ciudad entera le infunden su delicadeza y su desdicha.»

¡Bravo! ¡Se felicitaba al escribiente! ¡al corresponsal! ¡Muy bien contado todo, y con buen estilo!..., y el escribiente, perdonado de oficina, se pasó la tarde en triunfo, en héroe, ampliando picantes pormenores que suprimió el *Heraldo* en lo relativo a cómo encontraron los pastores a la joven, y fumándose uno tras otro los puros de a medio real con que a porfía le agasajaban.

Al anochecer recibió un premiosísimo recado de Rivadalta.

Desde la casa del prócer se le vió ir muy triste al telégrafo, y luego desapareció.

Al otro día volvían a traer una rectificación importante el *Heraldo* y todos los periódicos:

«Por culpa de las inevitables exageraciones con que ayer fuí recogiendo las noticias, incurrí en algunos graves errores de información, que hoy desmiento en absoluto. La banda de malhechores no cometió ni intentó comenter ningún acto de impudor contra mujer alguna de las que estaban en la finca.»

El telegrama defraudaba en no poco el interés de la catástrofe. El corresponsal se sumió en su notaría. Todos comprendieron el motivo de la entrevista aquella con Rivadalta, o con el grave administrador, y se dividieron los juicios. Unos, apoyados en lo que para dejar más depurada su virtud pregonaban con respecto a la señorita Margot

las dos criadas, afeábanle al gran cacique el haber hecho que Morcillo desmintiese un hecho tan notorio. Otros no hallaban *tan notorio* el hecho, en verdad, y sostenían que únicamente y mejor que nadie lo sabrían la interesada y su padre, que hacíanlo desmentir. ¿Iba a estar el honor de una familia a la merced de un pelagatos?... Además, encontrábanle a los primeros telegramas, releyéndolos, y sin contar con lo que les quitó discreto el *Heraldo*, un sin fin de tonterías... como *inermes*... y *virginales* pudores de la niña y la *mamá*.

—¿Qué?...—resumiendo se preguntaban, sin embargo, hasta los más graves y sesudos—. ¿Había sido Margot ultrajada o no?... ¿Podría ni siquiera dilucidarlo el juez con la declaración de los pastores?... Porque éstos a buena cuenta sólo aducirían que la hallaron en el lecho descubierta y desmayada..., con señales, que lo mismo podían ser de una violación que de un estado fisiológico. Y ante la duda, ante la duda tremenda que para el juez y para ellos quedaría por siempre insoluble, acudía a sus pensamientos, por primera vez, la idea de Athenógenes como tal novio de Margot...

¡La idea del pavoroso conflicto moral que se les echaba encima a los dos enamorados!

VI

Por lo pronto, el juez, así que salió del tráfago de los primeros días, pensó en procesar bonitamente a Morcillo, por calumnia. Nunca nadie podría decir más oportuno (si Margot, la ideal Margot, fuese mujer al alcance del desdichado escribiente) aquello de... *imposible la hais dejado para vos y para mí.* Procesarlo y reventarlo con los rigores de la ley. Pensó después que los procesos por calumnia sólo se siguen a instancia de parte; pensó que estos castigos de los delitos que afectan a la honra son demasiado leves con relación al irreparable daño que causan, y resolvió —señorito él de los que bajo la apariencia delicada guardan músculos de hierro—prescindir de su personalidad jurídica, considerarse como novio nada más, y aplicarle rápida y expeditamente el correctivo.

Al efecto, le buscó una noche y le dió seis puñetazos y cuatro o cinco puntapiés... Luego, entre el acogotado contra la pared de la calleja y el indignado vengador vinieron las explicaciones

Morcillo, con el pañuelo en la nariz para recogerse la sangre, y tentándose la espinilla y un chichón de la frente (creía que habíale pegado con llave), alegaba que él se limitó a recoger lo que dijeron todos aquel día; que había dado las noticias en lo referente a Margot, con toda clase de piedades y respetos, y hasta sin nombrarla; y que, por fin, nada dijo absolutamente.

Y el buen corresponsal, prometiendo no meterse en nuevas aventuras, se fué a su casa con el pañuelo en las narices, cojeando, e incapaz de comprender cómo hubieran podido incomodarse todos éstos, después de haber él derrochado tanta poesía y tanta discreción en la supuesta desgracia de la joven... ¡Oh, sí, cuando el padre le llamó, bien sabe Dios que él iba pensando que sería para decirle: *Morcillo, estoy agradecidísimo a usted por el respeto y la bella forma literaria con que ha contado lo de mi hija en los periódicos*... En cambio, por las criadas, de quienes ni aludió a su previo estado de pureza, ni comentó elegíacamente la desdicha, suponiendo también que hubiera sido cierta, nadie sacó la cara. ¡Así es el mundo!

Athenógenes había tirado en sentido opuesto y cruzaba por delante del Casino. Vió grande animación a través de las ventanas. No se atrevió; no quiso entrar. Seguramente cortaría discusiones lamentables acerca de su novia. La honra de ella andaría de boca en boca de estas gentes, de

la ciudad, de toda España, *gracias* al correspondiente mentecato. Y si alguno osara interrogarle, tendría que proceder con él igual que con Morcillo. ¡Oh, el humor de una mujer, desde el punto y hora en que llega a discutirse!

Venció las ansias de saber qué se diría y se encaminó a su fonda. Allí, encerrado a las nueve de la noche, hízose servir la cena en el cuarto. Le daba ira que el buen nombre de Margot, de su adorada Margot, de su futura, de su tesoro de bondades y purezas, y que a él solo competía juzgar, estuviese irremediablemente sirviendo para públicas e idiotas discusiones. Dábale al mismo tiempo una plena conciencia de bochorno, de fracaso, el no haber sabido capturar a los bandidos..., el no haber acertado siquiera a cortarles el paso hacia comarcas distantes. Otra hazaña de ellos, de las que no dejan duda, acababa de indicarlos en Sierra Morena, junto a Obejo. Y también ahora la audaz banda del *Trianero* le había robado a un personaje, cual si fuera su propósito ametrallar las tristes glorias del *Pernales* y el *Vivillo*.

Tomando el té, obstinábase una vez más en dejar bien definida su situación ante los hechos. Problema, en realidad, nada simple. Para enjuiciar, hasta la base faltaba. ¿Habían o no habían ultrajado la pureza de Margot? No la veía desde antes de irse al campo. Cuando se cruzó con el coche, en la mañana siguiente a la desgracia, re-

petó aquellas cerradas portezuelas; y en las declaraciones del sumario la dispensó de *comparecencia personal,* por cortesía.

Su padre y su madre, con todo pormenor, depusieron sobre el robo, pero sin formular queja de otra índole ni aludir a nada más; y ni los criados ni la gente de los chozos, que, según el público rumor, había sido la propaladora del delicadísimo incidente, dijeron de él ni una letra. Fué inútil que *el juez,* ya prevenido, y con el afán y el tacto que puedan suponerse, tratara de inducirlos en sentido tal: o no era cierto, y sí obra inicua de un malvado (¡de alguno de los fracasados pretendientes de Margot!), o tenían ya repasada por el amo su lección de prudencia los testigos.

De prudencia, sí, después de todo—él lo comprendía—. Porque realmente a nada práctico habrían de conducir reclamaciones legales de esta clase contra hombres cuya pena no podría agravar ningún delito... ¡carne de horca!...

Don Nicanor, pues, hizo bien. Y ésta era «la verdad oficial»—que nada le decía a Athenógenes de la *verdadera realidad de la verdad.*

En la duda, en la espantosa duda, Margot se le ofrecía con alternativas bien tristes, pero bien distintas entre sí, de una virgen purísima en cruel martirio de calumnia, o de un ángel en horror y en tormento de impureza y de mancilla, con las alas rotas..., con las blancas alas plegadas por el zarpazo de un monstruo.

Habíala él manifestado delicadamente su pesar en una carta, y ella le contestó a los tres días con otra digna y breve, en que la emoción se contenía en la gratitud, pero delatada en el papel por huellas de lágrimas. Tampoco, claro es, la carta de ella le resolvía la duda—y menos esta segunda, recibida hoy, en no muy presurosa aunque sí muy sentido respuesta a la segunda de él, y en las que ya ninguno, por piadoso olvido hacia lo ingrato, aludía siquiera a la horrenda noche.

La casa de ella permanecía cerrada. ¿Por el susto, que aun tuviera a Margot y su madre sobrecogidas y nerviosas, o... por pena inconsolable de... *lo irreparable*?

No recibían ni a las amigas más... íntimas. Exteriormente, la vivienda, con sus puertas y ventanas en tijera, su silencio siniestro, asemejábase a una mansión luctuosa de donde se ha despedido a un sér querido para siempre.

¡Todo enigma, en fin, frente al apasionado por tanto ambiente de tragedia, y alrededor de la enamorada y trágica infeliz! Porque era indudable: no sólo aquel dulce charlar en la reja y los paseos, de los primeros días de relaciones, habíales dado una compenetración de almas perfecta; no sólo aquella correspondencia dichosa que le sostuvo ella desde el campo, en que las cartas de tres o cuatro pliegueecillos perfumados se cruzaban diariamente; no sólo aquellas dos visitas de él en coche, con Segundo Jaime, que le permitie-

con verla y hablarla idílicamente entre encinas, les había encendido la plena simpatía de amor ancho, profundo, sereno como un lago, sino que, para aumentárselo hasta una tensión irresistible, había surgido una catástrofe poblada, con respecto a él, de melodramáticos misterios!

Y, sin embargo, él, que como juez debía conformarse con la «verdad oficial», como hombre de corazón y como caballero tenía derecho a la verdad completa—cualquiera que ésta fuese, y aun suponiendo que la una con respecto de la otra hallárase truncada.

Preguntárselo a Margot por carta y aun invitarla a explicarse con vagas alusiones, era imposible. Abrir una especie de subrepticia información con sobornos de pastores y criadas, indigno. Mas... ¿por qué el padre de Margot, sabiéndole novio de ella, no pudiendo alegar tampoco ignorancia de lo que falso o verdad había pregonado la Prensa, y como caballero también, no le llamaba a su casa y hablábale particularmente?... Si era cierto, para quitarle a su silencio cuanto antes la complicidad resignada que de este modo cobraría; si no, para tranquilizarle de una vez, franco, leal..., pues dicho se está que habría de fiarse el hidalgo enamorado de la palabra hidalga de un hombre que por su familiar tradición y por su fama simbolizaba toda la hidalguía!

Sin embargo, también llegaba a un punto de incidencias que, aumentándole a él la confusión,

disculpaba la conducta de don Nicanor Rivadalta. Sus reservas quizás obedecieron al enojo y al desprecio que le inspirase *el juez,* el torpe juez que había dejado escaparse a los bandidos, el ilustre prócer había efectuado a Madrid dos viajes para recabar del ministro la captura, para ponerle a él a sus órdenes casi un tercio de la Guardia civil... de a pie, de a caballo...! y ¡oh, dolor!..., he aquí cuando se creía a los forajidos estrechamente acorralados por los mausers en los montes del Batán..., que saltan en Sierra Morena! ¡Había para que le menospreciase un hombre ávido de venganza y de castigo, y más si la ofensa miserable cayó en su honra!

Pero ¿y si, al revés, todo se redujo al susto, a la pobre cocinera muerta y a dos o tres mil duros robados? ¿Y si entonces, concediéndole don Nicanor al hecho, desde el punto de vista caballeresco, menos importancia, juzgase innecesaria e inoportuna cualquier rectificación particular, tras de la que públicamente exigió de Morcillo en los periódicos? ¡Oh, cuán sutiles, en verdad, estas cuestiones de honor!... Aun siendo evidente que la reserva del padre podía en recta lógica hacerle sospechoso de cómplice egoísmo, no lo era menos que una oficiosa satisfacción confidencial para con quien al cabo no tenía ningún carácter de «novio admitido oficialmente», y aun en el caso de que Margot no hubiera sufrido agravios, implicase el opuesto riesgo: el de dar a sospechar

que se humillaba ante el futuro yerno por recurso, por doblez... mintiéndole para atraparle bajo el honor de una palabra!

Volvíase loco Athenógenes. En último resultado, no le quedaba más que este mismo consuelo de no ser «novio oficial» todavía. Disponía de una cierta libertad, al menos, para esperar y proceder según el giro de las cosas. La nueva nota de escándalo que habría de significar en la catástrofe su ruptura con Margot, si fuese necesaria, tendría mucha menos importancia que si estuviese próxima la boda o él siquiera admitido en la casa por los padres.

Una sola verdad aparecíasele clara entre tantas dudas: de no haber tenido ya relaciones antes del suceso, libraríase de solicitárselas ahora, por lo que pudiera tronar.

Pero, ¡ah, qué dos cosas asimismo tan distintas el deber y el corazón! Si aquella idea de libertad le calmaba con respecto al porvenir, con respecto a su facilidad perfecta para esquivarle a su decoro toda sombra, de nada, en cambio, le servía contra la zozobra que Margot le ponía en el pecho.

¡Margot! ¡Margot! ¡La ideal y la adorada! ¡La infortunada tal vez!

Púsose de pie, cogió el sombrero y salió—como otras noches—a ver la casa de Margot.

Ya en la calle, evitó la de Pizarro para no encontrarse amigos en las puertas de las tiendas.

¿Qué dirían de su novia los amigos? ¿Qué de él y sus amores? ¿Qué murmuraciones y juicios acerca del honor de Margot, acerca de la delicadeza de él propio, serían las que cortasen los grupos tan pronto como él se aproximara?... ¡Ah, sí sí; el Casino dábale horror como un infierno en donde estuviesen sacando tiras de las honras!. Sino que ¿qué hacer?... ¡Así era el honor de cada uno! ¡Algo sin lo cual hay que morir y que de cada uno tienen y guardan o destrozan a su arbitrio todos los demás.

Llegó a la casa. Cogía entera la manzana, y complacióse en rondarla por la calle Hernán Cortés, adonde caía el dormitorio de *ella*!

Todo silencio, tinieblas. Athenógenes púsose a fumar y paseaba. Además, tosía. Si le oyese..., que sí le oiría... ; si quisiera salir a la reja un instante, en sus ojos de alma buena, inocentísimos, y con sólo el fulgor del cigarro, podría leerle lo que nada ni nadie más le podría decir , lo que hubiera pasado en el cortijo.

No había luz ni en las rendijas. Osó tocar en los cristales, tan inútilmente como en las noches anteriores. La aterrada debía dormir con su madre en otra alcoba.

¡Pobre Margot!

Se la imaginaba llorando, asustada, abrazada estrechamente a la mamá, con el terror del recuerdo de aquellos hombres negros y con el terror, aún más hondo y más frío en su misma pureza inma-

culada, de haber visto *su deshonra* en todos los periódicos.

¡Oh, claro! Una virgen de quien dícese que no lo es..., un ángel de mujer que estima su honor más que la vida... y que no puede demostrarle que es calumnia, calumnia vil, a toda España, más que con una rectificación sin firma siquiera, sin fuerza.

¡Bien dados, aunque harto pocos, estaban los trompazos al corresponsal! Deploraba no haberle roto de veras las narices.

Y volvía a pensar en Margot, que lloraría, que lloraría..., víctima de un mentecato que quiso darse tono telegrafiando sandeces.

¡Pobre Margot!

Fumaba, paseaba, y otras veces, figurándosela a través de la pared en los brazos de su madre, no podía dejar de figurársela también en el lecho del cortijo, visto por él en el honrrendo desorden que conservó por la mañana..., cortadas y anudadas aún a los barrotes del lecho las cuerdas..., lecho de castidad para los ensueños de un ángel... y que..., tal vez, sobre el ángel tornó un macabro asesino en revolcadero de impudicia...

Esto le partía el corazón, tal que si él hubiera asistido a la escena y el feroz criminal hubiérale dejado en el corazón el cuchillo al entregarse a la hazaña repugnante.

Esto, cual si él, de pie, inmóvil por terrible sortilegio, conservase todavía el cuchillo y fuese cier-

na la escena, hacía perdurar ante sus ojos el cuadro demoniesco... ¡Pobre Margot!

Pesábale haber tenido que contemplar aquella casa del cortijo, aquella muerta, aquel destrozo de muebles, aquella alcoba, sobre todo, que era el santuario profanado de su amor y su esperanza. . Y pesábale porque esto le prestaba una implacable viveza mayor a sus dolores. Quisiera no verla, y, despierto y dormido, veía la escena horrible como en un cinematógrafo infernal.

Margot, acaso apenas trasvelada al dulzor y entre las luces rosa de la larga carta que hubo escrito para él, y que él mismo halló al día siguiente en la mesita. Todo silencio en la noche. Todo amorosa calma en la casa. De pronto, golpes ; el guarda que, llamando abajo, la despierta. Luego, rumores sordos, algún ronco rugir que no supiese ella si era del viento, y luego, nada... Pero Margot, inquieta, vigila atenta en su cama, y no ha vuelto a dormir... Oye pasos, que bien pudieran ser de un gato, o papeles que arrastran no se sabe qué por las tinieblas, y algún tropezón de alguien contra un mueble cerca, en el oscuro corredor, la incorpora a las almohadas... Mira la puerta a la vaga luz del crucifijo, y un escalofrío debe correr por su nuca..., porque la puerta se mueve, porque la puerta es empujada por invisible mano... Después, ¡ah!, un espasmo de horror en los ojos y en la sangre : los dedos grandes y negros de la mano han cogido el borde de la puerta, y entre ambas

hojas asómase en silencio la hoja de un cuchillo y la espantosa cabeza de un ladrón.

Un grito, otros gritos fuera, de la madre, de su padre... ; más gritos abajo, por la casa entera, llena de bandidos..., y la infeliz se desmaya... ¡ Sí, fueron simultáneos los gritos, según las declaraciones ! ¿ Por qué tenía él datos tan exactos para reconstituir todo esto... ? Y Athenógenes, el *juez* hombre aquí y con casi una lágrima en los ojos, con la indignación y la ira en el pecho, seguía forjándose la visión tremenda en la parte también que todos tal vez le callaban... El asesino la ató, primero, los brazos y los hombros ; luego, los pies..., y al descubrirla..., al tocar con sus manotas coriáceas la carne blanca, la carne pura de la virgen... ; al contemplar brutal la hermosa desnudez de la pobre desmayada..., debió de fulgurar en sus ojos la codicia y en su boca sucia un beso... Al poco rato, Margot, la pureza, la hermosura entera de Margot, despertaría del desmayo, de miedo bajo el peso de la bestia... ¡ Despertaría ahogada por las barbas, por el monstruo horrible y repulsivo, por el contacto brutal que haría volver en sí de no importa qué desmayos de horror a toda honesta..., y, tras breve lucha de indignación y de locura, volvería a caer inerte en otro más hondo desmayo, en que al espanto se juntasen el asco y la ignominia y la vergüenza de quien va a morir en un doble e inmundo asesinato... de la honra y de la vida.

Que esto debió [illegible] no en orgía de lu-

juria de borrachos luego del festín... ; que sólo un desalmado, el que la ató, y no todos, había abusado de ella, decíaselo con bien triste consuelo al pobre novio el hecho de no haber sufrido atropello alguno las criadas... Una de éstas, en efecto, con el afán de desmentirlo al menos para sí, y con el incuidado y con el honrado impudor que sólo a ciertas educaciones les permiten ciertas pruebas, habíase hecho reconocer por un médico.

¡Ah, pobre Margot, pobre divina guardadora de pureza... para el abyecto desposorio de un criminal asesino..., sobre otra cámara donde yacía ya una estrangulada..., junto a otras estancias donde ella misma no sabría si estaban apuñalando a su madre, a su padre, que no la pudo defender!

¡Bah, sí ; le parecía a Athenógenes que de su Margot sólo quedó allá, en la finca, este espectro de desgracia..., y que esta otra real, que lloraba al lado opuesto de estos muros, era una especie de infeliz asesinada que unos brazos crueles del destino habían arrojado a un abismo!

La pena hízole alejarse de la casa.

Fué a la suya y se acostó.

... ...

... ...

Un día recibió el juez un anónimo : «Se sabe que sostienes vergonzosamente las relaciones con Margot. ¡Amigo, valen *mucho* sus millones!» Lo estrujó y lo despreció, dominando el como latigazo de nieve que le había tendido por los nervios. Pero

creyó que podría olvidar el cobarde escrito y al cobarde comunicante, y no fué así. Le preocuparon muchas horas. En resumen, vino como a probarle la pureza de su novia, porque el hecho de mostrarse alguien interesado en que no siguiese él las relaciones respondía al supuesto de que ese mismo *alguien,* a raíz de la catástrofe, hubiera sido *el inventor de la mentira vil.*

Otro día recibió otro anónimo. Este traía letra de mujer: «Está probado que eres un sinvergüenza, que no buscabas por Margot más que los cuartos. Antes, habiéndote casado con ella, lo podrías disimular. Ahora no, hijo, me parece.» Y era de mujer también el espíritu de la cruda injuria. Es decir, que coincidían los pretendientes fracasados y las amigas envidiosas de Margot. ¡Pobre Margot! ¡Cada cual sacaba de su honra un pedazo entre los dientes!

Le preocupó más esta vez. Veía con tristísima evidencia que, siendo pura o no siéndolo Margot, y desde el momento en que su honra no la tiene cada uno, sino que se la tienen las gentes, era una irremisible deshonrada. *Honra: concepto social*; pues bien, la pobre Margot lo tenía perdido, y aunque él, por íntima persuasión y generosidad de su conciencia, se casase con ella sin escrúpulos, no por eso sería menos verdad que él se casaría con un ángel, con una santa, con una mártir...; pero con una *deshonrada.*

Amargándole en grado mayor todavía la impre-

sión de esta verdad, tan absurda como innegable y formidable, él, que, como buen hombre de orden y como excelente abogado, era un casuísta, tuvo consigo propio que convenir en que había elegido a Margot, al llegar a esta ciudad, con propósitos de boda, no porque fuese la más bella de todas las muchachas ni porque fuese la más buena, aunque, al fin, esto hubiese resultado, sino por ser la más rica. Emeria, por ejemplo, superaba en perfección de cara a Margot, y aun más linda que Emeria, indiscutiblemente, era Paquita (beldad como de postal), la hija del humilde escribano de actuaciones.

Claro estaba que no podían en su elección tampoco reprocharse violentas concesiones de fealdad, porque Margot distaba más que mucho de no ser una mujer encantadora, y bien claro veía al mismo tiempo que el factor de su riqueza fué tomado en cuenta por una suerte de afinidad de rango..., por una indudable caballerosa idea de ennoblecer más sus prestigios, si cabía, con el fausto que da siempre la desahogada posición. ¡Culto exterior de otro culto interno de hidalguías! Pero por lo mismo, si una obligación de caballero hízole atender a tal nobleza, dominándole hasta los locos impulsos libres del corazón, otra obligación de caballero imponíale ahora el caso de aceptar o no aceptar lo que pudiera convertírsele en oprobio.

¡Ah, si las rígidas delicadezas de su respetabilidad, de su alta educación, no le impidiesen a

Margot que la reconociesen los médicos, igual que a la criada, colgando en plena plaza una tablilla!... Gran pena entonces (porque cada cosa de éstas le iban aumentando al bello juez la certidumbre de que ella estaba pura) para los fracasados pretendientes y las amigas envidiosas..., cualquiera de los cuales habría escrito el anónimo. Emeria, no; era una aturdida, a quien todo le importaba dos cominos: ya hablaba con otro forastero por la reja..., con un capitán de la Remonta; ya le estaría dando la muñeca a besar...

... ...

... ...

Otro día, la Prensa, con títulos de gala, trajo otra larga información, que fué para la ciudad de inmenso regocijo y cruel para Athenógenes. Los cuatro famosos criminales el *Trianero*, el *Rascao*, el *Obispo* y el *Raigón*, habían sido capturados junto a Córdoba.

¡Cómo comprendió el infortunado juez, casi pesaroso de sus golpes a Morcillo, la indiferencia del ajeno mal ante la vanidad de un triunfo resonante! De una manera inversa, hoy, antes estos periódicos, que le acusaban de torpe sin querer, él, sufriendo la tristeza de la suerte de otro compañero, hubiera dado algo por que no cogieran nunca a los bandidos..., así robaran y matasen a media Andalucía... Muy torpe, sí, muy torpe, y más estúpido que el corresponsal. Por haber contribuído él a afirmar que no estaban en Extremadura los cua-

tro malhechores, cuando estaban, además, en su distrito, se fué al campo la familia de Rivadalta, y ocurrió lo que ocurrió; luego, ni supo vengarla por su mano, aun hallándose interesado tan cordialmente...

. . . . . .

Y una noche, por la parte más oscura de la calle Zurbarán, y deferente, por último, Margot a las súplicas del novio, que ahogábase sin verla, que decíala en cada carta que necesitaba verla y hablarla para no acabar de creer, al no consentir sin motivo en ello, y por sus respuestas vagas y breves, que le iba perdiendo el cariño, ella consintió en salir a la ventana.

Fué una espera de ansiedad y fué un momento el de acercarse, cuando sonaron los cristales, casi fantástico, casi terrible..., como en quien va a mirar galvanizada una muerta en su tumba o a verla resucitada. Margot vestía de oscuro, y se mantuvo, como en espasmo y paralización de espectro, de pie, entre las hojas de la vidriera y en el marco de negro fondo, sin acercarse a la reja. Le tendió él una mano, y ella, al darle la suya y sentírsela estrechada..., lloró, lloró profusamente, doblando la cabeza al pañuelo que en la otra alzó. Athenógenes dió un beso de piedad en la pobre mano que temblaba.

No habían cambiado una frase aún, ni siquiera de trivial saludo, en la emoción profunda que a él hacíale respetarla el llanto. Pero, al levantar el

rostro la infeliz, el novio recibió toda la sorpresa. Estaba demudada y era otra. La velutina con que, quizá por gentileza, había querido ocultarle los destrozos de su faz, quedaba lavada por las lágrimas. Unas ojeras muy grandes, unos pómulos salientes, una boca seca, árida, cansada. Una tísica, bella, sí, más bella acaso que nunca, por el sufrir ennoblecida ; pero espectro..., espectro de sí propia. ¡Una vida arruinada, asesinada..., que se comprendía que no escribiese a quien tampoco ya pudo estarla escribiendo con reflejos inmediatos de su alegría y de su hermosura, sino aquellas líneas breves e inciertas!

Tuvo Athenógenes completa la visión de la horrenda noche, cuyo fatídico despojo en esta mujer se le ofrecía trágicamente a la triste luz de una farola de la calle, y, sin querer, le habló de los bandidos.

—¿Sabes?... ¡Los han preso! ¡Los ahorcarán!

Margot lloró de nuevo más inconsolable. Esta salutación de piedad, de noble ansia de venganzas que, al fin, dedicábala su novio, le había ido al corazón rectamente. Quiso el piadoso compartirle las penas, los recuerdos imborrables, y exclamó, tras un silencio :

—¡Cuánto sufrirías aquella noche! ¡Oh, Margot! ¡Mi Margot!

La vió en seguida temblar..., sintió que le retiraba la mano en una indecisión de convulsiones, y

quedóse él envuelto en el profundo respeto del horror de la infeliz..., sin saber ni qué decirla para no agrandárselo. La mano había ido a reforzar en el pañuelo, con la otra el vano empeño de atajar el llanto inagotable. La frente y los hombros habían tenido que apoyarse contra el bastidor de la ventana..., y se diría que iba a caerse...

—Pero, Margot, ¿qué te pasa?—acorrió, metiendo los brazos por los hierros, con el fin de sostenerla, el que un momento lo temió.

Sino que ya ella había recobrado por sí misma el equilibrio, y exclamó, tras otro instante en que contuvo los raudales de sus lágrimas:

—¡Vete, por Dios! ¡No estoy buena! ¿Lo estás viendo? Me mareo... Por eso no quería salir a hablarte... ¡Vete! ¡Estoy muy mal!

—¡Oh, sí, bien, mi Margarita!... ¡Pobre! Entrate..., y cuídate y olvida... ¿Quieres que avise en el portal a una criada para que te lleve?

—No... ¡Adiós!

Sin prisa, al fin, ella le cogió una mano y se la estrechaba con fuerza.

Se la estrechaba con fuerza, con fuerza..., con un frío en la mano suya y con una infinita avidez que heló a Athenógenes.

—¡Adiós! ¡Adiós!—repetía ella—. ¡¡Adiós!!

Y, lejos de soltarle, oprimíale más, toda recta y fija ante él, con una inmovilidad de mármol, hasta darle miedo. Tenía esto la traza de una eterna

despedida. Ni las lágrimas, que volvían a verterse en abundancia, eran capaz de quitarle su quieta, su intensa fijeza loca a aquellos ojos.

—¡¡¡Adiós!!!—le lanzó por última vez al invadido por la nieve que ella le había ido transmitiendo desde el alma.

Y se arrancó de un tirón en la oscuridad..., demasiado firme, demasiado enérgica..., sin haber cerrado siquiera los cristales.

El, contemplando el fondo impenetrable y tenebroso donde un momento hubo de marcarse el cuadro de luz de la puerta por donde huyó la infeliz, tuvo por otro instante el ansia de gritar..., ¡de llamarla!..., ¡de llamarla!... Luego giró, tomó la acera arriba y se afirmó plenamente en la conciencia:

«¡Sí! ¡Fué ultrajada aquella noche!»

Pero el ultraje, cuya persuasión absoluta le llegaba a través de tanto dolor de amor, de tanta dignidad, de tanta heroica nobleza, no podría él decir ahora si le consagraba más a ella para siempre.. ¡tanta era la congoja de su pecho!

Llegó a la fonda y le escribió, durante cuatro horas, una carta de franquezas ultrahumanas, en que prometíase con orgullo como esposo de la mártir, héroe él también.

Por la mañana, al despertarse, la rompió. Y le escribió otra de hábiles y frívolos cumplidos. La mañana volvíale su serenidad al pensamiento. Era

asaz trascendental para darla por bien resuelta en una hora de lirismos la resolución, que, de tomarla, aún más profundamente heroica y noble, habría de ser bien meditada.

Ya lo pensaría.

VII

Cansado el doctor Pardo (el viejo y bondadoso doctor de la familia) de recetarle a Margot antiespasmódica y bromuro, cansados los padres de ella de no ver en cuatro meses ningún alivio en la insomne, en la perpetua aterrada, habían resuelto llamar a un célebre especialista de enfermedades nerviosas madrileño, y éste acababa de dejar el coche que fué por él a la estación.

Rivadalta le recibió en el despacho, donde ya estaba Pardo aguardándole también. Quiso, no menos que a Pardo en idéntica ocasión, informarle previamente, y expresó, con la digna e impávida franqueza que exigían su afrentoso infortunio y el mal de su pobre Margarita :

—Doctor, recordará que asaltó mi casa de campo el *Trianero*. La impresión nuestra fué tremenda ; pero, sobre todo, en mi hija. En los periódicos leería usted que uno de los asesinos la ultrajó..., y es cierto, por desgracia. No podría el infierno mismo haber juntado más horrores contra una niña, y pienso que basten para determinar le-

siones graves orgánicas en el sistema nervioso más fuerte. Fíjese en la enferma. Aquí Pardo, que nos quiere, y a quien por tal razón acaso ciega el optimismo, obstínase en creer en los efectos de un gran susto, que, al cabo, hubieran de pasar; mi hija, sin embargo, naturaleza enérgica, capaz de haber ido reponiéndose de un trastorno funcional, se va agotando poco a poco. Debe de haber más que neurosis, más que un simple abatimiento moral de tan pertinaces consecuencias, aun con ser tan hondo el motivo. Degeneraciones medulares..., principio de tabes..., melancolía..., ¡algo!... Pasen a verla.

—¡Oh, bah, bah!—rechazó afable el buen Pardo, guiando al compañero—. ¡Visiones, señor de Rivadalta!

Pasillo adelante, admiraba la exacta fe de informador escrupuloso con que el gran senador les decía a los médicos el percance de su hija, como si omitiéndolo temiera que no bastase a explicar cualquier neuropatía el solo horror por los ladrones y asesinos. Además, hoy, escuchándoselo otra vez, acababa de sufrir una inquietud. Una inquietud, en verdad, que relacionaba de improviso con el abultamiento de vientre que iba notándosele a la joven... ¿Embarazo?... ¡Ah, y él que ni siquiera pensó en una contingencia tan posible! ¡El, que de tan absurda la idea de que la Naturaleza dejase germinar una vida en un ángel por el monstruoso crimen de un bandido..., ni remotamente habríala sentido cruzar por su mente!... Y aquí,

ya al pie de la salita en donde Margot y su madre esperaban, detuvo al famoso especialista y le previno, por si acaso, curando él propio su reputación en salud.

—Compañero, tengo para mí que la pobre niña ésta quedó encinta..., ¡de seguro! Tan horrible lo encuentro, que no he querido reconocerla ni indicárselo a los padres.

Entraron.

Quince minutos después, al padre, en el despacho, dejábanle firme el diagnóstico: «Estado de gestación».

Le consternó la noticia. Le anonadó. Le sorprendió—más aún que al médico al sospecharla rato antes—como una cosa real..., bien real, puesto que ambos la afirmaban en nombre de la ciencia...; pero absolutamente incomprensible... No movió ni un músculo de su faz, hombre que sabía guardarse dentro sus íntimas batallas. Le dió al ilustre neurópata mil duros, le dejó irse a una fonda y en cuanto estuvo solo abrumóse en el sillón y lloró...; lloró como lloran los hombres las catástrofes inmensas..., las desdichas insondables.

Su esposa le encontró llorando. Venía a saber el juicio del doctor..., y él se lo dijo en crudo, en un solo sollozo de llama viva de dolores, que le evaporó las lágrimas. Quedaba en sofocación de insensatez, y fué la infeliz doña María quien se llevó suavemente el pañuelo a los ojos para continuar un llanto de silencio.

—¡Sí!—dijo después—. ¡Me lo figuraba! ¡Nos lo figuramos..., también ella! No había querido decirte mis temores por ahorrarte tanta pena horrible..., inútil si no hubiese sido al fin verdad!

Mirábanse como en el fondo de un abismo de desgracia y de ignominia, y, sin hablar, transmitíanse su seco horror mutuamente. Era, en el lujo del despacho, la impresión de aislados, de contaminados, de condenados para siempre por una lúgubre fatalidad... Era... ¡su hija... madre de engendro de una bestia del infierno! Eran... ¡ellos dos... abuelos de un hijo de ladrón, de asesino..., de un hijo de la horca!... ¡Era el pus de toda la infamia y la vileza mezclándose a la sangre de honor y del limpio orgullo para dar una flor híbrida, fatídica, maldita!

—¡Déjame, Mary, te lo ruego!—pidió últimamente el marido—. ¡Yo tengo que pensar!

Partió ella como una sombra, y él detrás cerró con cerrojillos y llaves las cinco puertas de la biblioteca y el despacho, donde quería entregarse a una meditación que no turbara, a ser posible, ni su recuerdo del mundo.

A las cinco de la tarde volvió a abrir e hizo llamar al viejo médico, en cuya amistad y rectitud confiaba.

Su plan era un plan de dudas solamente.

El doctor Pardo llegó alarmado por la urgencia, y el grave prócer, cerrando por dentro otra

vez, hízole ocupar una butaca. Sentóse en otra y preguntó :

—Don Vicente, en este caso, ¿qué se le ocurre que hagamos?

Comprendió el médico que no se le pedían ahora opiniones terapéuticas, sino reglas de conducta general..., de índole moral acaso, y él, que, preocupadísimo también, habíale dado cien vueltas al problema, se alegró de poder formularle al noble y respetable amigo sus consejos :

—Señor Rivadalta..., yo, puesto en su lugar y aprovechando la consulta de hoy, que no ha dejado de despertar curiosidad, pues las gentes se interesan por ustedes, haría que los criados se enterasen de la verdadera situación de Margarita. Nada de reservas. Ellos lo propalarían por la ciudad, y lo que, de otro modo, con una larga ausencia de ustedes, por ejemplo, pudiese tomar, de descubrirse, visos de misterio peligroso (¡porque quién va a quitarle su torpeza a la malicia!), tomaría la forma de una respetuosa y franca piedad hacia el infortunio. El viaje, sí, inmediatamente después que las gentes vean que no se les ha ocultado lo que pasa : a Niza o a Suiza, a un país lejano, donde la enferma encontrase aire y libertad, olvido de este ambiente sobre todo, y en el que, además, podría quedarse a vivir definitivamente con su familia... Esto, en mi parecer, traeríales la ventaja...

—No es eso, don Vicente—le atajó con su repo-

so digno el senador— ; por cuanto respecta al estado de mi hija, y no obstante aquella rectificación en los periódicos (pues si bien no hay por qué ocultarles su desgracia a aquellos que deban saberla o que la sepan buenamente, no hay tampoco por qué darle un cuarto al pregonero), desde luego, yo mismo ruego a usted que a quienes le pregunten por ella les diga la verdad. Pero..., no es eso lo que quiero consultarle. Es... que sobre tal verdad queda la aún más triste, a plazo bien cercano, del hijo de un bandido, de un asesino que ya está esperando al verdugo..., en la casa mía, en mi hogar..., en el recuerdo horrible e imborrable de mi pobre hija, aunque lo ausentásemos de ella para siempre, sin que contra una tortura así valga trasladarse al otro extremo de la tierra..., y yo digo : si lo que el ángel de mi vida tiene en sus entrañas no es un ser, sino la ponzoña de un crimen..., ¿hasta qué punto, don Vicente, los respetos sociales y legales de su ciencia debieran impedirle extraer esa ponzoña ?

—¡El aborto !—clamó, contrariado, el doctor, tocado, sin embargo, por el razonamiento poderoso.

—Sí—dijo Rivadalta—, llámele quirúrgicamente como quiera. ¡El aborto ! Usted considérelo desde su deber profesional, y vea si, incluso antes y después, pudiera, a placerle así, publicarlo en todas partes..., porque, en cuanto a mí, lo conceptúa tan sólo como una operación por mordedura

de serpiente, y de la cual me importa únicamente conocer los riesgos.

Arduo el problema para el buen doctor, que sudaba, no habituado a conflictos mentales de esta especie, vió su áncora de salvación en la que el mismo dialéctico terrible con «los riesgos» le tendía.

Sacó el pañuelo, limpió las gafas, volvió a ponérselas y manifestó:

—Señor de Rivadalta, si he de hablarle con franqueza, no le negaré que creo también que su hija, en trance tan horrendo y singular, probablemente constituye un caso de intervención que aprobarían las Academias. En efecto, si por salvar la vida de la madre en pulmonías, en cardiopatías, en los tifus, en simples tumores pelvianos que impidiesen salir a la criatura, los médicos estamos autorizados y obligados a provocar el aborto, no menos atendible resulta librar a una inocente del fruto de una infamia. ¿Qué más tumor para impedir que nazca esa criatura que su mismo padre y el crimen que la engendró?... Esto es evidente; pero debemos convenir, amigo mío, en que estamos ante un problema magno, nuevo, cuya propia horrible absurdidad, imposible casi de prever ni de sospechar siquiera, le había dejado fuera de los cálculos médico-juristas; debemos reconocer asimismo que su delicada condición tendría que hacerlo objeto de complejísimas consultas, no ya individualmente a compañeros míos de gran auto-

ridad, quienes habrían de encontrarse tan atados como yo, sino a científicas corporaciones de renombre y de prestigio, y hasta quizá a los teólogos y al Papa, por lo que de metafísico el asunto encierra sobre sí en el nuevo ser deben ser Dios o los hombres los que juzguen y castiguen culpas de su padre..., y, convenido esto, señor de Rivadalta, añadirle todavía los riesgos de la material intervención. ¡Ah, los riesgos! ¡Espantosos! Cuanto se habla de suaves medios eficaces es mentira, y, drogas aparte, queda la operación, con su feroz mortalidad de ochenta y cinco por ciento... Fíjese en que por algo la ciencia la reserva para casos de gravedad desesperada. Con ella se juega siempre el todo por el todo..., y no creo que Margarita, no creo que usted, su mismo padre, esté en la situación de tener que reprocharse el cerrar acaso con la muerte la hazaña que empezó un desalmado.

Callóse el médico, satisfecho de su serena lógica y de su elocuencia, mayores de lo que él pensó, y aun sobradas para oponerse a lo que el noble senador hubo arrancado de sus desesperaciones, y éste no necesitó escucharle más ; le despedía, dándole las gracias.

Llamó inmediatamente Rivadalta a su mujer y le planteó la definitiva conducta en estos términos :

—El doctor Pardo acaba de salir. Aconseja, por higiene, que llevemos al campo a Margarita. Esto,

como médico. Como amigo, y reflejando sin duda la que será opinión general dentro de poco, piensa que nos puede convenir marcharnos de este pueblo para siempre. Le parece bien Niza, Italia..., el extranjero. A mí, absolutamente todo ello me parece mal. Le he propuesto el aborto, y, moral y técnicamente, lo rechaza. Pienso que harían lo mismo cuantos honrados doctores consultásemos, y son ellos, en suma, los únicos que podrían librar a mi deseo, a tu deseo quizá, formalmente peligroso, además, para nuestra hija, de la crueldad de haber querido corregir con un crimen otro crimen. Pero como nuestra ausencia de aquí con cualquier motivo habría de ser ocasionada a hacer pensar que hubiéramos logrado por malos medios lo que por los correctos y legales se nos niega; como nuestro definitivo traslado haría creer, y más cuanto más lo efectuásemos a lejanas tierras, que nos guiaba el pensamiento de buscarle un honorable marido a Margot, ocultando su desgracia..., aquí nos quedaremos, aquí nacerá el ser infortunado y él será, carne, por mitad, al fin, de nuestra carne, el que sea llevado inmediatamente al extranjero..., a una pensión, a un colegio, en donde, sí, lejos de nosotros y hasta de saber jamás siquiera que existimos, crezca y lo eduquen y puedan lanzarlo a la vida libre de económicas miserias. ¡Supongo, Mary mía, que tú apruebas este plan!

La noble dama, que tenía blancas platas en el

pelo desde hacía unos meses, abrió los brazos, recibió los de él y lloraron juntos..., mucho tiempo, de pie, temblando..., temblando de recíproca piedad en la resignación con su desgracia.

Luego, juntos también, fueron a ver a la pobre Margarita.

La noble dama preveníale a su marido que, por caridad, aunque el bien hubiera poco de durarle, ella le había ocultado a la infeliz el juicio de los médicos... ¿A qué tan pronto confirmarla su vergüenza nueva y su eterna condenación a la tortura?

VIII

La noticia había corrido alzando asombros.

Tiene un límite la alegría del ajeno mal, aunque se arraigue entre humildes, como un público y grato y magnánimo derecho a las feroces compasiones por los fuertes, y, al principio, todo el mundo conceptuó excesiva la desgracia que ya marcábale aquel siniestro embarazo a la familia respetable. Ni los más proféticamente lúgubres, al comentar la situación y el porvenir de la pobre deshonrada, habían previsto la espantosa contingencia. Tratárase de lo mismo con un novio, y se habría supuesto desde luego ; tratárase aún de un atropello por un criado, y también ; lo que no podía sospecharse, cual no lo sospecharon tampoco Rivadalta y el doctor, era que la Naturaleza fuese a ser tan bestial, tan estúpidamente indiferente a las antítesis sociales, que dejara formarse un sér en una virgen aterrada bajo el crimen de un bandido.

La animación del Casino llegó al colmo. En los primeros días se pensó de un modo unánime que

el influyente prócer debía de hacer ahorcar ante su casa a los cuatro bandoleros. Pero después, y puesto que la unanimidad agotaba pronto el tema, sobrevinieron discusiones. Hubo quienes sustentaron, contra una respetable mayoría, que don Nicanor estaba en el caso de indultar al *Trianero* de la horca, con el fin de quitarle, al menos, esta última afrenta de su padre al hijo de su hija, y hubo hasta quienes sostuvieron la osada idea de que debía gastar su influencia y la mitad de sus millones para libertarle y casarle con Margot. ¿Qué? ¡Aunque nunca se reuniesen! ¿Es que no merecía la pena redimir al padre por el hijo? ¿Es que pudiera ella casarse con ninguno que, moralmente, valiese más que otro cochino ladrón a la olilla de los cuartos?

¡Pobre Margot, lanzando su deshonor a España, a Europa, al Mundo, entre los trágicos incidentes de un proceso!... Los periódicos traían largos relatos del juicio oral desde Córdoba, y se aludía al *Trianero* determinadamente, con respecto al atropello de la joven, porque él mismo, no se sabe si de manera espontánea o a preguntas de los jueces, con toda clase de detalles, refirió la escena repulsiva.

Estas ruidosas polémicas y disputas del Casino, por otra parte, ya las había presenciado muchas veces Athenógenes, con la triste dignidad, con la dolida indiferencia que es de suponer. Además, algunas no habían tardado en comprobarle que sus

pasadas dudas de solitario caviloso pecaron de caballerosidad. El, efectivamente, que a la carta aquella cortés tuvo por respuesta el silencio, un silencio heroico y penoso, un silencio de púdica mártir que le había dicho lo bastante con su trágico llanto de la reja; él, que supo respetar este silencio sublime, aceptándolo como un grado más de la libertad que, siempre noble, Margot le devolvía..., quedóse en una situación de espera y sufrimiento, ambigua, intolerable, que, por colmo de inesperada y desdichadísima fortuna, vino también a resolverle enteramente la infeliz con su embarazo. ¡Ah, sí!, esto le desconcertó y le liberó..., porque, sobre notorizar horriblemente su deshonra..., con el hijo de la desgracia y del crimen implicábale un baldón de infamia que no podría aceptar un caballero. Entonces, como un hombre que sale, al fin, de un palacio de ilusiones que se le hundió y le sofocaba, trató sencillamente de olvidar..., volvió a su antigua vida, volvió al Casino, y el Casino, con su neta cristalización del juicio público, hízole ver cuán bien encajaban la norma social y su conducta.

La discusión de una noche, tan pronto como se habituaron las tertulias a la presencia del bello juez, y tan luego como, gracias a él mismo, dieron por sabido que de tiempo atrás no seguía las relaciones, recayó ardorosa sobre el punto de saber si debía o no conceptuarse deshonrada a una muchacha de quien se abusa a la fuerza.

—Porque, claro, bueno—delimitaba Teodoro, con la simpática ingenuidad que hacíale siempre defender causas perdidas y con el prestigio que le daba en toda esta cuestión de los ladrones el haberse mantenido en su dehesa más de un mes con seis mozos y tres rifles—, hay muchachas que se dejan «abusar a la fuerza» por el novio, por ejemplo, o, lo que es igual, que *quieren sin querer* y el diablo después que lo desmonde. Pero no se trata de esto, no. ¡Una mujer atada, desmayada, en pleno horror de muerte y de pillaje!

—Pues lo mismo, Teodorito—replicaba don Pascual, con su grande autoridad de abogado viejo y propietario—; aparte de que la una inspiraría desprecio y la otra compasión, lo mismo, hijo, lo mismo. Una y otra, la deshonra, el deshonor, ¡lo irreparable!

—Hombre, ¿en qué consiste entonces el honor?

—¡En la pureza!

Teodoro, más acostumbrado a intuir por una especie de infantilismo salvaje de su corazón que no a raciocinar sus intuiciones, se desorientaba. Y no se le ocurrió poner más que esto:

—¡Luego... somos unos sinvergüenzas todos los que estamos aquí!

Se rieron todos al ver la torpe turbación de su derrota después de haber puesto bien el problema, como ocurríale casi siempre, y ni aquel Luisito López, a quien él convidaba al automóvil, osó tomar su partido.

—¡Hijo, Teodoro, hijo..., que desbarras!—recogió piadosa y lentamente don Pascual, resumiendo el pensar de la reunión—. El honor, para los hombres, podrá estar en donde esté. Para las mujeres, si tú no dispones otra cosa, y mientras ellas, como Dios manda, no se casen, tiene que seguir estando en la virginidad, que prueba materialmente su pureza. Eso será todo lo sensible que tú quieras, Teodorito; pero es así. Y, siendo así, ¡calcula!

—Pero ninguna mujer—se resolvió Teodoro todavía, en un rayo de vislumbre—, ¿qué culpa tiene de que lleguen y la aten y la...?

—Oye—le cortó don Pascual, dándole una palmada en el muslo—, ¿tienes tú un reloj?

—Sí, señor.

—Suponte que lo tiras porque quieres. ¿Qué te pasa?

—¡Que me quedo sin reloj!

—Suponte que sales de aquí y te lo quitan los ladrones. ¿Qué sucede?

—Que me quedo sin él lo mismo, si no puedo darles dos patadas.

—Pues ¡eso, eso!—recogió don Pascual triunfante—. ¡Eso pasa a la mujer! ¿Tiene su honor y lo tira?... ¡Lo perdió! ¿Tiene su honor y se lo roban? ¡Sin él queda!... Desgracia es que se lo quiten, mas no menos lo ha perdido y no lo tiene. Y con la diferencia, hijo, de que no puede recobrarse ni a patadas ni ahorcando a los ladrones,

por lo cual resulta un robo irreparable y por lo cual pudo el poeta decir : *que es de vidrio la mujer...*, etc.

Enmudeció, erguido entre el general y admirador silencio hacia su lógica, y estuvo por decir al ver al mozo sin recordar que era verano :

—¡ Atiza esa lumbre, Quintín !

Y Athenógenes, aun concediéndose que era vulgarota la argumentación de este señor para una cosa tan sencilla, para una cosa que él había meditado con mucha más profundidad, durmió esta noche en su fonda como un santo.

A partir de este día, y particularmente desde que, por haber terminado en Córdoba el proceso, también aquí fué recobrándose el normal ambiente, poco a poco, su voluntad de olvidar hizo prodigios. Volvió a correr en automóviles y volvió a bailar con las muchachas por la Pura y por la feria. Como juez, ni aun habíale molestado el involuntario enojo que pudiese quedarle al senador, quien, renunciando su acta, parecía retirado de la política y del mundo. Una infinita piedad volvía a inspirarle la casa palacio-tumba de Margot, con ella dentro, gestando, gestando siempre aquella vida de ponzoña de reptil, y pasaba cerca de ella, por lo mismo, lo menos posible. Tanto, que hizo su camino forzado, desde la plaza a la fonda, por la calle de Emeria.

He aquí la razón de que la viese y saludase muchas veces. He aquí, asimismo, por qué diaria-

mente tenía que recordar la negra fatalidad que, al fin, le hacía quedarse sin la una y sin la otra. Por espacio de dos meses, en su vuelta del Casino, allá a las doce, algunas noches pudo sorprender al capitán besando la famosísima muñeca..., y... ¡sí, sí, otra noche..., ¡lo juraría!..., besando en la propia boca de la dueña resalada!... Esto le dió envidia, con franqueza. Y, a más de envidia, una ligerísima inquietud pocas noches después... ¡La reja sola! ¡Sola!... En suma, que había terminado el capitán su comisión de la Remonta, que se había marchado de la ciudad y que Emeria, riendo, pregonaba que ni estaba ni habían estado en relaciones... ¡Amigos, por charlar, por divertirse!...

¡Ah, qué diversión con besos en la boca! Y esta fué la leve inquietud del rubio juez, porque vacante Emeria, y si no precisamente perdonándole el desprecio, el antiguo agravio, era lo cierto que no dejaba ahora de sonreírle alguna vez al contestarle los saludos. Conocedor de las mujeres, pensó que estas sonrisas de ella pudieran ser la trampa de una coqueta que ansiara su declaración por desairarle. Pero, y esto aparte, a él, aquellos besos, ¿debieron honorablemente y de antemano hacerle desistir de toda idea de boda?... ¡Bah! Lo resolvió: ¡en modo alguno! ¡Pobres muchachas, si hasta se las hubiese de conceptuar deshonradas por un solo beso en una reja! ¡Pobres mujeres, si su honor hubiese de ser igualmente destrozado

por el beso a un novio o porque ferozmente las violase un asesino!... ¡El beso, además—de la que no se los daba a los de aquí—, a un forastero... a un hombre listo quizá, que sabe Dios cuánto rogaría para lograrlo y que ni aun podría perjudicarla, si falta fuese, blasonando el agraciado de ello a cien leguas de distancia...

Athenógenes menudeó la necesidad de ir desde el Casino hasta la fonda y viceversa. Emeria le sonreía, le sonreía... y le esperaba siempre en un balcón... Y tanto a ella obedecía esta movilidad del juez como a su asco de oír barbarizar, acerca de Margot, en la célebre tertulia del Casino.

Cada día once resurgía Margot en actualidad con motivo de llevarle todos la cuenta de los meses de embarazo. Entraba en el octavo. Se bromeaba de esto. Convertida la piedad en bruto escarnio, hubo quien puso en duda que una mujer impasible pueda quedarse embarazada. Y desmayada, menos. Se recordó que el *Trianero* era buen mozo, y se recordó que les había gustado en retrato a las muchachas, Margot inclusive! ¡Oh, Margot, Margot, quién hubiera de decirlo!... ¿no podría ser que, ya sin otro remedio que sufrirle aquella noche, el susto se le hubiese trocado en alegría por un momento? ¡Ah, Margot, Margot!—tuvo también que lamentar su ex novio saliendo por librarse de tanta estupidez... Y esta tarde, justamente, junto a la esquina de Emeria, se encontró a Segundo, que le esperaba y quería hablarle

Fueron por el faetón y salieron. El infeliz celoso llegó al fondo de la cuestión en seguida. Primero, ruegos; después, sombras de amenaza con el fin de que se le dejase a Emeria en paz y que el bello juez supo contener más que bravamente. Por último, replegado Jaime, en vista de esto, a su humildad, le declaró al amigo que Emeria estaba, por los secretos de marras, comprometida a casarse con él: «sus favores habían llegado hasta dejarle entrarla una mano en los pechos...»

—¡Aaah!—recibió Athenógenes pasmado, en verdadera alarma. Pero ambos por la noche separáronse sin que hubiese logrado el infeliz más que esa exclamación. Al día siguiente el juez tenía resueltas de un modo favorable para Emeria sus nuevas dudas, porque por más que Jaime no mintiese y aunque residiera en el alma más que en el cuerpo mismo de una mujer su pureza, bastaba el hecho de haber esta Emeria sabido mantenerse entre los peligros de su ventana y sus novios sin ceder a cosas graves, a cosas de las verdaderamente irreparables, para acreditarse de pura, para seguir manteniendo incólume su honor. Si el que trató de calumniarla o de venderla le dijo al rival sus secretos por presentársela indigna, no se fijó el pobrecillo en que así mejor la defendía y la ponderaba.

¿Qué mejor prueba de ello que quererla él para casarse? ¿Se iba a casar con una indecorosa? ¿No se casarían con ella a escape Teodoro, y has-

ta Marcial, enamorado y todo de Margot, y que antes que aceptar a esta desdichada dejaría que le matasen? ¿No era ella, Emeria, en fin, la que dejaba a los novios?

Cogió un papel, lo perfumó y le escribió una reclaración sentidísima—ya que la escarmentada lista, por si acaso, ni se dejaba ver por él en los paseos y en las tertulias.

El alguacil que llevó la carta, trajo al cuarto de hora una respuesta tan breve como terrible, como cruel: Emeria le despreciaba en cuatro líneas; pero ¡con esa ferocidad de la alegría de una venganza que no admite discusiones!

Y Athenógenes, con la misiva ante los ojos, y cual si oyese ya en el pueblo la general carcajada—¡oh, si conocía algo a las mujeres!—comprendió que también él, meses antes con Emeria, incurrió en lo irreparable.

En su fría desolación quedaban dudas, confusiones solamente.

Emeria, ¿era perversa?

¿Era honrada?

¿Podía a un tiempo una mujer ser honrada y perversa?

¿Era tan noble, tan buena como Margot?

¿Podía ser menos buena como Margot y más digna que Margot?

¿Podía ser un ángel Margot y al propio tiempo indigna?

¿Dónde radicaba, pues, y qué era el honor de las mujeres?

Las dudas, las confusiones, le componían un problema de tal modo colosal, abrumador, que probablemente engendrarían en él, si había de resolverlo, un gran filósofo.

... ...

Un día se supo en la ciudad que dos especialistas de Madrid, pagados a peso de oro, habían llegado para cuidar a Margot en su próximo alumbramiento.

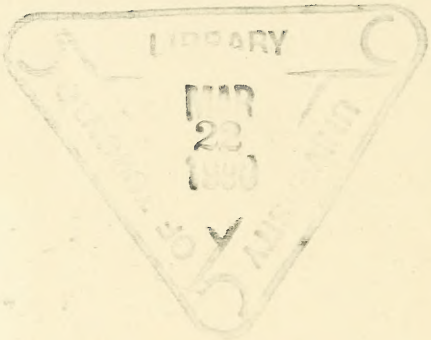
Y por la tarde se supo que había recibido Rivadalta un telegrama de un ministro, que decía:

«Tengo triste satisfacción participarle que, denegado indulto que obispo y pueblo de Córdoba solicitaron favor bandidos, mañana serán ejecutados.»

Las gentes se estremecían de horror.

Tal vez cuando estuviese naciendo el hijo, su padre estuviese echando la negra lengua en la horca.

FIN


LIBRARY

PQ
6637
R5C84
1920
c.1
ROBA